



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR

ÁREA DE CONOCIMIENTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DEPARTAMENTO ACADÉMICO DE ECONOMÍA

**POSGRADO EN CIENCIAS SOCIALES: DESARROLLO SUSTENTABLE Y
GLOBALIZACIÓN**

TESIS

**LA MEMORIA BIOCULTURAL DEL RANCHO SUDCALIFORNIANO:
REPRESENTACIONES SOCIALES, SABERES LOCALES Y PRAXIS ECO
SOCIAL DE LOS RANCHEROS DE LA ZONA SUR DE LA SIERRA DE LA
GIGANTA, LA PAZ, BAJA CALIFORNIA SUR**

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES
ORIENTACIÓN EN GLOBALIZACIÓN**

PRESENTA:

TITO FERNANDO PIÑEDA VERDUGO

DIRECTORA:

DRA. ROSSANA ALMADA ALATORRE

DIRECTOR EXTERNO:

DR. NARCISO BARRERA-BASSOLS

LA PAZ BAJA CALIFORNIA SUR, MÉXICO, ABRIL 2019



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR
Área de Conocimiento de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento Académico de Economía
POSGRADO EN CIENCIAS SOCIALES:
DESARROLLO SUSTENTABLE Y GLOBALIZACIÓN

Fecha: 26/03/2019

DR. PLACIDO ROBERTO CRUZ CHAVEZ
JEFE DEL DEPARTAMENTO ACADÉMICO DE ECONOMÍA
PRESENTE.

Los abajo firmantes, Miembros del Comité Académico Asesor del trabajo de tesis completamente terminado, titulado:

"La memoria biocultural del rancho sudcaliforniano: representaciones sociales, saberes locales y praxis eco-social de los rancheros de la zona sur de la Sierra de La Giganta, La Paz, Baja California Sur"

que presentó: TITO FERNANDO PIÑEDA VERDUGO

Otorgamos nuestro voto **aprobatorio** y consideramos que dicho trabajo está listo para su defensa, a fin de obtener el **Grado de Doctor** en Ciencias Sociales: Desarrollo Sustentable y Globalización, con Orientación en GLOBALIZACIÓN

Comité Académico Asesor:

<u>Dra. Rossana Almada Alatorre</u> Nombre del Director	 Firma
<u>Dr. Narciso Barrera-Bassols</u> Nombre del Director	 Firma
<u>Dr. Esteban Barragán</u> Nombre del Asesor	 Firma
<u>Dra. Rosa Elba Rodríguez Tomp</u> Nombre del Asesor	 Firma
<u>Dr. Manuel Ángeles Villa</u> Nombre del Asesor	 Firma

c.c.p Expediente del alumno (DESyGLO)

A la gente de La Soledad, que han sido digno ejemplo de lucha diaria. Sin ellos, sus palabras, su amor y sabiduría, nada de esto hubiera sido posible.

A las mujeres y hombres de montaña, que día a día, tejen finamente otro mundo

A Amet, el Verne y Lulú

AGRADECIMIENTOS

Este es trabajo colectivo. No lo realizamos en un cuerpo académico, pero no lo pude haber hecho solo. Lo hice junto a mi familia. Ellos fueron mi ojo de agua; han sido la sombra de la higuera recostada sobre la piedra, en medio del desierto. Gracias a Lulú, mi tierrita (Amet) fértil y el Verne por acompañarme en este viaje entre las piedras. Este trabajo es de ellas y él, como mío. Sin embargo no quiero dejar pasar la oportunidad de agradecerle a mi compañera de vida, especialmente, por mantenerse tan fuerte como el primer día que la vi. Este trabajo, Lulú, es de nosotros, por eso tiene este sabor tan agradable. A mi papá, Tito Piñeda y, mi madre, Mirna Verdugo, les agradezco infinitamente por echar luz en el camino de la vida. Sin su ejemplo y ayuda, me habría quedado en la punta del cerro.

Académicamente va un agradecimiento especial, a la lucidez de Narciso Barrera-Bassols, que me ayudó a sentí-pensar la montaña y las otras geografías: las geografías de la esperanza. A Enrique Gómez, por provocarme pensar geográficamente la realidad, y ayudarme a organizarla a través de los Sistemas de Información Geográfica. A Nemer Narchi Narchi, por ayudarme a sistematizar los datos y organizar mi cabeza de la mejor manera posible: esa no es tarea fácil. A Esteban Barragán, por ayudarme a creer que se puede y debe pensar desde otro mundo: desde los márgenes de La Soledad. Y por supuesto, a la Dra. Rossana Almada Alatorre, que confió en mí desde el primer momento que la conocí, acompañándome hasta el último momento.

A todos mis maestros de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. A la Dra. Micheline Cariño Olvera, al Dr. Manuel Ángeles y la Dra. Rosa Elba Rodríguez Tomp, gracias por las largas discusiones en clase y sus concejos. A mis compañeros del posgrado, Lorenia Lizárraga, Andrea Lira, Damián Salgado y Rodrigo Salgado, muchas gracias.

Al Centro de Estudios de Geografía Humana del Colegio de Michoacán, un agradecimiento especial por hacer posible dialogar en sus recintos.

Un abrazo desde aquí a la Brigada Ricardo Flores Magón y todas aquellas personas que practican el Centro Cultural Ricardo Flores Magón: a Gilberto Piñeda, Diego Ramírez, Karla Bastida, Giovanni Torres, Lefteri Becerra, Miguel Ángel Fuentes, Isaac Amarillas y, a Eloísa Castro (+), que se marchó temprano pero nos dejó una lucecita en el fondo de nosotros para que le sigamos los pasos. Mil gracias compas, por soñar en colectivo.

Y sobre todo, mil gracias a Don Roberto Encinas Amador, Guillermo Encinas Amador, Rosario Arriola, Adán Encinas Amador, Gonzalo Encinas Amador, Lupita Encinas Amador, Candelaria Amador, Timoteo Encinas Amador, Leobaldo Encinas Amador, Jesús Amador, Isidro Encinas, Loreto Amador, Juan de Dios Encinas Molina, María Luisa Méndez (mami), Elvia Higuera, José Encinas Amador, Pablo Encinas Amador, Micaela Amador Amador, Gabino Amador, Felipa Amador, Coti Amador, maría Amador, Lucia Amador, Bucho Amador, Guadalupe Amador y su familia; a Beto Amador y toda su familia; a don Cayetano Amador y su familia, a Neno Amador y su familia, a Margarita Amador y José Amador, a don Heleno Amador y Juana Higuera, a Isidra Amador Higuera, Chuy Amador, a Javier Amador Cervantes, a los profesores del internado de La Soledad, a sus estudiantes y particularmente Humberto Murillo. Gracias a todos, que me ha brindado café, tortillas, comida, historias, cama, chistes, estrellas y todo su cariño. Gracias por enseñarme a escuchar, y a decir única y exclusivamente lo que se tiene que decir. Y decir y hacer, lo que se tiene que hacer y decir, a su tiempo, o sea, poco a poco.

Igualmente, un agradecimiento especial a todas las familias de La Soledad, que me ayudaron a empezar a contar esta historia de otra manera; sin sus palabras, sus piensos, sus querencias, muy poco hubiera sido posible.

Por último, gracias a la coordinación del Posgrado de Ciencias Sociales, Desarrollo Sustentable y Globalización de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, que sin sus gestiones ante el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, todo hubiera sido más complicado. Al CONACYT, gracias por financiar los cuatro años del posgrado.

Introducción |1|

1. Planteamiento del problema: la memoria biocultural del rancho sudcaliforniano para resignificar las formas de vidas sudcaliforniana
2. Objetivos e hipótesis
3. Perfil metodológico
4. Estructura del trabajo

Capítulo 1. Acumulación originaria, metabolismo social, paisaje y territorio |12|

- 1.1 La acumulación originaria y el mundo de las mercancías |15|
 - 1.1.2 Acumulación originaria y metabolismo social |20|
- 1.2 Metabolismo social y modos de apropiación |29|
- 1.3 La apropiación de la naturaleza, el paisaje y el territorio |46|
- 1.4 Abigarramiento de los modos de apropiación, paisajes y territorios |52|
 - 1.4.1 Paisajes y territorios: la producción social del espacio escarpado |54|

Capítulo 2. Paisaje y procesos de re-territorialización en el desierto y la montaña |61|

- 2.1 Vivir entre las piedras |68|
- 2.2 Dispersión y movilidad de los pueblos indígenas sobre la serranía peninsular: primer abigarramiento |78|
 - 2.2.1 Huellas indígenas sobre las piedras |81|
 - 2.2.2 Dinámicas de movilidad y aprovechamiento biótico de los cazadores y recolectoras |90|
 - 2.2.3 Modelo para armar en el desierto: elecciones para caminar entre las piedras |106|
- 2.3 Segunda fase de abigarramiento: ocupación colonial de “el ojo de agua” y la destrucción del mundo indígena |113|
 - 2.3.1 La colonización de la piedra: el ocultamiento de los territorios indígenas y el develamiento de la California |115|
 - 2.3.2 Colonización del ojo de agua y la emergencia del enclave paisajístico oasisano. |119|
 - 2.3.3 Palimpsesto colonial: el enclave paisajístico del oasis |128|
- 2.4 Tercera fase de abigarramiento: la emergencia del paisaje ranchero y la resignificación de la montaña |131|
 - 2.4.1 La emergencia histórica del rancho sudcaliforniano |132|
 - 2.4.2 Del oasis al monte grande |134|

Capítulo 3. Memoria ranchera: representaciones, saberes y prácticas eco-sociales en torno al monte grande |140|

- 3.1 ¿Qué es un rancho? ¿Qué significa ser ranchero? |141|
- 3.2 De la localidad rural al rancho sudcaliforniano: hacia los márgenes de La Soledad |148|
- 3.3 En los márgenes de La Soledad: el lugar de avistamiento |162|
 - 3.3.1 La domesticación de la piedra, el agua y la tierra |162|
 - 3.3.2 Siembra: comiendo de mano propia |184|
 - 3.3.3 Ganadería en el desierto |196|
- 3.4 Del rancho a la querencia |202|
- 3.5 El territorio ranchero y los saberes sobre el monte grande: un indicio de la movilidad ranchera |212|
 - 3.5.1 La espacialidad del paisaje oasisano y el territorio ranchero |213|
 - 3.5.2 Los saberes rancheros y el monte grande: la memoria de las mujeres |219|

Conclusiones. Vivir entre piedras |236|

Bibliografía |245|

Anexos |259|

Índice de tablas

1. Figura. Subprocesos del metabolismo socia.....	31
2. Figura. Matriz de relaciones entre los tres principales campos del proceso general del metabolismo social y los cinco procesos metabólicos	36
3. Figura. Paisajes de sociedades orgánicas	47
4. Figura. Medio Ambiente Utilizado y Medio Ambiente Transformada.....	50
5. Mapa. Subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta	64
6. Mapa. Cuencas hidrográficas en la subprovincia fisiográfica Sierra de la Giganta....	66
7. Mapa. Geología generalizada de la porción sur de la península de Baja California...69	
8. Mapa. Vegetación subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta.....	73
9. Mapa. Gradiente de aridización evidente de sur a norte, en las provincias bioclimáticas de Baja California Sur.....	74
10. Mapa. Eco-región Sierra de La Giganta	76
11. Mapa. Los Primeros Californios	79
12. Mapa. Vestigios arqueológicos delegación Los Dolores	83
13. Mapa. Estilos de arte rupestre en la península de Baja California.....	85
14. Fotografía. Grafías sobre las piedras.....	89
15. Figura. Vegetales de consumo alimentación antiguos pobladores	93
16. Figura. Distribución porcentual de fuentes alimenticios antiguos pobladores.....	95
17. Figura. Componente de la alimentación indígena por temporada del año.....	96
18. Fotografía. Recolección de pitahaya dulce.....	97
19. Figura. Calendario biocultural: afección y alimentación indígena.....	99
20. Figura. Movilidad y desplazamientos cazadores-recolectoras-pescadores.....	100
21. Mapa. Aguajes, desplazamientos y apropiación en la zona sur de la sierra de La Giganta.....	102
22. Figura. Desplazamientos y cálculo de Gasto Energético Total de cazadores-recolectoras (20 años 25 años 30 años)	104
23. Mapa. Misiones jesuíticas de la antigua California.....	119
24. Mapa. Misiones jesuitas en la subprovincia fisiográficas Sierra de La Giganta.....	121
25. Figura. Misión de San Francisco Javier Biaundó.....	124
26. Figura. Transformación del espacio geográfico. Proceso dialéctico entre sociedad-naturaleza	129
27. Fotografía. Ranchos y parches verdes en la Sierra	135
28. Fotografía. Cosecha de agua para la siembra. Mujeres bañándose en presa.....	136
29. Fotografía. Rancheros en la huerta de La Purificación.....	145
30. Fotografía. Familia de Brígido Amador. Rancho El Bosque.....	146
31. Fotografía. Familia Amador Encinas en rancho Las Paredes.....	147
32. Mapa. Población y localidades rurales.....	149
33. Figura. Distribución población y urbana. Baja California Sur.....	150
34. Figura. Evolución población rural y urbana.....	151
35. Figura. Crecimiento demográfico Baja California Sur 1960-2010.....	152
36. Figura. Evolución localidades rurales en Baja California Sur 1960-2010.....	152
37. Mapa. Densidad poblacional por Ageb rural	154
38. Mapa. Localidades rurales en provincia fisiográfica Sierra de La Giganta.....	156
39. Mapa. Localidades y viviendas en subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta.....	157
40. Mapa. Patrón de establecimiento del rancho sudcaliforniano	158
41. Mapa. Ranchos serreños de La Giganta	160

42. Mapa. Campo de estudio: memoria biocultural del rancho sudcaliforniano.....	162
43. Imagen. Modelo de elevación ranchos de La Soledad.....	163
44. Figura. Árbol genealógico 1era. Y 2da. Generación del territorio de La Soledad	164
45. Figura. Censo de la Baja California de 24 de agosto de 1851.....	164
46. Fotografía. Panteón de La Purificación y lápida de María Aguiar.....	165
47. Mapa. Delegación Los Dolores.....	166
48. Figura. Población ranchos La Soledad.....	166
49. Mapa. Territorio de La Soledad, oasis Ramsar de El Pilar y cuencas hidrográficas....	169
50. Figura. Climatología anual de precipitación (1960-2010).....	170
51. Figura. Climatología anual temperaturas (1969-2010)	170
52. Figura. Climatología mensual de precipitación.....	172
53. Figura. Prolongación de secas.....	173
54. Figura. Climatología mensual de precipitación.....	174
55. Figura. Estaciones climáticas.....	175
56. Figura. Principales actividades productivas en el rancho.....	176
57. Figura. Agua y distancia de aguajes del rancho.....	177
58. Mapa. Ranchos y aguajes en La Soledad.....	178
59. Figura. Retención de agua en el rancho.....	179
60. Fotografía. Construcción de represas.....	179
61. Fotografía. Proceso de construcción de represo del rancho sudcaliforniano.....	180
62. Fotografía. Muro de piedra del rancho antiguo.....	182
63. Fotografía. Estrategia y técnica antiguas para el riego.....	182
64. Figura. Técnicas de riego.....	183
65. Fotografías. Parcelas y riego de temporal o bombeo. Rancho el Quelele y Corral de Piedra.....	183
66. Figuras. Tierra para el cultivo y dimensiones de las huertas	184
67. Figura. Cantidad y dimensiones del cultivo.....	184
68. Fotografía. Rancho las Paredes desde las alturas.....	186
69. Fotografía. Documento solicitud información criterio vino de calidad.....	187
70. Figura. Conceso cultural siembra antigua.....	188
71. Imagen. Productos importados al rancho 1930-1940.....	189
72. Figura. Uso de la cosecha: frutos, granos y hortalizas.....	192
73. Figura. Principales especies sembradas en La Soledad.....	192
74. Figura. Calendario de siembra-cosecha de granos y hortalizas en La Soledad.....	193
75. Fotografía. Rancho Primer Agua.....	194
76. Figura. Obtención de abono y fertilización de la tierra en La Soledad.....	195
77. Fotografía. Vaqueros de El Quelele, La Soledad y El Potrero	196
78. Figura. Calendario biocultural. Pastores y manutención de ganado.....	197
79. Figura. Manutención de ganado tiempo de agua y secas.....	198
80. Figura. Consenso cultural preferencia alimento ganado.....	198
81. Fotografía. Vaquero acarreado ganado al rancho.....	199
82. Figura. Aprovechamiento ganado vacuno en La Soledad.....	199
83. Fotografía. Sacrificio de animal y comida por la llegada de familia de la ciudad.....	200
84. Figura. Calendario biocultural producción de queso.....	200
85. Mapa. Parajes antiguos y ranchos actuales.....	202
86. Fotografía. Ranchero avistando ganado en Sierra del Mechudo.....	203
87. Fotografía. Mirando el rancho desde la punta del cerro.....	204
88. Figura. Elementos del paisaje serreño.....	206
89. Figura. Conceso cultural características del buen vaquero.....	209
90. Tabla. Matriz territorial: parajes históricos y zonas de pastoreo	209
91. Figura. Modelo territorial ranchero.....	215
92. Figura. Practicas espaciales por género.....	216
93. Figura. Enseñanzas de las prácticas espaciales.....	217
94. Dibujo. Mi Rancho Yazmin Amador.....	218
95. Dibujo. Belén Encinas Amador y Erendira Amador.....	219

96. Figura. Flora silvestre de uso común rancharo.....	222
97. Figura. Uso de flora silvestre en territorio rancharo.....	222
98. Fotografía. Tipos de mezcales.....	224
99. Figura. Diversidad de usos de flora silvestre.....	224
100. Figura. Uso múltiple de flora silvestre.....	225
101. Figura. Usos alimenticios y medicinales de flora silvestre.....	226
102. Figura. Enfermedad o males que alivia flora de uso medicinal.....	227
103. Figura. ¿Quién de tu casa sabe más de plantas medicinales?.....	227
104. Figura. Ubicación de flora utilizada para uso medicinal	228
105. Fotografía. Mapeo territorial de La Soledad.....	229
106. Fotografía. Cartografiando el territorio.....	230
107. Cartografía comunitaria. Microcuenca de La Soledad. Las Cuevas.....	231
108. Cartografía comunitaria. Microcuenca de La Soledad. La Soledad.....	231
109. Cartografía comunitaria. Microcuenca Santa Rita del Coyote.....	232
110. Cartografía. Territorio de La Soledad y microcuencas hidrográficas.....	233
111. Figura. Organización socio-espacial y apropiación en los territorios rancharos.....	234
112. Figura. Dimensión espacial y temporal de los saberes	238
113. Fotografía. Rancharo y niños trabajando en la huerta.....	239
114. Figura. Fases de abigarramiento biocultural: transformaciones en el paisaje y los procesos de territorialidad en la serranía de Baja California Sur.....	242

Introducción

Nada en este vasto continente ha sido inmune a la dominación imperial y la expansión capitalista de los últimos cinco siglos: ni la cosmovisión de los pueblos no occidentales; ni sus saberes; ni sus paisajes; ni sus territorios. Si bien el dominio cultural de occidente no ha sido totalitario, sus discursos y *dispositivos de poder* han trastocado todo los campos de la vida social en todo el planeta Tierra, orientando en la mayoría de los casos, de una manera u otra, una producción espacial *ad hoc* a la lógica del valor de cambio y las mercancías. La dominación si bien es hegemónica, hoy podemos reconocer aun territorios en disputa de pueblos que se resisten a la subsunción cultural, simbólica y económica de sus formas de vida (de manera consciente o inconscientemente), y siguen produciendo aun paisajes a partir de sus creencias, ritualidades contextualizadas, saberes locales y prácticas que están íntimamente abigarradas con las pulsiones del mundo natural que les circunda.

La árida geografía sudcaliforniana no es la excepción en todo esto. Después del arribo de los misioneros jesuitas al brazo peninsular (s. XVI) el *mundo de la vida* de los naciones Guaycura, Cochimí y Pericú fue violentamente colonizado y culturalmente aniquilado (*des-cubierto* diría Enrique Dussel) por el incesante deseo de acumulación. La concepción de las montañas, las cosmovisiones, los paisajes y, las formas de vida en general, se transformaron drásticamente con la puesta en marcha del proyecto misional. El agotamiento de este proyecto dio paso a nuevas relaciones con la naturaleza, lo que implicó una nueva concepción del entorno y nuevas maneras de intervenirlo y administrarlo. La rancheridad sudcaliforniana es precisamente una de las expresiones de estas nuevas interrelaciones con el mundo natural, que precedieron la destrucción del mundo histórico social indígena. A lo largo de 200 años los rancheros han producido, sorprendentemente, paisajes en lugares verdaderamente limitados en elementos esenciales para la vida como es el agua y totalmente agrestes como son las cadenas montañosas de la península bajacaliforniana, haciendo de las zonas escarpadas desérticas, sus territorios de vida.

Además, a principios del siglo pasado las familias rancheras contribuyeron significativamente a la economía regional, exportando desde las sierras materias primas para el desarrollo económico del país. En la segunda mitad del siglo XX, algunos factores exógenos, provocaron que el rancho perdiera conectividad económica convirtiéndose así en lugares realmente marginales de los centros de población más importantes de la región,

como son La Paz, Ciudad Constitución o Cabo San Lucas. La vida en el rancho se mantuvo con relativa continuidad hasta el día de hoy, que a través de un nuevo lenguaje para la acumulación, desde el exterior empiezan a re-conocerse sus paisajes y sus culturas, con el objetivo principal de intervenir y administrar sus territorios¹.

Los hombres y las mujeres del desierto y las cañadas de las sierras, desde hace más de 200 años han venido tejiendo una relación muy profunda con esta singular naturaleza; en efecto, la han intervenido técnicamente, apropiándose y produciendo una diversidad de valores de uso que les han permitido satisfacer necesidades básicas; pero sobre todo, han forjado sus formas de vida junto a ella.

Nosotros partimos de la idea de que la permanencia del rancho ha sido posible por el desarrollo de habilidades y un “cuerpo acumulativo de conocimientos, prácticas y creencias, que evoluciona a través de procesos adaptativos y es comunicado por transmisión cultural durante generaciones, acerca de la relación de los seres vivos, incluidos los seres humanos, de uno con el otro y con su medio ambiente”. (Gómez-Baggethub, 2009: 57). Esta transmisión es un proceso que se da a través de la oralidad, lo que implica hablar de creencias, conocimientos y prácticas no escritas, pero que no puede ser si no se reproducen en el tiempo. En ese sentido, la memoria para los rancheros, tiene un papel clave ya que les ha permitido, dicho de nueva cuenta, sobrevivir creativamente hasta el día de hoy.

Víctor Toledo y Narciso Barrera-Bassols, coinciden en que la memoria se manifiesta indistintamente en tres estratos del mismo ser: como memoria genética; memoria lingüística y como memoria cultural. Las sociedades rancheras como todas aquellas sociedades que se desenvuelven estrechamente con la naturaleza, guardan en su memoria la historia de su evolución como especie.: "en el ser humano, la memoria de especie toma la forma de experiencia aprendida y perfeccionada colectivamente, de saberes transmitidos de generación en generación durante cientos e incluso miles de años" (Toledo y Barrera-Bassols 2003). Digamos que este tipo de memoria produce sabidurías que han hecho posible la reproducción milenaria de diversas formas de vida, es decir, han tenido que desplegar "conocimientos directos, complejos y reiterados sobre las cosas"(Villoro, 1989: 226).

¹ Una de las organizaciones gubernamentales con mayor trayectoria y trabajo comunitario en Baja California Sur se llama Niparajá. Esta OSC tiene como una de sus líneas de intervención, la conservación del medio natural. Una de sus estrategias es el impulso de ordenamientos territoriales y marítimos, y la privatización de las tierras en las sierras centrales ha sido una constante. Para ello, ha requerido establecer relaciones muy estrechas con la comisaría ejidal en turno.

Por ello, se puede decir que esta sabiduría, como un tipo de epifenómeno de la memoria que tienen las personas como especie, se expresa en un complejo de ritualidades y creencias, de conocimientos localmente determinados, prácticas o usos del espacio, técnicas relacionadas y hasta cierto punto determinadas por el entorno y los nichos ecológicos en el que todo esto emerge.

Las expresiones del histórico abigarramiento rancheros-naturaleza, según nosotros, debe ser resguardada para la sobrevivencia, simbólica y material, de los pueblos que históricamente han resguardado y co-evolucionado con sus entornos inmediatos. La memoria biocultural de las sociedades rancheras, nos permitió entender la abigarrada relación cultura-natura que históricamente se ha tejido en las serranías de la península de Baja California. Desde este panorama proponemos explorar una vía de indagación: reconocer la experiencia del mundo ranchero; lo que estos sujetos piensan sobre su mundo social y natural, sus saberes y la forma en que ellos practican social y ecológicamente su territorio; es decir, sus relaciones con el agua, con la tierra, las flora y la fauna.

Si bien *La memoria biocultural del rancho sudcaliforniano* no es estrictamente un análisis histórico ecológico del *medio*² producido por las colectividades que por siglos habitaron y/o habitan la península de Baja California, pues reconocemos que las premisas de este tipo de historia han sido medulares en la investigación, la reflexión y el análisis de las representaciones, los saberes y las prácticas eco-sociales de las familias rancheras, que es en el último de los casos el objetivo de nuestro trabajo. Es decir, a nosotros nos interesa el análisis del presente, sin embargo, vemos en la historia ecológica una perspectiva importante para el avistamiento al rancho sudcaliforniano. Esto por tres razones fundamentales. La primera porque el trabajo de investigación busca elucidar la forma en que históricamente los rancheros sudcalifornianos han venido construyendo y moldeando permanentemente el paisaje de la península sudcaliforniana y relacionándose de manera específica con todo lo no humano, para reproducirse así socialmente a lo largo del tiempo. Una relación que ha producido ciertos paisajes y estilos de vida *prudentes*, en función de un complejo de prácticas productivas y culturales territorializadas.

Segundo, porque en esos estilos de vida que aún perduran en algunas regiones del brazo peninsular, por ejemplo en la sierra la Giganta en donde están nuestros sujetos de estudio, se encuentran las referencias locales para re-significar nuevas formas de *estar en el mundo*, mucho más prudentes que los estilos de vida hegemónicos propuestos desde el

² Vale mencionar que con la idea de medio geográfico se expresan las interrelaciones entre el hombre y la naturaleza.

occidente capitalista, incluidos los estilos de vida social y ambientalmente responsables que se pregonan de igual manera por los capitales turísticos e inmobiliarios y los gobiernos neoliberales, a través del discurso de la sustentabilidad.

Y por último, en tercer lugar, porque la historia ecológica, sugiere distanciarnos de la tradición parcelaria e hiper-especializada del positivismo, provocando reanudar un dialogo indisciplinar, con el fin de enriquecer en lo posible, nuestra propia mirada. Y es que es solamente desde el horizonte de una ecología de saberes, tal y como lo sugiere Boaventura de Sousa Santos (2003), es que se puede elucidar la complejidad de esas formaciones sociales que están aún abigarradas con las pulsaciones naturales y que por mucho tiempo fueron ocultadas o en el mejor de los casos, simplificada su organización socio-ecológica y sus formas de vida.

Valdría subrayar que esta propuesta centra la atención precisamente en las retroacciones [relaciones cognitivas, simbólicas y afectivas] entre los rancheros y lo no humano, que orientan la configuración de una forma de vida, paisajes específicos y procesos de territorialización propios del rancho, en franca co-evolución con los ecosistemas de montaña árida. Estas relaciones, valdría subrayar, están mediadas mínimamente por cuatro dimensiones, que por cierto, las separamos para efecto del trabajo de sistematización que estamos realizando pero que en realidad están relacionadas holísticamente:

- i) Un complejo de representaciones sociales en torno a la naturaleza
- ii) Creencias, valores y ritualidades en torno al agua y la tierra
- iii) Una constelación de saberes geo-ecológicos locales y,
- iv) Y prácticas eco-sociales que les permiten aprovechar sus recursos y especialmente producir sus paisajes y territorios

En el esfuerzo que venimos haciendo desde hace ya algún tiempo (Piñeda 2013) por tomar una distancia crítica de quienes siguen la tradición positivista de atomizar la realidad para analizar minuciosamente las partes del todo que fragmentan; asumimos la fuerza epistémica de la etnoecología, por considerarla un artilugio óptico, cognitivo y afectivo que nos provoca pensar complejamente las formas de vida rancheras históricamente reproducidas en la zona sur de la Sierra la Giganta. La perspectiva etnoecológica es lo suficientemente flexible como para permitirnos entender; en el marco de un orden

tecnológico, industrial y financiero; las formas de vidas organizadas, con plena conciencia personal y colectiva, en un estrecho vínculo con los tiempos, los procesos y las dinámicas de la naturaleza.

Y es que la vida socialmente hablando está compuesta por una madeja de representaciones, creencias, ritualidades, afecciones y saberes que se hacen y hacen la cotidianidad misma y la reproducción de la vida, posible. El esfuerzo por entender esta complejidad nos sugiere asumir esta perspectiva. Tal vez sería pertinente recordar cómo Toledo y Barrera-Bassols definen esta disciplina emergente. Según los autores de *La memoria biocultural*, la etnoecología es una perspectiva metodológica que busca tejer con miradas distintas una concepción situada de la naturaleza (Descola 2002) y su consecuente intervención u apropiación, esto es, “cómo es percibida por los seres humanos a través de un conjunto de creencias y de conocimientos, y de cómo mediante los significados y las representaciones simbólicas, utiliza y/o maneja los paisajes y sus recursos naturales” (Toledo V., Barrera N., 2008: 23).

Quienes sigan esta investigación hasta las últimas consecuencias podrán ver a lo largo del trabajo que el análisis se concentró en los elementos propios de la historia ranchera; sin embargo, tuvimos que hacer referencias y análisis a elementos exógenos, que han incidido en la producción del espacio social ranchero³. Y es que como bien lo sugiere la etnoecología política perfilada por Norma Helen Juárez, cuando habla de las transformaciones en la producción y el consumo de viandas en Cuba (2013): “En un mundo global, los cambios sociopolíticos, en sus diferentes escalas, tienen efectos que trastocan la vida cotidiana, desde los modos de producción hasta el gusto por nuevos alimentos y con ello cambios en las tradiciones culinarias.” (Juárez 2013: 3).

Objetivos e hipótesis

Frente al incesante e insaciable deseo de acumulación capitalista, que mantiene a toda forma de vida en el planeta Tierra pendiendo de un hilo, reconocer la memoria biocultural de los pueblos se ha vuelto una tarea emergente, y me atrevería a decir que impostergable. En el reconocimiento del proceso mediante el cual diversas colectividades sociales en un

³ Por ejemplo, en la primera mitad del siglo XX los rancheros, particularmente de las zonas serranas, se dedicaron a explotar el “cascalote” del palo blanco, el cual era vendido a uno de los comercios más importante de la región. Esta empresa propiedad de la familia Rufo, compraba toneladas de “cascalote”, en toda la región sur de la península, con el cual producía tintura con la cual teñía las pieles de ganados ya curtidas, también adquiridas de los ranchos, para exportarlas al centro de país para la producción de diversas mercancías como calzado.

largo tiempo histórico han metabolizado nichos biológicamente muy diversos, constituyendo así formas sociales de vida relativamente prudentes, están implícitas las alternativas para la emergencia de nuevos estilos de vida para el futuro cercano.

Nosotros partimos precisamente de la idea de que la memoria biocultural del rancho sudcaliforniano ha permitido a distintas generaciones metabolizar socialmente geografías aparentemente hostiles y limitadas en elementos vitales tales como el agua. Al mismo tiempo, este proceso metabólico ha orientado la emergencia de una forma de vida relativamente frugal, significativamente prudente, ergo, respetuosa del espacio bio-físico (la coexistencia con los no humanos) habitado por estas colectividades. Es decir, el rancho ha sabido a lo largo del tiempo establecer relaciones productivas (apropiaciones) con la naturaleza, benignas para la regeneración de los mismos nichos ecológicos y de las mismas colectividades humanas.

Sin embargo, en las últimas décadas, una multiplicidad de factores exógenos/endógenos ha orientado heterónomamente una serie de transformaciones, de orden material y simbólica, que están poniendo en riesgo el proceso constitutivo y reproductivo de la memoria biocultural del rancho. Las prácticas tecno-científicas (incluidas la tecnología de información), las condiciones materiales que dificultan la reproducción social (pobreza, marginación, migración) y el nuevo lenguaje económico-ambientalista del capitalismo verde (difundido a través de un sector mayoritario de la academia, de asociaciones civiles conservacionistas y de los distintos niveles de gobierno), están acelerando transformaciones que trastocan las formas en que los rancheros (y el mundo en su conjunto) históricamente se han apropiado de la naturaleza circundante y se han adaptado a ella, amenazando así la continuidad histórica de uno los reductos de una forma de vida relativamente prudentes de Baja California Sur.

Ante las nuevas condiciones globales impuestas por los grandes capitales, la continuidad histórica del rancho sudcaliforniano se encuentra comprometida debido a dichos procesos. Ante esta fragilidad, es que vemos importante reconstruir su memoria biocultural. Este ejercicio tuvo un grado de complejidad que volvió la tarea muy complicada. Y lo complicado apareció en varios sentidos. Teórica-metodológicamente no fue sencillo el camino, entre otras cosas, este fue un ejercicio personal que me obligó a hacer cosas que necesariamente deben hacerse de manera colectiva; aunque debo reconocer que este viaje fue menos turbulento de lo que pensé, sobre todo por la ayuda

de quienes en el último de los casos se convirtieron en mis maestros: las familias rancheras.

Además, tuve la fortuna de encontrarme con académicos y académicas de primer nivel, que entendían la necesidad de fracturar las fronteras entre las disciplinas científicas que tradicionalmente y por separado, han puesto su ojo descriptivo y analítico sobre el rancho, inyectándole horas de reflexión para la salida de este franco problema. Entre ellos, mis queridos maestros Narciso Barrera-Bassols, Esteban Barragán, Nemer Narchi, y por supuesto, Rossana Almada Alatorre. Ellos entendieron que esta era la única manera de acercarnos a estas complejas formas sociales de vida.

Desde el momento en el que emprendimos este viaje, tuvimos relativamente claro que el objetivo principal de nuestra investigación fue:

Analizar las características de la memoria biocultural, sus dispositivos para el continuo proceso de su constitución y las condiciones histórico-sociales y tecnológicas que obstaculizan hoy su reproducción al interior de las colectividades rancheras enclavadas en la zona sur de la Sierra de la Giganta, municipio de La Paz, Baja California Sur.

Para cumplir con este objetivo, establecimos tres objetivos específicos:

- i. Analizar los elementos no humanos que han sido fundamentales en la articulación y reproducción de la memoria biocultural ranchera
- ii. Analizar los dispositivos que han permitido el continuo proceso de constitución de la memoria biocultural en el rancho sudcaliforniano
- iii. Analizar los eventos, fenómenos y los discurso tecno-científicos que han mermado el continuum histórico de la memoria biocultural en el rancho sudcaliforniano

La guía para nuestro trabajo reflexivo y los ejercicios en campo, los presentamos en la siguiente hipótesis:

La memoria biocultural de los rancheros sudcalifornianos de la zona sur de la sierra de la Giganta ha orientado históricamente la constitución de formas de vida que les ha permitido a estas colectividades mantenerse enclavadas en

espacios geo-ecológicos aparentemente limitados y agrestes, por un periodo histórico de larga duración y a pesar de diversos acontecimientos histórico-económicos que han estado relacionados con su propio desarrollo.

Perfil metodológico

La complejidad del tema nos obligó a dimensionar los objetivos que nos planteamos. Entre otras cosas, esto nos permitió agudizar la mirada y sobre todo, determinar los requerimientos para construir con ello las herramientas más pertinentes para recopilar información en el campo. En este sentido, se decidió organizar la memoria biocultural ranchera, en las tres dimensiones que propone Toledo y Barrera-Bassols (2008): Kosmos, Corpus y Praxis. Cada una de ellas tuvo su propio indicador.

Variable	Definición conceptual	Definición operacional	Dimensión	Indicadores	Instrumentos para recopilar datos
A. MEMORIA BIOCULTURAL	La memoria biocultural es la memoria de las relaciones de apropiación que las sociedades han establecido con su naturaleza circundante y que les ha permitido co-evolucionar con ella	La memoria biocultural se constituye con la interacción entre las representaciones sociales sobre la naturaleza, la sabiduría tradicional y prácticas eco-sociales	Kosmos	Significaciones en torno a la naturaleza (desierto/humedal/montaña)	Entrevistas/observación [diario de campo]
				Representaciones y percepciones de la naturaleza	
				Percepciones y paisaje	
				Percepciones del tiempo	
				Ritualidades y afecciones	
			Corpus	Flora y fauna: alimentación, salud, vivienda, cacería	Entrevistas/historias orales temáticas/ (observación) notas de campo/SIG/Mapas Comunitarios
				Saberes geográficos y ganadería: ojos de agua, tinajas, pozas, querencia, geosímbolos, senderos, etc.	
				K. saberes hidrológicos: nubes, viento, clima,	
				Agricultura: suelo, rotación de cultivo, agroforestería, siembra discontinua.	
				Producción de alimentos	
			Praxis eco-social	Indicios climatológicos: clima, desastres, prevención	Notas de campo (observación)/micro-documentales/Entrevistas
				Saberes astronómicos	
				Uso de flora y fauna silvestre sobre la salud	
				Uso, cosecha y administración de agua	
				Uso y administración de flora para fines productivos	
Sistema agro-silvo pastoril: siembra, cosecha, consumo					
Prevención en sequía y huracanes					

No obstante, lo primero que asumimos es que debíamos deshacernos de todos nuestros prejuicios culturalmente edificados a partir de nuestra experiencia fuera de los ranchos. Cosa que lo asumíamos imposible, pero debíamos hacerlo así para minimizar los riesgos y errores tradicionales de la ciencia positivista. Por ello, no queríamos decir más de lo que el territorio ranchero pudiera decir de sí mismo. La estrategia fue que por lo menos un par de años estuvieramos sin sacar una cámara, un micrófono, una libreta o cualquier otra cosa que regularmente los investigadores sacan frente a lo que observan detalladamente, y requieren para sistematizar datos. Caminamos como diría Thoureu (2016), sin rumbo fijo y sin un destino (aparente) determinado para la llegada.

Sabíamos que solamente así podríamos reconocer algunos indicios de las singularidades propias de las formas de vida ranchera, pero no sabíamos exactamente qué nos encontraríamos. Sin embargo, debo mencionar que mucho tiempo después de esos primeros dos años (maestría), fue que empezamos a entender que las huellas propias de

los rancheros estaban en el monte grande (la montaña⁴) y al mismo tiempo, alrededor de los aguajes. Y que no podía entenderse esta forma de vida si no era a través de este movimiento constante entre una escala y la otra del territorio ranchero.

No fue una casualidad que la geografía haya brindado las grandes aportaciones que nos dio. Para sistematizar las prácticas rancheras requerimos tal y como decimos nosotros, caminar la piedra con libreta en mano. En los senderos, mientras caminábamos, un mundo de vida floreció con las palabras de los acompañantes. Lo mismo sucedió cuando regresamos a las casas de quienes nos dieron por años, techo y comida. La entrevista a profundidad, la observación y los diarios de campo se volvieron imprescindibles para este trabajo.

Otra de las herramientas que tiene su propia metodología y que fue fundamental para el segundo momento de nuestro ejercicio, fueron los análisis geo-espaciales. Los Sistemas de Información Geográfica como el ArcMap y el ArcScene (ArcGis 10.1), se convirtieron esenciales para observar el territorio ranchero como una constelación de prácticas, saberes, emociones y creencias en un espacio con fronteras porosamente delimitadas. Analizado espacialmente el rancho a través de los SIG y las observaciones en campo, los vaqueros y sus familias realizaron un trabajo cartográfico extraordinario, en dos distintas áreas. Como las localidades rancheras en donde trabajamos están situadas en dos microcuencas distintas, decidimos utilizar ese criterio hídrico para construir cartografía comunitaria. Con ella, los grupos identificaron los senderos de sus territorios; los cerros que lo constituyen y los nombres de cada uno de éstos; todos los aguajes, tinajas y pozas; las zonas de pastores, los parajes o ranchos antiguos, los espacios emocionales más fuertes y, lugares de referencia, entre otra cosas que veremos en el capítulo correspondiente (cap.3). Con este trabajo terminamos por arriesgarnos a delimitar el territorio ranchero, y a sostener que éste, se constituye a partir de un complejo de localidades rancheras que comparten fronteras.

Junto a esta cartografía, trabajamos también con jóvenes de los ranchos que componen nuestro espacio-tiempo de estudio. Con ellas y ellos, realizamos croquis o dibujos parlantes, que nos pudieran dar pautas para conocer la concepción o

⁴ Por supuesto que esto no lo pensé solo. Fue gracias al acompañamiento y las largas conversaciones con Adán encinas Amador, mientras me guiaba por los recovecos de tu territorio; y gracias también, a una larga y permanente discusión con mi director de tesis, Narciso Barrera-Bassols. Sin ellos dos como guías este trabajo hubiera tomado otro rumbo.

representaciones que tiene del rancho las últimas generaciones que viven aún entre las piedras.

En la última fase de nuestro trabajo requerimos construir y aplicar dos tipos de encuestas. Una, para la población mayor de edad de cada una de las familias de las localidades rancheras; la cual se aplicó en cada localidad. Y la otra, fue para niños y niñas, la cual fue aplicada en el internado de La Soledad⁵.

Vale comentar tres cosas sobre la encuesta para mayores de edad. La primera, es que se aplicó una prueba piloto, se corrieron datos recabados y vimos la necesidad de reorganizarla. La re-organización se hizo junto con Javier Amador Cervantes, en el rancho Buenavista. El segundo apunte que se debe hacer, y que no solo corresponde al trabajo de encuestas, sino además a la de las entrevistas temáticas que realizamos para construir una matriz de información sobre el conocimiento y el uso de la flora silvestre, por ejemplo, es que, por las características geográficas, históricas y económicas que comparten quienes viven en el territorio de La Soledad, utilizamos una muestra no probabilística de tipo bola de nieve. Y el tercer apunte, es que para procesar los datos utilizamos la paquetería de Excel y además, el software Visual Anthropic 1.0, el cual nos permitió analizar datos cualitativos y obtener consensos culturales (saliencia) sobre diversos saberes relacionados con el ecosistema de montaña árida.

Por último, es importante comentar que el trabajo siendo un esfuerzo de interpretación y comprensión de las formas de vida rancheras, se inició suponiendo que la metodología fundamental sería de corte cualitativo. Sin embargo, en la última fase del trabajo y con la experiencia de caminar la montaña y, el encuentro con una diversidad de datos que exigían tratamiento distinto, nos vimos en la necesidad de recurrir a técnicas como las encuestas por ejemplo, o datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, que nos permitieron organizar y analizar información bajo una perspectiva cuantitativa.

Estructura del trabajo

Este trabajo lo dividimos en 3 momentos o pausas. El primer capítulo es de orden teórico, y en él buscamos de alguna manera darle sentido a la reflexión sobre las formas de vida rancheras, la producción de los paisajes serreños y las prácticas territoriales de quienes históricamente han vivido entre las piedras. El segundo capítulo es un ejercicio de orden

⁵ En el internado, ubicado en la subdelegación de la Soledad, asisten niños de los ranchos aledaños, por ello se decidió ese lugar como la base de la aplicación de la encuesta.

histórico, y el tercer capítulo, donde se presentan los datos que recuperamos en campo, es un trabajo de orden etnoecológico.

El *primer capítulo* se titula ***Acumulación originaria, metabolismo social, paisaje y territorio*** y con él revisamos algunos conceptos que nos permitieron entender la fuerza de los factores que han abonado a la producción y a la transformación de los paisajes y los territorios, las creencias, los saberes y las prácticas eco-sociales en los ranchos de la zona sur de la Sierra la Giganta. En este sentido, nos aproximamos lo más cuidadosamente posible a ideas como la de acumulación originaria, metabolismo social, modos de apropiación y por supuesto, los conceptos de paisaje y territorio.

El segundo capítulo lleva como título **Paisajes y procesos de territorialización en el desierto y en las sierras de la península de Baja California**, y buscamos en un primer momento, hacer una caracterización geológica, paleo-ambiental y ecosistémica de la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta (CONABIO 2008), y posteriormente, presentar algunas características de los tres grandes procesos de abigarramiento biocultural en torno al ecosistema de montaña, que han devenido en esa región durante los últimos 10,000 años.

Y en el último capítulo, intitulado como **Memoria ranchera: representaciones, saberes y prácticas eco-sociales en torno al monte grande**, presentamos todos los argumentos que recuperamos en campo, para reconocer el territorio histórico de las personas arrancheradas en la región Sur de la Sierra de La Giganta.

Capítulo 1. Acumulación originaria, metabolismo social, paisaje y territorio

Las exploraciones y las rutas abiertas hacia América por los europeos al finalizar el siglo XV, representan las primeras *fracturas geopolíticas*⁶ (Braudel F., 1973; Mignolo W., 2004; Quijano y Wallerstein, 1992; Santos S. 2003; Wallerstein I., 2000) producidas por el incipiente (pero fervoroso) deseo de acumulación. Es por todos conocidos que, con el tiempo este proceso se complejizó, lo que ha devenido en fenómenos de alcances mundiales que muchos, sin recato alguno, llaman globalización⁷. Esta violenta aventura que inauguró el largo proceso histórico de expansión capitalista, es exhibida por Fernando Braudel e Immanuel Wallerstein, entre otros, con las metáforas de la Economía-Mundo y del Centro-Periferia⁸, respectivamente. En su incesante e insaciable deseo de acumulación los países *centrales* del nuevo *sistema-mundo* moderno capitalista produjeron violentamente las condiciones materiales y simbólicas necesarias para anidarse en las *periferias planetarias*; transgrediendo en la mayoría de los casos, drásticamente, las formas de vida, los saberes, los paisajes y las territorialidades de los diversos pueblos no europeos. En pocas palabras, los europeos negaron cultural, epistémica y ontológicamente todo aquello que no cumpliera con su modelo civilizatorio. Esto ha permitido justificar política y moralmente el proyecto global colonial y

⁶ Al igual que el concepto de *apertura geográfica*, la idea de *fractura geopolítica* nos permite explicar cómo es que una región sufre “profundas transformaciones ecológicas y/o sociales consecuentes a la conexión creciente e incontrolada de esta región con el resto del mundo” (Granier). Sin embargo, es importante asumir el carácter determinista en esa idea, ya que una *apertura geográfica* presupone un relativo aislamiento, el cual por cierto se vuelve difícil de sostener sobre todo cuando no estamos hablando de territorios insulares o de una sola cultura. Pero más allá de lo anterior, nos parece que este concepto carece de la suficiente fuerza para incluir la violencia política-cultural de las fuerzas económicas y religiosas representados por los europeos, que impusieron como parte de la acumulación originaria del capitalismo mundial, nuevas formas de vida.

⁷ Arjun Appadurai en *El rechazo a las minorías* (2007), expone una interesante reflexión sobre la narrativa de la globalización. Si bien sugiere leer a ésta como un fenómeno que se extiende en la historia desde el siglo XVI con la emergencia de la modernidad europea y la invención de América, reconoce al mismo tiempo su reformulación y la emergencia de nuevas características de este proyecto histórico. Entender la novedad, dice Appadurai, requiere, por un lado, un esfuerzo por complejizar el análisis socio-histórico y por el otro, más difícil aun, se requiere un lenguaje distinto con el cual nombrar lo nuevo. Menciona que existen tres factores que vuelven difícil aprehender el fenómeno de la globalización y a los cuales hay que ponerles un poco de atención: el primero es la financiarización del capital, que convive con las formas tradicionales de la estructura mercantil; el segundo la tecnologización del mundo de la vida, y fundamentalmente del campo de la economía y, por último, el tercero, la radicalización de las contradicciones sociales y las diversas crisis identitarias.

⁸ Si bien esta metáfora nace en el seno de la teoría de la dependencia con Raúl Prebisch, con la cual busca mostrar la mundialización capitalista a partir de la diferenciación de países centrales y periféricos, esta, como bien lo expresa Aníbal Quijano, “fue retomada y reelaborada por Immanuel Wallerstein (...) desde una perspectiva donde confluyen la visión marxiana del capitalismo como un sistema mundial y la braudelianna sobre la larga duración histórica” (Sousa Santos y Meneses L., 2014: 70).

capitalista, que tiene su punto de partida en el fenómeno que Marx (1977) lucidamente reconoció con la categoría de *acumulación originaria*.

Si bien las ideas que giran en torno a este concepto fueron aparentemente periféricas en el pensamiento de Marx, desde hace algunas décadas ha sido fuente de numerosas e importantes aportaciones teóricas, que intentan, por cierto, elucidar las nuevas características de las diversas formas del capitalismo contemporáneo y la crisis civilizatoria en la que este deseo de acumulación nos ha sumergido a todos en la actualidad. No obstante, nos parece que esta idea nos puede servir para entender no solo el punto de partida de la puesta en marcha de la estructura mercantil capitalista en los términos económicos o políticos expresados por Marx desde las primeras líneas del capítulo XXIV de *El Capital*, sino que además la *acumulación originaria* nos permitirá reconocer los diversos mecanismos de sometimiento sobre las formas locales (tradicionales) de apropiación de la naturaleza, los saberes, los paisajes y las territorialidades no occidentales, bajo la lógica de la acumulación y las mercancías, y cómo estas transformaciones fracturan algunas veces de manera violenta, la relación entre los hombres y la naturaleza, a tal grado que dejan ver o aceleran problemas socio-ambientales serios y perdurables.

Para explicar la devastación ecológica en el marco del modo de producción capitalista del siglo XIX, Marx utiliza otros conceptos de relativa complejidad, como el de metabolismo social y la fractura metabólica, de los cuales haremos algunos apuntes también. Estos apuntes no necesariamente tienen la intención de evidenciar que la crisis contemporánea es fundamentalmente un producto del capitalismo, sino más bien para entender que las relaciones entre las personas y la naturaleza se transforman a lo largo del tiempo y que en los últimos tres siglos, lo han hecho drásticamente, principalmente por esa vieja y actualizada necesidad de acumular capitales.

Es decir, si bien no buscamos realizar un diagnóstico de la crisis ecológica que enfrentamos, como tampoco se trata de realizar una rigurosa genealogía de las categorías marxistas antes mencionadas, estamos convencidos que aproximarnos a algunos de estas ideas nos ayudará en mucho a entender más adelante los tipos de relaciones que se han establecido entre las personas que han habitado esta península y la península misma, geológica, biológica y ecológicamente hablando. De la misma forma, tener cierta claridad sobre conceptos como el de *acumulación originaria*, *metabolismo social* y *apropiación de la naturaleza*, y la relación que mantienen éstas con las ideas de *paisaje*, nos va ayudar más adelante a analizar la configuración biocultural de las colectividades rancheras de

montaña y a entender de mejor manera las transformaciones que hoy suceden cotidianamente en estos territorios sudcalifornianos.

Esta es la historia general del trabajo. Desde hace años, sin exagerar, venimos dialogando con la ruralidad sudcaliforniana, y específicamente con los ranchos de la zona sur de la Sierra la Giganta, para entender las formas de vida que desde allí gestan, en su peculiar dimensión. Hemos reconocido una diversidad de formas sociales peninsulares como son los pescadores, de los litorales peninsulares y, rancheros de las montañas y de las planicies. No obstante, los tipos de relaciones (racionales, afectivas, simbólicas) que aún mantienen con la tierra y el mar, con el planeta Tierra en general, nos permiten trazar una historia en común, una etnogénesis, por decirlo de algún modo. Es decir, lo que une a esa diversidad de formaciones sociales es el abigarramiento entre los tiempos del hombre y los de la naturaleza que, en buena medida, les ha permitido *producir para la vida* en condiciones desérticas muy limitadas

No podemos negar la cruz heraclitiana que cargamos. Estamos convencidos que todo cambia. No existe algo que permanezca en un estado de pureza. Lo sabemos. Perdón, lo asumimos. La historia geológica, biológica, ecológica y socio-histórica es la historia de las transformaciones. Sin embargo lo que nos interesa no es precisamente plantear en esos términos el cambio. Lo que es realmente importante reconocer es que las transformaciones o los cambios se dan, tal y como lo sugiere Edgar Morin, a través de bucles y retroacciones entre lo biológico, lo geológico, lo ecológico y más tardíamente lo socio-antropológico. Y decimos esto último porque en estas transformaciones o co-evoluciones, por lo menos hasta un momento de nuestra historia como personas en colectivos, ciertas fuerzas económicas y geopolíticas han sido cruciales para orientar un camino determinado que, sin exagerar nos han llevado a un aparente callejón sin salida. Tan así, que en el 2008, por ejemplo, la Comisión de Estratigrafía de la Sociedad Geológica de Londres; la asociación más veterana de científicos sobre la Tierra; se ha reunido y ha aportado pruebas suficientes y “muy robustas de que la época del Holoceno (...) terminó, y de que la tierra ha entrado en ‘un intervalo estratigráfico sin precedentes parecidos en los últimos millones de años’” (Davis M., 2008). Esta época que termina da paso a lo que algunos científicos han llamado el *Antropoceno*. Quienes argumentan a favor mencionan que fue con el advenimiento de la sociedad industrial y su desarrollo *urbi et orbi*, que la naturaleza sufrió transformaciones profundas en su estructura y su dinámica:

“Esta nueva era, explican, viene definida tanto por la tendencia al calentamiento (cuyo análogo más próximo podría ser la catástrofe conocida como el Máximo Térmico del Paleoceno-Eoceno, hace 56 millones de años) como por la radical inestabilidad esperada en las condiciones medioambientales futuras. Con prosa sombría, alertan de que “la combinación de extinciones, migraciones globales de especies y una substitución masiva de la vegetación natural por monocultivos agrícolas están produciendo una señal bioestratigráfica distintivamente contemporánea. Esos efectos son permanentes, porque la evolución futura se dará a partir de las reservas sobrevivientes (frecuentemente redistribuidas antropogénicamente)”. La misma evolución, dicho en otras o palabras, ha sido forzada a discurrir por una nueva trayectoria.”

Dos cosas para cerrar esta idea y abrir la revisión conceptual que venimos prometiendo desde un principio. La primera es que, en efecto, el cambio o las transformaciones son inevitables, sí, pero los caminos civilizatorios que decidimos recorrer o que nos impusieron han sido un accidente histórico, es decir, una creación humana. En este sentido, para nosotros, es importante entender cuáles son esos factores que de una manera u otra han influido en las transformaciones del paisaje y por supuesto, en las relaciones con la naturaleza que nos envuelve y circunda. El concepto de acumulación originaria, como punto de partida, nos va permitir entender esto, por eso lo revisaremos. Por otro lado, como ya también hemos dicho hasta el cansancio, donde vamos a poner énfasis es en el entrelazamiento entre lo humano y lo no humano, que ha sido condición *sine qua non* para el desarrollo de toda forma de vida, y particularmente la social-humana. Para entender esto, vamos a revisar otro concepto que se ha vuelto muy importante para la ciencia contemporánea, y que al igual que el de acumulación originaria, proviene de Marx. Nos referimos a la idea de metabolismo social. Estos son las dos grandes categorías que nos van a permitir revisar, más adelante también la idea de paisaje y de territorio.

I.1 La acumulación originaria y el mundo de las mercancías

En el *Nuevo Imperialismo* David Harvey acertadamente menciona que una lectura bien hecha del capítulo XXIV de *El Capital*, nos permitirá entender cómo a través del concepto de *acumulación originaria* se puede reconocer incluso hoy en día una gama de procesos sociopolíticos, jurídicos e histórico-culturales, que tienen como objetivo final, la acumulación de capitales:

Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria revela un rango amplio de procesos. Estos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad –común, colectiva, estatal, etc.– en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de

producción y consumo alternativas; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales (Harvey, 2004: 112)

Lo que llama la atención de esta cita de Harvey, aunque no lo diga directamente, es la transformación en las maneras en las que el hombre se relaciona con la naturaleza a través del trabajo. Y, sobre todo, los intercambios energéticos y materiales implícitos en estas relaciones que, por cierto, son históricas, es decir, son producidos por los humanos en momentos específicos y ha cambiado en el tiempo. Harvey quien ha dedicado una buena parte de sus esfuerzos para visibilizar la lógica de desposesión que precede a la acumulación capitalista, ha dejado de manifiesto que en el fondo no existe una diferencia entre su planteamiento y el del mismo Marx. En el mejor de los casos es una actualización del planteamiento marxiano, a la luz del presente, es decir, la acumulación por desposesión es la acumulación originaria o primitiva expuesta en *El Capital*, de frente a un capitalismo mucho más violento y depredador que el analizado por el mismo Marx en el siglo XIX.

Algunos lectores del geógrafo inglés malamente sostienen que la acumulación originaria es un proceso que tuvo un origen y desapareció ex-abruptamente en Inglaterra, dando paso a los procesos propios de la acumulación de capitales, en diferentes geografías del planeta Tierra y con sus propias velocidades. Una lectura del problema planteado por Marx, de esta forma, es contrario al mismo materialismo histórico. De hecho, una lectura de esta naturaleza es opuesta a la sugerida por el mismo Harvey, al que ciegamente muchos citan al mencionar a éste que los rasgos descritos por Marx en *El Capital* “han estado claramente presentes en la geografía histórica del capitalismo. Algunos de ellos se han adecuado y hoy juegan un rol aún más importante que el que habían jugado en el pasado”.

En efecto, Marx deja muy claro que la acumulación primitiva es el preámbulo de la acumulación capitalista. Específicamente dicho por él mismo, la acumulación originaria es su punto de partida:

“La acumulación del capital presupone el plusvalor, el plusvalor la producción capitalista, y ésta la preexistencia de masas de capital relativamente grandes en manos de los productores de mercancías. Todo el proceso (...) parece suponer una acumulación originaria previa a la acumulación capitalista (...), una acumulación que no es el resultado del modo de producción capitalista, sino su punto de partida” (Marx 1977: 891)

Lo que nosotros prevemos y vamos intentar demostrar teóricamente, son dos cosas. Por un lado, que los diversos puntos de partida de cualquier proceso de acumulación se

manifiestan de diversas maneras, dependiendo de la geografía en la que éstos busquen anidarse y, además, de que éstos cambian dependiendo de la temporalidad. Esto significaría que la acumulación originaria representa las necesidades de producir un espacio y una temporalidad a través de la cual sea posible generar riqueza y acumularla en pocas, muy pocas manos.

Para iniciar el proceso de acumulación, entre otras cosas, el capitalismo requiere la relación de dos clases sociales, radicalmente opuestas entre sí. Estas clases se van a caracterizar por poseer de distinta manera las mercancías que van a generar riquezas. Por un lado, deben estar los propietarios del dinero, de los medios de producción y de subsistencia, a quienes les toca agregarle valor a la mercancía “mediante la adquisición de fuerza de trabajo ajena”, de la cual esta clase se apropia también. Del otro lado, deben existir trabajadores que vendan lo único que asumen que les pertenece, que es su fuerza de trabajo, para producir mercancías que no van a satisfacer solamente sus necesidades básicas. Así lo dice Marx:

“El dinero y la mercancía no son capital desde un primer momento, como tampoco lo son los medios de producción y de subsistencia. Requieren ser transformados en capital. Pero esta transformación misma solo puede operar bajo determinadas circunstancias coincidentes: es necesario que se enfrenten y entren en contacto dos clases diferentes de poseedores de mercancías” (Marx 1977: 892)

En efecto, la historia de la humanidad está marcada por la historia de la lucha de clases, de los oprimidos y de los opresores, de los dominados y de los dominadores, como claramente lo dicen el mismo Marx y Friedrich Engels en los primeros párrafos del Manifiesto del Partido Comunista. Es decir la historia de la humanidad es la historia del cambio. Sin embargo, a diferencia de otros momentos que precedieron a la época de la burguesía moderna, ésta se “distingue por haber simplificado las contradicciones de clase” (Marx 2011: 31):

“En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.” (Marx 2011: 30-31)

Y precisamente esta nueva polarización es una de las condiciones para liar los engranajes de la gran maquinaria. Lo que significa que, si no existen estas clases, opuestas entre sí,

hay que re-producir la contradicción capitalista. Si bien Marx reconoce la característica revolucionaria del modo de producción capitalista, sabe perfectamente que para que el dinero, la mercancía, los medios de producción y subsistencia puedan producir capitales, es decir dinero, lo primero que habrá que hacer es despojar de sus medios de subsistencia a los trabajadores y al mismo tiempo, cosificar la conciencia en aquellos territorios no capitalistas. Esto obviamente, incluso aunque se ejerza la violencia, no se puede dar de la noche a la mañana. En ese sentido, la *acumulación originaria* es un proceso histórico que no se produce ni en Inglaterra ni da inicio con la transformación de la herramienta simple a máquina herramienta. La acumulación primitiva que es la “escisión entre productor y medios de producción [...] Aparece como originaria porque configura la prehistoria del capital y del modo de producción correspondiente al mismo” (Marx 1977: 893) Esto quiere decir que el proceso que permite la relación del capital lo origina precisamente la acumulación primitiva, al despojar a los productores tradicionales de los medios de producción y subsistencia, para convertirlos así en trabajadores libres⁹ y a la postre, en asalariados. Y esto viene sucediendo por lo menos desde hace un par de siglos antes que explotará la primera revolución tecnológica en Europa.

Lo importante aquí es entender que el proceso de acumulación en general se monta para ponerse en marcha, sobre procesos de destrucción biocultural. Por un lado, requiere que todas las formas de apropiación y formas de producir, se rindan a sus pies, es decir, al modo de producción capitalista que, a través de diversos mecanismos, va a sujetar las cosmovisiones, los saberes y la praxis de las personas que habitan el lugar en donde este modo intenta anidarse; y las transforma (sino es que las aniquila), para que respondan a sus necesidades y así, transforma por ejemplo al pescador, cazador o recolector tradicional, que cuenta con sus propios medios de subsistencia y que generacionalmente se ha apropiado de un saber tradicional no tecnificado que le permiten manejar sus artes y administrar así su naturaleza circundante; convirtiéndolo en un trabajador a su servicio, pero sobre todo, debe asumir entre otras cosas por ejemplo, que lo no humano se convierta en una proto-mercancía que puede intercambiarse a partir de un valor agregado por el mercado mismo o en su caso, el mercader. En este último sentido, es fundamental destacar que ese productor primario del que hablamos hipotéticamente no solo transforma la

⁹ Es importante mencionar que el *trabajador libre* es el trabajador ya despojado de sus formas de vida, que queda a merced del capital. Por ejemplo, el pescador que es despojado de su espacio de trabajo, pero además, que el espacio se apropia de tal manera que es imposible trabajar en él aunque el capitalista se lo permita. Necesita cambiar su forma, convirtiéndose así en un trabajador libre para asalariarse

naturaleza haciendo para sí un espacio. Su forma de experimentar el mundo, de intervenirlo, implica una cosmovisión determinada históricamente, saberes situados y afectos que en buena medida son compartidos por la sociedad a la que este pertenece. Estas relaciones *topofílicas* son determinantes para constituir paisajes específicos. Y si estos paisajes tampoco responden a las necesidades del capital, de la misma manera deben transformarse.

Este proceso de escisión abarca según Marx, todo el desarrollo de la sociedad burguesa hasta nuestros días. Por lo menos y desde la perspectiva histórica del materialismo, durante tres siglos el capitalismo se ha caracterizado por el sojuzgamiento de los productores tradicionales, sus paisajes y territorios.

“En la historia del proceso de escisión hacen épocas desde el punto de vista histórico, los momentos en los que se separa súbita y violentamente a grandes masas humanas de sus medios de subsistencia y producción y se les arroja, en calidad de proletarios totalmente libres, al mercado de trabajo. La expropiación que despoja de la tierra al trabajador, constituye, el fundamento de todo proceso” (Marx 1977: 895)

Claro que la forma que han tomado los cambios ha variado en el tiempo y los diversos espacios del planeta Tierra; como bien lo dice Marx: “la historia de esas expropiaciones adopta diversas tonalidades en distintos países y recorre en una sucesión diferentes las diversas fases”. No obstante, y de cualquier modo, podríamos arriesgarnos a mencionar que las fuerzas del capital, como bien parafrasea Marshall Berman al mismo Marx, diluye todo lo sólido en el aire. La rigidez de la cultura que orientó, a través de procesos de larga duración estilos de vida con una tradición no occidental, frente a las fuerzas capitalistas, se convierte en una endeble y fina urdimbre de significados que aquel moldea con sus propios dispositivos de poder, de tal manera que adecua una buena parte de la vida, la praxis y el espacio social a sus propias necesidades.

Lo que nos interesa destacar es que en un principio lo que se fracturó con la imposición de nuevas formas de experimentar la vida, es la relación metabólica hombre-naturaleza, lo que ha provocado para decirlo en términos marxianos, una fractura irreparable¹⁰. No es casualidad esto que mencionamos, sobre todo porque como hemos

¹⁰ El modo de producción capitalista ha fracturado el metabolismo social del planeta Tierra de tal manera que, según el último informe de algunos científicos de la Universidad de Stanford y la Universidad Nacional Autónoma de México, el uso excesivo de los recursos naturales al mismo tiempo que la invasión de diversos nichos ecológicos habitados por distintos animales, ha provocado el inicio de la sexta extinción masiva de especies

insistido, este modo de producción necesita extraer toda la energía posible del planeta Tierra para mantenerse, artificialmente, con vida.

No obstante a que hoy estamos viviendo las consecuencias de la modernidad capitalista (Giddens A., 1994) habrá que reconocer que los cambios sociales no se han realizado de manera rápida y sobre todo, de forma totalitaria. Estos han sido muy lentos y existen hoy espacios y campos de la vida social que el sistema de producción dominante no ha alcanzado atrapar (Scott 2009). Podemos decir que las transformaciones se dan a través de micro-procesos que preparan lentamente el terreno, socio-culturalmente hablando, haciendo posible así, entre otras cosas, que las personas en colectivos, mantengan un tipo de apropiación de la naturaleza, produciendo paisajes y constituyendo al mismo tiempo diversos tipos de territorialidades que no tengan como fin la acumulación y la ganancia. En este sentido, se vuelve muy pertinente abordar algunas ideas que nos permitan entender las relaciones existentes y posibles entre las diversas sociedades y sus entornos inmediatos. El acto de *apropiación* es una de esas ideas. Más adelante vamos profundizar sobre este concepto, pero por el momento podemos entender esta idea como la “la acción por la cual los seres humanos extraen un fragmento de la naturaleza para volverlo un elemento social” (Toledo, 2011). Es decir, la apropiación en los términos que lo planteamos, está íntimamente ligado a la idea de trabajo y de producción en Marx, y debemos considerar que si bien es una abstracción nos permite entender diversos tipos de intervención y praxis en tiempos y geografías distintas.

1.1.2 Acumulación originaria y metabolismo social

Ninguna sociedad puede sobrevivir sino es a través de un modo de producción que le permite, entre otras cosas, satisfacer las necesidades básicas de las personas y colectivos que la componen. Exagerando un poco, desde una perspectiva eco-política, nos atreveríamos a sugerir que a un modo de producción le corresponde una forma hegemónica de apropiarse de la naturaleza, es decir, una manera particular de transformar su mundo circundante.

En una sociedad con un modo de producción con tendencias hegemónicas como el capitalista, por ejemplo, se pueden desarrollar formas de apropiación que no estén subordinadas a la lógica de la acumulación. Estas formas cuando se dan, regularmente lo hacen en condiciones de violencia y represión, o bien, en el aislamiento y la marginalidad. Pongamos el ejemplo de los rancheros sudcalifornianos que históricamente se han

desarrollado la mayor parte del tiempo en la marginalidad política, económica y social. Para efectos del ejemplo podemos decir que los ranchos en su nivel económico pueden ser considerados como una unidad de producción. La producción depende fundamentalmente, como lo veremos más adelante, de la geografía donde éste se desarrolla. En los ranchos de montaña que estamos investigando, es decir aquellos donde las personas desarrollan sus prácticas productivas o actividades cotidianas entre los 400 y los 1600 m.s.n.m., generalmente se dedican a la agricultura y la ganadería semi-extensiva. Con la introducción del ganado por los misioneros jesuitas, los rancheros han practicado la ganadería para el sustento familiar y en las últimas décadas, hasta la fecha, en mayor o menor medida, han logrado la venta para el consumo externo. Al mismo tiempo se siembra regularmente en zonas escarpadas, por lo menos dos veces al año, y cuando lo hacen deben preparar el suelo, y cuando echan la semilla consideran varios factores, mismos que pueden ser religiosos¹¹, climáticos¹² y astronómicos, como el ciclo lunar. Sin embargo, no significa que estas prácticas de domesticación les haga desaprovechar sus saberes tradicionales sobre la vegetación que no han domesticado (en la montaña) como, por ejemplo, el de la *amourexia palmatifida* (León de la Luz *et al*, 2015: 214), conocida en el argot ranchero como *saya*. La saya es una herbácea anual de raíz tuberosa que florece gracias a las lluvias de verano, y que precisamente en las primeras semanas de *tiempo de aguas* se extrae para preparar diversos tipos de alimentos como por ejemplo, caldo de hueso salado. Además, de agosto a octubre, se recolecta la semilla reniforme de esta herbácea, la cual es utilizada desde hace siglos para producir con ella una bebida que en su tiempo y ante las carencias históricas de los rancheros, se hace “pasar por café”. Y al mismo tiempo existen diversas comunidades rancheras en los márgenes de los centros de población, donde además de extraer algunas semillas, frutos y tubérculos de las montañas; producir en sus huertos frutales y hortalizas, siguiendo su propia tradición; y manteniendo el ganado; también han asumido como un beneficio la

¹¹ Por ejemplo en la zona de la Soledad, por mucho tiempo se ha sembrado la calabaza el 2 de diciembre, conocido como el día de la candelaria. Se siembran en otros momentos, pero ese día ha sido especialmente importante. Cada vez menos personas, mujeres la mayoría, consideran esta fecha para la siembra, sin embargo esta práctica aún se mantiene en la memoria de quienes siguen considerando la siembra como una actividad crucial para el sostenimiento del rancho.

¹² El clima en Baja California Sur es árido. Con muy poca precipitación pluvial. Las personas en el rancho, en este sentido, dividen el año en dos grandes tiempos: el tiempo de aguas y el tiempo de secas. El tiempo de agua corresponde de los meses de agosto a marzo, y los tiempos de seca de marzo a julio. Hay una temporada que se siempre para producir comida para los animales, fundamentalmente; y otra temporada que se siempre fundamentalmente para el auto-consumo.

valorización mercantil del paisaje para actividades turísticas, e incluso han llegado a vender sus tierras para que se practique e impulsen proyecto de esa naturaleza.

Por supuesto que simplificamos de más los diversos procesos de apropiación mediante los cuales los rancheros sudcalifornianos hacen para sí y transforman la naturaleza, pero por lo pronto basta esto para exponer, primero, en qué sentido estos procesos no son tan simples, y por ello, se requieren de esfuerzos teórico y metodológicos para entender prácticas, saberes y representaciones en lugares como las montañas sudcalifornianas. Y sobre todo, con esto que comentamos podemos dar cuenta como lo sugerimos ya, que un modo de apropiación no es privativo de un mismo momento histórico específico.

Ahora podemos decir que, independientemente de los modos de producir y sus correspondientes formas de apropiación, prácticamente el entorno inmediato se transforma. En ese sentido satisfacer las necesidades humanas está relacionado siempre con un proceso que violenta la organización natural de la vida humana y no humana, es decir, *la estructura, dinámica y la evolución de las naturalezas*. Sin embargo, al mismo tiempo, y esto lo veremos ampliamente a lo largo de todo el trabajo, las relaciones que las familias ranchera ha establecido con sus entornos, les ha permitido edificar paisajes extraordinarios e inimaginables, incluso en contextos geográfico ampliamente limitados en elementos que permiten la vida, como el agua.

En sus análisis económico-políticos Marx se sirve del término *stoffwechsel* para explicar las relaciones orgánicas que se establecen entre la naturaleza interna y externa de los individuos y su entorno. Hay indicios de que este término, traducido como metabolismo social por algunos filósofos, sociólogos e historiadores, se forja tempranamente desde los *Manuscritos*, sin embargo, fue en *El Capital* donde se define como una categoría analítica que se vuelve crucial para el marxismo de Marx.

Si el Marx de los Manuscritos parisinos, influido por Feuerbach y el romanticismo, ve en el trabajo un proceso de humanización progresiva de la naturaleza, una humanización que coincide con la naturalización del hombre, y por lo tanto considera que la historia acuñada en el trabajo muestra en forma cada vez más clara la ecuación naturalismo=humanismo, el Marx del análisis económico, mucho más crítico, se sirve del término *Stoffwechsel* [intercambio orgánico], de un tinte científico-natural pero no por ello menos especulativo, cuando examina la mutable, pero en el fondo insuprimible lucha del hombre con la naturaleza (Schmidt 2011: 84)

Stoffwechsel es entonces el intercambio orgánico entre la naturaleza y el hombre. Veremos más detalles de esto poco más adelante, pero por el momento podemos apuntar que este concepto de corte naturalista Marx lo abigarra con el mundo social; esto le permite

explicar cómo es que el trabajo, es decir, la praxis, tiene un papel importantísimo en sus análisis. Digamos que el concepto de metabolismo recuperado en sus análisis permite explicar estas relaciones y las simultáneas transformaciones entre lo humano y lo no humano a partir del trabajo, y en ese sentido Marx recurre a la idea de metabolismo para definir el proceso mediante el cual el hombre, a través de su praxis, regula las relaciones con la naturaleza:

El trabajo es, antes que nada, un proceso que tiene lugar entre el hombre y la naturaleza, un proceso por el que el hombre, por medio de sus propias acciones, media, regula y controla el metabolismo que se produce entre él y la naturaleza. Se enfrenta a los materiales de la naturaleza como una fuerza de la naturaleza. Pone en movimiento las fuerzas naturales que forman parte de su propio cuerpo, sus brazos, sus piernas, su cabeza y sus manos, con el fin de apropiarse de los materiales de la naturaleza de una forma adecuada a sus propias necesidades. A través de este movimiento actúa sobre la naturaleza exterior y la cambia, y de ese modo cambia simultáneamente su propia naturaleza (Marx 1976: 283)

En sus *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Marx había ya explicado que los hombres no solamente viven de la naturaleza sino, sobre todo, como más tarde también lo sugiere en el *Capital*, el hombre es naturaleza. En ese abigarramiento, dice Marx, “la naturaleza constituye su cuerpo, y tiene que mantener un constante diálogo con ella, sino quiere perecer. Decir que la vida física y mental del hombre está vinculada a la naturaleza significa que la naturaleza está vinculada consigo misma, puesto que el hombre es naturaleza” (Marx) A la luz de Jeremy Foster, con el concepto de metabolismo Marx permite construir argumentos e ideas más sólidas sobre las relaciones simbióticas entre dos entidades que de fondo se relacionan ontológicamente, por decirlo de alguna manera:

“el posterior concepto marxista de metabolismo le permitía (a Marx) dar una expresión más sólida y científica de esa fundamental relación, al describir el complejo intercambio dinámico que se produce entre los seres humanos y la naturaleza, como consecuencia del trabajo humano. El concepto de metabolismo, con sus nociones asociadas de intercambios materiales y acción reguladora, le permite expresar la relación humana con la naturaleza como una relación que incluía las condiciones impuestas por la naturaleza y la capacidad de los seres humanos para afectar este proceso” (Foster 2002: 245)

Si bien Marx recurre a este concepto para hacer sus análisis, él no lo acuña y en ese sentido es justo darle el crédito a quienes lo pusieron a discusión en el campo científico. En el estudio que el mismo Foster realiza para escudriñar sus preocupaciones ecológicas (de Marx), se presenta una genealogía del concepto que valdría la pena seguir aquí para dar cuenta de las relaciones establecidas entre disciplinas aparentemente tan disímiles, como la economía política, la fisiología y la química. Ahí, Foster menciona que la idea de metabolismo fue utilizada, primeramente, a principios del siglo XIX, por fisiólogos

alemanes “para referirse primordialmente a los intercambios materiales que se producen dentro del cuerpo humano en relación con la respiración” (Foster 2002: 247). Décadas después Liebig, químico de origen alemán, se concentra más aun sobre las relaciones y procesos metabólicos edafológicos, que fueron fuertemente alterados por la industria moderna (agroindustria), es decir, lo que a Liebig le interesa es esa profunda transformación del suelo producto de la tecnificación en la agricultura y las migraciones urbanas que, a la luz del químico, provocó una fractura metabólica irreparable. Marx menciona en el tomo III de *El Capital*, cuando habla de “La génesis de la renta capitalista del suelo” (Foster 2002: 240) lo siguiente:

“El latifundio reduce la población agraria a un mínimo siempre decreciente y la sitúa frente a una creciente población industrial hacinada en grandes ciudades. De este modo da origen a unas condiciones que provocan una fractura irreparable en el proceso interdependiente de metabolismo social, metabolismo que prescriben las leyes naturales de la vida misma. El resultado de esto es un desperdicio de la vitalidad del suelo, que el comercio lleva mucho más allá de los límites de un solo país (Liebig) ... La industria a gran escala y la agricultura a gran escala explotada industrialmente tienen el mismo efecto. Si originalmente pueden distinguirse por el hecho de que la primera deposita desechos y arruina la fuerza de trabajo, y por tanto la fuerza natural del hombre, mientras que la segunda hace lo mismo con la fuerza natural del suelo, en el posterior curso de desarrollo se combinan, porque el sistema industrial aplicado a la agricultura también debilita a los trabajadores del campo, mientras que la industria y el comercio, por su parte, proporcionan a la agricultura los medios para agotar el suelo (Cfr. Foster 2002: 240)

Foster menciona además que, en *El Capital*, no se deja duda de esa irreparable fractura metabólica como consecuencia del desarrollo industrial entre las ciudades y la agricultura a gran escala:

La producción capitalista congrega a la población en grandes centros, y hace que la población urbana alcance una preponderancia siempre creciente. Esto tiene dos consecuencias. Por una parte, concentra la fuerza motriz histórica de la sociedad; por otra, perturba la interacción metabólica entre el hombre y la tierra, es decir, impide que se devuelvan a la tierra los elementos constituyentes consumidos por el hombre en forma de alimentos y ropa, e impide por lo tanto el funcionamiento del eterno estado natural para la fertilidad permanente del suelo ... Pero, al destruir las circunstancias que rodean al metabolismo ... obliga a su sistemática restauración como ley reguladora de la producción social, en una forma adecuada al pleno desarrollo de la raza humana ... Todo progreso en la agricultura capitalista es un progreso en el arte, no de robar al trabajador, sino de robar al suelo; todo progreso en el aumento de la fertilidad del suelo durante un cierto tiempo es un progreso hacia el arruinamiento de las fuentes duraderas de esa fertilidad ... La producción capitalista, en consecuencia, sólo desarrolla la técnica y el grado de combinación del proceso social de producción socavando simultáneamente las fuentes originales de toda riqueza: el suelo y el trabajador (Cfr Foster 2002: 241)

En este sentido menciona que son precisamente las aportaciones de Liebig las que permiten re significar y poner en el centro de su teoría sobre la transformación de la naturaleza, el concepto de metabolismo. Incluso, dice, son las aportaciones de la química

de su época, lo que le permite a Marx sostener que el capitalismo fractura metabólicamente toda forma de vida, inevitablemente, irreparablemente, marcando una clara diferencia entre las relaciones que se producen en la ciudad y el campo.

Por su parte Alfred Schmidt (2011), cuestionado ampliamente por Foster, realizó un estudio sobre *El concepto de naturaleza en Marx* sugiriendo que éste estuvo bien al tanto del uso del concepto de metabolismo en Liebig, sin embargo, para Schmidt, Marx reconoce principalmente el concepto difundido por el fisiólogo y uno de los portavoces del materialismo de su época, Jakob Moleschott. Foster sugiere que las interpretaciones que hace Schmidt son erradas, especialmente porque cuando Moleschott escribe su obra en el argot científico de la época el concepto de metabolismo ya estaba bien posicionado.

En el uso que Marx hace de él en *El Capital* siempre se mantiene cerca de la argumentación de Liebig, y lo hace por lo general en un contexto que incluye alusiones directas a la obra de éste. Dada la tendencia de Moleschott de dar pasos hacia adelante y hacia atrás entre el materialismo mecanicista y el misticismo, es poco probable que Marx congeniara con su análisis. (Schmidt 2011)

Con la posibilidad que nos da leer los dos planteamientos nos parece que los de Liebig le permiten a Marx evidenciar el carácter entrópico de las relaciones metabólicas y el creciente detrimento de la fertilidad del suelo producto de la agricultura industrial, sin embargo, tenemos la impresión que las aportaciones de Moleschott también le permiten a Marx definir cierta rigurosidad teórico-metodológica y establecer las relaciones reciprocas (dialécticas) entre un orden físico-químico-biológico y un orden socio-ecológico. Bastaría echar luz sobre algunas ideas impresas en el *Ciclo de la vida* de Moleschott, escrita en 1957, que el mismo Schmidt cita:

Lo que el hombre elimina, nutre a la planta. La planta transforma al aire en elementos sólidos y nutre al animal. Los carnívoros viven de los herbívoros, que a su vez son presa de la muerte y difunden una nueva vida que germina en el mundo vegetal. A este cambio de la materia se le ha denominado intercambio orgánico. Esta palabra se pronuncia, con razón, no sin un sentimiento de veneración, pues así como el comercio es el alma del intercambio, también el ciclo eterno de la materia es el alma del mundo. [...]

[..] El movimiento de las materias primas, la vinculación y separación, la asimilación y desasimilación, constituyen la esencia de toda la actividad sobre la tierra. [...]

[..] El milagro reside en la eternidad de la sustancia a través del cambio de forma, en el cambio de la sustancia de forma a forma, en el intercambio orgánico como fundamento primordial de la vida terrestre (Cfr. Schmidt 2011: 95)

Una de las cosas que es importante destacar de lo anterior es la idea en torno al movimiento circular de la naturaleza, el cual por supuesto y como ya lo hemos planteado,

incluye incluso al hombre mismo. Según Schmidt, estas formulaciones de Moleschott¹³, le permiten a Marx conferirle un carácter ontológico a la naturaleza, “cuando habla reiteradamente de ese intercambio como una necesidad eterna” de ella (Cfr. Schmidt 2011: 95). Tal vez por esto es que Marx insistía en que si el hombre fractura irreparablemente la relación con la naturaleza, incluyendo la relación consigo mismo, este tendería a desaparecer.

Para terminar con esta somera genealogía del concepto de metabolismo es importante recordar que en Marx lo humano y lo no humano comparten una ontología propia. Según Schmidt, la idea de metabolismo que se puede encontrar en la Ideología Alemana y de manera más precisa en El Capital, está anclada en un dominio fisiológico y no social. No obstante al carácter científico natural del concepto, le sirve a Marx para explicar la dimensión social de la realidad: “Así, tal como la subsistencia de un individuo está ligada a las funciones de su cuerpo, también la sociedad debe mantenerse en un contacto productivo ininterrumpido con la naturaleza” (Schmidt 2011: 97)

Por supuesto que esta mediación entre el hombre y su naturaleza externa, para decirlo en los términos de Marx, no es la misma en la incipiente era industrial analizada por él mismo, que en alguna formación económica social anterior al capitalismo moderno, o incluso, a nuestro momento histórico. Eso lo veremos más adelante con las aportaciones que se han hecho desde la ecología política y sobre todo en la historia ecológica por algunos investigadores como Manuel González de Molina y Víctor Toledo. Por lo pronto podemos decir que, independientemente de la temporalidad y la geografía, la idea del intercambio orgánico-material, es decir el concepto de metabolismo y el de trabajo, permite entender que además de que los hombres “penetran las sustancias naturales, también estas pasan a través de los hombres como valores de uso, para volverse a transformar en mera naturaleza” (Schmidt 2011: 97). Es decir, independientemente del significado mercantilista con el que la cultura moderna capitalista envuelve eso que llamamos hoy naturaleza (Santos 2003; Gudynas 1999), su apropiación, transformación y consumo, responden a una necesidad vital, esto es, a producir valores de uso, por lo menos en una primera instancia.

¹³ Sin ánimo de profundizar más, es importante destacar que estas ideas de Moleschott e incluso las de Marx, ya se encontraba no solo en Liebig, sino en el joven Scheelling: “Las cosas se liberan, a través de la elaboración, del contexto inmediato de la naturaleza, y toman una estampa individual. A esta acuñación humana lleva inconscientemente el proceso natural mismo. El ‘proceso de organización’ que va más allá de la materia inorgánica consiste ya para Scheelling en la ‘individualización’ infinita de la materia’, y esta individualización prosigue, mediada por el trabajo humano, en niveles más elevados” Cfr. Schmidt 2011, p. 96.

A Marx le quedaba claro que vivir y reproducir cualquier forma de vida tenía implicaciones en la estructura y la dinámica de la naturaleza, y al mismo tiempo, la naturaleza era determinante para la praxis, es decir, en buena medida determina las formas específicas que pueden tomar los modos de apropiación en las diversas geografías y temporalidades: “el intercambio orgánico entre el hombre y la tierra, es decir, el retorno a la tierra de los elementos constitutivos de ésta que el hombre consumió utilizándolos en forma de medios de alimentación y vestido [...] altera la eterna condición natural de la productividad duradera del suelo”.

Schmidt siguiendo los postulados marxianos sostenía que tanto el sujeto como el objeto del trabajo “están, en última instancia, determinados por la naturaleza”. Por ejemplo, prosigue el autor, “los hombres quedan limitados por lo menos a sustancias básicas tales como la tierra, el agua y el aire, pese a toda la artificiosidad de las formas objetivas por ellos producidas. Además, un fenómeno tan importante para comprender los hechos sociales como lo es la división social del trabajo, no surge solo del desarrollo inmanente de la economía sino que también está condicionado por hechos naturales preexistentes” (Schmidt 2011, p. 97).

En este sentido Marx por supuesto que no deja de ser un hijo de su tiempo y su espacio, es decir, un filósofo, economista e historiador europeo del siglo XIX. A pesar de sus artilugios críticos, injustamente, me parece, ha sido cuestionado por su perspectiva humanista y el carácter moderno de sus planteamientos (con todo lo que esto implica). Desde nuestro punto de vista las críticas que se han hecho, fundamentalmente por autores que se montaron sobre la discursividad posmoderna, etiquetaron a Marx pero los elementos con los que alimentaban sus cuestionamientos fueron tomados de los marxistas dogmáticos, científicistas y doctrinarios del siglo XX; o en el mejor de los casos cuando lo atacaban directamente, lo hicieron desde obras como el Manifiesto del Partido Comunista, que si bien están en ella indicios claves para el entendimiento de la estructura mercantil capitalista, no deja de ser un panfleto con un lenguaje necesariamente ideologizado. No obstante, es hasta cierto punto necesario reconocer que algunos de sus planteamientos, sino se leen con atención, pueden hacer aparecer a Marx como un determinista recalcitrante.

En sus análisis sobre el concepto de naturaleza, Schmidt menciona que pone énfasis sobre las condiciones geográficas donde las colectividades se desarrollan, especialmente en el clima y la situación hídrica de las sociedades, que determinan precisamente su grado de desarrollo: “la madre patria del capital no es el clima del trópico

con su lujuriosa vegetación, sino la zona templada”. Y es que, según Marx, la zona tropical “no hace que el desarrollo del hombre constituya una necesidad natural” (Cfr. Schmidt 2011, p. 98)

Sin hacer mucho eco de las críticas al lenguaje etnocéntrico característico de Marx y de su época (por el momento), vamos a concentrarnos en el aparente determinismo geográfico en estas últimas ideas. Entiéndase que para Marx cualquier tipo de formación económico-social está determinado, en buena medida, por la geografía, el ecosistema y, el clima donde estas nacen. Bajo esta lógica se puede entender el planteamiento geohistórico de Fernand Braudel en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. De la misma manera, los pueblos del Sur global, por sus características ecosistémicas en las que se desenvuelven, históricamente se habían desarrollado con un bajo estrés metabólico, ya que sus formas sociales de vida responderían productivamente hablando a la biodiversidad existente, las pulsiones naturales y la necesidad de seguir viviendo; y en ese sentido, con sus formas de apropiación producirían para vivir, no para acumular (Santos, 2013). Sin embargo, desde el siglo XVI, como lo explica Eduardo Gudynas en un texto sobre las *Concepciones de la naturaleza y el desarrollo de América Latina* (1999), al igual que Santos en su *Epistemología del Sur* (2003) y mucho antes majestuosamente lo haría Eduardo Galeano en las *Venas abiertas de América Latina* (1999), esta misma lógica y la necesidad propia de las formaciones económico sociales capitalistas, determinaron la expansión del Norte global hacia estas latitudes, reconociendo a nuestro continente, de manera particular, como una canasta de recursos y materia prima para la acumulación.

La postura de Marx aparentemente es geográficamente determinista, sin embargo, deja bastante claro en varias de sus obras (desde la *Ideología Alemana*, pasando por el *Manifiesto* y hasta *El Capital*) el carácter revolucionario de las sociedades burguesas (Marx *dixit*). Tan revolucionario que puede desvanecer todo lo sólido en el aire diría Marshall Berman. En este sentido, para Marx, la historia del capitalismo es una historia de fracturas geográficas que van modelando las transformaciones en los paisajes, los territorios, los saberes y concepciones del mundo, para que el capital que nació en el Norte, pudiera echar raíces en el Sur.

Así, el modo de producción capitalista no solo provocó una fractura metabólica en su lugar de origen, como lo explica Marx junto a Liebig al cuestionar la industria de la agricultura y hacer hincapié en el daño irreparable de los suelos en la Inglaterra del siglo XVIII. Además, en su necesidad de expansión y acumulación, fracturó metabólicamente

todos los nichos socio-ecológico del planeta Tierra, a tal grado de hoy ser la causa principal de la *mala rancha* ecológica que atravesamos la humanidad entera y que está poniendo toda forma de vida en riesgo.

1.2 Metabolismo social y modos de apropiación

La disyunción radical entre cultura y naturaleza artificiosamente tuvo que ser edificada, por ser ésta una condición *sine qua non* del poder y la dominación de todo cuanto existe. Francis Bacon dio cuenta de esto tempranamente, desde el siglo XVI, al exponer a través del mito de Esfinge, la premisa sobre el poder de la racionalidad moderna:

En los enigmas de la Esfinge siempre se establecen dos condiciones: la laceración de la mente para el que no los resuelve y el poder para el que los resuelve. Pues quien conoce algo por experiencia, se adueña de su objetivo; y todo artífice gobierna su obra. Hay dos tipos de enigmas de la Esfinge en lo que respecta a la totalidad de las cosas: los enigmas sobre la naturaleza de las cosas y los enigmas sobre la naturaleza del hombre. Del mismo modo, dos tipos de poder se siguen como recompensas a la resolución de tales enigmas: el poder sobre la naturaleza y el poder sobre los hombres. (Bacon 2014: 108-109)

Estos planteamientos sobre el poder; sugiere Álvarez Céspedes (2016) aludiendo a Silvia Manzo; provoca una redefinición sobre la concepción del hombre, convirtiéndolo en “un semi-dios o demiurgo que puede no crear la naturaleza –pues eso es potestad de Dios-, sino disponerla y transformarla para poder obtener determinados elementos útiles para el mejoramiento de su condición” (Álvarez 2016: 8). En ese sentido esta *racionalidad instrumental con respecto a fines* para decirlo en términos *weberianos*, supone como punto de partida el control de algo externo al sujeto. Es decir, el control de la naturaleza. Esta distinción entre un adentro y un afuera independientes, impulsada por la filosofía occidental y por la teoría social que posteriormente se edifica a costa de ella, es falsa. Es decir, la dicotomía sirve para la dominación, el control, para la simplificación del mundo, pero si seguimos el planteamiento marxista expuesto hace un momento, ni siquiera es real.

Todas las sociedades, independientemente de su posición geopolítica, no se despliegan en un espacio euclidiano o un “vacío ecológico”. Independientemente de la prudencia ecológica en sus formas de apropiación o su vocación conservacionista, inevitablemente “afectan y son afectadas por las dinámicas, ciclos y pulsos de la naturaleza” (González y Toledo: 59). Esta relación entre una esfera y otra comparten fundamentos ontológicos que incluso, si pudiéramos determinar una distinción entre cultura y naturaleza o naturaleza e historia, esta sería relativa, porque estas esferas están

permanentemente afectándose, es decir, haciéndose recíprocamente. Nosotros decimos abigarradas. En ese sentido requerimos una mirada teórica que sea lo suficientemente flexible como para entender este abigarramiento cultura-natura, en el mundo de la vida. Y es que como lo expone Karel Kosik en su famoso libro sobre la *Dialéctica de los concreto* (1965) desde mediados del siglo pasado:

La realidad no es (auténtica) realidad *sin* el hombre, de la misma manera que tampoco es (únicamente) la realidad del hombre. Es la realidad de la naturaleza como totalidad absoluta, independiente no sólo de la conciencia del hombre, sino también de su existencia, y es la realidad del hombre, que en la naturaleza, y como parte de ella, crea la realidad humano-social, que trasciende a la naturaleza, y define en la historia su propio lugar en el universo. El hombre no vive en dos esferas distintas; no habita con una parte de su ser en la historia y con la otra en la naturaleza. *Como hombre está siempre, y a la vez, en la naturaleza y en la historia.* Como ser histórico, y por tanto como ser social, humaniza la naturaleza, pero también la conoce y reconoce como totalidad absoluta, como *causa sui* que se basta a sí misma, como condición y supuesto de la humanización (Kosik 1965:102)

Por eso es que Schmidt (2011), en el mismo sentido que Kosik siguiendo los planteamiento de Marx, menciona que las condiciones materiales de existencia de los hombres en sociedad se reproducen a partir de un inevitable intercambio orgánico (*stoffwechell*) con la naturaleza: “las sociedades humanas producen y reproducen sus condiciones materiales de existencia a partir de su metabolismo con la naturaleza” (Schmidt 2011: 59).

La idea de metabolismo que le permite a la historia ecológica y la socioecología analizar los diversos modos de interacción con la naturaleza, nos parece, proviene precisamente de Marx. Y particularmente intuimos, por lo que veremos en un momento, está más cercana teóricamente a los planteamientos del Marx de Moleschott que el de Liebig. El mismo González de Molina, uno de los más importantes historiadores ecológicos iberoamericanos, comparte con Víctor Toledo, ecólogo mexicano, la siguiente idea de metabolismo:

Este metabolismo lo realizan los seres humanos a través del proceso social de trabajo. Dicho proceso implica el conjunto de acciones a través de las cuales los seres humanos se apropian, producen, circulan, transforman, consumen y excretan materiales y/o energía provenientes del mundo natural. Durante este proceso, se genera una situación de determinación recíproca entre la sociedad y la naturaleza, pues la forma en que los seres humanos se organizan en sociedad determina la forma en que en que ellos transforman a la naturaleza, la cual a su vez afecta a la manera como las sociedades se configuran.” (Gonzalez M., Toledo V., 2011:59)

METABOLISMO SOCIAL

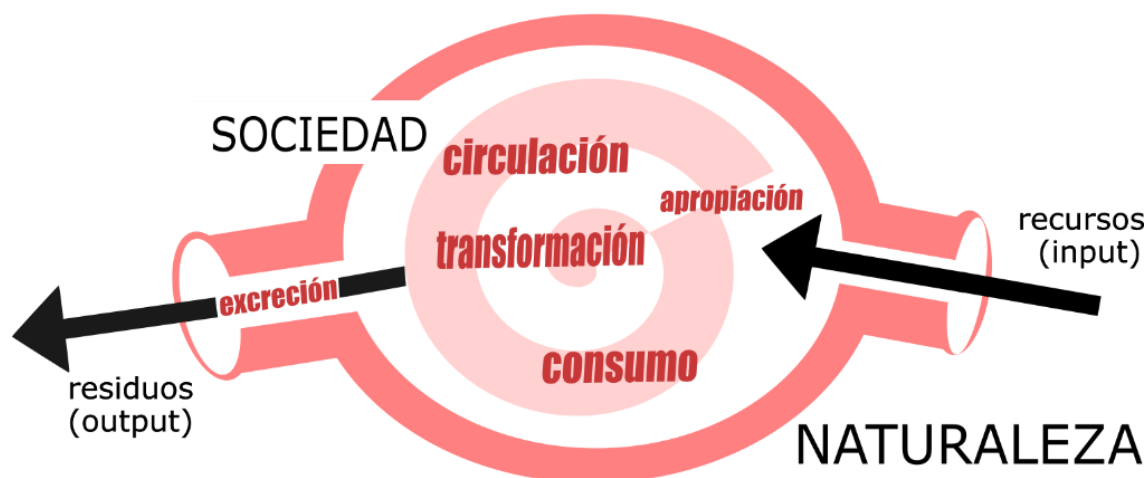


Figura subprocesos del metabolismo social
Fuente: GONZÁLEZ y TOLEDO 2011

Esta definición asume la retroactividad implícita en las relaciones entre la naturaleza interna y externa al sujeto. Es de destacar el esquema general que presentan los autores sobre el metabolismo. El esfuerzo por precisar este concepto es verdaderamente grande. Como podemos ver en el acercamiento anterior, el metabolismo social como categoría permite profundizar sobre cinco subprocesos metabólicos, a saber: *apropiación*, *transformación*, *circulación*, *consumo* y *excreción*.

Como bien se puede intuir al observar la figura anterior, “el metabolismo entre la naturaleza y la sociedad comienza cuando los seres humanos socialmente agrupados se apropian materiales y energías de la naturaleza (input) y finaliza cuando depositan desechos, emanaciones o residuos en los espacios naturales (output)” (González y Toledo 2011, p. 64). Sin embargo, también sugiere que ocurren procesos en “las entrañas” de las sociedades, que permiten a la postre de la apropiación, circular, transformar y consumir la energía o materiales que la sociedad misma “requiere” y hace *para sí*.

Para las llamadas disciplinas híbridas que hacen (según su propia jerga) ciencia de frontera, el concepto de metabolismo social requirió ser actualizado y sofisticado, para permitirse así un análisis mucho más riguroso de las diversas realidades geográficas tanto del mundo rural como del mundo urbano. Los subprocesos que constituyen los grandes procesos metabólicos sociales, si bien está perfilado por Moleschott y Marx, ahora se vuelven mucho más precisos, sobre todo desde la última década del siglo pasado. Si bien

se entiende básicamente en qué consiste cada uno de los procesos metabólicos si es importante que aludamos a algunas de sus características.

Cómo lo comentamos líneas arriba el acto de *apropiación* constituye el punto de partida del proceso metabólico social. Digamos que la apropiación es la relación iniciática, en términos energéticos y materiales, que se establece entre el hombre y la naturaleza, y que le permite a la sociedad, cualesquiera que sean sus características, reproducirse biológica y culturalmente hablado. Según lo establecen Toledo y González de Molina, este proceso siempre es impulsado por lo que ellos llaman una *unidad de apropiación*, que puede ir desde una persona, un colectivo como el de las familias rancheras e incluso un dispositivo tecnológico como por ejemplo, una planta solar o una perforadora que permite la extracción de agua. Por eso estos autores mencionan que la *unidad de apropiación* puede ser “una empresa (estatal o privada), una cooperativa, una familia, una comunidad, o un solo individuo” (González y Toledo, 2011: 65).

El proceso de *Transformación* implica todos aquellos cambios que se producen sobre aquello que se apropia, es decir, sobre “los productos extraídos de la naturaleza, los cuales ya no son consumidos en su forma original” (Ídem). Digamos que la forma básica de la transformación puede ir desde la preparación de alimentos, hasta su forma más compleja, como la transformación de la materia. Según lo planteado por Toledo y González de Molina, este subproceso metabólico, con el tiempo, “se ha vuelto menos intenso en trabajo y más intensivo en el empleo de energías”, lo que para Marx era la supeditación del hombre a la máquina y al mismo tiempo, uno de los principales factores enajenantes del trabajo, ya que el trabajo a partir de la revolución industrial, se va separando de su *ser* productor. Tan es así, que “las cadenas o secuencias de transformación hacen muchas veces indistinguibles las materias primas, originalmente obtenidas de la naturaleza” (González y Toledo, 2011: 66)

El proceso de *Circulación* se consolida y toma un papel fundamental en el momento en que las unidades de apropiación, es decir las personas ya sea en su forma individual o colectivamente, dejan de consumir todo lo que producen y a su vez, de producir todo lo que consumen. Puede circular aquello que se apropia, transformado o no, en forma de truke o como un intercambio económico bajo la lógica del dinero, la propiedad privada y los mercados. Entonces, además, “los elementos extraídos de la naturaleza comienzan (...) a circular, transformados o no, y en el devenir de la historia se incrementan no solo los volúmenes de o que circula, sino las distancias que recorren antes de ser consumidos” (González y Toledo, 2011: 67). Lo que es evidente es que la

circulación tiene como resultado un complejo de intercambios, dirían González de Molina y Toledo, íntimamente ligados a la transformación, en donde cada vez más se difumina “la antigua relación directa y casi inmediata, entre apropiación y consumo” (Ídem)

El *Consumo* está intrínsecamente relacionado a las necesidades humanas, sean estas básicas o creadas, sean pues materiales o simbólicas. En este sentido, independientemente de su posición geopolítica, su cultura o las formas de vida, todas las sociedades están envueltas en ello. Desde la perspectiva de la historia ecológica, el consumo entonces se entiende “a partir de la relación que existe entre las necesidades del ser humano, social e históricamente determinados, y los satisfactores proporcionados por medio de los tres primeros procesos (A+T+C)” (Íbidem) No obstante a ese aparente carácter objetivo del consumo, tiene al igual que todos los procesos, como el de producción, una dimensión subjetiva producida precisamente en relación con el mundo histórico-ecológico-social que claramente lo presenta Marx con la siguiente idea:

“El hambre es el hambre, pero el hambre que se satisface con carne cocida, comida con cuchillo y tenedor, es distinta de la que devora carne cruda con ayuda de las manos, uñas o dientes. Por lo tanto, la producción no produce solo el objeto del consumo sino también la manera en que éste ocurre, produce no solo objetiva sino subjetivamente” (Cfr. Schmidt 2011: 92)

Las formas de consumir determinan diferencias en los procesos de Apropiación, Transformación, Circulación y Excreción. Según González de Molina y Toledo “el nivel de consumo “modula todos los subprocesos del metabolismo social correspondiente”. Por ejemplo, en las sociedades industriales “el consumo constituye un poderoso factor de demanda que incentiva y de alguna manera subordina a los demás procesos metabólicos” (González y Toledo 2011, p. 67), es decir, en estas sociedades las familias, organizadas como unidades de apropiación, dejan de producir sus alimentos pero las personas no dejan de comer; al contrario, varía su alimentación con productos que no saben exactamente de dónde vienen ni en qué condiciones se produjeron.

En su esfuerzo por afinar categorialmente estos subprocesos; siguiendo un poco la teorías de las necesidad presentada por Agnes Heller (1998), se puede aludir a la existencia de dos grandes formas de consumo: un consumo endosomático, que corresponde a las necesidades biológicas de los humanos, y un consumo exosomático, que se refiere a todas aquellas estructuras creadas por las personas mismas. Dicho de otra manera, un consumo que es valor de uso exclusivamente, y otro, que es valor de uso pero sobre todo, valor de cambio.

Como último subproceso está aquello que el metabolismo social *excreta* (basuras, emanaciones, gases, sustancias y calor), y que regresa a la naturaleza, la cual en el mejor de los casos debería re-absorber. Debido al consumo, todas las sociedades excretan ciertas cantidades de materia y energía. A la vista de González de Molina y Toledo, las dos cuestiones básicas que se deben de considerar cuando se elabora un estudio metabólico, y se analiza particularmente este subproceso, son las siguientes:

- 1) la calidad de los residuos, es decir, si la naturaleza puede re-absorberlas con facilidad;
- 2) su cantidad, es decir si las excreciones sobrepasan los límites para que la naturaleza los recicle.

Intentemos explicar esto con un caso bastante simple. Lorella Castorena Davis (2000) en un estudio que hizo hace ya tiempo sobre la conformación de la ciudad de La Paz, mencionó que a partir de la década del 70 del siglo pasado se aceleró el tránsito de la sociedad sudcaliforniana tradicional a una moderna. Esto tiene varias expresiones, pero para ejemplificar el fenómeno emergente basta con mencionar un par de ellas. La primera manifestación de la modernidad sudcaliforniana fue la construcción de infraestructura para la aceleración de un mayor flujo de mercancías, lo que no sobra decir que implicó un flujo de significaciones sociales nuevas. Estamos hablando de que se terminó por construir la carretera transpeninsular, la cual conectó al puerto de La Paz con el estado de Baja California; se construyó el aeropuerto y se intensificaron las rutas aéreas; se construyó un puerto de altura en el puerto de Pichilingue e inició el funcionamiento de la televisora local que retransmitió la señal nacional. Esto, implicó entre otras cosas un flujo de mercancías nuevas y al mismo tiempo, por supuesto, una manera de consumir distinta. Parecería algo absurdo pero tempranamente se empezaron a manifestar problemáticas que a nuestros días se normalizaron. La generación de basura fue tanta que en la década del 80 existía un basurero municipal y por lo menos un basurero clandestino, los dos en las zonas periféricas del centro poblacional. Alrededor de este último, había familias rancheras que se sostenían a través de la ganadería y la agricultura a baja escala desde mucho tiempo atrás. En poco tiempo cuentan las familias de esos ranchos, sus animales comenzaron a morir, con sus intestinos reventados, porque el nuevo material que utilizaban para envolver las nuevas mercancías, las bolsas de plástico, arrojadas al monte, eran consumidas por el ganado. Y es que cualquier sistema vivo (incluido los rumiantes) frente al polietileno, el policloruro de vinilideno y policloruro de vinilo, se destaca por su aparente baja capacidad de resiliencia.

Cabrá hacer mención que el modelo conceptual del metabolismo social que se presente así, aparece duramente abstracto. Aun a pesar que estemos exponiendo las características principales de la idea ofreciendo algunos ejemplos concretos, es necesario profundizar en el contexto. Sobre todo, porque es evidente, por ejemplo, que no son los mismos los procesos metabólicos que se desarrollan en la ciudad que los que se ponen en marcha en los ranchos de las montañas sudcalifornianas o las comunidades pesqueras del Golfo de California, que serían las dos expresiones fenoménicas de la ruralidad peninsular. Bajo el riesgo de exagerar, muchos de los trabajos metabólicos según lo sugieren tanto Toledo como González de Molina, son fuertes análisis positivistas, al considerar de manera mecánica y racional la entrada y la salida de los flujos de energías y materiales al proceso metabólico. Matemáticamente agudos, pero sin mucha alma como se diría coloquialmente. En un momento vamos abordar la esfera simbólica de la realidad que prácticamente se considera muy poco al hacer este tipo de análisis; pero por ahora nos interesa el cómo podemos situar espacio-temporalmente dichos procesos metabólicos.

En *Metabolismo, naturaleza e historia* (González y Toledo, 2011) sus autores construyen un modelo para ordenar el fenómeno y realizar un análisis con mucha mayor precisión y pertinencia. Entre otras cosas aluden a las posibilidades de realizar análisis de la totalidad de los subprocesos que constituyen el metabolismo social, lo cual implica ejercicios ampliamente complejos y, desde nuestra perspectiva un riesgo metodológico, aunque la mirada se profese como compleja. Es decir, sin importar la potencia presupuesta sobre cualquier método que se asuma para abordar el fenómeno, mientras más se focalice en algunos de los subprocesos, más agudo y fino será el análisis. Me parece que en ese sentido, reconocen ellos la otra posibilidad de focalizar la atención analítica en una de las parcelas del proceso metabólico, atendiendo uno u otro subproceso.

De cualquier manera, ya sea que se esté en condiciones de apostar por el análisis de la totalidad de los procesos metabólico o por solo una parcela de su realidad, este tipo de trabajos requiere, insoslayablemente, un diálogo transdisciplinar, por lo menos, entre la antropología, la ecología, la historia, la geografía y si es necesario, los saberes ecológicos y tecnológicos locales, que medían, por cierto, todos los procesos metabólicos. Y es que al margen de las dificultades que esto implique, habrá que asumir junto a Edgar Morin (1982) que a una teoría simplificante le corresponde una realidad simplificada.

Los primeros apuntes de González de Molina y Toledo (2011), refieren a un análisis montado sobre tres dimensiones. Para definir las se reconocen tres grandes campos de

estudio del metabolismo social: *metabolismo agrario u orgánico, metabolismo urbano y metabolismo industrial*. Como se puede ver en la siguiente matriz, en cada uno de los metabolismos los subprocesos son distintos o tienen uno u otro un papel hegemónico

Matriz de las relaciones entre los tres principales <<campos>> del proceso general del metabolismo social y los cinco procesos metabólicos

	Apropiación	Circulación	Transformación	Consumo	Excreción
Metabolismo rural					
Metabolismo urbano					
Metabolismo Industrial					

Fuente: González de Molina, Toledo Victor 2011

Como primera impresión parecería que cada uno de estos tipos de metabolismos responde a un contexto espacial determinado, y de alguna manera así lo es. Al *metabolismo industrial* le corresponden procesos de transformación impulsados por industrias como la minería, la industria petrolera, la industria energética de gas natural, la industria cervecera, refresquera, turística, entre otras. Al *metabolismo urbano* le correspondería aquel que se despliega y mantiene funcionando a las ciudades, pequeñas o grandes y que por cierto, está íntimamente ligado al industrial. Y el *metabolismo rural*, le corresponde los lugares regularmente fuera de las ciudades, donde la gente mantiene una forma de vida estrechamente vinculada (material, afectiva y simbólicamente) con la naturaleza. Por ejemplo, en este último caso, al metabolismo rural le corresponde las sociedades campesinas, agroecológicas, recolectoras y cazadoras, que se encuentran en las periferias urbanas: pensemos en los desiertos, la playa, la selva, las montañas o en algún otro lugar donde se comparten diversos ecosistemas biodiversamente abundantes. A las familias rancheras, siguiendo con el ejemplo, les correspondería el papel de la *unidad básica de apropiación* de este último metabolismo.

Sin embargo lo que podemos destacar en este caso son las diferencias en los subprocesos implícitos en cada uno de los metabolismos. Por ejemplo en el metabolismo rural el proceso de apropiación es fundamental. En el urbano e industrial, como lo dijimos y se representa en la figura anterior, el consumo y la excreción tienen un papel central. En el mundo rural las relaciones de *apropiación* con la naturaleza son permanentes pero sobre todo condición necesaria para su funcionamiento y su existencia. Una sociedad organizada bajo este modelo metabólico no solo depende materialmente de estas

relaciones, sino afectiva y simbólicamente hablando también; a diferencia de los metabolismos urbanos, por ejemplo, donde los consumidores, cuando se meten algo a la boca no saben exactamente qué es, cómo se produce, cuándo se cosechó, ni qué papel está jugando en el proceso metabólico, biológica, energética o socialmente hablando.

Por otro lado, así como se pueden analizar *espacialmente* los procesos metabólicos a través de las dimensiones aludidas con anterioridad, también se pueden realizar ejercicios de análisis considerando las *escalas* del proceso metabólico. Esta variable va permitir afianzar espacialmente los ejercicios de investigación. En este sentido se proponen hasta siete escalas de análisis:

- a) Unidades de apropiación/producción, que son las unidades básicas (individuos, familias, colectivos)
- b) Comunidades
- c) Micro-regiones
- d) Regiones
- e) Nacional
- f) Internacional
- g) Global o de especie

Estas escalas que se proponen para los análisis metabólicos recuerdan el carácter multi-escalar de los ejercicios propuestos desde la geografía, por ejemplo el paisaje y el territorio son dos escalas de análisis, con las cuales por cierto trabajaremos a lo largo del del planteamiento. En ese sentido, veremos más adelante cómo el papel de la geografía es más importante de lo que se cree. Sobre todo porque la transformación de la naturaleza y de la sociedad, en su relación dialéctica, deviene en paisajes y territorios que toman formas específicas, como lo sugiere el marxismo, en los diversos nichos ecológicos. Además, por supuesto, y como igual lo sugiere el planteamiento de Marx, los metabolismos, los paisajes y los territorios, son distintos en el tiempo y fundamentales para las mismas formaciones sociales. De hecho, este modelo de metabolismo social presentando por Manuel González de Molina y Víctor Toledo, también considera que puede y debe abordarse desde una perspectiva histórica este análisis ya sea por años, décadas, siglos y milenios.

El funcionamiento de esta matriz que busca articular tres importantes variables en el estudio del metabolismo social, *dimensión-escala-temporalidad*, va depender de los objetivos y los recursos de la investigación; no obstante, como lo dijimos hace apenas unos cuantos párrafos, la precisión del análisis va estar determinada por el recorte epistémico y metodológico que se haga del proceso en general. Por ejemplo, será mucho más fino el análisis si este se concentra en una dimensión, una escala y una temporalidad,

pero de cualquier manera lo que deja de manifiesto este lente tridimensional es la inherente relación que existe entre una y otra variable; una relación de retroactividad diría Edgar Morin.

Como nuestro trabajo de investigación tiene como objetivo elucidar las retroacciones entre las representaciones sociales sobre la naturaleza, esto es, los saberes locales y la praxis que les permite a los rancheros de Sierra de la Giganta administrar sus recursos y territorios, entender el modo en el que éstos se apropian de la naturaleza es fundamental. Por ello y siguiendo los planteamiento histórico-ecológicos con los que estamos construyendo nuestro edificio conceptual, ahora vamos a concentrar la atención en los diversos *modos* que las sociedades, los colectivos y las personas a lo largo de la historia se han apropiado de los bienes y servicios propios de la naturaleza, lo que les ha permitido satisfacer sus necesidades. Porque como ya lo sugerimos, los bienes y servicio que son extraídos de la naturaleza, “sirven para satisfacer las necesidades básicas de los seres humanos como individuos (...) y de los artefactos que los acompañan tales como vestimentas, construcciones, instrumentos, máquinas, fabricas, aparatos” (González y Toledo 2011: 73).

Es importante recordar también que las sociedades, colectivos o personas siempre requieren de un conocimiento relativamente profundo de la estructura y la dinámica de la naturaleza circundante, para poder apropiarse de ella y satisfacer sus necesidades de manera adecuada, es decir, para que el metabolismo social se mantenga funcionando “sin afectar la reproducción de su base material” (González y Toledo 2011: 74)

Entonces, la satisfacción de las necesidades humanas implica una relativa afectación a la naturaleza exterior; esto es, a su estructura, su dinámica y su evolución, es decir, a su capacidad de auto-mantenerse, auto-regularse y auto-reproducirse. Esta afectación se hace fundamentalmente por la vía de la *apropiación*, por supuesto, aunque también “al excretar elementos de la naturaleza ya socializados, pues al producir, circular, transformar y consumir, los seres humanos depositan materiales en el mundo no natural [...]” (González y Toledo 2011:137)

En las últimas décadas la crisis ecológica por la que atravesamos no solo se ha hecho evidente fenoménicamente hablando; al mismo tiempo los análisis realizados en torno al uso irracional de la naturaleza y su consecuente estrés metabólico, ha permitido sofisticar los esfuerzos por sistematizar y clasificar los modos en los que la naturaleza está siendo utilizada. La misma historia ecológica, por ejemplo, reconoce en la historia de la humanidad tres grandes modos de relacionarnos con ella.

Antes de iniciar con una somera caracterización es importante aludir a aquello que permite distinguir uno y otro modo en que las sociedades han interactuado con sus ecosistemas. Esto está definido por tres criterios fundamentales:

- 1) El grado de *transformación* de los ecosistemas, que son apropiados por personas;
- 2) la fuente de energía empleada durante la *apropiación* y,
- 3) el tipo de manipulación efectuado sobre los componentes y los procesos de manipulación de los ecosistemas.

Estos tres elementos ya nos permiten hablar de un espacio socialmente producido, el cual, dependiendo del *modo de apropiación*, va corresponder a una expresión particular del paisaje y en el último de los casos, cada uno de los modos termina siendo determinante para una forma específica de territorialidad, incluidas, prácticas espaciales localizadas. Sobre la relación entre metabolismo social, paisaje y territorio vamos hablar más adelante, pero por el momento nos vamos a tomar un tiempo para establecer las diferencias entre los tres grandes *modos de apropiación* perfilados por González de Molina y Toledo. No es arbitrario concentrarnos en esto, ya que la *apropiación* además de ser el punto de partida de cualquier proceso metabólico; es también, “el punto nodal de articulación entre los procesos ecológicos y los procesos sociales, por lo tanto, son sus configuraciones históricas las que permiten identificar grandes saltos en el tiempo” (González y Toledo 2011: 118)

Siguiendo los planteamientos de la ecología cultural y la perspectiva histórica-ecológica de Toledo y González de Molina, en la historia de la humanidad se pueden reconocer tres grandes modos de apropiación: un modo primario, extractivo o cinegético; uno secundario, orgánico o agrario y por último, un modo terciario o industrial.

En el caso del *modo primario de apropiación*, su rasgo fundamental reside en que el complejo tecnológico no alcanza a transformar, profundamente, ni la estructura ni la dinámica de los ecosistemas apropiados por las personas. Es decir, los productores mediante tecnología relativamente simple, se limitan a extraer todos sus medios de subsistencia a través de la recolección de especies vegetales y caza de animales. Por supuesto esto último depende de la geografía donde estos productores se desarrollen; por ejemplo, en armonía con lo que sugiere el determinismo geográfico marxista y de cierta manera la ecología cultural impulsada por Jules Steward, “mientras que en los grupos de las zonas cálidas y templadas del planeta predominan la recolección, dada la mayor abundancia y variedad de especies vegetales, en los climas (...) fríos predomina la caza y la pesca” (González y Toledo 2011: 122). Para estas sociedades la energía utilizada es

fundamentalmente la solar. A este modo de apropiación le corresponde las sociedades que los antropólogos, a través de la herencia colonial, les denominaron cazadoras-recolectoras-pescadoras. En ese sentido podemos decir que es la forma elemental de apropiación.

En este marco, los humanos aparecen, según Toledo y González de Molina como “meros elementos biológicos”. Y si es así, pero desde una perspectiva socio-ecológica o ecológica cultural los humanos ejecutan procesos cualitativamente diferentes. Por ejemplo, el propio acto de apropiarse de bienes y servicio de la naturaleza ya va más allá de una interacción meramente ecológica.

“La diferencia sustancial entre digamos una tropa de mandriles que preda, forrajea, coopera y mantiene un territorio, y una banda de seres humanos que realiza acciones aparentemente similares, es que los segundos obtienen materiales de la naturaleza a través de un acto concebido desde una colectividad social y en los que se comportan como agentes intencionales para quienes la naturaleza aparece como un mundo aparte. Ellos se aproximan al mundo natural como sujetos frente a un objeto, no como una especie animal bajo el control de las leyes del ecosistema. Ellos realizan el acto, social y humano, de apropiación” (Gonzalez y Toledo 2011:120)

Lo que significa que, a pesar de la simplicidad de las técnicas utilizadas para apropiarse de elementos de la naturaleza; su fabricación, aplicabilidad y funcionalidad requieren un largo proceso de experimentación (Rodríguez 2002) y de un pensamiento lógico y racional, que aparece en la literatura como una de las diferencias más importantes con lo no-humano. Lévi-Strauss, citado por Rosa Elba Rodríguez Tomp, menciona que las técnicas de los cazadores-recolectores, “supone siglos de observación activa y metódica, de hipótesis atrevidas y controladas, para rechazarlas o para comprobarlas por intermedio de experiencias incansablemente repetidas”

Sin duda los trabajos realizados por algunos destacados estructuralistas como el mismo Lévi-Strauss u otros, más cercanos al materialismo histórico como el antropólogo y representante de la ecología cultural, Jules Steward, permiten reconocer una racionalidad operante en las prácticas cotidianas de los pueblos no occidentales, no solo para construir instrumentos o artes de apropiación sino además, para su intervención; es decir, para cazar, pescar o extraer semillas o frutas se requiere un plexo de saberes sobre la estructura, la dinámica y la evolución de la naturaleza. En este último sentido entendemos pero nos parece pertinente matizar la idea de González de Molina y Toledo cuando mencionan que las personas en este modo de apropiación se aproximan al mundo natural *como sujetos frente a un objeto, no como una especie animal bajo el control de las leyes del ecosistema*. Y es que hablar en los términos con los que exponen González

y Toledo la distinción entre los humanos y lo no humano en este *modo de apropiación*, nos parece, implica recurrir a la ontología dualista producida en occidente, que por cierto, sobrevalora la lógica y el computo. Digamos que existen otras maneras de explicar esto. Por ejemplo Carlos Lenkersdorf (2005), en su extraordinario trabajo sobre la filosofía tojolabal, al analizar minuciosamente su lengua, destaca que esta se realiza intersubjetivamente, lo cual determina, por supuesto, culturas ontológicamente distintas a las europeas:

Por cultura intersubjetivas entendemos la transformación de la naturaleza mediante acciones bidireccionales, porque en ellas participan los hombres agenciales y, de manera vivencial, los demás sujetos con corazón. La cultura también nos muestra cómo nos interrelacionamos los hombres con los demás cogestores de la transformación (Lenkersdorf 2005: 122)

Por otro lado, Diana Luque y Antonio Robles Torres (2006), en su trabajo sobre la *Naturaleza, saberes y territorios comcáac*¹⁴ mencionan que estos habitan un mundo no dualista, es decir, para los Seri “los seres humanos no son tan singulares y únicos sino nada más una especie entre otras”, y en ese sentido [continúan] “el mundo no-humano es un bio-cosmos en donde todo está vivo, que se integra en una totalidad cuyos miembros comparten las cualidades humanas” (Luque y Robles 2006: 86).

En otro momento (Piñeda, 2014) discutimos ampliamente la dualidad en la construcción de conocimiento y las implicaciones que tiene la racionalidad moderna sobre aquello que se interviene (cognitivamente); y de alguna manera reconocimos cómo el orden cultural y el orden natural no son tan independientes como supone el pensamiento occidental; al contrario, estos dos órdenes están complejamente abigarrados; tanto así, que podemos arriesgarnos a suponer que en las formas de vida de los rancheros sudcalifornianos, por ejemplo, se expresa una sola ontología y no algo como una autonomía entre el mundo natural y el mundo socio-cultural. No obstante, podríamos ahora poner atención a algunos planteamientos que nos permitan entender de otra manera el *modo de apropiación primaria* y las sociedades que han extraído o hecho *para sí* elementos de la naturaleza para satisfacer sus necesidades inmediatamente y cómo la naturaleza al mismo tiempo, ha determinado el modo de apropiación o las formas de vida.

Las sociedades cazadoras, recolectoras y pescadoras son las representantes principales de este tipo de modo de apropiación. Uno de los antropólogos más críticos de la distinción entre humanos y no humanos, en el marco de dichas sociedades, es Tim

¹⁴ Que son cazadores recolectores

Ingold. Él, desde la antropología ecológica mencionaba que la idea de la naturaleza como una construcción social fue edificada desde una epistemología dualista occidental. En ese sentido desde otra perspectiva a la sugerida por Toledo y González de Molina, Ingold expone lo siguiente:

Los cazadores-recolectores, como regla, no se aproximan a su medio ambiente como un mundo externo de naturaleza que debe ser ‘aprehendido’ conceptualmente y apropiado simbólicamente dentro de los términos de un diseño cultural impuesto, como una precondition de una acción efectiva. (...) en verdad, la separación de mente y naturaleza no tiene lugar en su pensamiento ni en su práctica” (Ingold 1996: 86)

De esta manera, Ingold se permite aludir a una ontología radicalmente distinta, que tiene implicaciones en la forma de habitar el mundo y, por supuesto, apropiarse de él. Dicho esto, las relaciones con la naturaleza entonces no solo estarían determinadas por las limitaciones tecnológicas de los cazadores recolectores pescadores; sino al mismo tiempo, por una ontología no dualista.

El contraste, repito, no es entre visiones alternativas del mundo: más bien, es entre dos formas de aprehenderlo, y que uno de ellos (el occidental) se caracteriza como la construcción de una visión, esto es, como un proceso de representación mental. Mientras que el otro, aprehender el mundo no es un asunto de construcción sino de acoplamiento, no de construcción sino de habitar, no de hacer una visión del mundo sino de tomar una visión en él (Ingold 1996: 120-121)

El considerar falsa o artificiosa la dualidad naturaleza-cultura, historia-naturaleza o mente-cuerpo, no significa negar las diferencias entre los humanos y lo no humano. La crítica que se hace radica en la aparente superioridad del sujeto sobre el objeto, cuando lo que sucede en el fondo es lo que Theodor Adorno llama *mimesis*, es decir, una relación de reciprocidad entre lo que llamamos cultura y naturaleza.

Mimesis es la naturaleza interna del sujeto y su afinidad con la naturaleza exterior de la que procede. Es el impulso espontáneo y anterior a la razón por el cual el individuo responde a la naturaleza con la inevitabilidad de un eco, y se reconoce como parte de ella; es la complicidad con cada una de sus criaturas, de donde emana la solidaridad con cualquier ser vivo. Más aun, la mimesis da nombre a la tendencia innata de todo ser humano a entregarse a la naturaleza, a debilitar los límites del yo autónomo y racional para verterse en el medio, renunciar a la propia identidad diferenciada del ambiente para rendirse a lo otro que uno mismo. (Tafalla 2003: 132)

En este sentido, a través de un proceso mimético, los cazadores-recolectores se *acoplan* al mundo natural, reconociendo los tiempos de su dinámica, su organización y su evolución, es decir reconociéndose a sí mismos en el mundo, lo que les permite extraer de él lo necesario para vivir sin alterar entrópicamente sus nichos ecológicos. Porque de hacerlo, se estarían destruyendo a sí mismos.

De hecho, en las sociedades que funcionan bajo esta lógica de intervención, lo que se extrae de la naturaleza regularmente contiene en sí mismo un valor de uso; por ese carácter mimético de los grupos de cazadores recolectores, pero también porque la capacidad tecnológica de estas sociedades no permite el almacenamiento ni de bienes ni servicios, de tal manera que el consumo debe ser inmediato. En ese sentido es que nosotros decimos que estas sociedades producen para vivir, así, en toda la extensión de la palabra.

Repetimos, las limitaciones tecnológicas, que en buena medida determinan la prudencia de estas sociedades, a su vez están determinadas por una multiplicidad de creencias y representaciones sociales en torno a la naturaleza, que poco o nada tiene que ver con el espíritu del capitalismo (Weber M., 2003). Sobre todo, porque para que una tecnología tenga sentido en una época determinada, requiere una particular condición y preparación cultural como lo sugiere Lewis Mumford en *Técnica y civilización* (1992)¹⁵

Estas formas simbióticas de vivir de las sociedades nómades fue lo que les permitió -se estima que por un periodo de 100.000 años- expandirse a lo largo y ancho del planeta Tierra, de tal manera que “la especie humana fue una sociedad exclusivamente extractiva hasta antes de la aparición de la agricultura” (González y Toledo 2011: 121). Hasta el siglo XVI las sociedades extractivistas y cinegéticas ocuparon la mayor parte de la geografía planetaria. A partir de la difusión de la moderna tradición europea de concebir a la naturaleza y dominarla, las sociedades agrícolas empezaron a ganar terreno, mandando a los márgenes a las sociedades nómades. Un ejemplo de esto fueron las comunidades o bandas (*unidades básicas de apropiación*) que recorrieron el brazo peninsular de la Baja California por más de 10.000 años, y en relativo poco tiempo prácticamente se extinguieron. Antes de la colonización de los ojos de agua por parte del proyecto misional jesuita, estas colectividades orbitaron libremente las piedras y las

¹⁵ El primer capítulo de esta obra Mumford expone el desarrollo de la técnica dejando en claro como que la maquina capitalista requirió un impulso brindado por la sociedad burguesa y todas las instituciones que la configuraron, para que esta pudiera desarrollarse bajo la lógica del capital: “Fuera lo que fuese lo que faltara en la perspectiva del siglo XVII no era la falta de fe en la presencia inminente, el rápido desarrollo y la profunda importancia de la máquina. La fabricación de relojes; la medición del tiempo; la exploración del espacio; la regularidad monástica; el orden burgués; los artificios técnicos; las inhibiciones protestantes; las exploraciones mágicas; finalmente el orden, la precisión y la claridad de las ciencias físicas mismas; todas estas actividades separadas, en sí quizá inconsiderables, habían formado al fin un complejo social y una red ideológica, capaz de soportar el peso inmenso de la máquina y de ampliar más aun sus operaciones” (1992, p. 76) No es el mejor ejemplo pero podemos pensar en la *imprensa* como una tecnología que no nace en una sociedad capitalista ni en Europa, pero que fue hasta el siglo XVI en Europa donde tuvo un papel revolucionario, tanto que Benedict Anderson en su obra *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, menciona que la imprenta fue crucial para la destrucción del *ancien regime* y la consolidación de la mentalidad capitalista.

fuentes de agua que brotan aun en las cadenas montañosas de lo que conocemos como Sierra La Giganta y Sierra la Laguna y en algunos de los casos desplazándose a los litorales o las islas del Golfo de California, para extraer todo tipo de moluscos y peces (Cariño 1993). Por supuesto que los pasos y los campamentos temporales dependían de las condiciones climáticas y ecosistémicas (que varían en el año), que hacían posible o no, la recolección, la caza o la pesca.

Dos de los historiadores que han contribuido al estudio de diversos procesos histórico sociales del noroeste del país, Ignacio del Rio y María Eugenia Altable (2000), mencionaron que para el siglo XIX prácticamente no había en la parte sur de la península de Baja California, pueblos originarios. Esto se debió a tres factores de distinto orden. Primero, “los inmigrantes introdujeron en la región diversas enfermedades, como la viruela, el sarampión, la disentería, el paludismo, la tifoidea y la sífilis, males que causaron estragos entre la población aborígen”. Segundo, “la represión militar como la que se dio en el sur peninsular luego de la sublevación de 1734, fue también una causa de la disminución demográfica, ya por la gente que murió ajusticiada, ya por la desarticulación social provocada por la captura y el destierro de mujeres y de niños”. Y la tercera de las causas, la cual nos parece medular en la tragedia demográfica de “los californios”, fue la intervención del proyecto colonial sobre el territorio indígena, sobre todo porque “el establecimiento de las misiones y el influjo de éstas sobre las rancherías indígenas comarcanas afectó negativamente las tradiciones culturales de los cazadores-recolectores, desarticulándolas y empobreciéndolas, lo que seguramente hizo más difícil y azarosa la vida de quienes, durante buena parte del año, tenían que seguir viviendo de la caza y la recolección” (Del Rio, Altable 2000: 66,67)

El relato de esta tragedia demográfica no es más que una de las incontables muestras que podemos citar de la entrañable relación existente entre los antiguos californios y sus territorios. Lo que para los explotadores y colonizadores de origen europeo era un paisaje árido, yermo y hostil, para los pobladores originarios era espacio familiar y entrañable, del que extraían el sustento pero que también formaba parte de su identidad (Almada 2010, p.94)

Más adelante tendremos oportunidad de analizar las prácticas espaciales de las sociedades extractivas y cinegéticas de la península. Por lo pronto lo que queremos acentuar es que este *modo de apropiación* no violenta la estructura y la dinámica de la naturaleza, y en ese sentido, estas sociedades son un claro ejemplo de sociedades realmente sustentables. Lo que extraen del mundo natural lo consumen de propia mano, la mayoría de las veces, sin *transformarlo* materialmente. En ese sentido, subrayamos, el mundo tiene un valor de

uso, única y exclusivamente. En buena medida, el modo de apropiación secundaria u orgánica también hace posible que emerjan sociedades que producen valores de uso, pero la variante es que la apropiación de la naturaleza en el modo orgánico requiere una intervención y una tecnología más compleja, porque una de sus características es la domesticación de especies de flora y fauna.

El *modo orgánico* entonces, emerge en la época en que los seres humanos ya tienen una base tecnológica y técnica, y una matriz cultural tal, que les permite por primera vez una transformación -aún bastante limitada- de los ecosistemas. Esto es logrado como dijimos gracias a la domesticación de animales y plantas, manipulando las especies y mediante la utilización de ciertos metales. El rasgo distintivo de este modo secundario ha sido el uso de la energía solar como fuente energética fundamental del proceso apropiativo, independientemente de que en este modo ya se puede hablar del desarrollo de la técnica-herramientas para la producción/apropiación. Este segundo modo de apropiación es característico de los pueblos y comunidades que Marx denominó pre-capitalistas, y que vale subrayar, producían también, como las bandas de cazadores-recolectores, para vivir, no para acumular.

Todo indica que en un periodo de tiempo relativamente breve, de unos 5.000 años, una compleja combinación de factores que incluyó un salto en la capacidad mental de los individuos, un cambio climático caracterizado por el incremento generalizado de las temperaturas (...) y especialmente, la manipulación de paisajes y especies de plantas y animales, dieron lugar a una situación cualitativamente diferente en relación entre las sociedades humanas y su entorno natural (Almada, 2010: 128-129)

Esta domesticación, obviamente, tiene implicaciones significativas –no profundas- en la estructura, la dinámica y la evolución de la naturaleza, incluyendo la naturaleza humana, la cual parece liberó su creatividad ampliamente, permitiendo a las personas en colectivo transformar y producir nuevos paisajes realmente extraordinarios. De hecho esta manipulación del entorno es uno de los factores que operó como el desencadenante de procesos cualitativamente distinto a los del modo de apropiación primaria, según Toledo y González de Molina (2011). Y es que además de potenciar el carácter creativo del ser humano, el esfuerzo por domesticar el mundo natural requirió una capacidad mental distinta de las personas, que les permitiría a las personas mismas y a los pueblos a los que pertenecen solucionar sus problemas cotidianos, no solo aplicando procedimientos y rutinas, como un autómata programado con ciertos algoritmos históricamente determinados, sino además, visualizando “situaciones en el tiempo largo”, planeando y seleccionando estrategias para solucionar nuevos o inesperados problemas, “todo lo cual

supone la adquisición de un cierto nivel de memoria, lenguaje, imaginación e inteligencia” (González y Toledo 2011: 129)

Si bien para extraer moluscos o recolectar especies de frutos o semillas en el desierto, por ejemplo, se requiere una constelación de saberes sobre el espacio geográfico y la dinámica de diversos tipos de ecosistemas, no son de la misma complejidad los requeridos para el manejo y la manipulación de poblaciones. Poblaciones que regularmente necesitan condiciones materiales artificial o humanamente edificadas para desarrollarse, y al mismo tiempo íntimamente relacionadas, a pesar de su artificialidad, con su entorno. Aquí es importante mencionar que esta nueva manera de intervenir la estructura y los ritmos de la naturaleza, como lo sugerimos en los primeros párrafos de este capítulo, no niega o violenta el modo extractivo; al contrario, las primeras sociedades orgánicas complementan la satisfacción de las necesidades humanas, con la administración de los recursos, el manejo de las especies y la manipulación del espacio geográfico. Es decir, la emergencia de nuevos paisajes “fueron diseñados para añadir, *no sustituir*, nuevos productos a los logados mediante la caza, pesca y recolección, por medio de un adecuado manejo de los procesos ecológicos, geomorfológicos e hidrológicos, realizados por lo común sin afectar los ritmos y procesos naturales” (González de Molina y Toledo 2011: 133)

I.3 La apropiación de la naturaleza y los paisajes emergentes

Los cambios sobre la dinámica y la evolución de la estructura de las naturalezas provocadas por determinados modos de apropiación, tiene implicaciones significativas en el devenir de los paisajes, el cual entenderemos por el momento, como el espacio que funciona para un grupo social determinado, es su base geográfica, “es la configuración morfológica de ese espacio básico y sus contenidos culturales” (Martínez de P., 2016: 35)

A la vista de la historia ambiental, así como existen tres grandes modos de apropiación de la naturaleza, se destacan diversos procesos que hicieron posible el diseño de tres grandes paisajes: unos vinculados con los paisajes de las sociedades hidráulicas y la forma en que éstas cosechan agua y trabajan la tierra; otros procesos impulsados por sociedades que han producido paisajes en zonas escarpadas y han trabajado la tierra para la agricultura en lugares difícilmente imaginados que pueden servir para esto: en lo que conocemos como terrazas o segundos pisos. Y por último, procesos iniciados por sociedades que han sabido humanizar los bosques y selvas, manejándolos como sistemas

agroforestales. Para no extendernos demasiado en esto, con el siguiente cuadro hacemos referencia las características básicas de estos paisajes, ya que algunos de los procesos e intervenciones, abigarrados con los modos cinegéticos y extractivistas de apropiación, hicieron precisamente posible los paisajes rancheros en la península bajacaliforniana.

Paisajes de sociedades orgánicas

Diseños de paisajes	Área de desarrollo	Intervención	Tipo de producción	Sistema de riego
Agricultura hidráulica	Desarrollado principalmente en Mesopotamia, India, China, Indonesia, México y los Andes	Modifican la topografía y el flujo natural del agua	Agricultura intensiva	Canales e inundación controlada
Terrazas	China, India, Japón, Corea, Etiopía y tres regiones agrícolas clave: mediterráneo, los Andes y Mesoa América	Manejo de procesos geomorfológicos, de suelo y agua en terreno escarpado	Agricultura intensiva	Acequia
Bosques y selvas como sistemas agroforestales	Desarrollados en India, Papua Nueva Guinea, Sri Lanka, Indonesia, Tanzania, Uganda, Nigeria y México.	Jardines forestales a través de manejos de especies arbóreas	Producción mediana y gran escala de hierbas y arbustos	Acequia

Elaboración propia. Fuente: González de Molina y Toledo 2011.

Entendemos que el análisis de cualquiera de estos paisajes debe situarse concretamente, sobre todo a través de algunos artilugios metodológicos de diversas disciplinas científicas como la misma geografía y la antropología. Sin embargo, es crucial, por lo menos para nuestro trabajo de investigación, que nuestras preguntas y nuestras observaciones se dejen interpelar por los saberes y las formas de representación espacial de quienes diseñan sus propios paisajes. Esto nos permitirá por lo menos en nuestro caso 1) determinar las características particulares de los ranchos sudcalifornianos; 2) entender su pertinencia en contexto ecológicos específicos y sobre todo, 3) edificar una geografía humana y socio-ambiental desde la perspectiva o campo de enunciación de quienes diseñan sus propios paisajes bioculturales.

Además, situar de esta forma el análisis es la única manera que conocemos de reconocer que así como el modelo de los *modos de apropiación* que estamos explicando no es tan rígido, tampoco los paisajes que se producen con la emergencia de sociedades orgánicas, responde exclusivamente a nuevas formas de captar y distribuir agua; modificar el suelo o intervenir los bosques o selvas. Es decir, si bien cada uno de los paisajes está determinado por los ecosistemas, no necesariamente son excluyentes unos de otros. Por ejemplo en el caso de los ranchos de las serranías de la península de Baja California, podemos adelantar que las sociedades rancheras producen paisajes en zonas escarpadas y al mismo tiempo, son colectividades que se han visto en la necesidad de modificar la topografía de la montaña para aprovechar las fuentes naturales de agua y mantener así una forma de vida semi-sedentaria. Lo que nos ayudaría a suponer, por lo menos a manera de hipótesis, que las sociedades rancheras tienen características de una

sociedad hidráulica y al mismo tiempo, por el espacio geográfico en el que se desarrollan, han requerido modificar el entorno edafológico para poder sembrar sobre o junto a los arroyos.

Además, como ya dijimos, las sociedades rancheras de montaña, también han reproducido saberes muy específicos sobre los espacios geográfico fuera de su unidad básica de producción; o sea requiere saberes sobre la montaña misma; para mantener su producción y al mismo tiempo, afrontar situaciones de su vida cotidiana específicas. Esto último nos permite reiterar que si bien pueden considerarse como sociedades orgánicas, al mismo tiempo, el modo en el que se apropian de plantas y animales tiene un carácter cinegético y extractivista.

Es importante destacar también que las sociedades orgánicas al sedentarizarse crecieron considerablemente, lo que con el tiempo hizo necesario una nueva forma de energía además de la solar, como fue la energía animal, para producir un excedente que le permitiría su reproducción. Además, los nuevos saberes, el perfeccionamiento de las herramientas y la domesticación del fuego hicieron posible el almacenamiento de algunos bienes, de tal manera que el tiempo entre la apropiación y el consumo se acrecentó considerablemente. Todo esto, es decir, el excedente de la producción y el crecimiento demográfico, fueron entre otras cosas la base material para que mucho tiempo después de la aparición de los primeros grupos sedentarizados, emergiera socialmente el intercambio económico, esto es, la aparición histórica de “la circulación de lo producido más allá de la propia unidad de apropiación/producción” (González y Toledo 2011: 134)

También debemos destacar que los impactos socio-ambientales en este modo de apropiación han sido relativamente significativos. Relativos si consideramos que el modo industrial de apropiación produjo una verdadera fractura metabólica que, a la distancia y con la información que se tiene en la actualidad, parece irreparable, como bien lo intuyeron Liebig y Marx hace ya 150 años. Las nuevas sociedades orgánicas, de las cuales se tienen conocimiento desde hace por lo menos 4000 años, modificaron la composición original de los ecosistemas creando especies animales y vegetales nuevas. Lo cual implica como lo decimos, “nuevos diseños espaciales: campos de cultivo para generar alimentos o forrajes para los nuevos animales domesticados o productos forestales maderables y no maderables” (González y Toledo 2011: 135).

No lo habíamos dicho explícitamente pero cuando mencionamos que las sociedades cinegéticas y extractivistas establecían una relación mimética con la naturaleza, quisimos hacer suponer que no existe una intencionalidad consciente de

domesticación del medio ambiente, a diferencia de las sociedades orgánicas que, el avance técnico y tecnológico, el desarrollo de nuevos saberes, la sistematización de nuevas experiencias y el crecimiento demográfico, provocó nuevas necesidades, de manera que se requirió tal y como hemos sugerido, dominar consciente y racionalmente, el mundo natural.

Sin embargo, como también lo dijimos, no hay una exclusividad en el modo de utilizar los recursos y el espacio. Y esto se ve claramente cuando aguzamos la mirada sobre el rancho sudcaliforniano, que en pleno siglo XXI se siguen moldeando paisajes a partir de estos dos modos de apropiación. Para finalizar podemos decir que el modo primario y secundario de apropiación mantiene un vínculo histórico y cultural muy estrecho, que incluso emergen de la tradición misma, es decir, la tradición rural:

“el modo primario hunde sus raíces en la historia biológica de la especie humana, es decir, surge de una recreación de la remota relación que los antepasados del género humano establecían con los ecosistemas; es en cierto modo la expresión de la animalidad reconfigurada y vuelta humana. El modo secundario, que surge del anterior, conforma un ‘salto cualitativo’ en el afán humano de obtener materiales de la naturaleza. En ambos casos se trata de dos tradiciones de origen rural.” (González y Toledo, 2011)

El modo industrial es el modo inaugurado por la lógica de la acumulación capitalista. En ese sentido, los modos primarios y secundarios de apropiación, son radicalmente opuestos al modo industrial. Este último se confronta directamente con ellos, a tal grado de buscar su aniquilación (histórica). Es decir, el modo industrial de apropiación es producto de las relaciones capitalistas de producción, y en su necesidad de expansión y enraizarse en los diversos rincones del planeta Tierra, es violentamente excluyente.

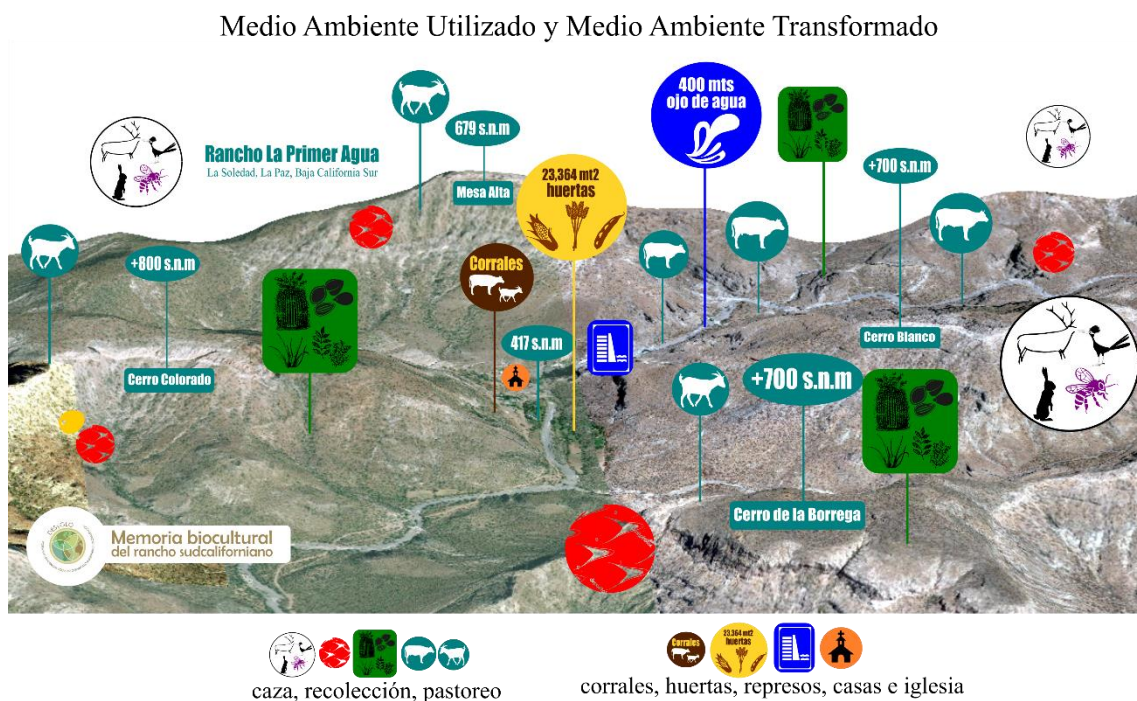
“El modo terciario de apropiación, no aparece en sentido estricto como una derivación de aquellos ni como resultado de una ruptura cualitativa. Muy por el contrario, este último aparece como una tradición de carácter extra-rural, originado desde el sector urbano o industrial de la sociedad humana. Se trata de un modo que busca potenciar el excedente [...] de los productos rurales, única manera de mantener y acrecentar a la población asentada en los enclaves urbano-industriales del planeta” (González y Toledo, 2011)

Para analizar los entrelazamientos en los modos de apropiación en los ranchos de la Sierra La Giganta, se puede recurrir a la idea de mega-ambiente con la que trabajan González de Molina y Víctor Toledo (2011). Estos sirven para clasificar ambientes definidos particularmente por factores climáticos y edafológicos, que a su vez determinan en este caso, modos de apropiación. Según lo dicho estos autores, en el “espacio planetario” se pueden considerar tres grandes mega ambientes: el Medio Ambiente Utilizado (MAU),

el Medio Ambiente Transformado (domesticado) (MAT) y, el Medio Ambiente Conservado (MAC).

Se supone que cualquier Unidad de Apropiación, desde la más básica como la constituida por una persona, hasta la más compleja como una industria minera o energética, realiza intercambios metabólicos entre estos tres mega-espacios y obviamente con el resto de la sociedad. Cuando se habla del MAU se hace referencia a todo el conjunto de elementos o unidades que operan como *objetos de trabajo* y regularmente están identificados por “la vegetación, el relieve y lo suelos, y por otros factores en el caso de lo acuático” (González y Toledo, 2011: 84); es decir, el MAU comprende un “fragmento de naturaleza” del que se apropian las personas en colectivo o las empresas. Según lo establecen los especialistas, la apropiación en este mega-ambiente no tiene repercusiones significativas en su estructura ecosistémica.

En el caso del MAT, este está constituido por todos aquellos espacios geográficos utilizados para la agricultura, la agroforestería, la ganadería, la acuicultura, entre otras actividades productivas. Es por ello que el MAT es realmente un espacio de domesticación, es decir, un espacio edificado o diseñado artificialmente a partir de un complejo tecnológico y saberes localmente reproducidos.



Y por último, está el MAC, que es una categoría que permite identificar los ambientes destinados para la protección, es decir, un espacio donde las unidades de

apropiación mantiene “consiente y deliberadamente como reserva naturales, cómo áreas intocadas y que no ofrecen bienes sino diversos servicios” (Ídem). Esta puede ser una Reserva Natural jurídicamente definida, o bien, es un territorio porosamente delimitado para el cuidado y la revitalización de especies agroforestales.

El modo extractivo y cinegético de apropiación como pudimos darnos cuenta, no modifica de fondo la estructura del entorno inmediato de las sociedades o los colectivos que en determinado momento histórico se desarrollan bajo dicha forma de apropiación, sea cual sea su temporalidad. A diferencia del momento en que las personas en colectivo empezaron la domesticación de plantas y animales, donde emerge nuevos diseños paisajísticos, para crear así "zonas humanizadas, es decir, áreas para la producción de bienes” (González de Molina y Toledo 2011: 132). Si bien en el próximo apartado vamos a terminar por definir la idea de paisaje y territorio, podemos ahora comentar que, en los dos modos de apropiación se pueden reconocer paisajes que están inmanentemente abigarrados con la estructura, la dinámica y los tiempos de la naturaleza.

Además, como ya se comentó también, la emergencia de estos nuevos diseños no excluyó ni ayer ni hoy, los saberes y las prácticas espaciales o productivas que las sociedades cazadoras, recolectoras y pescadoras han tenido que realizar para mantenerse histórica y bioculturalmente con vida. Los saberes tradicionales son condición necesaria para estos paisajes. En ese sentido, las transformaciones en el paisaje no solo son producto de la creatividad y la habilidad humana; también responden a factores geográficos y ambientales, factores sociales (demográficos, emocionales y cognitivos), políticos y socioculturales.

Por otro lado, como lo sugerimos también, las transformaciones son paulatinas, cada uno de los modos de apropiación son producto de una larga duración, es decir, no irrumpen de la noche a la mañana en la historia plantearía, incluso ni en el modo industrial que se ha enraizado en los diversos territorios de planeta tierra desde hace por lo menos dos siglos, y la mayoría de las veces, lo ha hecho de manera violenta. Cada uno de los modos de apropiación y los paisajes que le corresponden, requiere para su continuidad, una preparación cultural paulatina, es decir, requiere una transformación en las cosmovisiones, en los imaginarios, en los saberes, en el consumo y sobre todo las formas tradicionales en las que las familias, las comunidades, las bandas, las tribus, las naciones intervienen la naturaleza.

En este sentido, la idea de acumulación originaria es para nosotros fundamental, ya que permite entender que son fuerzas externas, sobre todo, las que impulsan la

transformación en los paisajes, en los saberes, en la ideología, en los territorios y las prácticas productivas de tradición no capitalista u occidental, es decir, relaciones que se dieron entre la naturaleza y las sociedades por cientos a miles de años. La acumulación originaria entonces, nos exigiría asumir que existe una preparación cultural para las transformaciones paisajísticas y territoriales. Y sobre todo, este concepto nos permite entender estos cambios a partir de que las fuerzas europeas iniciaron las fracturas geoculturales en los distintos territorios del planeta Tierra.

1.4 Abigarramiento de los modos de apropiación, paisajes y territorios

En las serranías centrales de la península de Baja California, desde hace miles de años, diversos sujetos han moldeado el espacio a través de modos relativamente distintos y prudentes, de apropiación de la naturaleza. Independientemente de sus diferencias, han tejido una forma social de vida *sui generis*, a partir de un abigarramiento entre sus representaciones, saberes, emociones y prácticas productivas, con la estructura y las dinámicas de sus naturalezas y espacios. A esta insoslayable trenza cultura-natura, le llamamos abigarramiento biocultural, porque si bien estas dos regiones de la realidad tienen trayectorias distintas, han configurado en una permanente tensión, un *eidós* paisajístico y un *ethos* territorial propio.

Lo veremos con detalles en los próximos capítulos pero podemos decir por el momento que en el caso de los rancheros sudcalifornianos, el abigarramiento biocultural que emerge históricamente a finales del siglo XVIII, les ha permitido administrar el recurso hídrico (que es muy escaso); organizar un sistema agrosilvopastoril en zonas escarpadas y desérticas; aprovechar la flora silvestre culinaria y medicinalmente, además de la fauna cautiva que se desplaza entre las serranías. Así, han vivido entre las piedras por más de dos siglos.

Se ha dicho que los ranchos son producto de la hibridación cultural de los grupos indígenas y el proyecto civilizatorio misional jesuita del siglo XVII (Cariño y Ortega, 2014), es decir, son una equilibrada mezcla entre lo tradicional de la cultura nómada y lo moderno del proyecto misional jesuita. Sin embargo, para nosotros el término culturas híbridas, que ha sido muy sugerente por muchísimos años, no nos convence del todo, por dos razones. La primera, porque efectivamente, el rancho sudcaliforniano es una formación histórica tejida a partir del choque de tradiciones culturales y dos modos de apropiación distinta, pero más que mezcladas nacieron a partir de una franca y violenta tensión. En segundo lugar, en las formaciones sociales rancheras no solo se expresa una

tensión entre dos tradiciones culturales; al mismo tiempo, una condición de esta formación son las profundas relaciones que han mantenido las familias rancheras con las pulsaciones de la naturaleza, es decir con los tiempos y las dinámicas de los ecosistemas con los que me atrevería a decir, han co-evolucionado. Y es que como diría Víctor Toledo en el prólogo de *Saberes locales, paisajes y territorios rurales* de Narciso Barrera-Bassols y Nicolás Floriani (2018).

“Toda cultura que habita un determinado territorio, subsiste, persiste y resiste por su soporte o envoltura natural. La naturaleza soporta a la cultura y la cultura da sentido a la naturaleza inmersa en su territorio. La naturaleza es apropiada intelectual y materialmente a través del trabajo humano, y termina siendo humanizada por medio de la domesticación de las especies, del agua, de la vegetación y de los paisajes” (Barrera-Bassols *et al*, 2018: 11)

En ese sentido, más que formas de vida híbridas nosotros vemos sociedades abigarradas, es decir formaciones sociales que mantienen en tensión tradiciones culturales y relaciones metabólicas distintas en el presente. La Real Academia Española describe lo abigarrado como algo “de varios colores, especialmente si están mal combinados”, es decir, algo “heterogéneo, reunido sin concierto” alguno. Y en cierto sentido, esta definición nos ayuda en un primer momento. Sin embargo, la idea que asumimos y de alguna manera resignificamos, es el término acuñado por el marxista René Zavaleta, que le sirve entre otras cosas, para explicar que no existen en las sociedades bolivianas, formaciones económicas y productivas hegemónicas.

Luis Tapia (2002), que es quien discute fuertemente la idea, menciona que “una formación social abigarrada se caracteriza [...] por la coexistencia de diversas temporalidades o tiempos históricos” (Tapia L., 2002: 308). Uno de estos tiempos, es el tiempo de la producción capitalista, el tiempo de la acumulación, del excedente y del valor de cambio. Digamos que habla del tiempo supeditado a la lógica del mercado y el dinero. El otro tiempo, es el tiempo de un modo productivo tradicional o precapitalista, el de la producción para la vida y el valor de uso. Digamos que es el tiempo supeditado a los tiempos y las dinámicas de la naturaleza. A la vista de Zavaleta, existen sociedades donde estas temporalidades se mantienen en relativa tensión, configurando formaciones sociales que tiene como base modos de producción distintos e incluso, contradictorios entre sí.

En nuestro caso más que modos de producción, hemos estado aludiendo a los modos de apropiación, que al igual que el marxismo tradicional pone en el centro la idea de trabajo, es decir, de relación y transformación del entorno. Y en ese sentido, asumimos el término de abigarramiento, porque nos interesa dejar de manifiesto los tipos de

relaciones metabólicas que se han reproducido entre las piedras, y que de alguna manera se expresan en el paisaje y los territorios de las zonas montañosas peninsulares. Además, este término nos obliga a situar nuestra reflexión y colocar nuestro análisis a ras de suelo. Y es que no es lo mismo hablar de la rancheridad o lo ranchero desde el contexto del centro del país, en el Bajío por ejemplo, que hablar de las formas de vida rancheras en las cadenas montañosas de la península de Baja California.

1.4.1 Paisajes y territorios: la producción social del espacio escarpado

La vida en cualquiera de sus presentaciones se reproduce espacialmente. Ni el pensamiento idealista ni los meta-relatos de la posmodernidad traducidos algunos por la industria hollywoodense, han podido negar su base material. No hay prácticas realizadas en el vacío ni existen representaciones o imágenes mentales sin un referente corpóreo, como lo sugerirían varios de los pensadores posmodernos del siglo pasado, como Lyotard, Lipovetsky o el mismísimo Jean Baudrillard con su poderosa idea de simulacro (1977).

Los lugares están cargados de significados y producen una determinada gama de emociones cuando los experimentamos (Nogue J., 2007). Además, el espacio no es posible pensarlo sin el tiempo, es decir, sin la creación de nuevos lugares y nuevas formas espaciales (Castoriadis 2005). Así como las creaciones humanas se montan sobre las ruinas de otras, la producción espacial se realiza sobre un viejo y carcomido palimpsesto¹⁶, donde siempre, inevitablemente encontramos huellas del pasado.

Dicho esto, antes de discutir los conceptos de paisaje y territorio para cerrar con este capítulo, no es mala idea discurrir sobre la veta objetiva y semiótica de la vida social. Y es que las diversas regiones de la realidad que experimentamos las personas se despliegan en dos grandes dimensiones que, entrelazadas en bucles, organizan el espacio: una de ellas permite observar el mundo a simple vista, y reconstruirlo lógicamente. La otra dimensión, es estrictamente imaginaria, simbólica y en buena medida disfuncional.

La dimensión lógica, nos permite pensar y actuar según los mismos esquemas y criterios que están activos en la teoría lógico-matemática: “elementos, clases, propiedades, relaciones, todo lo cual es establecido de manera bien distinta y bien definida” (Castoriadis 2006: 84). El esquema fundamental de esta dimensión, filosóficamente dicho, es el de la *determinidad*, es decir, “para que algo exista, debe estar

¹⁶ Un palimpsesto, según la Real Academia de la Lengua Española (RAE), es un manuscrito que “conserva las huellas de una escritura anterior borrada artificialmente”.

bien definido o determinado” (Ibídem). En el caso de la dimensión simbólica, la existencia toma forma de significación, donde cada significación refiere a un número indefinido de significaciones. Estas significaciones se relacionan por un acto básico, que es el de *renvoi*, es decir, el acto de referir, de remitir una significación a otra.

Cuando hablamos de significaciones pensemos en Dios, la huerta, la montaña, el dinero, la querencia, la sequía, la libertad, el desarrollo, el progreso, la moral, el consumo, la solidaridad, el bienestar, el intercambio, el confort, entre otras cosas. Todas y cada una de estas significaciones se puede decir que están encarnadas e instrumentadas por instituciones sociales, esto es, por un lenguaje situado socio-históricamente, además de hábitos, normas, valores, instrumentos, procedimientos y métodos para tratar, pensar y hacer cosas.

Arriesgarnos a caracterizar por separado cada una de las dimensiones no significa que éstas no estén entrelazadas en el espacio cuando lo observamos, analizamos o experimentamos en nuestra vidas. Digamos que una dimensión es condición *sine qua non* de la otra. Al igual que Castoriadis, consideramos que las sociedades, cualquier que sea esta, no pueden existir “sin una dimensión funcional, pero también es evidente que toda sociedad somete esta funcionalidad a otra cosa”. (Castoriadis 2004: 24)

La discusión sobre el paisaje y el territorio no ha estado exenta de la distinción entre lo que es y lo que se percibe; lo realmente existente o el sentido con lo que se carga (se inviste) lo realmente existente. Igual, tampoco ha estado al margen de las distinciones tan problemáticas y profundas como la de natura-cultura (Descola 2013; Palsson *et al* 2003; Latour 2017). Algunos autores (Morin 2002; Santos, 2003) sugieren que la madre de todas las dicotomías es la artificiosa separación cartesiana de mente-cuerpo.

Si nos acercamos cautelosamente, a los orígenes de las palabras, se puede dar cuenta de estas distinciones. En el caso de la idea de paisaje, esta palabra cuenta con varias raíces. Una de ellas, germánica, da origen al término alemán *Landschaft*, o *Landscape* en inglés. En el siglo XIII, *Landschaft* se entendía como región o provincia, es decir “el *Landschaft* o *Lantschaft* alemán no se refería a una vista de la naturaleza sino a un área geográfica definida por unos límite políticos” (Maderuelo J., 2013: 25). Fue hasta finales del siglo XV que este mismo término hacía referencia a la tierra que estaba alrededor de un pueblo. No es explícita la alusión, pero a partir de ese momento aparece un punto de referencia visual. En ese sentido, no hay una variación sintáctica en el término, pero si alcanza a percibirse una diferencia semántica en él.

En el caso del inglés, *land* significa tierra y el sufijo *scape*, que es una derivación de *shape*, originariamente se interpretó como forma o contorno, y según Maderuelo se puede concebir también como aspecto o modelo. Así, la combinación nos puede hacer entender el *Landscape* como el *aspecto* de un territorio. Y ese aspecto, obviamente, no alude a una descripción minuciosa y delimitada de tierra, o sí, pero además una interpretación de un sujeto que experimenta dicha porción de tierra, a través de sus sentidos e incluso, de sus emociones. Lo problemático con las etimologías es que, a pesar que uno recurre a la historia, los procesos a los que aluden el significado de las palabras se perciben sincrónicamente. Y en el caso de los paisajes, su configuración es de larga duración, regularmente.

Decimos esto porque, en efecto, el paisaje es una porción de tierra que tiene que ser experimentado por un sujeto social, y esto sucede, por supuesto a través de los sentidos, pero además en el tiempo, de tal manera que esta porción de tierra se va cargando históricamente de significados. Para visualizar esto que decimos pensemos en la clásica imagen de un viejo libro donde pueden leerse, sobre la porosidad del papel, las huellas del escribano original y todas las notas al margen que los lectores han dejado a su paso. O imaginemos uno de esos viejos palimpsesto que, “cuando el papel era un lujo, se debía reutilizar una y otra vez el mismo pergamino, diluyendo la tinta anterior para escribir las crónicas nuevas” (Guzmán A., 2004: 674). Bajo esta perspectiva, como diría Nogue (2007) hablar del paisaje es referirnos a “una porción de la superficie terrestre que ha sido modelada, percibida e interiorizada a lo largo de décadas o de siglos por las sociedades que viven en ese entorno” (Nogue, 2011: 30).

De esta forma se puede decir que el paisaje es un constructo sociocultural anclado a una base material y que, en el último de los casos, se determinan mutuamente. El paisaje es aquello que se ve, que se modela y que se significa, volviéndose así, significativo y modelador del espacio y, al mismo tiempo, de una forma social de vida.

“es, a la vez, una realidad física y la representación que culturalmente nos hacemos de ella; la fisonomía externa y visible de una determinada porción de la superficie terrestre y la percepción individual y social que genera; un tangible geográfico y su interpretación intangible. Es, a la vez, el significativo y el significado, el continente y el contenido, la realidad y la ficción” (Ibídem)

Maderuelo recurre al geógrafo Manuel Terán para presentar una idea de paisaje que se antoja sensata por la referencia a distintas unidades del paisaje, y arriesgada al mismo tiempo, por el supuesto de verdad que hay en ella: “Lo real en la superficie de la tierra no

es la forma del relieve, las características climáticas que en él actúan, su revestimiento vegetal y todo aquello que el afán del hombre añade, lo real, es su trabazón”

Lo que se sugiere con este planteamiento no es menor. Digamos que lo realmente importante [para el geógrafo o quien busque leer de la mejor manera un paisaje], poniendo esto en clave cartesiana, no es el objeto en sí ni lo que el sujeto da al objeto, sino es la reciprocidad entre lo que es y lo que uno supone que es: la *trabazón*, diría Terán. La multi-determinación, el abigarramiento es lo realmente importante, porque es precisamente en este tipo de relaciones entre lo que se denomina las unidades del paisaje y el productor/observador, donde emerge lo que nos interesa elucidar: el paisaje.

“todo árbol se halla fuertemente unido al suelo por sus raíces que se introducen entre las rocas, toda roca se estratifica en el terreno según sus propiedades físicas y se apoya sobre otra observando la implacable ley de la gravedad universal y, de esta manera, se conforman las montañas, mientras que todo arroyo surca el territorio aprovechando las diferencias de nivel que ofrecen estos estratos; por lo tanto, todo conjunto de elementos que ha surgido de forma natural se encuentra físicamente trabado por las leyes que dicta una naturaleza ajena a los caprichos humanos. La trabazón que hace que un territorio tome el apelativo de paisaje hay que buscarla, por lo tanto, más allá de aquello que nos ofrece la madre naturaleza, más allá de su mera unión física” (Maderuelo, 2013: 34)

Al margen que no presentemos aun algún dato concreto, podríamos adelantarnos y mencionar que el paisaje ranchero, no es lo que existe entre el arroyo, la montaña y el rancho, si no lo que emerge en la relación de todos y cada uno de los elementos que los constituyen. En ese sentido, se puede decir junto a Martínez Pisón (2016), que el paisaje es a la vez una figura y una configuración de la realidad geográfica en su totalidad.

“esto significa que sus características esenciales son su volumen, su localización, su especificidad, su decantación de una estructura espacial, su pluralidad e integración de componentes, sus relaciones internas y externas, su organización espacial interior, su temporalidad y flujo de cambio” (Martínez P, 2016: 36)

El mismo Martínez Pisón sugiere que cada una de las características del paisaje debe ser objetivamente identificada e incluso, cartografiable. Parecería una tarea propia de la mirada y la agudeza del geógrafo, que le permitiría observar lo que sugeriría Barrera-Bassols y Urquijo: “vestimenta apropiada para el clima, instrumentos adecuados para surcar el relieve, vistosas veredas entre árboles frondosos, canales de desagüe, palapas veraniegas, avenidas y barrios ciudadanos o milpas en ladera” (Barrea-Bassols y Urquijo, 2009: 231). Sin embargo, se vuelve una tarea titánica, cuando pensamos que el paisaje no solo es una porción de tierra modelada, sino entraña también una constelación de emociones y afectos que se fortalecen con el paso del tiempo, y toman sentido en los lugares (Nogue, 2007). Así el geógrafo, necesariamente debe convertirse en el *flaneur* de

Baudelaire o el *caminante* de Thoreau (2016), y no solo deambular entre agentes del agreste campo de la antropología, la sociología y la historia, sino además, sobre las movilizadas narrativas de los productores del paisaje, que en ocasiones se vuelven indescifrables para la jerga científica contemporánea.

Otra de las cosas que es importante mencionar es que, los paisajes rurales se configuran a partir de un “proceso acumular histórico, sobre el potencial ecológico, de manera que fijan, funcionalmente, el legado del pasado” (Martínez P., 2016: 37). En los paisajes rurales, se podría decir entonces, uno debería poder leer la memoria de las relaciones histórica entre las sociedades y sus entornos naturales; sobre todo porque en ello se expresa, diría Barrera-Bassols, “la dimensión cultural de la naturaleza (Sauer, 1995; Ojeda, 2005), o bien, la dimensión natural de la cultura.” (Barrera-Bassols y Urquijo, 2009: 231)

Debemos entender con lo dicho hasta aquí, que las personas siempre mantienen una relación muy estrecha con sus propios lugares, configurando así paisajes determinados. En nuestro trabajo de investigamos nos arriesgamos a sostener, exagerando un poco, que los rancheros sudcalifornianos han *hecho para sí* la sierra, sus cañadas, las montañas, los ojos de agua (o humedales), los valles, el desierto, el arroyo y de todo lo artificialmente construido históricamente como el corral, el solar, la acequia, el huerto, en suma, los rancheros se han apropiado del espacio y lo han construido al mismo tiempo, a tal grado que estas colectividades hasta el día de hoy se afirman gracias a él.

Y en ese sentido, podemos hablar, además de un paisaje ranchero, de un territorio. Y es que, como bien menciona Porto-Gonçalves (2009), el “territorio es espacio apropiado, espacio hecho cosa propia, en definitiva el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él” (Porto-Gonçalves 2009:127). En este sentido, menciona Porto-Gonçalves que al hablar necesariamente de territorio tiene que hablarse de territorialidad, es decir, de “procesos sociales de territorialización” (Íbidem).

Quienes hablan prácticas territoriales o territorialidad, son Robert Sack y Claude Raffestin. En el caso de Sack, pone el acento en el plano material de los procesos de territorialización, y en ese sentido está limitada su noción, aunque no deja de ser una cualidad necesaria en la construcción territorial. Según él, la territorialidad puede ser definida como “la tentativa, por parte de un individuo o grupo, de llegar afectar, influir o controlar personas, fenómenos y relaciones, mediante la limitación y afirmación del control sobre un área geográfica” (Sack 1986: 6). Raffestin por su parte, más allá de un plano concreto o material, piensa este proceso de manera más amplia, definiendo la

territorialidad como el “conjunto de relaciones establecidas por el hombre en tanto perteneciente a una sociedad, como la exterioridad y la alteridad a través del auxilio de mediadores e instrumentos” (Raffestin 1993: 48).

Si bien lo leemos, la discusión sobre el territorio debe estar íntimamente ligado al debate sobre el poder. Para el mismo Raffestin el territorio es un “campo de acción”, es un espacio relacional, entre otras cosas porque se organiza a partir de las relaciones entre las dos grandes dimensiones a las que aludimos al principio de esta discusión: “El espacio, al estar compuesto por ‘dos caras’, ‘expresión’ material y ‘contenido’ significativo, es un ‘espacio relacional, inventado por los hombres’ (Raffestin 1993: 48). Haesbaert, siguiendo a Raffestin, menciona que la idea de *territorialidad* permite profundizar sobre cuestiones íntimamente relacionadas con el carácter cultural e identitario implícito en los análisis territoriales, sin dejar de lado su carácter material. Pero además, también nos exige reflexionar el territorio como un campo de fuerza donde se pone en juego, no solo las prácticas sociales de ciertos sectores o agentes sociales, sino la concepción simbólica del mundo:

“Podríamos decir que el territorio, en tanto relación de dominación y apropiación sociedad-espacio, se reproduce a lo largo de un continuum que va desde la dominación política-económica más ‘concreta’ y ‘funcional’ hasta la apropiación más subjetiva o ‘cultural simbólica’. Aunque sea totalmente equivocado separar estas esferas, cada grupo social, clase o institución puede ‘territorializarse’ a través de procesos de carácter más funcional (económico-político) o más simbólico (político-cultural) en la relación que desarrollan con ‘sus’ espacios, dependiendo de la dinámica de poder y de las estrategias que están en juego” (Haesbaert 2011: 81-82)

Al igual que lo dicho anteriormente sobre la categoría de paisaje, plantear de esta manera el territorio es cuestionar la perspectiva positivista de la geografía moderna y pasar a una mirada para una nueva geo-grafía, es decir, una nueva mirada que reconozca las otras grafías de la tierra, las olvidadas u marginadas por la tradición occidental. En ese sentido diría Escobar, “este tipo de discusiones sobre el territorio nos remite a una espacialidad no cartesiana o euclidiana y ciertamente no liberal, todas las cuales dependen de una visión del territorio como entidad inerte “realmente existente” independientemente de las relaciones que lo constituyen; entidad esta que puede ser entonces medida, adjudicada en propiedad privada o transferida entre “individuos” o intervenida a voluntad, incluso para su destrucción” (Escobar 2014: 90)

Escobar también menciona que sería un error pensar el territorio en términos de propiedad, es decir, en relación con la tenencia de la tierra. Es mucho más pertinente pensarlo como un espacio de “apropiación efectiva mediante prácticas culturales,

agrícolas, ecológicas, económicas, rituales, etc.” (Escobar, 2014: 90) Y en ese sentido, los territorios no tienen “fronteras” fijas, sino entramados porosos con otros territorios aledaños que incluso jurídicamente no comparten la tenencia de la tierra, pero sí una genealogía socio-histórica.

Por todo lo dicho, es que asumimos la importancia de reconocer el paisaje y el territorio rancharo. De esta manera, estos constructos socio-ecológicos lo que nos permitirá observar son las relaciones (retroactividades) entre estas colectividades sudcalifornianas y sus propios nichos ecológicos. En este sentido me parece condición necesaria una problematización y una reflexión mucho más profunda de estos procesos históricos, sobre todo, porque así elucidaremos, la emergencia histórica de la memoria biocultural ranchara y al mismo tiempo, los acontecimientos y fenómenos políticos y sociales que inciden en las transformaciones en el paisaje, el territorio y la misma memoria biocultural. De esto trata el siguiente capítulo. Vamos a presentar los distintos abigarramientos que se han dado alrededor de las serranías peninsulares, y leer la emergencia de diversos paisajes y territorios entre las piedras.

Capítulo 2.

Paisajes y procesos de territorialización en el desierto y las sierras de la península de Baja California

El esculpido del paisaje ranchero en las sierras de la península de Baja California y la constitución de sus porosas y complejas fronteras territoriales, están mediadas por una constelación de creencias, sentimientos, emociones y saberes eco-geográficos locales que nacen y se reproducen en lo más recóndito de sus cadenas montañosas. Esta reproducción ha sido a través de la oralidad; de la sabiduría hecha palabra y; de la experiencia compartida viviendo entre las piedras. Desde hace casi 3 siglos este complejo de creencias, afecciones y saberes se han transformado, fortalecido y reproducido a partir de diversas actividades propias de las familias rancheras, que les han permitido, por cierto, hacer frente a situaciones cotidianas (en un contexto natural bastante agreste) vinculadas a su trabajo, al cuidado de su salud, la alimentación, la vivienda y la fiesta.

Las huellas rancheras que seguimos desde hace tiempo están grabadas sobre un palimpsesto rocoso (Varela L., 2016) que desde hace millones de años emergió y se reorganiza hasta el día de hoy como un evento histórico-geológico *complejo*. Pecando de un relativo determinismo, pero en función de lo que hemos observado en campo, consideramos que esta condición ha determinado la manera de establecerse, desplazarse, relacionarse y producir lo necesario para la vida.

En este sentido, para nosotros es fundamental en un primer momento entender la condición geológica y ecosistémicas de las sierras -montaña- para indagar desde allí qué significa realmente *la vida ranchera*. La casa, sus dominios, el monte o la sierra [como las familias rancheras nombran a su territorio], alimentan simbólicamente y cognitivamente sus formas de vida. Pero en el fondo, el ecosistema de montaña se convierte en un vector fundamental para la configuración de sus identidades, es decir, para la constitución de sus propias maneras de identificarse con sus vecinos, y la forma en la tejen sus relaciones con las personas de la playa o de la ciudad. Los rancheros en su largo caminar por la historia de Baja California Sur se volvieron los grandes escribanos y lectores de la montaña, que como diría el extraordinario antropólogo José Lameiras, se han dejado seducir también por sus propias narrativas geológicas.

“Las montañas, los planos pequeños y grandes que se extienden constituyen tanto un texto que habrá que saber leer, como la sintaxis del mismo: las alturas, las posiciones, la flora que las viste, la fauna que las habita, el agua que contienen o que carecen, los usos de los árboles y yerbas, equivalen a puntos, coma, paréntesis, guiones e interrogaciones que hacen inteligible y comprensible ese texto, y lo que es más, originan una de las cualidades de la identidad” (Lameiras J., 1994)

Las sociedades rancheras tienen solo tres siglos de haber iniciado su relativo largo proceso de *abigarramiento* con las principales cadenas montañosas de la península. Sin embargo, ha sido tiempo suficiente para que, a partir de indistintos procesos de enculturación, hicieran de un espacio aparentemente inhóspito y estéril, su espacio vital. Echar raíz en un desierto tapizado de piedras y con poca agua, si bien es posible a partir del ingenio de las personas y el carácter resiliente de las sociedades humanas a diversos tipos de ecosistemas, no es suficiente (Ignold T., 2001).

Comparado con la historia geológica de esta región, la cual lleva no más de 15 millones de años de haber iniciado su proceso de conformación y apenas 2 millones de que la península tomara el perfil geológico que hoy bien creemos conocer (Ledesma J., 2002); los cerca de 10 mil años que lleva habitada la península por diversos grupos humanos (Fujita 1993) representan solamente unos cuantos segundos de vida. Algunos segundos que, como dijimos, han sido suficientes para determinar una muy particular forma de vida.

Partiendo del planteamiento anterior, este capítulo estará dividido en cuatro tiempos. En un primer momento vamos a elaborar una radiografía de las condiciones geoecológicas de la península de Baja California, y específicamente de lo que se conoce como la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta, ya que estas cadenas montañosas son las que han permitido a los rancheros sudcalifornianos vivir entre piedras. En un segundo momento, vamos a concentrarnos en las relaciones que establecieron los grupos indígenas antes de la llegada de los españoles, con el ecosistema de montaña y las playas del Golfo de California. En el tercer tiempo nos interesa perfilar las nuevas relaciones metabólicas que impuso el proyecto misional jesuita, y cómo es que con ello se aceleró la destrucción del mundo indígena peninsular, con todo lo que esto implica. Y para finalizar, presentaremos algunos apuntes sobre la emergencia histórica del rancho sudcaliforniano y el perfil de nuevos patrones de movilidad, sujetos, subjetividades, paisajes y territorios.

el agua entre las piedras

Uno de los principales rasgos geomorfológicos de Baja California es la existencia de una cadena montañosa que recorre de norte a sur la mayor parte del territorio. Esta península es una de las más largas del mundo, con una longitud aproximada de 1300 km y una superficie total de 142 578 km²; extendiéndose desde el paralelo 32° hasta el paralelo 24° Lat. N. Las distintas sierras que se despliegan paralelo a los litorales del Golfo de

California alcanzan altitudes superiores a los 3.000 m.s.n.m en su parte septentrional, y gradualmente va disminuyendo hasta los 500 mts de altura en la parte sur de la península, al norte de la ciudad de La Paz.

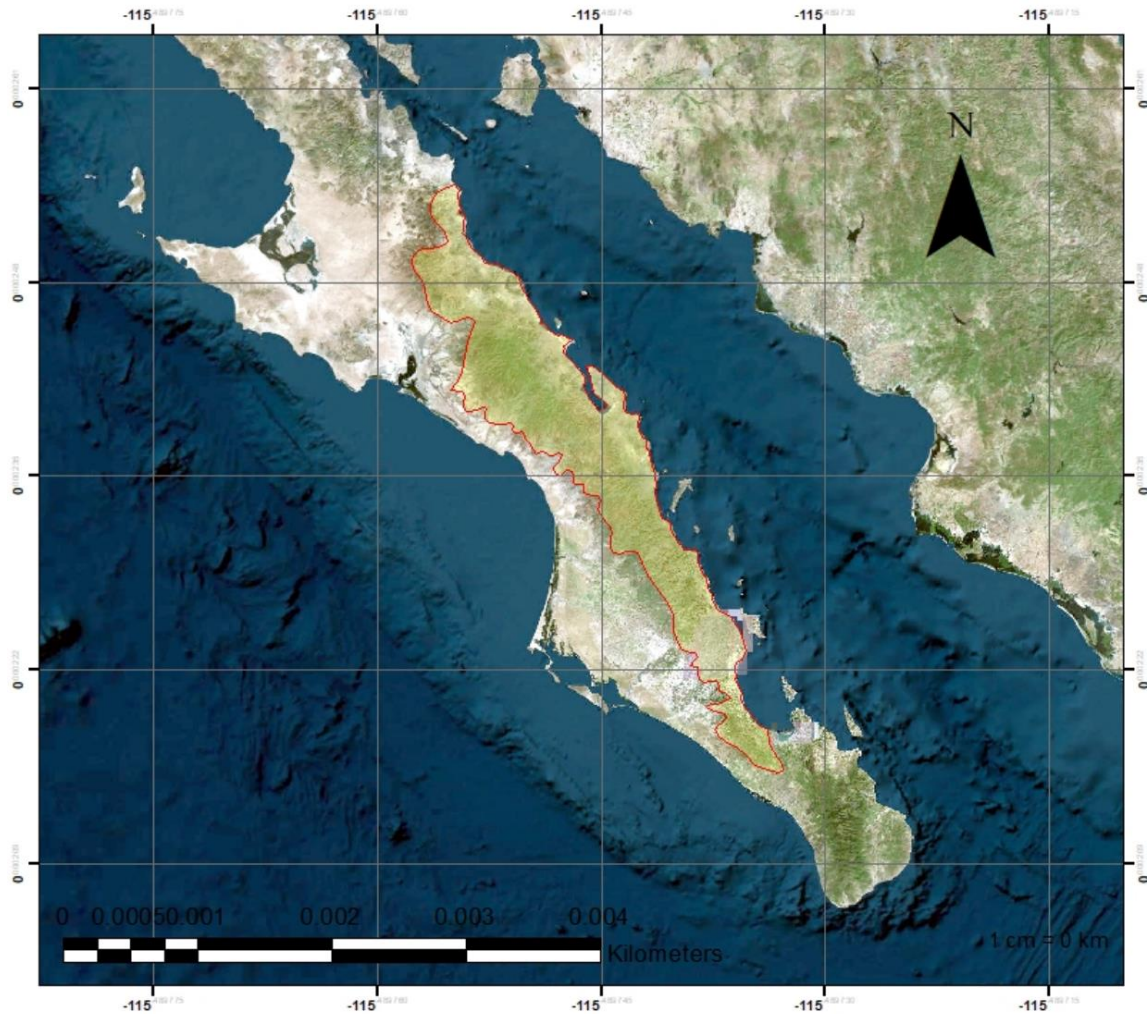
Las sierras bajan al Golfo de California por escarpas de diferente inclinación que marcan la existencia de varias líneas litorales originadas por emersiones sucesivas. La vertiente oeste está formada por una serie de cerros y mesas cuyo conjunto se inclina suavemente hacia el Pacífico. (López de Llergo y Soane 2003: 41)

La mayor parte de las cadenas montañosas de esta península caen precipitadamente hacia el Golfo de California. Al norte encontramos la Sierra de Juárez y la de San Martín, que tienen las elevaciones más pronunciadas. En Baja California Sur, se encuentran diversas sierras como las de San Francisco y las de San Borjita, en el municipio de Mulegé; la sierra de Guadalupe que colinda con el municipio de Mulege y Comondú; la extensa Sierra de la Giganta en la parte central, entre Comondú y el municipio de La Paz; en el municipio de La Paz, al norte de la capital, se ubica la sierra del Mechudo y al sur, se ubica la sierra de Las Cacachilas. Entre La Paz y el municipio de Los Cabos, se levanta un complejo de sierras conocidas como Sierra de la Laguna. Esta última es la única que tiene su declive más cercano al Pacífico.

Gracias a los nuevos Sistemas de Información Geográfica y a las fotografías satelitales que hoy están al alcance de la mano, pudimos reconocer y analizar los relieves de la península. Sobresale un complejo de serranías que diría Rita López de Llergo y Soane (2003), parecería la columna vertebral de la península. A este complejo serreño que comparte características fisiográficas, la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) lo delimitó como la sub-provincia fisiográfica¹⁷ Sierra la Giganta (SG). Como ya dijimos este complejo montañoso no es el único de la península ni del territorio sudcaliforniano. Sin embargo, esta subprovincia es el complejo montañoso más extenso de todo el brazo peninsular, y además, es en este complejo donde habitan las familias rancheras con las que venimos trabajando desde hace casi una década. El polígono de la subprovincia fisiográfica SG se extiende a lo largo del municipio de La Paz, Comondú, Loreto y Mulegé. Prácticamente su fisiografía atraviesa todo el territorio sur de la Baja California, desde la conocida Sierra del Mechudo hasta la Sierra de San Francisquito.

¹⁷ Una sub-provincia fisiográfica, según los términos de referencia del propio INEGI, reconoce fundamentalmente un relieve compartido en una región. Esta se define a partir del análisis integral de datos topográficos, hidrológicos, geológicos y edafológicos.

Subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta



Fuente: fotografía satelital GoogleEarth/Vectores CONABIO 2008
Elaboración propia

Las formaciones geológicas propias de los ecosistemas de montaña tienen una importancia muchas veces soslayada. Entre otras cosas, las montañas son esenciales para la vida porque sus cumbres, los valles, las mesetas, las cañadas, las laderas, los distintos afluentes y los grandes cauces de los arroyos que se forjan entre sus entrañas, permiten la captación natural de agua subterránea. En este sentido, no es exageración decir que en zonas desérticas o semidesérticas los ecosistemas de montaña toman una importancia aún mayor.

Las cuencas hidrográficas abastecen continuamente de agua dulce a quienes viven dentro de sus límites naturales o incluso, en sus alrededores. Gracias a ellas se satisfacen las necesidades humanas y no humanas. Además, permiten la regulación de climas o microclimas que hacen posible una diversidad de formas de vida difícilmente imaginada

en los desiertos, por ejemplo. Y en algunos casos, como en las zonas sierrñas del sur de la península, la captación de agua en el subsuelo permite proceso de evapotranspiración, que es fuente de niveles locales de humedad y biodiversidad local. Y es que, en algunas áreas con vegetación arbórea, una buena parte del agua de que se precipita regresa a la atmosfera por evaporización o transpiración volviendo a llover en la zona circundante.

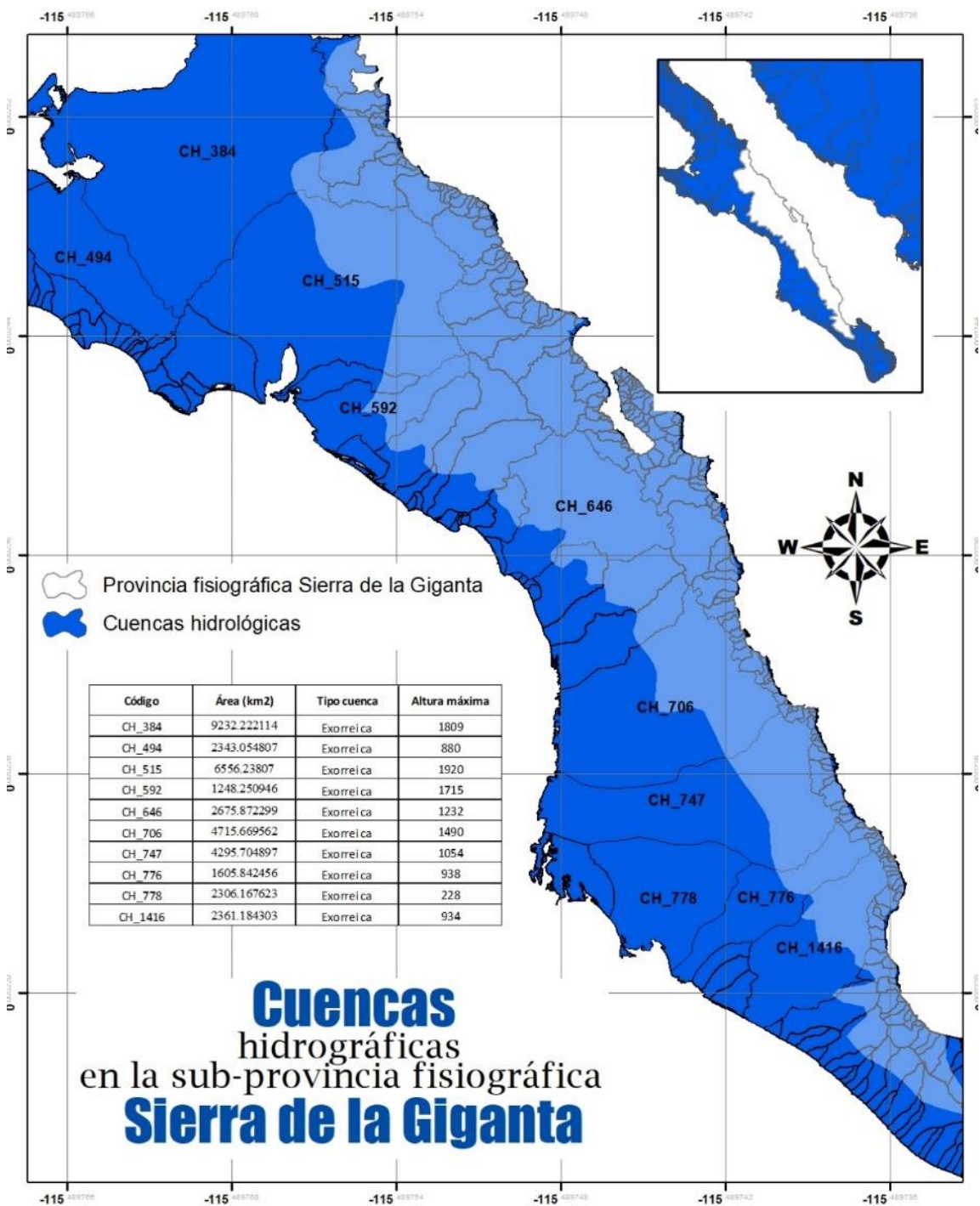
Por otro lado, se puede decir que las cuencas incluyen ecosistemas terrestres (matorrales, bosques, selvas, pastizales) y ecosistemas acuáticos (humedales, ríos, oasis). Este tipo de *territorios* naturales se pueden delimitar en función de distintos criterios, pero en términos biogeográficos se puede decir que sus límites se establecen por el punto desde donde escurre el agua que se precipita en el territorio, hasta su punto de salida, que puede ser el océano u algún humedal, lago, laguna o río.

De hecho, existen distintos tipos de cuencas, las cuales se pueden definir por el ecosistema al cual pertenecen; por su escurrimiento o por su uso y manejo. Si buscamos establecer una tipología por sus condiciones ecosistémicas se pueden definir cuencas áridas, tropicales, cuencas frías o húmedas. Si aludimos a ellas por su tipo de escurrimiento, están las cuencas que drenan sus aguas hasta el océano, a las cuales llaman exorreicas; las endorreicas, que son las que desembocan a un lago, lagunas o humedales que no tienen conexión directa con el mar; y las arreicas, que se caracterizan porque las aguas se evaporizan o se filtran en el terreno antes de encauzarse hacia el mar o algún otro receptor natural. Este tipo de cuencas es muy común en zonas desérticas. Y por último, existen cuencas que puede ser definidas por el manejo o uso que se haga de ellas, por ejemplo, puede haber cuencas hidroenergéticas; para agua poblacional; para proyectos industriales y extractivos; para la ganadería, para la agricultura o de uso múltiple.

Las montañas o las sierras (como mejor se conoce a este ecosistema en Baja California Sur), suministran el recurso hídrico a las poblaciones que viven en su interior y aledañas a ellas. Socio-ecológicamente hablando son fundamentales. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), “En las regiones áridas y semiáridas, más del 90 por ciento de los caudales fluviales vienen de las montañas”. Esto permite suponer, según datos de la misma FAO, que las montañas proporcionan entre el 60% y el 80% del agua dulce del mundo. No es casualidad entonces que las sierras de Baja California Sur (juntos a las playas del golfo de California, donde abruptamente desenlazan las faldas de los cerros), hayan sido los lugares históricos donde los extintos pueblos originarios reprodujeron la vida a lo largo de miles de años.

Tampoco es casualidad que hoy, según datos del INEGI, el 76% del agua utilizada para la agricultura provenga de las sierras más importantes de la península.

En una región desértica como Baja California y Baja California Sur el ecosistema de montaña ha sido un refugio natural al cual debe dársele la importancia que se merece. Por decir lo menos, 8 de las 10 cuencas más extensas del estado sudcaliforniano, como lo veremos en el siguiente mapa, nacen en la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta.



Fuente: CONAGUA/Centro Estatal de Información_BCS
Elaborado por Tito Fernando Piñeda Verdugo

Al igual que en otras regiones del mundo es gracias a las formaciones y sobre todo a las fracturas geológicas en las sierras, que en el desierto bajacaliforniano emergen literalmente fuentes de agua, generando así las condiciones para el desarrollo de nichos ecológicos y hábitats de especies endémicas que permiten a su vez una diversidad biológica *sui generis*. Por supuesto, es gracias a estas fuentes de agua que las familias rancheras pueden enfrentar cotidianamente las condiciones del desierto. Eso lo veremos más a detalle en el siguiente capítulo.

Desde las alturas uno puede reconocer indicios de humedad, en forma de parches verdes entre las piedras. Estos parches como le llaman los lectores profesionales del paisaje ecológico son biodiversamente muy ricos aunque con un territorio claramente limitado; estos son conocidos indistintamente, dependiendo desde donde se enuncien y se describan. Desde la academia, por ejemplo, en las últimas décadas les han llamado “oasis”¹⁸.

Los primeros trabajos realizados en torno a los “oasis” de Baja California fueron presentados y coordinados por Laura Arriaga y Ricardo Rodríguez Estrella (1997). En ellos, no existe una distinción aparente entre humedal y oasis, como lo han hecho saber algunos historiadores y antropólogos en los últimos dos lustros. Sin embargo, la condición del desierto, claramente señalada por Arriaga *et al.* determina el sentido con el que se enuncia uno y otro. No es lo mismo un humedal en regiones tropicales, que otro en las cadenas montañosas de la península de Baja California. Partiendo de esto, lo humedales u oasis representan “*relictos* de hábitats de importancia biogeográfica y evolutiva en donde se han encontrado especies de flora y fauna de afinidad contrastante con la biota circundante” (Arriaga 1997).

Habrá que hacer una pausa y realizar unos primeros apuntes sobre esta definición de oasis (más adelante nos veremos obligados a elaborar más). Y específicamente ahora nos interesa la idea de *relicto*, porque esto nos puede dar la pauta para mantener una discusión histórico geológica. Según la Real Academia de la lengua Española (RAE) la raíz etimológica es del latín, y proviene de “*relictus*”, que es el participio pasivo de “*relinquere*”, que significa *dejar*. Según la RAE, este término se utiliza en derecho para aludir a bienes que una persona deja al morir, y que se constituye en una herencia para alguien. En biología, se refiere a la especie, grupo o comunidad de seres vivos que está aislada en una zona restringida de su antigua área de distribución. Este acercamiento de

¹⁸ Incluso como lo veremos más adelante, el significado de Oasis varía según se enuncie por antropólogos, historiadores, ecólogos, biólogos, etc.

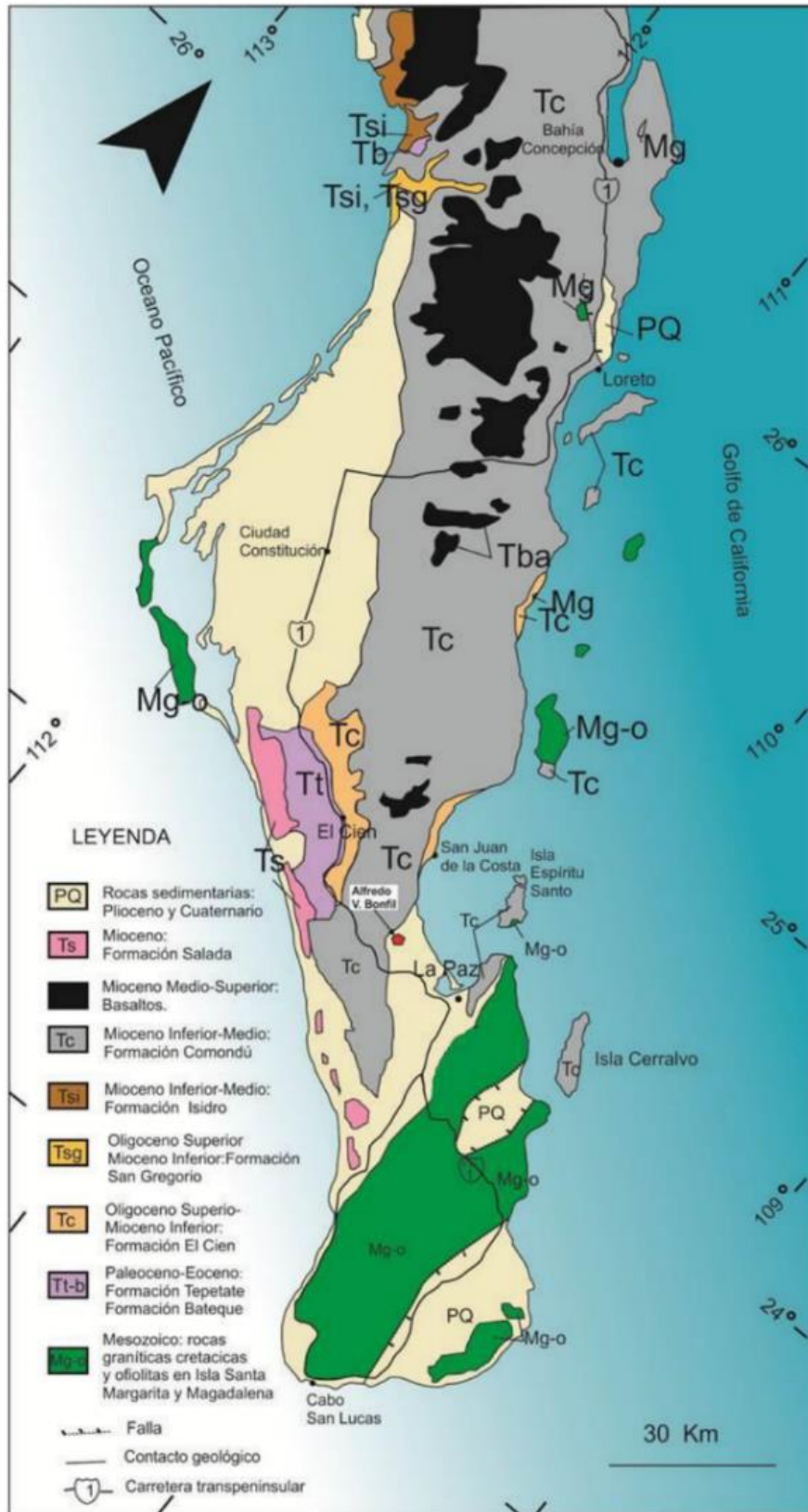
carácter etimológico nos hace pensar en la pertinencia e importancia del término. Esto por tres razones. Por un lado, porque con el término se pueden intuir límites espaciales relativamente precisos del humedal. En segundo lugar, porque es lo que permite dejar de manifiesto que al interior de estos límites se generan condiciones ambientales completamente distintas a las condiciones del resto de un territorio, lo que hace posible un tipo de flora y fauna que no se encuentran en las zonas circundantes. Y en tercer lugar, es muy interesante esta palabra porque sugiere que las condiciones ambientales de los oasis, fueron las condiciones que prevalecieron durante miles de años en el resto de la península. El oasis o el humedal, es realmente lo que el último gran cambio climático dejó, y que prevalecía en la mayor parte de la península. Sobre esto regresaremos más adelante.

Maya, Coria y Domínguez (1997) reconocieron 180 oasis en toda la península, de los cuales el 90% de ellos están en Baja California Sur y la mayoría de éstos en la subprovincia fisiográfica Sierra de la Giganta. 76 de estos oasis son cuerpos de agua superficiales y el resto son “sitios en los que la vegetación natural es más densa a causa de la presencia de un manto freático a relativamente poca profundidad” (Maya *et al.* 1997:5). Si bien estos relictos eco-geográficos solo representan el 1% del territorio peninsular, los oasis son considerados como ambientes únicos en México, por sus características biogeográficas, ecológicas y evolutivas (Jiménez M., Nieto-Castañeda *et al.*, 2015). Ese es uno de los argumentos de la academia conservacionista (Cariño O., 2004; Ezcurra E., 2008) para justificar sus análisis.

2.1 Vivir entre piedras

García Figueroa (2016) en su trabajo titulado *Estratigrafía de la parte superior de la formación Lomas de la Virgen, sierra de los Filos del Treinta y Cinco, Baja California Sur, México*, realiza una descripción geológica que le permite reconocer diversas formaciones en una misma región. Por ejemplo, en la parte occidental se distribuyen distintas unidades litológicas de origen marino, tales como la Formación Tepetate, la Formación Bateque, las Formaciones San Gregorio e Isidro, la Formación el Cien y la Formación Salada. Y en la parte oriental de la península, que corresponde precisamente a las cadenas montañosas de la subprovincia fisiográfica Sierra de la Giganta, está constituida por rocas volcanoclásticas, denominadas Formación Comondú.

Mapa geológico generalizado de la porción sur de la península de Baja California (tomado y modificado de Hausback, 1984 y Plata-Hernandez, 2003)



Fuente: García F., 2016

Si bien el nombre de Formación Comondú fue propuesto por Heim (1922) para identificar las “areniscas y conglomerados que afloran en el poblado de Comondú”; él mismo incluyó en esta Formación, también, “conglomerados y brechas volcánicas aflorando en las partes altas de la sierra La Giganta” (García, F; 2016: 3). Posteriormente, otros autores (Beal, 1948; Mina-Uhink, 1957; Demant, 1975; Hausback, 1984) ampliaron el espectro de la Formación Comondú, reconociendo rocas volcanoclásticas “(principalmente areniscas, conglomerados, brechas andesíticas y basálticas, tobas silíceas) en toda la cadena montañosa” y no solo en sus partes altas; “desde Tres Vírgenes hasta la región de La Paz” (García F., 2016:3).

En este sentido, se puede decir que la Formación o Grupo Comondú, como también se le ha llamado, se caracteriza por su complejidad litológica pero además estratigráfica, ya que si bien en términos generales se puede decir que tiene unas edades que oscilan del Oligoceno superior al Mioceno medio (Mina-Uhink, 1957; Hausback, 1984; Sawlan y Smith, 1984; Bigioggero et al., 1996; Umhoefer et al., 2001; Drake, 2005), hay distintas lecturas de su edad dependiendo de los análisis regionales que se realicen.

De cualquier manera, la edad de esta Formación corresponde con la evolución geológica de la península, es decir, en las entrañas de la sierra de la Giganta se encuentran los indicios de los orígenes de este brazo rocoso. Podemos apuntar rápidamente dos hipótesis que reiteradamente se enuncian para entender la emergencia peninsular. La primera de ellas, supone que su conformación responde a los “plegamientos que se registraron en la parte occidental del territorio que ahora es México, en la época del Mioceno, posteriores a los fuertes eventos volcánicos efectuados al final del Oligoceno” (Piñera 1991: 10) Estos plegamientos, diría Piñera (1991), “dieron lugar al desarrollo de la Sierra Madre Occidental y a un enorme hundimiento que vino a ser el Golfo de California” (Ídem). Por otro lado, la hipótesis hegemónica supone que la península formó parte del macizo continental y se separó por un desgarramiento registrado en la Era Terciaria, “quedando de por medio la fosa del Golfo de California” (Piñera 1991:10). Según lo explica Piñera, quienes sostienen esta hipótesis hacen notar que “tanto en la península como en Sonora y Sinaloa existen rocas similares de las eras Primaria, Secundaria y Terciaria, así como una serie de características comunes en ambos lados del referido Golfo” (Piñera 1991: 10)

Montada en esta última vía explicativa, García (2016) menciona que la evolución geológica de lo que hoy conocemos como Baja California está influenciada precisamente

por los procesos tectónicos ocurridos desde el Mesozoico hasta la actualidad. Y son precisamente estos eventos geológicos los que le dan forma a la medula espinal de la península.

A partir del Cretácico y hasta el Mioceno el noroeste de México se caracterizó por un límite convergente, donde la extinta placa Farallón se subducía bajo la placa Norteamericana, formando un arco magmático (Atwater, 1970). Este arco generó los cuerpos graníticos cretácicos aflorantes en la península de Baja California (Schaaf et al., 2000) y las rocas volcanoclásticas y volcánicas oligocénicas y miocénicas de la Formación/el Grupo Comondú (García F., 2016: 12)

Al último periodo geológico en el que se ha dividido la edad de la Tierra se le conoce como Cuaternario. En él han puesto mucha atención los investigadores ya que se ha registrado la mayor movilidad y dinamismo del planeta: variaciones en el clima; evolución del relieve; formaciones de ríos; fluctuaciones en el nivel del mar y de los cuerpos de agua continentales; lo cual conlleva a la variabilidad en los ecosistemas y por supuesto, la expansión de los seres vivos. Este periodo se subdivide precisamente en el Pleistoceno (2.59 millones de años A.P. hasta 11, 700 años A.P.) y el Holoceno (11, 700 años A.P.), que como diría Bruno Latour, es la época con mayor estabilidad climática, de tal manera que hizo posible el desarrollo de diversas civilizaciones

“es precisamente en estos 11 mil años de relativa estabilidad entre dos glaciaciones que la humanidad, o más exactamente las civilizaciones, pudieron desarrollarse. Mientras nos hallábamos en el Holoceno, la Tierra permanecía estable y en segundo plano, indiferente ante nuestras historias” (Latour B., 2017: 132)

Las transformaciones a este nivel que son sumamente lentas, han estado íntimamente ligadas a los diversos cambios climáticos¹⁹. Estas transformaciones han favorecido y hecho posible la configuración de la vida social en esta región del mundo. Los distintos ambientes locales en el territorio que abarca hoy el norte de México y el suroeste de Estados Unidos, por ejemplo, responden a la transición del Pleistoceno-Holoceno. Evidencias que han sido registradas a través de diversos estudios paleoambientales,

¹⁹ Un cambio climático es la modificación de las condiciones del clima de una región específica, cuando los valores de precipitación y clima varía de los promedios establecidos por un largo periodo de tiempo. Véase Magaña R. (2004), “El cambio climático global: comprender el problema”, en: Fernández B., y Julia Martínez (coord.), Cambio Climático: una visión desde México, 1ra. Edición, INE, México 2004. Estos cambios responde a distintos factores como la dinámica terrestre y los Ciclos de Milankovich. Los Ciclos Milankovich se manifiesta a partir de la variación de la excentricidad de la órbita terrestre, que sucede cada 100,000 años. La variación en la inclinación del eje de rotación de la tierra, que es de 3° y sucede cada 40,000 años; al aumentar el ángulo de inclinación, cambia el ángulo de incidencia de la energía solar y los cambios estacionales se vuelven extremos en ambos hemisferios, ocasionando veranos más cálidos e inviernos más fríos. Y por último, los Ciclos de Milankovich, se refiere a la variación en el movimiento de precesión terrestre, que se refiere al bamboleo que tiene el eje terrestre, determinando si el verano en un hemisferio dado cae en un punto de la órbita cercano o lejano al sol. Véase Cruz y C. T., (2011).

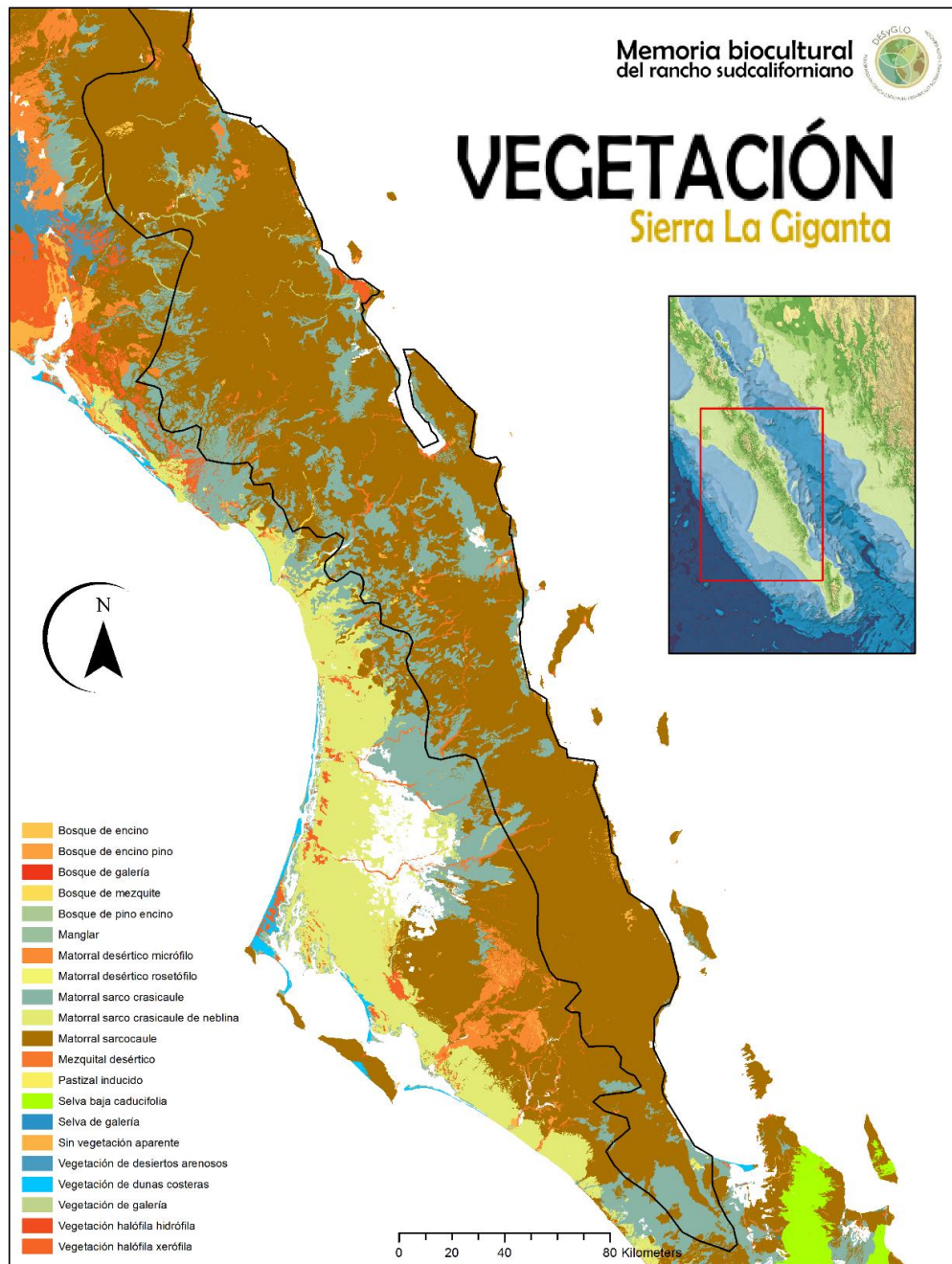
muestran que durante ese periodo en esta región, “hubo climas más húmedos [...] permitieron mayor diversidad y abundancia en los ecosistemas, además de cuerpos lacustres” (Cruz y Cruz, T., 2011: 9).

Si bien estos rangos temporales son bastante debatidos, hay registradas evidencias de grupos de cazadores-recolectores en las playas y en las cercanías de las fuentes de agua de esta península. Por ello, se asegura que los grupos humanos antiguos establecieron parajes o campamentos efímeros, pues sus patrones de subsistencia, que dependían de la fragilidad de los ecosistemas, requerían de una constante movilidad (Ignold T., 2003). Además, entre otras cosas, estos grupos se desplazaban porque fue necesario la búsqueda de materia prima para la elaboración de sus herramientas y puntas de proyectil, mediante las cuales se satisfacía su seguridad y su alimentación.

En la transición del Pleistoceno-Holoceno, los cambios ambientales y la expansión de los grupos de cazadores recolectores, provocaron la extinción de la megafauna. Algunos estudios sobre microfósiles en el Norte de México y el sureste de Estados Unidos de Norteamérica, muestran cómo estas regiones eran boscosas, en donde sobresalían enebros, encinos y arbustos. Sin embargo, se registraron también “cambios secuenciales en la vegetación de estos bosques a matorral desértico moderno durante los últimos 11,000 años” (Cruz y Cruz, 2011: 25). Esto significa que en un lento devenir pasó de un hábitat con vegetación métrica subtropical, hacia un matorral xerófilo (Arriaga *et al.*, 1997), propio de los paisajes desérticos. Lo que obligo, por supuesto, a que los distintos grupos humanos modificaran sustancialmente sus patrones de movilidad y subsistencia.

La tendencia gradual a un clima cada vez más seco produjo cambios en el ecosistema, obligando a los grupos humanos a cambiar sus patrones de subsistencia, para lo cual se desarrollaron nuevos artefactos -implementos de molienda, instrumentos para la caza de mamíferos pequeños y aprovechamiento de moluscos (Cruz y Cruz, 2011: 35)

Si la desertificación del ambiente lleva alrededor de 13 mil años y los primeros pobladores de la península tienen alrededor de 10,000, estaríamos hablando entonces que los conocimientos ecológicos y geográficos, además de las prácticas socioespaciales que le permitieron vivir en estas condiciones, se han reproducido generación tras generación en un espacio con características ambientales similares a las que se enfrentan hoy los rancheros sudcalifornianos.

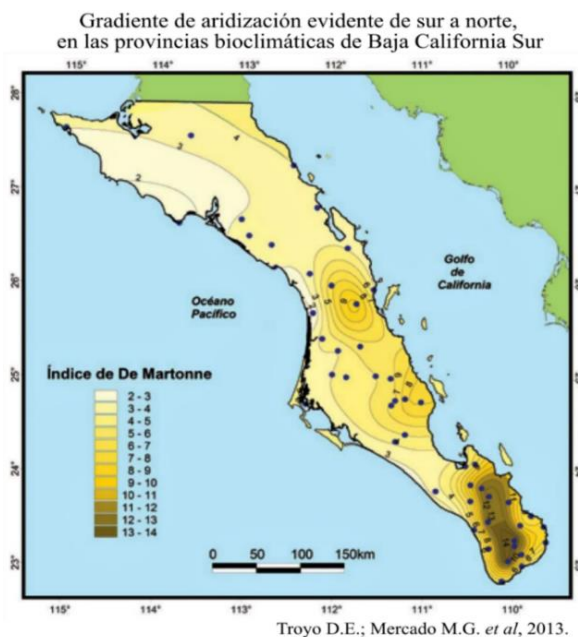


Frente a esta descripción consideramos muy importante elaborar una mínima caracterización de las condiciones ecológicas y ambientales de la región sierreña que hemos venido perfilando.

Según datos del Conabio (2008), en la península y particularmente en la subprovincia fisiográfica la Giganta prevalece una vegetación desértica, principalmente matorral sarcocuale, matorral sarco-crasicaule y en menor medida, bosques de mezquites desérticos. Esta transformación responde a varios factores de los cuales debemos subrayar la consolidación desde hace miles de años, de un clima muy seco.

Por su ubicación latitudinal a lo largo y ancho de esta región se presenta una alta radiación solar; además de una muy escasa precipitación, que en promedio general no rebasa los 200 mm al año. El estrés hídrico ha sido *el pan de todos los días* para quienes habitan la península. Por supuesto que como en casi todo el norte de México, las temperaturas son extremas y la humedad ambiental es sumamente variable (Jimenez *et al*, 2015; Carton *et al*, 2005; Ferrusquía-Villafranca *et al* 2005). Estamos hablando de que cerca del total de la zona peninsular es considerada zona desértica. Sin embargo, es importante mencionar que esta condición varía dependiendo de las regiones de las que hablemos.

Para distinguir los diferentes niveles de aridez se han utilizado indicadores entre los cuales se destaca por su sencillez el índice de Martonee (IM). Este índice requiere de dos tipos de datos: el promedio mensual de precipitación y el promedio de temperatura. En base a información organizada por Troyo *et al* (2015), se hace evidente cómo la condición árida de la península realmente está diversificada, tal y como lo demuestra el siguiente mapa: destacando un clima semi-árido mediterráneo en la zona sur; un clima árido en el centro de la península (que comprende la sub-provincia fisiográficas SG); y por último, un clima hiperárido en la zona norte.



CLASIFICACIÓN IM	INTERVALO
Desierto (hiperárido)	0 a 5
Semidesierto (árido)	5 a 10
Semiárido de tipo mediterraneo	10 a 20
Subhúmeda	20 a 30
Húmeda	30 a 60
Perhúmeda	≥ 60

No obstante a este cotidiano estrés hídrico, la filtración y emanación de agua gracias al tipo de suelo y las fracturas geológicas de las sierras, permiten literalmente la emergencia de fuentes de vida que como lo citamos hace un momento, bien observaron los conquistadores: “Pequeños cuerpos de agua permanentes son alimentados por escurrimientos a manera de manantiales que afloran del lecho de arena gruesa y pedregosa permeable” (Ruiz-Campos *et al*, 2014). Estos cuerpos de agua escondidos al final de las cañadas y los arroyos, se han convertido literalmente en un oasis en el desierto. Experimentarlos es realmente sorprendente. No es casualidad que uno de los grandes geógrafos de occidente, Elisé Reclus, inicia su obra *El Arroyo* con una densa descripción del proceso hídrico en la conformación y devenir de una gota de agua y de la base material para el flujo hidrológico en las montañas, es decir, la fuente de los arroyos:

La fuente, el punto donde el chorro de agua oculto hasta allí, se manifiesta repentinamente, es el paraje encantador hacia el cual nos sentimos invenciblemente atraídos; que esta parezca adormecida en un prado como simple balsa entre los juncos, que salga a borbotones de la arena arrastrando laminillas de cuarzo (...), que suben y bajan arremolinándose en un torbellino sin fin, que brote modestamente entre dos piedras, a la sombra discreta de los grandes árboles, o bien que salga con estrépito de la una abertura de una roca (Reclus 1978: 5, 6)

Análisis relativamente recientes sobre desertificación y sequías en la península de Baja California, sostienen que esta región es una extensión del desierto sonorense (Troyo E., Mercado G., Cruz F., *et al* 2013). Sin embargo, hay algunos otros estudios que sin soslayar el fenómeno de la desertificación, sugieren que no toda la península puede ser considerada como parte del gran desierto del norte de México. Por ejemplo, el trabajo taxonómico realizado por Forrest Shreve en la década del 60, le permitió sostener a él y algunos otros investigadores que, en parte de la península, a pesar de los paisajes áridos que le caracterizan, sobresalen otras condiciones climatológicas que permiten una flora y vegetación distinta a la del resto de la región.

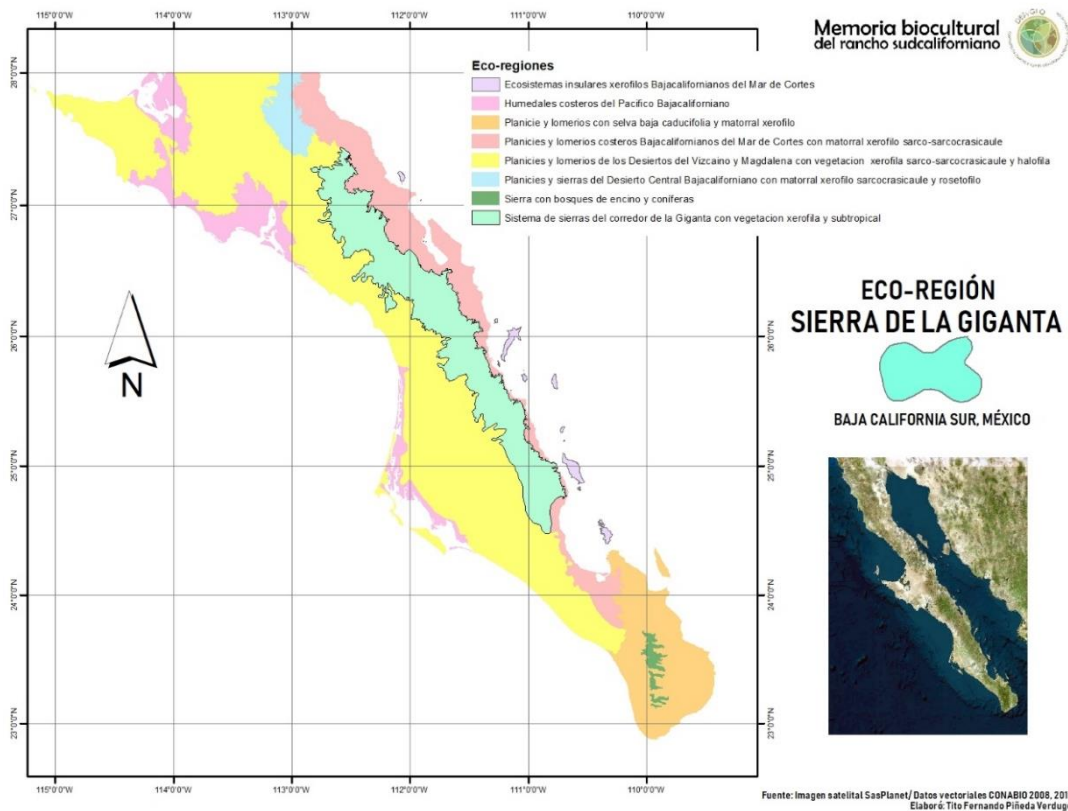
Desde una perspectiva geo-ecológica como la inaugurada por Shreve a mediados del siglo pasado; existe el consenso de que en las zonas áridas o hiperáridas cualquier forma de vida se caracteriza por su manera de afrontar la escasez hídrica (González-Abraham *et al* 2010). Y eso vale para la flora y la fauna, e incluso, nosotros podríamos sugerir que también para las formas sociales de vida, cualesquiera que seas éstas. Eso lo veremos en los próximos capítulos. En el caso de la flora y la vegetación del desierto, como lo plantean Faustino Mirando y Efraín Hernández Xoloxotzi (1963), éstas están determinadas por el tipo de suelo, los sistemas de drenaje, la altura, temperatura y por

supuesto la precipitación, entre otras variables que al ser consideradas permitieron una minuciosa categorización taxonómica descritas en su libro “Los tipos de vegetación de México y su clasificación” (Mirando F.; Hernández X., 1996)

Los tipos de vegetación se han definido fundamentalmente por su fisionomía, derivada a su vez de la forma de vida (biotipo), de sus especies dominantes. Forma de vida y en consecuencia fisionomía son en cierto modo expresión de los factores del medio, ya sea climáticos, edáficos o bióticos, en que un determinado tipo de vegetación o los elementos que lo forman se desenvuelven. (Miranda y Hernández X., 1963: 30)

Bajo esta perspectiva se han realizado algunos trabajos (León de la Luz *et al*, 2008; González-Abraham *et al* 2010), mediante los cuales, y a partir de distintos análisis florísticos y biogeográficos se delimitaron distintas eco-regiones en la península. Estos trabajos han abonado a las hipótesis iniciáticas de Shreve, quien sostuvo en su momento, de manera particular, que las cadenas montañosas que constituyen la sub-provincia SG, por las características taxonómicas de su vegetación, no forman en su totalidad parte del desierto sonorense (González-Abraham *et al* 2010).

Hace una década, León de la Luz *et al* sugirieron que la flora de una región de las sierras que componen La Giganta, es compartida de manera parcial con la región sur del Cabo pero al mismo tiempo con la fisiografía del ecosistema de montaña del desierto central. Con base en ello, González-Abraham *et al* (2010) delimitó el polígono de la



Ecorregión Sierra de la Giganta, considerando la vegetación, el tipo de suelo, la altitud, la precipitación pluvial anual y por supuesto el factor topográfico.

Esta eco-región va desde el Cerro del Mechudo (24° 45' N) en el sur de la península, hasta el Volcán de las Tres Vírgenes (27° 30' N). Y precisamente, si recordamos corresponde a la Formación geológica Comondú.

En suma, la Sierra de la Giganta tiene su particularidad porque la precipitación anual, su geomorfología, el clima y las características de su suelo han hecho posible que dentro de una matriz fisiográfica relativamente homogénea se encuentren de manera dispersa distintos tipos de parches y distribución de especies, con delgadas transiciones bioclimáticas. Lo que se traduce, en el caso de esta eco-región, es la emergencia de una rica diversidad biótica compartida con otras eco-regiones.

La Eco-región SG que se encuentra al interior de la subprovincia fisiográfica con el mismo nombre, cuenta con flora y vegetación variada por encima de los 200 msnm²⁰. En ella, predomina leguminosas leñosas como palo fierro, mezquites, uña de gato, palo blanco, mauto, palo fierrillo, vinorama, palo chino, ojasen y palo verde. Además de cardones, pitahaya dulce, viejitos (*mammillaria spp.*) y el nopal, que son las cactáceas más representativas. En los humedales u oasis lineares, dispersos en distintos puntos de la sierra y característicos de algunos cañones y arroyos, prevalece la palma de abanico (*washingtonia robusta*) y la palma de taco (*Brahea brandegeei*), además arácnidos, peces u anfibios propios de ese tipo de hábitats.

Gracias a las condiciones bio-geográficas en esta parte de la península es que se hace posible que en la sierra de La Giganta exista este tipo de flora y vegetación. Pero además, como lo hemos sugerido, por la riqueza biológica reproducida alrededor de los humedales y las fuentes de agua que emanan entre las rocas, la sub-provincia fisiográfica sierra de La Giganta, se convirtió en la condición *de posibilidad* para distintas formas sociales enraizamiento. Dos formas distintas que se entrelazan con sus diferencias, configurando así lo que nosotros llamamos un abigarramiento biocultural. En este sentido las profundas relaciones que se han establecido entre esta gran formación geológica y eco-región, y las personas que la han habitado, ha sido *condición sine qua non*, para su existencia. Entre sus cañadas, mesetas, sus lomeríos y alrededor de los humedales vivieron por miles de años, desplazándose y aprovechándose del ecosistema de montaña,

²⁰ Este es un dato importante para nuestro trabajo, porque nos permitió convertirlo en uno de los criterios para clasificar las localidades rurales del INEGI (2010) por altitud, para poder definir así una diferencia con los ranchos.

diversos grupos indígenas. A partir del siglo XVII, se impuso una forma de vida y de domesticación del espacio, la tierra, el agua, producto del proyecto colonial español; que duró muy poco tiempo pero que generó las condiciones para que, a partir del siglo XVIII, las familias rancheras sudcalifornianas, emergieran y se abigarraran a sus entornos.

A continuación, vamos a darnos un tiempo para recuperar históricamente estos tres momentos de abigarramiento con el entorno que acabamos de perfilar: 1) el momento de los cazadores y recolectoras; 2) el momento misional y 3) el momento ranchero. Valdría adelantar que cada uno de ellos se expresa un tipo de paisaje y procesos distintos de territorialización, mediados por el trabajo y por un complejo de saberes sobre este ecosistema de montaña. Esto es precisamente lo que nos interesa dejar de manifiesto a continuación.

2.2 Dispersión y movilidad de los pueblos indígenas en la serranía peninsular: primer abigarramiento

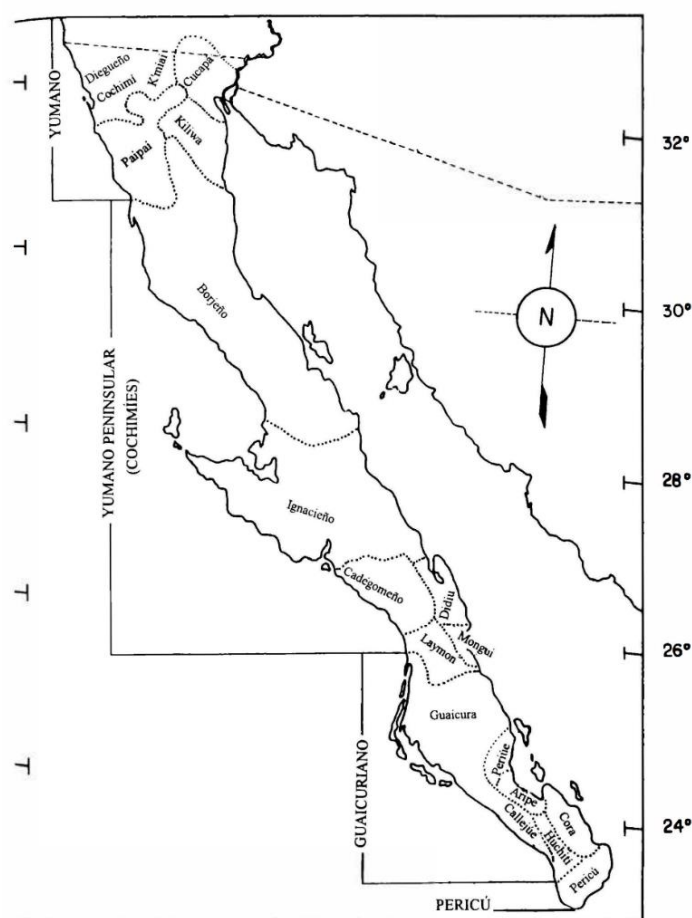
Las sociedades que han vivido a lo largo y ancho de las cadenas montañosas de la región central y sur de la península de Baja California lo han hecho a partir de diferentes modos de apropiación (González y Toledo, 2011); en este sentido se puede decir que han transformado el entorno de distintas maneras. Digamos que han hecho *para sí* la naturaleza y se han relacionado con ella de distintos modos (Pálsson, 2001), con diversos instrumentos, técnicas y, sobre la base de una concepción propia que estas sociedades tienen o han tenido sobre lo que hoy se conoce como naturaleza (Gudynas, 1999; Descola Ph y Pálsson G, 2001; Descola 2011; Escobar A., 2011; Ulloa A., 2011).

Los primeros grupos que se movilaron sobre estas tierras lograron hacerlo gracias al extraordinario manejo de recursos bióticos y abióticos (Narchi N., 2016), conocimientos geográficos y la puesta en práctica de estrategias cinegéticas y extractivas de flora y fauna, respectivamente. A lo largo de miles de años aprendieron a establecer relaciones profundas con sus ambientes, manteniendo relativamente estable el modo hegemónico de apropiación primario que caracteriza a las sociedades cazadoras, recolectoras y pescadoras de distintas partes del planeta. Estas sociedades como cualquier sociedad que se conozca, han requerido transformar la naturaleza, pero como ninguna otra lo ha hecho sin modificar la estructura (de la naturaleza) de los ecosistemas en los que participaron (Rodríguez Tomp, 2010). Las formaciones sociales de los cazadores recolectores y pescadores de esta península se abigarraron a los ritmos de la naturaleza y sus estrategias de aprendizaje permitieron aprovechar la *generosidad del desierto*

(Alameda A., 1993) y transformar eficientemente los pocos recursos de sus alrededores en utensilios, alimentos y medicinas.

Las primeras fuentes historiográficas que aludieron a estas sociedades fueron los reportes y las crónicas de algunos soldados y misioneros jesuitas (Venegas, 1943; Piccolo, 1962; Clavijero, 1982; Del Barco, 1988; Baegert, 1989). La mayoría de estas notas, cartas, reportes y noticias tenía como objetivos informar a sus superiores sobre el proceso de colonización de la antigua California. En estas obras, se encuentran importantes apuntes geográficos, etnobotánicos, etnolingüísticos y socio-culturales, que a pesar de su carácter etnocéntrico, abrieron una ventana de entendimientos hacia las formas sociales de vida de los primeros habitantes de la península de Baja California.

La colonialidad y sus incipientes prácticas geográficas y antropológicas permitieron a los misioneros distinguir y diferenciar distintos grupos humanos que vivieron y se desplazaron en lo que hoy se conoce como Baja California Sur. Sin embargo, fueron las descripciones lingüísticas las que determinaron la clasificación étnica en tres grandes grupos: Pericú, en la zona del Cabo; Guaicuras en la zona central y Cochimí, en toda la zona norte.



Mapa lingüístico: los primeros californios
Fuente: Leon Portilla, Miguel (2000)

Como pudimos observar en el apartado anterior, las condiciones más favorables para la vida se dan en las zonas serranas y en el litoral del Golfo de California, sobre todo por la disponibilidad de agua y alimentos. Si bien se han encontrado evidencias de poblamientos hacia el oeste, que es la zona más desértica de la península, “los indígenas encontraban más sustento en las tierras más fértiles de las montañas, en las costas del mar interior y en la región del cabo” (Altable F., 1993: 83).

Las narrativas misionales buscan ser muy precisas y han ayudado a reconstruir las formas de vida de los pueblos originarios peninsulares, sin embargo, hay dos problemas que debemos enunciar. Metodológicamente debemos advertir y sobre todo, asumir un cierto riesgo. El primer elemento problemático es que cada una de las observaciones, que la mayoría de ellas se hicieron *in situ* (salvo la de Venegas, que nunca tocó tierra California), fue sobre pueblos o grupos que ya habían tenido contacto con los españoles. Además, las costumbres, rituales, expresiones culturales, modos de apropiación; el alimento y el desarrollo técnico para la cacería, la recolección y la pesca, se objetivaron en una narrativa cargada de prejuicios, propia de una cosmovisión occidental.

Fue hasta finales del siglo XIX y principios del XX que diversos trabajos arqueológicos, etnológicos e históricos ya formales se sumaron al entendimiento de estos trashumantes modos de vida. Por ejemplo, para los primeros arqueólogos son muy destacados los descubrimientos y análisis del físico Herman Frederick Carrl Ten Kate y del químico Leon Diguét. Y es que como diría Rubio i Mora (2015) en su tesis de doctorado, “las labores desarrolladas por Leon Diguét y Ten Kate pusieron en antecedentes a distintos investigadores y así dieron comienzo a los primeros trabajos de arqueólogos del siglo XX” (Rubio i Mora, 2015: 35)

Precisamente, hacia la segunda mitad del siglo XX, las excavaciones de W.C. Massey (1947 y 1961) en la región del Cabo (Punta Pescadero, Cerro Cuevoso y Piedra Gorda), y luego sus trabajos en compañía de D. R. Tuohy (1978) en la Sierra de La Giganta (Parraguirre, Metate y El Pilón), le permitieron proponer un esquema de ocupación el cual sería importante revisar. Massey realizó una delimitación geográfica en tres complejos culturales: complejo Cultural Yumano, Las Palmas y el Complejo Cultural Comondú.

Por cuestiones estratégicas describiremos brevemente cada una de ella, sin embargo el lector se podrá dar cuenta que haremos énfasis en lo que se conoce como el Complejo Cultural Comondú, por dos razones. La primera, porque sus límites atrapan

toda la fisiografía del complejo de serranías que constituyen la subprovincia Sierra de La Giganta; misma que es la serranía más amplia y en ese sentido, más importante de Baja California Sur. Y en segundo lugar, porque en las formaciones geológicas y el clima de este complejo son a los cuales se adaptaron las sociedades rancheras que estamos intentando analizar.

2.2.1 Huellas indígenas sobre las piedras

Cada uno de los grupos que se desarrollaron culturalmente en la península, precedió obviamente, al proyecto misional jesuita. Al norte se establecieron grupos desde mucho antes de la era cristiana con una filiación lingüística *yumana*, de donde proviene tal vez su nombre: *Complejo Cultural Yumano* (Massey 1955; León Portilla, 2000). En esta región se encontraron una gran variedad de evidencias como la “alfarería y pipas de barro cocido, cestería con bases de atadura en espiral, dardos de puntas triangulares, arco y flecha, palas de madera, y palos para cavar, pipas cilíndricas de piedra y tubos de succión, morteros de piedra, vasijas con poco fondo, metates junto con su mano, pinturas rupestres, tablas de madera pintada, viviendas abandonadas y cremaciones” (Tyson R., 1987: 81). Una gran cantidad de elementos que permitieron a Massey; tal y como lo menciona León Portilla (2000) al hacer referencias a las cerámicas antiguas encontradas en la misión de Santa Catalina; sugerir que los grupos que habitaron al interior de este complejo, tuvieron relaciones o contactos (culturales) con grupos en el suroeste de Arizona y de la cuenca baja del Río Colorado. Además, estos análisis arqueológicos les permitieron también enunciar que desde el siglo XIII d.C. estos grupos ya practicaban la agricultura y producían cerámica (León Portilla, 2000: 62).

Al extremo sur, en la región del Cabo, se desarrolló el complejo conocido como Las Palmas; llamado así por los hallazgos encontrados en la bahía de ese nombre (León Portilla, 2000). La cultura de Las Palmas, según Massey, estuvo vinculada con “los pericues históricos, a los que considera descendientes de antiguas migraciones” (Rubio i Mora, 2012: 37) Las principales evidencias de esta región fueron funerarias; tanto de entierros primarios como de secundarios. En los primarios, “los restos aparecen rígidamente flexionados. En los secundarios, se depositó el envoltorio funerario con los huesos ya descarnados y pintados con color ocre” (León Portilla, 2000: 64). Además estos entierros se cubrían con “pieles de venado o con hojas de palma y se acompañaban de algunos artefacto” (Ibidem), como “flechas de madera, redes con nudos, recipientes elaborados con corteza de palma, objetos de madera dura en forma de rótula con dientes

de tiburón en la orilla y adornos de concha de ostión grabados en forma de pez” (Tyson R., 1987: 81). Alrededor de los sitios funerarios excavados también se encontraron *lanzadardos* de madera, que en otras culturas indígenas del continente americano fueron frecuentes “en áreas descritas como refugios” (León Portilla, 2000: 64).

Otro de los hallazgos, también característico de otras regiones de la península, son las expresiones gráficas sobre las piedras. En este caso, las evidencias correspondieron a algunos petroglifos con distintas figuras no humanas, como peces, tortugas, aves, entre otros.

Todo este tipo de evidencias permitieron bosquejar las profundas relaciones que los grupos que habitaron este complejo establecieron con su entorno, específicamente con las playas y con las serranías sureñas. Y es que en efecto, quienes vivieron milenariamente en esta región tuvieron que desarrollar las técnicas necesarias y eficaces para vivir. Por ejemplo los playanos, es decir, quienes vivían la mayor parte del año en las costas, “llegaron a fabricar balsas, redes y arpones con que atrapaban diversos peces, moluscos, y tortugas” (León Portilla, 2000: 65)

“Recientemente se han hecho algunas exploraciones de carácter arqueológicas en la parte sur de la península que revelan el alto grado de adaptación de sus pobladores prehistóricos a los diferentes ámbitos ecológicos que existen en dicha región. Abarcan éstos desde las Playas al nivel del mar, a lo largo del litoral meridional en el golfo de California y también en la región de los cabos, San José y San Lucas y, pasando por la planicie costera, llegan hasta los puntos más altos de la sierra de la Laguna” (Ibídem)

Por último, entre las zonas habitadas por el complejo Yumano y Las Palmas, se ubica el territorio del Complejo Cultural Comondú, que atraviesa como advertimos, prácticamente toda la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta. Los dos grandes grupos que habitaron este complejo fueron Cochimies y en menor medida, Guaycuras. De este último grupo, las bandas que habitaron esta zona fueron aquellas movilizadas en la zona sur de la Sierra de La Giganta, específicamente en las sierras del Mechudo y alrededor de la misión de Los Dolores.

Las evidencias que se han recabado en la zona demuestran que quienes habitaron la sierra y los litorales del Golfo de California, deambulaban con patrones relativamente definidos de un punto a otro, realizando actividades extractivas y de cacería para la subsistencia. No han sido pocas evidencias, por cierto; de hecho, tantas han sido estas que con ellas se ha podido determinar que las agrupaciones que allí vivieron estaban nucleadas en grupos de entre 20 a 50 individuos, las cuales se nucleaban en rancherías de 100 hasta 250 personas. Las *bandas*, como mejor se conoce a este tipo de organización, subsistieron

en las sierra gracias a su organización en la recolecta de insectos, semillas, frutos silvestres, raíces , la caza de roedores y algunos berrendos; y en las playas del Golfo de California, gracias a la extracción de moluscos, algunos peces y quelonios.

Son tantos los artefactos y utensilios desparramados alrededor de este complejo, que es común que las familias rancheras resguarden en pequeñas cajas, recipientes o maletas, distintos vestigios de los *indios* (como les llaman ellos) que han encontrado en su prácticas de campeo²¹ o recolección de leña, plantas, semillas o raíces para la alimentación o la preparación de alguna medicina. Una pequeña muestra de estos vestigios son las fotografías que presentamos a continuación, tomadas en dos proyectos distintos²². Con la recopilación de los datos recabados, en la siguiente figura se puede observar cuatros colecciones familiares de pedernales con diversos estilos, aunque todas ellas se encuentran en el sur de la sub provincia fisiográfica Sierra de la Giganta, en las inmediaciones de la delegación de Los Dolores, en el municipio de La Paz, Baja California Sur, México.



²¹ Campear es un término utilizado comúnmente en los ranchos, para designar la tarea cotidiana de ir a buscar u observar animales en el monte grande.

²² En el 2005 con el esfuerzo del XIII Ayuntamiento de La Paz en coordinación con el Centro de Documentación de Historia Económico y Política (cedohep) de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, se trabajó un proyecto de investigación que buscaba rescatar con imágenes y la tradición oral, las formas de vida rancheras del municipio de La Paz, las cuales incluían la zona sur de la Sierra de la Giganta. A partir del 2011, el proyecto de investigación del cual forma parte de esta tesis, nos permitió seguir recorriendo la zona y especialmente, el territorio de la subdelegación de la Soledad.

Homer Aschmann, precursor de los trabajos arqueológicos en la península junto a Bernard Fontana y Michael Mathes (Busto, 2015), aseguraba que alrededor de los agujajes o tinajas de agua de las que se aprovechaban los cazadores-recolectores a lo largo del año; era común encontrarse con restos de piedras talladas por los indígenas para realizar diversas actividades productivas propias de sus grupos:

“Aun un observador fortuito que cruce el Desierto Central queda impresionado por la frecuencia con la que encuentra restos de piedra tallada. Utensilios y lascas se hallan esparcidos a lo sumo a unos cuantos cientos de metros de distancia de cualquier lugar dentro de esta región, incluso un sitio donde puede encontrarse agua sólo unas pocas horas al año” (Cfr León Portilla, 2000:)

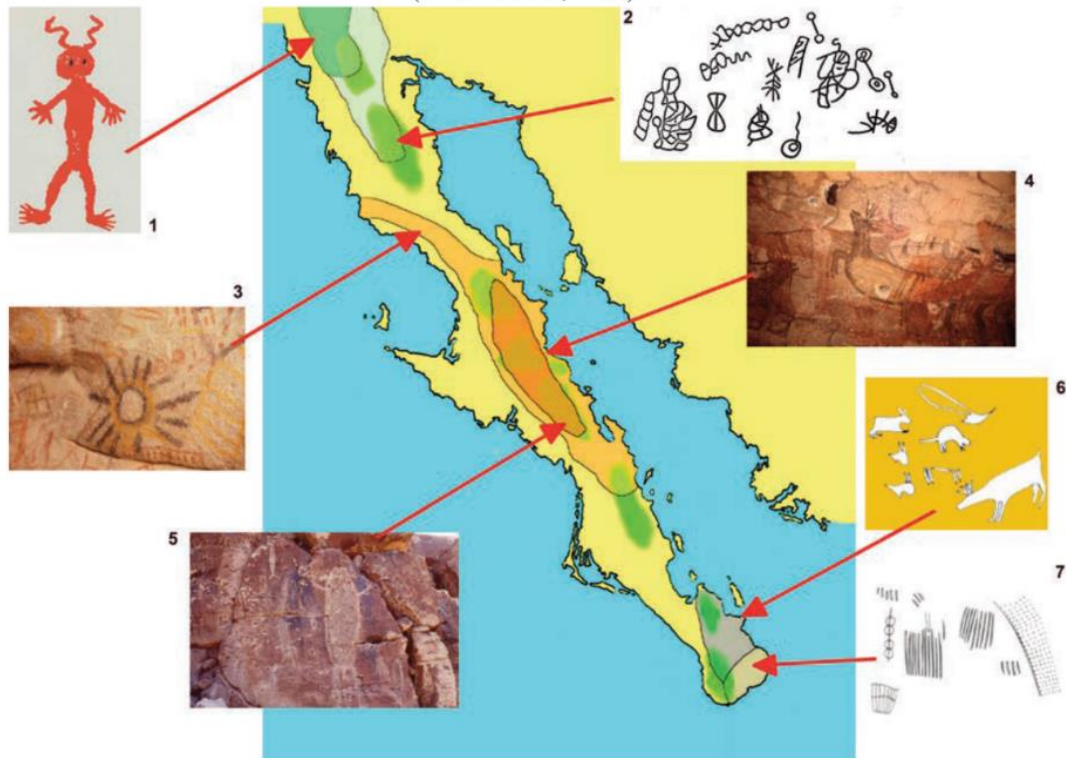
Los hallazgos encontrados incluyen además de pedernales y cuchillos de piedra tallada, vestigios de fogones y hoyos entre las piedras (hornos rústicos) para la tatemaje de mezcales. Esto tampoco es casualidad, ya que el mezcal fue parte fundamental en la dieta de los grupos indígenas serreños en la mayor parte del año. Miguel del Barco explica la importancia de esta planta para los indios:

“Entre todas las plantas de la California, la del mezcal es la más útil y proficua a sus naturales. Las demás proveen de sustento a los sumo una temporada de dos o tres meses: el mezcal la mayor parte del año. Las otras no dan su fruto todos los años sino que muchos, o en los más, nada o poco fructifican; pero los mezcales constantemente todos los años, sin interrupción, suministran a los indios el alimento necesario. De suerte que, exceptuando los playanos, que toman del mar su principal sustento, los demás no pudieran vivir si no hubiera [habido] mezcal” (Del Barco, 1988: 121)

Más adelante vamos a detallar el sistema de alimentación de los cazadores-recolectores, para poder darle sentido a nuestro trabajo de campo en los ranchos de la zona sur de la Sierra de La Giganta; y tendremos que aludir al mezcal (lechuguilla) de nueva cuenta, pero se puede mencionar de una vez, que las sociedades rancheras heredaron esta práctica y durante bastante tiempo, la procuraron de las partes altas de los cerros y la prepararon como lo hicieron los grupos indígenas y con el mismo fin: alimentarse.

Por otro lado, por lo menos desde la década del 60, ha sido de gran interés académico (y en los últimos años turístico) que al interior de este *Complejo* se hayan plasmado entre las piedras, las cuevas y recovecos de las cumbres de los cerros, la mayor parte de las pinturas rupestres y petroglifos de la península de Baja California.

Estilos de arte rupestre en la Península de Baja California (Rubio i Mora, 2015)



1) Rango figurativo peninsular o Diegueño figurativo (La Rumorosa, dibujo de K. Hedges); 2) Abstracto de la Gran Cuenca (arroyo Palomar, dibujo de J. S. Fontaine); 3) cochimí abstracto (Cataviña); 4) y 5), cochimí figurativo (Cueva Pintada y Piedras Pintas, respectivamente); 6) cabo figurativo (Agua Tapada, dibujo de Ten Kate), y 7) cabo abstracto (Boca de San Pedro, dibujo de Ten Kate)

Gracias a una carta solicitada por Miguel del Barco (1988) al padre Joseph Rothea en el siglo XVIII, donde explica las razones por las cuales se corría el rumor de que en la California antigua existieron gigantes, se le pudo atribuir a él las primeras noticias sobre pinturas rupestres en la antigua California. Sin embargo, María Teresa Uriarte (2015) mencionó que Harry Crosby insiste en una referencia anterior, “a la que consignó Del Barco y se debe a Juan Baptista Mugazábal, un soldado que llegó a California en 1704” (Uriarte, 2015:129). Según Crosby, Mugazábal reportó al virrey Revillagigedo algunos detalles del proyecto de conquista espiritual de la península dejando ahí las manifestaciones pictóricas entre las piedras.

En toda la California civilizada, del sur al norte y en particular en las cuevas y los riscos pueden verse pinturas rústicas. Sin importar las desproporciones o sus carencias artísticas, es fácil distinguir en ellas figuras de hombres, peces, arcos y flechas así como diversos caracteres. Los colores de estas pinturas eran cuatro: amarillo, rojo, verde y negro. La mayoría de estas imágenes habían sido pintadas en lugares muy altos, lo que llevó a algunos a concluir que era cierta la versión de la existencia de gigante entre los antiguos Californios” (Uriarte, 2015:)

Desde Mugazábal hasta nuestros días se sabe que existen más de 500 hallazgos de pinturas en toda la península (León Portilla, 2000); la mayor parte de éstas, tal y como lo sugerimos hace un momento, en las serranías centrales, es decir, en el Complejo Cultural Comondú. Hasta la primera mitad del siglo XX estas expresiones gráficas plasmadas entre las piedras eran conocidas gracias a las narrativas misionales, algunos trabajos de arqueólogos empíricos como los de Diguét y Ten Take, y sobre todo, por la población local que se arranchó, forjó una familia y edificó una nueva forma de vida y nuevos paisajes entre las piedras, después de la partida de los jesuitas en 1767.

La primera intervención arqueológica formal en la península la realizó el Instituto Nacional de Antropología e Historia en la década del 50. La investigación fue coordinada por B. Dahlgren y J. Romero (1952) quienes, encausados por los trabajos de Diguét en San Borjita, “se dispusieron a realizar una excavación arqueológica en la cueva y un estudio del mural” (Rubio i Mora, 2015: 38). Sin embargo, la información más sobresaliente se organizó una década más tarde. En 1962, el arqueólogo estadounidense Clement W. Meighan intervino en la Sierra de San Francisco. Realizó distintas observaciones en la cueva La Pintada; una de las más concurridas por investigadores y turistas; recuperando varios artefactos y materiales de origen vegetal como “redes y cordeles, fibras de yuca, brocas para encender fuego y mástiles de proyectil” (Rubio i Mora, 2015: 39); pero también, encontraron materiales de piedra, cerámica y algunos restos óseos. En este mismo trabajo obtuvo dataciones radiocarbónicas de algunos objetos de madera “de 530 ±80 BP, es decir, entre los siglos XIV-XVI d.C, que vinculó a los autores de las pinturas” (Ídem)

Esta hipótesis permaneció casi intacta durante un par de décadas más, hasta 1980 cuando investigaciones auspiciadas por la Universidad de Barcelona y coordinadas por el arqueólogo español Ramón Viñas Vallverdú, y gracias a estudios de datación radiocarbónica se detectaron pinturas con fechas de más de 5 mil años.

En la actualidad, según una entrevista realizada en México, mencionó Viñas que en La Pintada “se han registrado elementos con fechas de hasta 10 mil años de antigüedad”²³. A pesar de la precisión con la que Viñas enuncia este tipo de datos, realmente no ha sido posible determinar con seguridad las fechas de la realización. Una de las razones tiene que ver con la complejidad de cada uno de los sitios arqueológicos estudiados, que como cual palimpsesto no permite con claridad diferenciar los tiempos en la escritura, en este

²³ Ventura Abida, (5 de abril 2013). “El arte rupestre de los primeros americanos”, Diario El Universal, revisado 6 de febrero de 2019 <http://archivo.eluniversal.com.mx/cultura/71474.html>

caso, sobre la piedra. Por ejemplo, en la tesis doctoral de Rubio i Mora (2015) sobre La Pintada y El Ratón (en la sierra de San Francisco) se asegura que existen fases pictográficas en algunos murales los cuales “evidencian cambios culturales en un proceso diacrónico dilatado”, es decir, en cada uno de estos sitios se expresan fases pictográficas diferenciadas en el tiempo.

“Viñas propone una distinción entre los Grandes Murales con distintas fases internas —en La Pintada propone cuatro fases para los Grandes Murales—; otra etapa pictórica con la inclusión de nuevas formas gráficas que mantendrían elementos de los Grandes Murales, a la que llama «Tradición Gran Mural», y una etapa final en la que predominan los elementos esquemáticos y abstractos y que se desvincula formalmente de los Grandes Murales (Viñas, 2005). Este esquema coincide con nuestras observaciones en El Ratón, donde las fases 1-3 corresponden plenamente a los Grandes Murales, las fases 4 y 5 se incluirían en esa «Tradición Grandes Murales» y las 6 y 7 se apartan formalmente de esta tradición. No obstante, esta propuesta no deja de ser un esquema inicial y el fenómeno rupestre en Baja California es muy complejo como para pensar que a esta tendencia general no le podremos añadir nuevos matices cuando se documenten un mayor número de cavidades pintadas” (Rubio i Mora, 2015: 493)

No obstante a la complejidad manifiesta en los resultados de Viñas y Rubio, los avances arqueológicos han logrado determinar que las últimas fases de los grandes murales corresponden a los grupos indígenas que establecieron contacto con los misioneros y soldados españoles. Por ejemplo en la cueva El Ratón, hay indicios de esto; como iniciales con el alfabeto latino y además, “aparecen personajes con sombreros y montados en cabalgaduras, que corresponden a los momentos del contacto” (Rubio i Mora, 2015: 494). En el caso de las fases iniciales e intermedias, los últimos datos que se están dando a conocer establecen una antigüedad que se remonta al Arcaico temprano, entre 8000 y 1500 años antes del presente.

De cualquier manera, insistimos, los mismos Viñas y Rubio i Mora mencionan que respecto a la fecha de producción de estos murales no se puede cerrar el caso, ya que la experiencia arqueológica les ha enseñado que no siempre se puede establecer una correspondencia precisa entre la datación radiocarbónica y las prácticas antrópicas que se quiere datar (Rubio i Mora, 2015). Hay mucho trabajo y diálogos que realizar entre distintos campos de la ciencia, para minimizar la incertidumbre y acrecentar las certezas.

La narrativa histórica es mucho más arriesgada en las hipótesis que se establecen sobre la fecha de producción de las pinturas. Las observaciones realizadas por Pedro Bosch Gimpera (León Portilla, 2000), sugiere hipotéticamente, tal y como lo sugiere la arqueología formal, que la diversidad de estilos depende de la evolución cultural de todos los grupos que en este complejo cultural se movilizaron.

“la presencia de estilos diferentes en las pinturas, [...] corresponderían a épocas distintas en la evolución cultural de los grupos que las han dejado. Así, las pinturas en las que se representan en forma extraordinariamente naturalista diversos animales, podrían tenerse como las de una época más antigua (al paleolítico superior asiático). Otras en las que aparecen animales y seres humanos con cierta estilización, integrando a veces escenas de caza y aún diversas formas de combate, provendrían de una etapa algo posterior. Finalmente, aquellas en las que predominan las estilizaciones, podrían tenerse como las más tardías” (León Portilla, 2000: 63-64)

Además de que no es posible saber con seguridad la fecha en la que estas sociedades produjeron las pinturas y murales en este Complejo Cultural -ni en los otros-, la necesidad de mantener abiertas las viejas líneas de investigación y abrir otras fronteras de trabajo, se vuelve fundamental, sobre todo cuando se suman interrogantes de otra naturaleza, como las hechas por Rubio i Mora (2015) en su tesis doctoral:

¿Qué condujo a los cazadores del Arcaico a iniciar y desarrollar grandes murales?
¿Corresponde los grandes murales aun proceso de culturización del paisaje como respuesta adaptativa propia de las sierras centrales de Baja California a los cambios climáticos que se han documentado en el área del suroeste de EE.UU entre el 6.300 y el 4.800 BP? (Rubio i Mora, 2015: 494)

Quedan varias preguntas pendientes de responder; y tal vez hay otras que no se han enunciado, aun. Lo que es seguro hasta el momento, es que los palimpsestos sobre las piedras, por la dilatación temporal en las que han sido producidas, son fuentes de información imprescindible si se quiere entender los cambios en las formas de vida de los grupos que habitaron estas tierras por miles de años. Tan importante e impresionante es la información que contienen los murales, que sin una narrativa oral de por medio, se pudiera reconocer algunas características de los cambios en la técnica de caza (del propulsor a el arco y la flecha), por ejemplo.

Cabe destacar que los murales no son los únicos vestigios gráficos que se encuentran entre los recovecos y las cuevas de las serranías peninsulares de este complejo. Existen otras señales y pinturas de naturaleza distinta, las cuales se pueden explicar con otro tipo de información, propias del contexto donde estas se desarrollaron. Rubio i Mora, de manera provisional menciona que en el caso de los murales de la zona central de las sierras bajacalifornianas, se realizaron principalmente en lugares que permitían “la reunión numerosa de un número importante de gente” (Rubio i Mora, 2015: 497), sobre todo porque los grupos de cazadores-recolectores, por la naturaleza multi-temática, multifacética (históricamente hablando) y la diversidad de “rasgos técnicos, estilísticos, cromáticos e iconográficos” (Ídem), se vuelve casi evidente que dedicaron muchísimos tiempo y esfuerzo a estas producciones monumentales.

A diferencia de estos santuarios, existen sitios con pinturas que son monotemáticas, realizados en un momento histórico determinado sin necesidad de prolongar por mucho tiempo el uso del espacio para la continuación o modificación de la pintura. Se supone que a este tipo de expresiones le corresponden “lugares donde se han celebrado rituales más privados o que han sido pintados por algún motivo muy concreto” (Ídem), los cuales no requieren de un espacio tan amplio como las cuevas de La Pintada o de El Ratón.

Grafitis sobre las piedras



Recoveco al norte de la serranía El Mechudo. Espacio a 300 m de altura, para 2 a 5 personas. Ojo de agua a 500 m. de distancia
Fotografía: Adan Encinas Amador, agosto 2016.

Por lo pronto podemos pensar que las representaciones sociales impresas en las piedras sobre el ecosistema de montaña, junto a las herramientas, utensilios y el desarrollo técnico de los grupos de cazadores recolectores, les permitió establecer una profunda relación con su entorno y producir unos lugares para vivir. Por supuesto, las representaciones se gestaron dialécticamente con la *praxis* propia de estos grupos. Una práctica que está mediada, como ya lo hemos dicho, por un complejo de creencias, afecciones, saberes geográficos y ecológicos. No puede ser de otra manera. La satisfacción de las necesidades primarias requiere fundamentalmente que la naturaleza sea transformada, y la experiencia en su transformación, modela la concepción que se tiene de ella. Esto ha hecho posible la vida en la sierra. De hecho, esto ha hecho posible la vida social en cualquiera de sus formas históricas.

Hay un relativo consenso de que los primeros que llegaron a estas tierras lo hicieron a partir de por lo menos del año 10 000 a. C. (León Portilla, 2000). No obstante, dada la condición geográfica de la península, Paul Kirshhoff supone y sostuvo, diría León Portilla, que los distintos grupos que tocaron estas tierras se fueron asentando de manera escalonada de sur a norte, “de suerte que los más antiguos serían los que quedaron establecidos en el extremo meridional, presionados por otros que llegaron más tarde”.

Como explicamos en el apartado anterior la península hace 10 000 años ya tenía el perfil geológico y ambiental que hoy bien conocemos, por lo que las culturas

desplegadas en la mayor parte del brazo peninsular, pueden ser consideradas tal y como lo supone la arqueología norteamericana, siendo parte de las *culturas del desierto*. A pesar de la dificultad que implica vivir a la intemperie con temperaturas extremas y muy poca agua, la experiencia cotidiana de vivir entre piedras les permitió desarrollar habilidades para extraer de las sierras y las playas del Golfo de California, lo que requirieron para vivir.

Si bien los análisis comparativos de corte positivista combinados con la tradición hermenéutica, han sido las puntas de lanza en la constelación de trabajos sobre estas sociedades, no se pueden soslayar las crónicas de quienes observaron *in situ* a los pueblos que merodearon las cadenas montañosas y las playas del Golfo de California. Entre otras cosas estas narrativas coloniales nos permiten reconocer los indicios de ciertos patrones de movilidad espacial, que es lo que intentamos dejar de manifiesto. Es decir, con todo y que la retórica de los cronistas jesuitas que se caracterizó por la violencia discursiva propia de la colonialidad (Dussel, 1992; Quijano 2004), son éstas de las pocas fuentes históricas con las que contamos para acercarnos a las formas de vida de los pueblos originarios. De tal manera que se vuelven imprescindibles los primeros trabajos etnobotánicos y etnozoológicos del padre Miguel Venegas y del padre Manuel del Barco; o los escritos etnológicos de Jean Jacob Beagert o Segismundo Taraval, quienes realizaron las primeras descripciones socioculturales de Cochimies, Guaycuras y Pericués.

2.2.2 Dinámicas de movilidad y aprovechamiento biótico y abiótico de los cazadores y recolectoras

Fueron los antropólogos físicos (Potayos de Paz y Fujita, 1998; Sánchez G., Rosales-López 2001; Sanchez L., Rosales A. 2006; Fujita H., 2015) y los arqueólogos (Ritter E., 1991) quienes se dedicaron al estudio de los sistemas bióticos en la península de Baja California (León Portilla, 2000), los que sugirieron que el modo de vida de los pueblos y los grupos de cazadores-recolectores y pescadores, fue prácticamente el mismo durante 10 000 años. Las cosas empezaron a cambiar, cuando el 3 de mayo de 1535 Hernán Cortés arribara a la península que, por la condición climatólogica experimentada, bautizara como la *calida fornax*.²⁴

²⁴ Fernando Jordán nos recuerda que los historiadores han encontrado motivos suficientes “para buscar la etimología de California en *calida fornax*, latinajo extraño que se le atribuye a Hernán Cortés y cuyo significado sería el de horno caliente” (Jordán F., 2014: 27)

Ante el reconocimiento de la fragilidad de los ecosistemas peninsulares, Aurora Breceda *et al.* (1993) supone que “solo una estricta organización espacial pudo haber permitido a los californios resolver los retos de subsistencia” (Breceda *et al.*, 1993: 49). La organización de estos grupos tal y como lo dijimos hace un momento, era la *banda*, que básicamente estaba constituida por un conjunto de varias familias compuestas por alrededor de 20 individuos (Alameda, 1993), regularmente emparentados entre sí, quienes compartían un territorio relativamente delimitado y determinado por las condiciones ambientales y de nuevo, por la disponibilidad de los recursos bióticos.

El centro de estos pequeños e intermitentes territorios fueron llamados por los españoles como *rancherías*; término ampliamente utilizado por los misioneros jesuitas y los exploradores, sobre todo en la región septentrional de la Nueva España. Este concepto, según explica León Portilla en una nota al pie de la Historia Natural de la Antigua California de Del Barco, “significa el establecimiento formal de una población fija a modo de aldea o pueblo” (Del Barco, 1985: 188). Es importante mencionar que la *ranchería* no es la *banda* sino al espacio ocupado por ésta. Según fuentes historiográficas misionales se estimó que existían *rancherías* con alrededor de 100 a 250 individuos habitando los parajes donde se organizaron y definieron “los recorridos diarios en los que se practicaba la recolección y la caza” (Breceda *et al.*, 1993: 49).

La poca precipitación obligó a estos grupos establecerse muy cerca de algún aguaje o alguna poza o tinaja que en los tiempos de lluvia, se veía agraciada con el recurso durante algunas semanas. No podía ser de otra manera; el establecimiento de un paraje dependía de ello. Pero en el fondo, según nuestra apreciación, la poca disponibilidad de alimentos, y especialmente la carga o explotación continua de los recursos que circundan estos microhábitats, fue uno de los principales factores que determinaron la dinámica de movilidad. Es decir, al disminuir los recursos bióticos por las prácticas extractivas de las familias que se emplazaron sobre los aguajes, fue necesario “buscar su sustento en otros lugares” (Del Barco, 1985: 188), en donde debía por supuesto existir suficiente agua para el grupo completo y los recursos necesarios para establecerse durante algunos días. Podríamos decir entonces, que se dieron dos tipos de desplazamientos de estos grupos, a saber, por un lado un desplazamiento constantes de mujeres y hombres que diariamente debían de recolectar o cazar lo necesario para la alimentación de todo la *banda*; y por el otro lado, un desplazamiento de todas las familias de una *ranchería* hacia otro paraje con las características ambientales similares al anterior. Concentrémonos en los desplazamientos alrededor de cada *ranchería*.

Como ya lo dijimos, desde el ojo de agua se organizaba la cotidiana recolecta de semillas, frutos, tubérculos, hierbas; o bien, la cacería de algunos mamíferos, reptiles, roedores, aves o insectos. Los hombres, pero sobre todo las mujeres que estaban en condiciones de así hacerlo, recorrían por horas distintos senderos sobre las cumbres, los rincones y las mesetas de los cerros para cumplir sus tradicionales encomiendas. Partían del campamento por la mañana y después de horas de caminar entre las piedras regresaba a él. Las aportaciones etnográficas del padre Baegert sirvieron de base para sostener que los pasos de la recolecta y la caza no se alejaron más de 6 kilómetros a la redonda.

Si bien no era mucha la distancia caminada y a pesar del conocimiento tan profundo que las mujeres tenían sobre la geografía, la flora y, la vegetación de la región, la recolecta implicaba un importante gasto energético. Insistimos en las mujeres porque según los datos etnográficos presentados por Miguel Del Barco, eran ellas quienes tenían a su cargo la responsabilidad de la alimentación y el cuidado de su familia. Incluso, en los momentos más delicados y complicados para el ejercicio físico, como fueron sus embarazos o los bochornos calores del desierto, salían por las mañanas a buscar alimentos: “según la costumbre antigua general en toda California, el mantenimiento de la familia corre por cuenta de las pobres mujeres. Ellas han de buscar la comida para sí mismas, para sus maridos y para sus hijos” (Del Barco, 1985: 203)

En las mejores temporadas del año las mujeres regularmente en grupos y, en ocasiones con sus hijos e hijas, emprendían muy de mañana su camino para recolectar una gran diversidad de semillas de diferentes árboles, arbustos y herbáceas, frutos y frutillas de cardón, o higos silvestres, ciruelas, garambullos o pitahayas²⁵; raíces o tubérculos como jícamas, yuca o zaya (de la cual también recuperaban sus semillas); hierbas o cactáceas como corazones de mezcales, biznagas y choyas. El conocimiento sobre la flora del monte que poseían las mujeres era realmente sorprendente y sobre todo, útil, ya que eran fundamentalmente los recursos que les permitían vivir en las cadenas montañosas de las sierras centrales de la península.

²⁵ Las pitahayas se cosechaban, a diferencia de otras frutas, junto a las mujeres.

VEGETALES DE CONSUMO ALIMENTICIO

Semillas	Palo verde	Frutos	Pitahaya dulce	Tuberculos	Yuca	Hierbas	Chual	Cactacea	Mezcal
	Palo chino		Cardón		Jícama		Bledo		Biznaga
	Tedda		Higo silvestre		Zaya		Endivia		Choya
	Bledo		Ciruella		Cebolla de indio		Quelite		
	Caribe		Palma de taco				Verdolaga		
	Algodón		Pitahaya agria				Chamizo		
	Zaya		Tuna						
	Encino negro		Higo silvestre						
	Roble		Uva cimarrona						
	Lentejilla		Mora						
	Chamizo		Papache						
	Caribe		San Miguelito						
	Zaya		Garambullo						
	Verdolaga		Bebelama						
	Frijol indio								
	Pimientilla								
Jojoba									

Elaboración propia. Fuentes: Alameda et al.1993; Del Barco M., 1985.

Aunque las mujeres también cazaban, esta actividad era dejada a la suerte de los hombres. Sin embargo, diría Del Barco, la mayor parte del tiempo se la pasaban acurrucados a la sombra de los árboles y de la manera más ociosa posible, pasaban los días. Cuando más hacían, se ponían a fabricar arcos y flechas²⁶, o salían de cacería en grupos, principalmente por diversión. Aunque no era muy común que trajeran consigo algún tipo de carne, ya sea de venado, liebre, reptiles o roedores, se debe reconocer que esta actividad implicó también un importante gasto energético; no porque lo hicieran seguido sino, sobre todo, porque la caza de especies mayores como el venado o incluso las liebres, por las características propias de estos animales, requería rapidez y una considerable movilidad; de tal modo que en algunos casos alejaba significativamente a los cazadores de los campamentos.

Sin embargo, los hombres inevitablemente regresaban, con o sin carne. De hecho, era muy raro que regresaran con alguna presa o trozo de alimento entre sus manos, y si lo hacían, regresaban con un trozo muy pequeño porque si lograban matar algún animal

²⁶ Los Californios utilizaban un arco sencillo. Para formarlo toman una vara de madera sólida, la tostaban en el fuego para enderezarla bien y dar más consistencia a la madera. “Después le limpian y, dejándole hacia el medio del grueso que pudieran tener tres dedos juntos o algo más, los van adelgazando poco a poco hacia los extremos, igualmente de uno y otro lado, de suerte que las puntas quedan del griego de un dedo o menos. A una de ellas atan fuertemente la cuerda, hecha de nervios de tripas de venado, y gruesa como tres bordones de arpa juntos y, calentando otra vez el palo, le doblégan un poco y toma la figura de arco que debe tener” (Del Barco 1985: 194). Las flechas eran hechas con carrizo, regularmente, y se les añadía un pedernal para la caza de venados o cualquier otro animal grande. El pedernal era afianzado en la punta de la flecha con nervios.

como un venado, debían repartir la carne entre cada uno de los integrantes del grupo cazador. Del Barco decía que volvían “frecuentemente sin nada y muy hambrientos a que sus mujeres les den de comer” (Del Barco, 1985: 203)

A propósito de esto, cabe destacarse que la mujer no solo se dedicaba a la recolección de los alimentos. También los preparaban. En el caso de las semillas, que era el alimento más común, también debían procesarlas cuando parte de su familia lo requiriera, de tal forma que caminaban la piedra para su recolección pero ello, además, debía cargar la leña poder tatarlas. Por la agudeza descriptiva del trabajo de Del Barco nos atrevemos a transcribir ampliamente este ejercicio propio de las féminas:

“Todas las semillas que comen, sean de árboles o de yerbas, las tuestan primero y luego las comen un calientes; pero más frecuentemente después de tostadas las muelen entre dos piedras, y, reducidas a harina gruesa, las comen a secas: el saborcillo que da el tueste de dichas semillas es para ellos un sainete gustoso y regalado. Todo esto corre también por cuenta de las mujeres, las cuales tuestan las semillas de este modo. Echan en la batea tres o cuatro puñados de semillas: sobre ella ponen brasas y lo mueven todo continuamente para que toda la semilla participe del fuego sin quemarse ella ni la batea. Cuando conocen que ya tiene su punto de tostado, quitan el fuego o los carbones con sus manos. Limpian la semilla de todo cuerpo extraño y principalmente de los menudos pedacillos de carbón que dejaron las brasas apagadas: y apartando la ya tostada, echan más semilla en la batea con nuevas brasas, y así van prosiguiendo hasta acabar. (Del Barco, 1985: 204)

Si revisamos los datos presentados por Aschmann (1959) sobre la distribución porcentual de las fuentes alimenticias de los indígenas peninsulares, podemos percatarnos de la importancia del trabajo de la mujer en la vida de las bandas de recolectoras y cazadores, y sobre todo en la cohesión y reproducción social de estos grupos. Según este ejercicio de análisis, casi el 60% de las fuentes de alimentos proviene del trabajo de la mujer y únicamente 18% es aportación masculina.

Distribución porcentual de fuentes alimenticias

FUENTES	%
Vegetales	57%
Agave (Mezcal)	28%
Frutos de cactaceas	12%
Semillas y frutos de leguminosas	6%
Otras semillas	6%
Raíces	3%
Otros	2%
Animales terrestres	18%
Roedores y reptiles	8%
Insectos	5%
Grandes mamíferos	4%
Aves	1%
Animales marinos	25%
Moluscos	11%
Pescados	5%
Mamíferos	5%
Tortugas	2%
Aves	1%
Huevos de tortugas	1%

Fuente: Aschmann H. (1959). Citado en Breceda *et al* 1993: 47

Obviamente el mayor gasto energético lo tenían las mujeres, y variaba, según la época del año, tal y como veremos más adelante. Por el momento queremos dejar de manifiesto que la alimentación también tuvo variaciones importantes según los meses en el que se realizaban las actividades de recolección. Alameda menciona que “con base en la existencia diferenciada de recursos alimenticios a lo largo del año, los indígenas dividieron el año en seis estaciones” (Alameda et al, 1993: 144), a saber: *Meyibó*, que comprende de mediados de junio, todo julio hasta mediados de agosto; *Amadá-Appí*, que inicia a mediados de agosto hacia mediados de septiembre; *Amadá-Appí-Yaliló*, que corresponde una estación de mediados de octubre a mediados de diciembre; *Meyijhél*, que va de mediados de diciembre a mediados de febrero; *Meyijbèn*, de mediados de febrero a mediados de abril y por último, *Meyijbèn-Maayì* que es la estación o época del año que se extiende desde mediados de abril a mediados de junio.

En base a este calendario la misma Alameda organiza la información expuesta por Miguel Del Barco en la Historia Natural de la Antigua California, y con ello determina de manera indirecta la dieta principal de quienes habitaron la sierra central por milenios.

COMPONENTE DE LA ALIMENTACIÓN POR TEMPORADA DEL AÑO

	Meyibó	Amadá-Appí	Amadá-Appí-Yalló	Meyijhé	Meyijbén	Mejjibén-Maayí
	FRUTOS:	FRUTOS:	FRUTOS:	FRUTOS:	FRUTOS:	FRUTOS:
RECOLECCIÓN	Pitahaya dulce Cardón Higo silvestre Ciruela Palma de taco	Pitahaya agria Tuna Higo silvestre	Pitaya agria Papache	San Miguelito Papache	Garambullo Bebelama	Garambullo
	TUBERCULOS (RAÍCES)	TUBERCULOS (RAÍCES)	TUBERCULOS (RAÍCES)	TUBERCULOS (RAÍCES)	TUBERCULOS (RAÍCES)	TUBERCULOS (RAÍCES)
	Yuca Jicama	Yuca Jicama Zaya	Yuca Jicama Zaya	Yuca Jicama Zaya	Yuca Jicama Zaya Cebolla de indio	Yuca Jicama
	SEMILLAS	SEMILLAS	SEMILLAS	SEMILLAS	SEMILLAS	SEMILLAS
	Palo verde Palo chino Tedda Bledo	Caribe Algodón Zaya	Encino negro Roble Lentejilla Chamizo Caribe Zaya Verdolaga	Roble	Frijol indio Pimientilla	Palo chino Pimientilla Jojoba Caribe
	HIERBAS	HIERBAS	HIERBAS	HIERBAS	HIERBAS	HIERBAS
	Chual Bledo Endivia Quelite Verdolaga	Chual Bledo Endivia Quelite Verdolaga	Chual Bledo Endivia Quelite Verdolaga Chamizo			
	CACTACEA	CACTACEA	CACTACEA	CACTACEA	CACTACEA	CACTACEA
		Mezcal	Mezcal	Mezcal	Biznaga	Choya
	BUCEO Y PESCA	MOLUSCOS	MOLUSCOS	MOLUSCOS	MOLUSCOS	MOLUSCOS
Crustaceos		Crustaceos	Crustaceos			
PESCA		PESCA	PESCA	PESCA	PESCA	PESCA
		Peces Tortuga marina	Peces Tortuga marina	Peces Tortuga marina	Peces Tortuga marina	Peces Tortuga marina
CACERÍA	CAZA MENOR	CAZA MENOR	CAZA MENOR	CAZA MENOR	CAZA MENOR	CAZA MENOR
		Viboras Ratones Gusanos Lagartijas Escarabajos Ranas Iguanas	Viboras Ratones Gusanos Lagartijas Escarabajos Ranas Iguanas	Viboras Ratones Gusanos Lagartijas Escarabajos Ranas Iguanas	Viboras Ratones Gusanos Lagartijas Escarabajos Ranas Iguanas	Viboras Ratones Gusanos Lagartijas Escarabajos Ranas Iguanas
	CAZA MAYOR	CAZA MAYOR	CAZA MAYOR	CAZA MAYOR	CAZA MAYOR	CAZA MAYOR
		Venado Borrego cimarrón coyote Liebre Berrendo	Venado Borrego cimarrón coyote Liebre Berrendo	Venado Borrego cimarrón coyote Liebre Berrendo	Venado Borrego cimarrón coyote Liebre Berrendo	Venado Borrego cimarrón coyote Liebre Berrendo
	AVES TERRESTRES	AVES TERRESTRES	AVES TERRESTRES	AVES TERRESTRES	AVES TERRESTRES	AVES TERRESTRES
		Codorniz Paloma Torcazas Faisán	Codorniz Paloma Torcazas Faisán	Codorniz Paloma Torcazas Faisán	Codorniz Paloma Torcazas Faisán	Codorniz Paloma Torcazas Faisán
	AVES MARINAS	AVES MARINAS	AVES MARINAS	AVES MARINAS	AVES MARINAS	AVES MARINAS
		Gaviotas Alcatraces Garza blanca Pato buzo Pelicano Gallineta	Gaviotas Alcatraces Garza blanca Pato buzo Pelicano Gallineta	Gaviotas Alcatraces Garza blanca Pato buzo Pelicano Gallineta	Gaviotas Alcatraces Garza blanca Pato buzo Pelicano Gallineta	Gaviotas Alcatraces Garza blanca Pato buzo Pelicano Gallineta

Modificado del original. Fuente Alameda et al, 1993.

El ciclo más importante del año para los grupos indígenas, tanto para los que vivieron en las sierras como para los playanos, es Meyibó. Entre otras cosas, porque da inicio el tiempo de la cosecha de pitahayas; la fruta más esperada y procurada por los grupos que habitaron las cadenas montañosas de la península. Los dos a tres meses de cosechas de pitahaya eran los más alegres del año, de hecho, diría el padre Salvatierra que en este tiempo los hombres salían de sí mismos, “entregándose del todo a sus fiestas, bailes, convites de rancherías distantes” (Del Barco, 1985: 192). Era el único momento, Meyibó,

donde mujeres y hombres caminaba juntos buscando alegremente el fruto esperado para comer diariamente durante toda la temporada.



Recolección de pitahaya dulce. 15 de agosto 2016 (Meyibó). Sur de subprovincia Sierra de La Giganta. Subdelegación de La Soledad, La Paz, BCS.
Fotografía: Tito Fernando Piñeda Verdugo

La técnica y las herramientas utilizadas por los pueblos indígenas de la región si bien eran bastante rudimentarias fueron también muy útiles, ya que como se puede apreciar en la fotografía, la taxonomía de esta fruta requiere mucho cuidado para su recolección y su consumo. Para apropiarse de ella se valían de un gancho que fabricaban con una larga y delgada vara, que pudo haber sido una vara de palo de arco o varas secas de garambullo. En uno de sus extremos ataban un fuerte hueso delgado, de tres o cuatro dedos de largo, con el que, por su estatura²⁷, alcanzaban la fruta con relativa facilidad y la arrancaban sin mucha violencia. Ya puesta en el suelo, entre las piedras, con algún palo despojaban de la fruta las pequeñas espinas sin mayores problemas. Limpia de espina, se dedicaban a

²⁷ Un estudio sobre el perfil físico de los indígenas peninsulares, realizado por Tayson (1987), quien analiza muestras de restos óseos y determina entre otras cosas, como lo expresaron algunos misioneros, que quienes vivían en la zona serranas centrales, medían en promedio 162 cm los hombres, y 149 cm las mujeres. Este dato más las descripciones de las complejiones hechas por los misioneros, nos permite sin mayor riesgo determinar un peso ideal. Lo cual más adelante lo requerimos para hacer mediciones sobre el gasto energético total en relación a sus actividades en las montañas.

comer hasta saciarse y posteriormente guardaban otras en sus redes fabricadas con fibra de mezcal, para trasladarlas hacia sus parajes o rancherías, en donde los esperaban familiares, niños, niñas y ancianos que no podían caminar con facilidad entre la piedra.

Meyibó, Amadá-Appí y Amadá-Appí-Yaliló eran las tres estaciones que más beneficios traían a las poblaciones que vivían en las serranías y las playas. Fue el tiempo donde la generosidad del desierto era más evidente porque les proporcionaba prácticamente de todos los recursos necesarios para la vida:

“tanto en las zonas serranas como en las planicies costeras [...], los aborígenes podían procurarse todo tipo de vegetales. Así mismo, y en razón de la elevada temperatura del mar, era factible realizar las actividades de pesca y buceo y beneficiarse así del aporte nutricional de todos los recursos marinos”

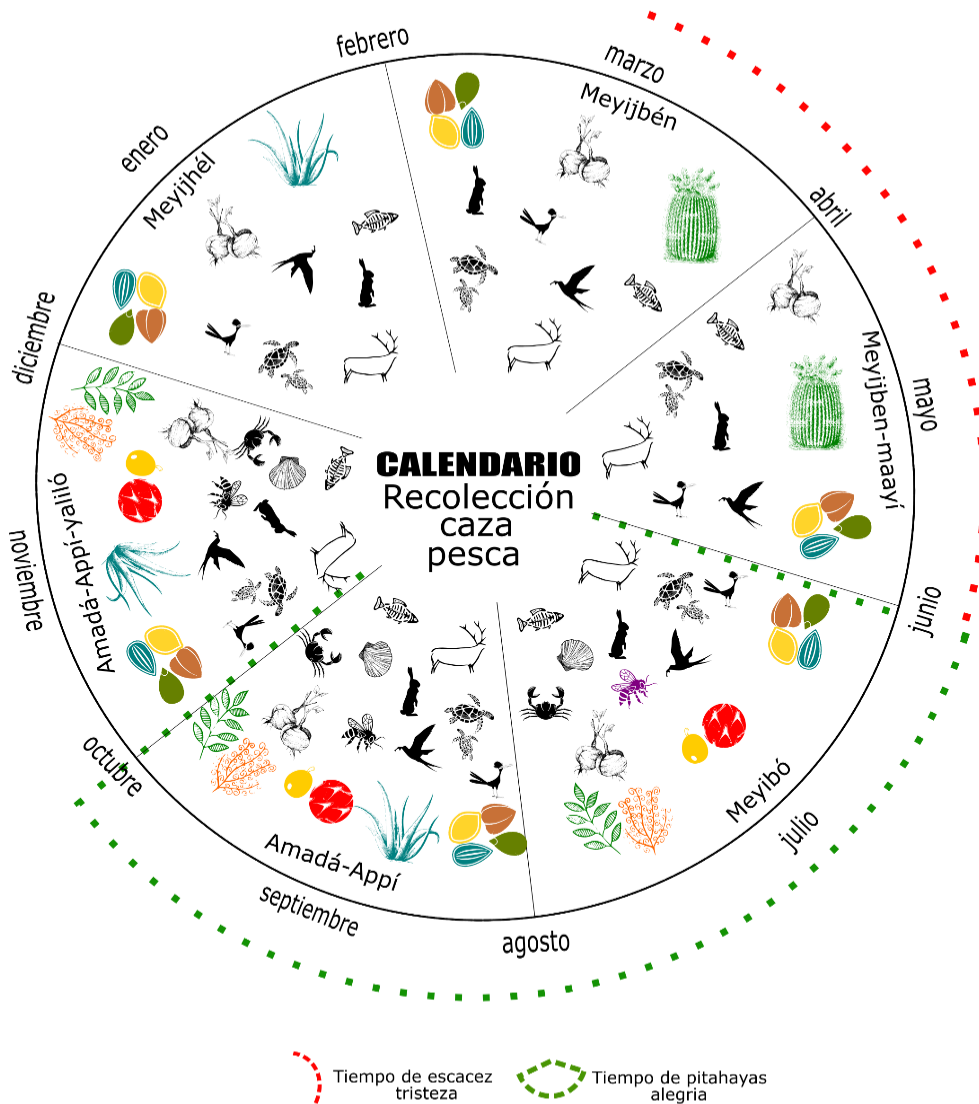
Por ello era de alegría y fiesta, la celebración, la compartición entre distintas bandas de diferentes rancherías. En este tiempo, diría Aschmann, los indios se congregaban para cosechar la pitahaya y celebrar la vida nueva. De hecho, en esta época del año las fronteras territoriales de cada una de las *bandas* eran más porosas que nunca. Si bien no hay quien se arriesgue a determinar límites preciosos de los territorios indígenas, si se sabe que a partir de Meyibó los encuentros entre bandas y rancherías, eran frecuentes. A diferencia de Meyibó, Meyijbén-maayi era la época más triste, sofocante y, sobre todo, el momento de mayor hambre de las personas.

“Maayí significa cosa mala, y a esta temporada parece que le llaman mala porque es el tiempo de la mayor hambre, en que, por haberse acabado el mezcal de sazón (que o lo han comido, o por haber ya espigado y florecido, se va secando), y por haber faltado otras comidas suyas, apenas hallan en el campo con qué sustentar la vida” (Del Barco, 1985: 180)

De hecho, la hipótesis del por qué Meyibó es el retorno a la vida buena, radica en la desgracia que se anida en Meyijbén-maayí. Es decir, “salir de la miseria” diría Del Barco, aumenta el aprecio por un nuevo ciclo donde abunda la bondad del desierto y de quienes viven de él. Es importante destacar aquí que, si bien los ciclos lunares son utilizados para enunciar cierto acontecimiento o nombrar alguna experiencia pasada, lo que en el fondo determina la temporalidad indígena californiana, es la geografía, las afecciones y los tipos de flora y faunas que hacen posible la vida entre las piedras. Por este motivo, con el trabajo de investigación de Alameda y las narrativas misionales, pudimos edificar un calendario biocultural propio de los grupos autóctonos.

CALENDARIO BIOCULTURAL

AFECCIÓN Y ALIMENTACIÓN INDÍGENA



Recolección	semillas	tuberculos	frutos	hierbas	mezcal	biznaga
Caza	casa mayor	casa menor	ave terrestre	insectos	ave marina	
Buco y pesca	peces	tortuga	moluscos	crustaceos		

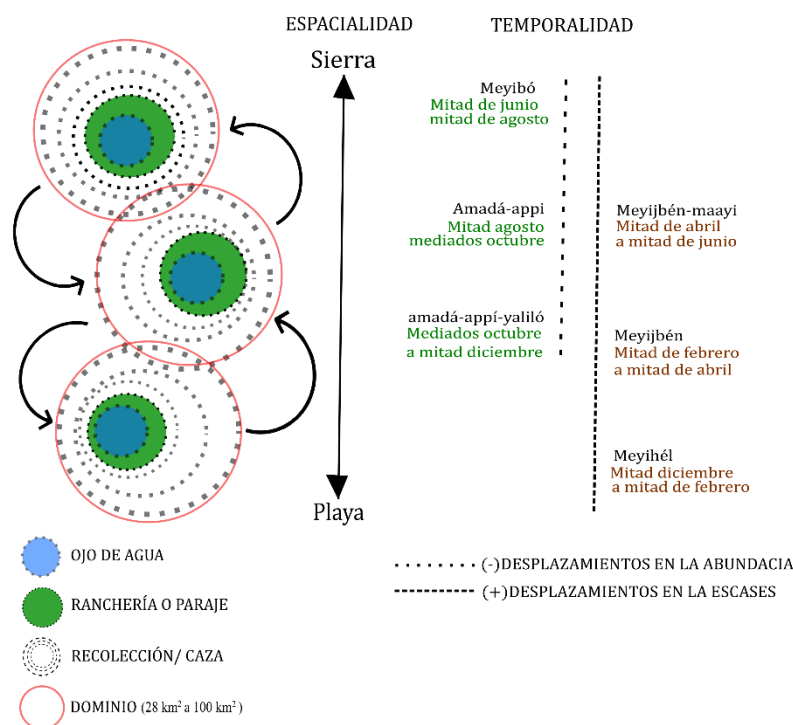
Elaboración proía. Fuentes: Del Barco M. (1985); Alameda A. et al (1993); Aschman H. (1959)

Por lo que alcanzamos a entender, las prácticas de recolección y cacería fueron prácticas territorializadas, que permitían establecer un relativo dominio sobre un espacio bien conocido por las bandas -no así por los estudiosos de estos pueblos-. Lo que se sabe es lo

que ya se dijo: estas prácticas se daban alrededor de un humedal. Según las hipótesis y los datos recuperados por Aldama (1993), estas bandas diariamente se desplazaban no más de 6 kilómetros de distancia, lo que nos hace suponer que estaríamos hablando de un área dominada, con su aguaje en el centro, de 30 a los 100 km². Las distancias recorridas dependían de varios factores, entre los más importante eran los factores ambientales y por supuesto, la carga de explotación de los recursos bióticos. Cuando la carga de apropiación era mucha, o la escasez era un limitante para la satisfacción de las necesidades, las bandas de cazadores y recolectoras debían de trasladarse hacia otro aguaje, y construir desde allí, otro dominio territorial. Así, a lo largo del ciclo anual de estos pueblos montaban y desmontaban sus parajes sobre las fuentes de agua.

Bajo esta lógica, nosotros suponemos que, en los tiempos malos, como los que sugiere el calendario biocultural anterior, los desplazamientos de un aguaje a otros eran mayores, al igual que el gasto energético. En Meyibó, y las dos estaciones subsiguientes, el gasto energético era menor, al igual que las distancias recorridas.

Movilidad y desplazamientos cazadores-recolectores-pescadores



Cariño Olvera (1997). Modificado con información de Alameda A. *et al.* (1993), Del Barco M. (1985) Morales C. (2016)

Las formas de vida de los Guaycuras y los Cochimíes (pobladores de la región fisiográfica conocida como La Giganta) y particularmente sus modos de apropiación y transformación, estuvieron íntimamente ligados a las condiciones ambientales que

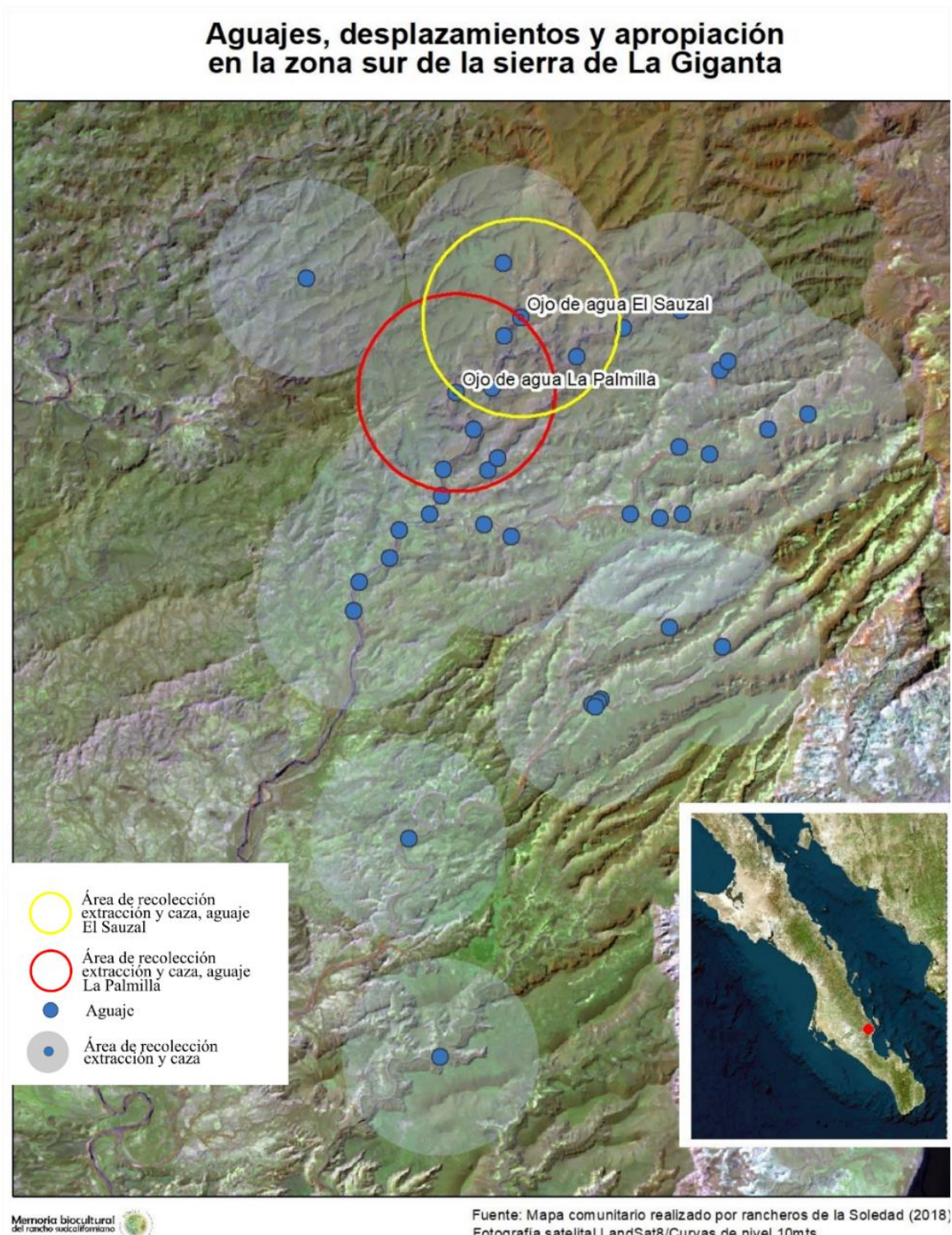
experimentaban cotidianamente. Los ritmos de la naturaleza y los ritmos socioculturales estuvieron abigarrados por miles de años. No pudo haber sido de otra manera. Historiadores de la talla de Ignacio del Río mencionaron que las prácticas productivas de las bandas de la región se montaron sobre una economía de subsistencia, ya que solo recolectaban y cazaban lo necesario para vivir.

Si bien, cada uno de los integrantes de las familias y las bandas que se organizaron en las rancherías tenía diariamente la responsabilidad de llevar a cabo ciertas actividades, con lo que se ha dicho hasta aquí se podría intuir una relativa asimetría de género. El solo hecho de apuntar que la dieta general de los indígenas serreños se constituía principalmente por semillas, hierbas, frutas y algunas raíces, es decir, gracias a la fuerza de trabajo femenino, nos obliga a preguntarnos ¿cómo experimentarían el monte las mujeres en Meyijbén y particularmente, en Meyijbén-Maayí, mientras sabían que los hombres fabricaban pedernales a la sombra de un zalate? No vamos a poder responder a una pregunta de esta naturaleza, por más pertinente que sea escudriñar las afecciones y las mentalidades de las mujeres indígenas. Lo único que podemos decir con relativa seguridad, es que no fue lo mismo la experiencia en las sierras, en un tiempo y en otro. Ni material, ni afectiva, ni energéticamente.

Para que el lector nos siga esta última idea podemos presentar algunos datos con el trabajo de campo realizado en la zona sur de la Sierra La Giganta, específicamente en la subdelegación municipal de La Soledad. En la estancia de investigación como ya lo comentamos en la introducción del documento, se realizaron entrevistas, encuestas, recorridos y mapas comunitarios en donde vaqueros y familias rancheras delimitaron sus fronteras territoriales a partir de la identificación de varios elementos, entre ellos, las querencias o zonas de pastoreo de su ganado (rincones, mesas y cañadas de los cerros); toponimias (nombres de los cerros, de los rincones, de los aguajes); vestigios de parajes rancheros antiguos; tinajas, pozas y ojos de agua permanentes; vestigios indígenas (utensilios y pinturas rupestres) y geo-símbolos.

Con estos mapas pudimos identificar cerca de 40 aguajes permanentes alrededor de sus ranchos, los cuales creemos por los vestigios que las personas han encontrado en las cumbres y las mesetas de sus alrededores, sirvieron de parajes de grupos Guaycuras. Si bien en los mapas parlantes realizados por vaqueros y sus familias se identificaron otros elementos hídricos como las tinajas de piedra o pozas de agua, en esta ocasión solo fueron procesados en un sistema de información geográfica (ArcMap 10.3 y ArcScene

10.3) los aguajes, y mediante su geo-referenciación determinamos zonas de influencia de 3 km como lo sugieren los datos históricos (Alameda y Cariño O., 1993)



Debido a la mayor cantidad de vestigios encontrados alrededor de los aguajes “La Palmilla” y el “El Sauzal”, decidimos utilizarlos como referencias para realizar perfiles

topográficos (perfiles de montaña) y modelar así algunos posibles desplazamientos de las recolectoras y cazadores.

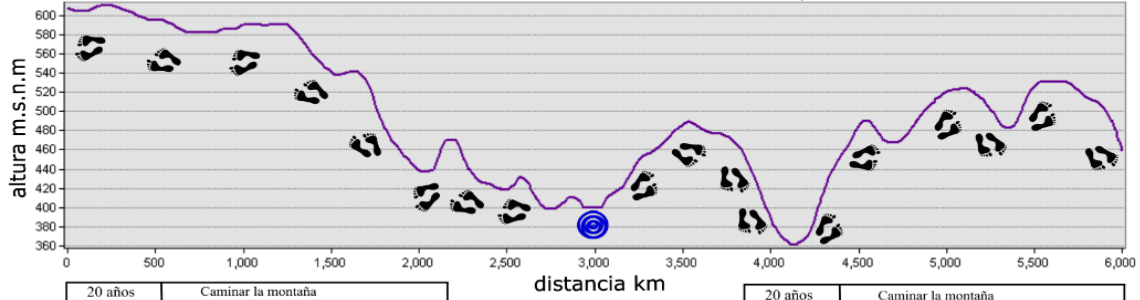
Los perfiles topográficos, junto con los rasgos físicos de los indígenas peninsulares determinados por los análisis óseos realizados por Tyson en 1987, nos permitió tener información suficiente para establecer la cantidad de energía que se gasta en los desplazamientos para la recolección de alimentos, leña y actividades relacionadas con la cacería. Tyson identificó el promedio de alturas de quienes habitaron la subprovincia sierra de La Giganta, demostrando que los hombres como las mujeres de esta zona eran relativamente pequeñas, igual que como los reportaron algunos jesuitas: los hombres en promedio medían 162 cm y las mujeres, 149 cm. Con este dato, ayudados con las descripciones misionales los cuales sugirieron que no existía obesidad entre los indígenas, se pudo establecer un peso ideal de 64 kg para los hombres y 49 para las mujeres, y además, con la fórmula general para determinar el Gasto Energético Total (Harris Benedict²⁸), pudimos proyectar el gasto de calorías al caminar la montaña por 1, 2, 3 o 4 horas diarias.

²⁸ Cabe destacar que la fórmula utilizada no considera la variable climática, la cual seguramente modificaría considerablemente el gasto energético total de caminar en la piedra en temporada seca y en las temporadas frías. Sin embargo, se decidió utilizar la fórmula de Harris-Benedict, porque considera la altura de las personas, y es por el momento el único dato preciso con el que contamos. Además, sabemos que por lo menos dos estaciones antes de Meyibó, prácticamente había una gran escasez de recursos en las sierras, lo que obligaba a mayores y más desplazamientos en las mismas serranías o hacia las costas del Golfo de California para obtener alimentos y sobrevivir. Los misioneros como Miguel del Barco o el Padre Baegert menciona que los *playanos*, como les decían a las bandas costeras, comían lo que extraían del mar en las orillas de éste, pero existían otros que extraían moluscos, por ejemplo, y los tatemaban a la orilla de la playa para poder caminar de regreso, cuesta arriba, hacia los parajes en la sierra.

Desplazamientos y cálculo de Gasto Energético Total de cazadores-recolectores (20 años|25 años|30 años)

Desplazamiento |norte-sur| desde aguaje "El Sauzal"

24°51'45.72"N | 110°51'36.54"O

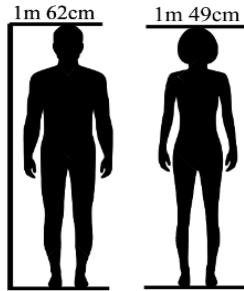


20 años			
Caminar la montaña			
horas diarias actividad	Calorias gastadas por actividad	Gasto energetico basa	Gasto energetico total
1	568.008	1626.77	2194.778
2	1136.016	1626.77	2762.786
3	1704.024	1626.77	3330.794
4	2272.032	1626.77	3898.802

25 años			
Caminar la montaña			
horas diarias actividad	Calorias gastadas por actividad	Gasto energetico basa	Gasto energetico total
1	564.48	1587.47	2151.95
2	1128.96	1587.47	2716.43
3	1693.44	1587.47	3280.91
4	2257.92	1587.47	3845.39

30 años			
Caminar la montaña			
horas diarias actividad	Calorias gastadas por actividad	Gasto energetico basa	Gasto energetico total
1	626.22	1649.92	2276.14
2	1252.44	1649.92	2902.36
3	1878.66	1649.92	3528.58
4	2504.88	1649.92	4154.8

distancia km



20 años			
Caminar la montaña			
horas diarias actividad	Calorias gastadas por actividad	Gasto energetico basa	Gasto energetico total
1	388.962	1305.59	1694.552
2	777.924	1305.59	2083.514
3	1166.886	1305.59	2472.476
4	1555.848	1305.59	2861.438

25 años			
Caminar la montaña			
horas diarias actividad	Calorias gastadas por actividad	Gasto energetico basa	Gasto energetico total
1	432.18	1316.22	1748.4
2	864.36	1316.22	2180.58
3	1296.54	1316.22	2612.76
4	1728.72	1316.22	3044.94

30 años			
Caminar la montaña			
horas diarias actividad	Calorias gastadas por actividad	Gasto energetico basa	Gasto energetico total
1	428.652	1306.59	1735.242
2	857.304	1306.59	2163.894
3	1285.956	1306.59	2592.546
4	1714.608	1306.59	3021.198

ECUACIÓN Harris Benedict

GEB= Gasto Energético Basal

Hombre= $66.5 + (13.75 * \text{peso kg}) + (1.85 * \text{talla Cm}) - (6.78 * \text{edad})$

Mujer= $66.5 + (9.56 * \text{peso Kg}) + (1.85 * \text{talla Cm}) - (4.68 * \text{edad})$

GET= Gasto Energético Total

GET= GEB + ETA + AF

ETA (Efecto termogénico de los Alimentos)= 10% del GEB

Nota: Persona mayor de 60 años 8% del GEB

AF (Actividad Física)= porcentaje del GEB

10 % Sedentarias

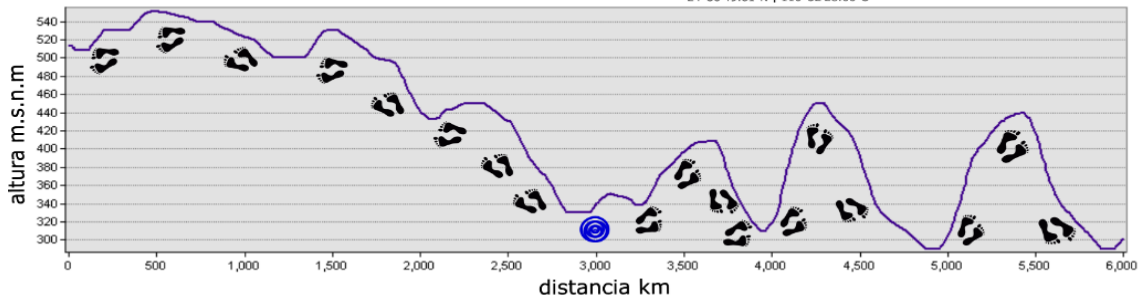
20% Moderada

30% Activa

40% muy activa

Desplazamiento |norte-sur| desde aguaje "La Palmilla"

24°50'49.61"N | 110°52'28.66"O



Ojo de agua Desplazamiento

Fuente: Mapa comunitario territorio de La Soledad (2018)/Curvas de nivel 10 mts

Quien haya vivido y se haya desplazado una y otra vez sobre las sierras con un clima desértico a cuestras, requirió una condición física impecable, pero, sobre todo, ser portador o portadora de un saber profundo sobre el espacio, sobre la flora y la fauna que le circundaba. De otra forma no sería posible tomar las mejores decisiones sobre la pertinencia de la caza de una especie u otra, elegir un sendero u otro para cazar o recolectar alimentos, y extraer cierto tipo de plantas, semillas o los mejores frutos

silvestres que permitieran un balance energético²⁹ preciso. La relación entre quienes habitaron las sierras, y el propio ecosistema de montaña, requiere cierto nivel de abigarramiento, el cual no puede generarse si no es bajo un modo particular de apropiación y mediado por una constelación de saberes geográficos y ecológicos locales.

Es verdaderamente muchísima la energía requerida para deambular entre las cejas de los cerros, subir y bajar sus faldas, desplazarse zigzagueando (Alameda, 1993) sobre las mesetas y desvanecerse entre las cañadas. Más aun, en tiempo de secas, cuando disminuye la cantidad de agua, la sombra y la comida silvestre.

Quienes poseen aun un repertorio de saberes geográficos sobre algún territorio de las sierras que componen la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta estarán de acuerdo con las posibilidades de trayectorias de las recolectoras y los cazadores fue muy amplia; de tal manera que un desplazamiento como el que presentemos pudo no haberse dado nunca. Sin embargo, estos perfiles dan una idea del relieve que experimentaron cotidianamente las mujeres y los hombres de la antigua California, pero además, nos permiten inferir el porcentaje de Actividad Física y el Efecto Termogénico de los Alimentos, para obtener así un aproximación al Gasto Energético Total que implica caminar la montaña y los requerimientos calóricos necesarios para que cada uno de los individuos, lo pudiera seguir haciendo.

Desgraciadamente no contamos con datos duros suficientes que nos pudieran dar seguridad sobre las combinaciones calóricas hechas por los grupos de recolectoras y cazadores que merodearon las serranías de la zona central de la antigua California. Sin embargo, existen algunas descripciones que los misioneros realizaron, sobre la complejión de los indígenas, donde dejaron de manifiesto, entre otras cosas, el porte vigoroso de los antiguos californios. Por ejemplo, el padre Baegert (1952) aludió a las personas que merodearon los agujajes de la misión de San Luis Gonzaga, describiéndolos con una variedad de colores de piel, con pelo lacio y negro, lampiños, de estatura media y sobre todo, esbeltos. El padre Norberto Decreu, traducido por Aschmann (1966), relató en 1750 que los Guaycuras eran de estaturas medias y vigorosas. En el caso de la tribu Cochimí, que habitaron al igual que algunos grupos guaycuras las serranías centrales de

²⁹ El balance energético se refiere al equilibrio que existe entre la energía que ingresa al organismo a través de la ingesta de alimentos, y la que se utiliza en un día. De esto depende un individuo. Por supuesto que tanto el gasto como el ingreso energético depende de varios factores, entre los que se pueden destacar los fisiológicos, genéticos, culturales, sociales y familiares.

la península, eran “en general de estatura mediana e incluso pequeña comparadas con las otras tribus” (Aschmann 1966: 70), como los Pericúes, que era relativamente altos.

Si bien estas narrativas son imprecisas y cargadas de prejuicios, si aportan a la idea de un óptimo abigarramiento biocultural entre el mundo indígena y el ecosistema de montaña. Hay muchas preguntas que se quedan sin respuesta, e incluso otras tantas que aun no se formulan. Por el momento no podemos hacer más que dejar esta huella. Un indicio de que el consumo de alimentos era relativamente proporcional al gasto energético. Que sirva de pretexto esto, para en otro momento intentar tomar el mejor sendero y recolectar con ello la mejor semilla.

2.2.3 Modelo para armar en el desierto: elecciones para caminar entre las piedras

La antropología ecológica fue la vertiente disciplinar que inaugura los análisis interpretativos en torno a la manera en la que las sociedades se abigarran con sus naturalezas. Digamos que estas disciplinas estudian las formas sociales emergentes a las relaciones en lo que los biólogos denominan el hábitat y los científicos sociales llaman la cultura. A diferencia de otras disciplinas preocupadas por esta relación, como la historia ambiental, los antropólogos y antropólogas lo hacen a partir del reconocimiento de las prácticas discursivas propias de un sujeto (colectivo o individual) situado en un tiempo y en un espacio ecológica y culturalmente determinado.

“El trabajo de campo del antropólogo recoge los comportamientos y creencias de distintos grupos humanos sobre su relación con el medio ambiente. De esta forma dejan a un lado aquellos postulados a priori que no son corroborados por el comportamiento o la valoración del hombre en sociedades singulares” (Sánchez F., 1996)

Se puede decir que la antropología ecológica es un enfoque que busca analizar el efecto del entorno en las formas sociales de vida. Este planteamiento si bien puede ser considerado como una mirada heredada del particularismo histórico (Harris, 2009) de Franz Boas, se le atribuye J. Steward quien enuncia la primera propuesta analítica formal, mejor conocida como ecología cultural. Dicho en términos muy generales, la ecología cultural busca comprender el mundo de la vida (humana) a través de la elucidación de las inexorables relaciones entre cultura y naturaleza. Su propuesta está enmarcada en un determinismo ambiental, el cual sostenía “que las instituciones centrales de las sociedades humanas pueden explicarse en función del entorno natural en el que se han desarrollado” (Reyes-García, 2007: 47). El planteamiento explicado por el mismo Steward es el siguiente:

“La exigencia de asegurarse la vida en un medio entorno dado, con un conjunto específico de ingenios y de métodos de obtener, transportar y preparar alimentos y otros bienes esenciales, ponen límites a la dispersión o a la agrupación de las gentes y a la composición de los asentamientos, e influyen poderosamente en muchos de sus otros modos de conducta” (citado en HARRIS 2009: 570)

Los ecólogos culturales destacan tres procesos que sería importante subrayar aquí. El primero de ellos, es la interrelación entre las herramientas técnicas y el medio ambiental (y de alguna manera el geográfico). En sociedades tales como las californianas antiguas, por ejemplo, la tecnología estuvo condicionada por el contexto y el ambiente en el que estas se desarrollaron. El segundo proceso donde la ecología cultural pone el acento, alude a los patrones conductuales asociados a la explotación o el modo de apropiación que una sociedad o grupo determinado pone en marcha para satisfacer sus necesidades. Y el tercero, se refiere a los patrones conductuales orientados por el ambiente, la geografía o los nichos ecológicos, y la incidencia que tienen éstos en otros aspectos de la cultura, como la organización familiar, las fiestas, la cosmovisión, etc.

En la década de 1960 hay una doble reacción a la ecología cultural, bajo el supuesto de que este nuevo enfoque encarnaba el *determinismo ambiental* al que aludimos. La primera reacción tiene como base el concepto de *ecosistema*. El enfoque ecosistémico partía de la diferencia natura-cultura, “con la salvedad de considerar que las sociedades humanas pueden regular su entorno, del mismo modo que el entorno puede impactar en éstas” (Ídem). Valdría comentar a favor de este nuevo enfoque, que se alcanza a percibir en esta postura un esfuerzo por reconocer retroacciones inherentes del sistema, entre los elementos que componen un nicho ecológico particular. La segunda reacción a la propuesta de Steward (que por cierto asume las retroacciones ecosistémicas), está representada por el enfoque etnoecológico. Las investigaciones con este enfoque buscaron documentar, por lo menos, dos cosas: 1) cómo y por qué grupos indígenas clasificaban los elementos del medio ambiente; y 2) documentar los sistemas de conocimiento mediante los cuales los grupos indígenas y habitantes rurales usan y mantienen sus recursos naturales.

Como lo dijimos en el apartado metodológico, para acercarnos a las formas de vida de los rancheros sudcaliforniano decidimos explorar la ruta analítica y reflexiva transdisciplinar que representa el enfoque etnoecológico, heredero de los planteamiento de Steward (Steward J., 1955; Harris M., 2000) pero que toma forma más o menos acabada en la amplia gama de trabajos de los últimos 40 años, los cuales han echado mano indistintamente de las herramientas disciplinares de la geografía, la ecología, la

antropología, la historia y la filosofía, para “captar de manera integral las relaciones entre los pueblos o culturas locales, tradicionales, originarias y/o indígenas y sus naturalezas” (Toledo V., Alarcón-Cháires, 2012:). Bajo esta perspectiva se ha puesto el ojo analítico sobre las creencias, los saberes ecológicos tradicionales y diversas prácticas productivas en territorios rurales. Praxis que le ha permitido a diversas sociedades, valga comentar, solucionar problemas concretos en la vida cotidiana (Juárez, 2013).

El marco general etnoecológico nos permitió aquí darle sentido a la información que recopilamos y organizamos, y en buena medida nos está permitiendo reconstruir el abigarramiento biocultural de los grupos humanos históricos de la península. En esta segunda parte del capítulo, nos hemos percatado que efectivamente, las sociedades de recolectoras, cazadores y pescadores, afrontaron diferentes constricciones y oportunidades ambientales propias del ecosistema de montaña y el desierto, en los que residieron y mediante los cuales se “obtuvo recursos para su supervivencia (Sánchez J., 1996: 51). Pero, además, alcanzamos a percibir cómo el clima, las formas geológicas y, la complejidad de la vida en las sierras, determinaron sus maneras de representar, de saber y de experimentar su mundo.

Sin embargo, no puede uno dejar de pensar que la artificiosa y radical escisión cultura-natura que afronta cognitivamente la antropología ecológica, y menos aún que, de mantenerse, no permitiría reconocer los estrechos e inherentes vínculos que cualquier sociedad establece con los nichos ecológicos en los que se desarrollan y con los que co-evolucionan. Uno de los conceptos básicos que reconoce la relación dialéctica entre la producción cultural y el medio en que los productores se desarrollan, es el de adaptación. Obviamente, se habla de una adaptación que permite a distintos sujetos transformar sus entornos mientras son transformados por ellos. Lo que queremos decir es que no es una adaptación pasiva; lo que implica entre otras cosas, producir y reproducir generación tras generación, a través de la oralidad y la praxis, saberes situados, significados sociales, valores, normas y creencias, con las cuales se hace frente a contextos ecológicos bien definidos e incluso, se transforman modelando paisajes bioculturales. El carácter situacionista de este enfoque permite destacar que las sociedades responden de distintos modos a las contracciones, limitaciones y a las oportunidades ambientales de diversos ecosistemas.

Goulg y Lewotin (1979) distinguen tres tipos de adaptación: a) el genético o darwiniano, que depende de procesos evolutivos de muy larga duración; b) el fenotípico o fisiológico, “que tiene lugar durante la ontogénesis del individuo” (Sánchez, 1996: 51)

y, c) La adaptación cultural, la cual está limitada por el aprendizaje social en un contexto con características particulares.

En las últimas décadas algunos biólogos, ecólogos y antropólogos darwinianos (Sánchez 1996) han desarrollado una teoría con la que buscan explicar los principios racionales con las que grupos de cazadores y recolectores interviene y se desenvuelven en sus entornos. Trata entonces de cómo las personas se desplazan, utilizan los recursos bióticos y abióticos para su aprovechamiento alimenticio, producen tecnologías básicas para la recolección. Esta teoría llamada del forrajero óptimo, pone en el centro el concepto de adaptación, y en términos generales “se basa en el principio de optimización o maximización de la eficiencia en el forrajeo” (Sánchez, 1996: 55), es decir, destaca “los beneficios máximos y costes derivados de las decisiones tomadas por los individuos” (ibidem) en el momento de la apropiación y aprovechamiento de los distintos recursos bióticos que le circundan. Cabe destacar, por último, que el forrajero ideal, en teoría, es un sujeto racional que actúa fundamentalmente bajo su libre y racional interés, y en ese sentido, está “libre de limitaciones culturales” (Ingold 2001: 45), de lo cual nosotros no estamos seguros.

Se puede decir que el forrajero óptimo tradicional ha desarrollado una capacidad de elección *sui generis*, sobre las distintas prácticas productivas que les permiten o permitieron vivir en las montañas, en los desiertos, las selvas, los bosques o las playas. Los principales modelos o categorías de decisión en la teoría del forrajero óptimo incluyen qué comer y la elección sobre lo que se come; en qué lugares buscar, sobre qué senderos caminar para llegar lo antes posible y por cuánto tiempo hacerlo para gastar menos energía de lo que se va a consumir, entre otras cosas.

“Los principales modelos y categorías de decisión en la teoría del forrajero óptimo incluyen la <<amplitud de la dieta>> y la <<elección de las presas o artículos alimenticios>> [...], <<la elección de zonas de forrajeo>> y <<asignación de tiempo a ellas>> [...], <<elección de la vía o camino de forrajeo>> y tamaño del grupo de forrajeo y ubicación del asentamiento” (Sánchez, 1996: 55).

Ingold (2001) en un análisis que realiza sobre la Teoría del Forrajero Óptimo (TFO), recurre a uno de los trabajos de Bruce Winterhalder (1981), y menciona que los grupos o bandas de cazadores-recolectores (como las descritas por los jesuitas y analizadas en el apartado anterior) ante el abanico de posibilidades de especies comestibles, lugares y senderos que caminar, desarrollaron la capacidad de “escoger combinaciones que procuran su subsistencia en forma más o menos eficaz y efectiva” (Winterhalder 1981: 41).

En armonía con esta lógica de la eficiencia de los cazadores recolectores sugerida por la teoría del forrajero de Winterhalder, Aurora Breceda y Micheline Cariño (1993) mencionaron que el sistema de bandas de la región peninsular reposó sobre tres principios básicos:

- “1. Una máxima economía energética, es decir, el establecimiento de una relación proporcional entre el desgaste energético en la obtención de alimentos y la energía obtenida por estos, que se evidencia a través de la proporción entre el consumo de los vegetales, los animales marinos y terrestres.
2. Un aprovechamiento de la diversidad biótica, que se manifestó por el consumo integral de varias especies, así como por el múltiple empleo de sus estructuras para fines alimenticios, vestimentales, ornamentales y en la fabricación de utensilios.
3. La preservación de los ecosistemas, evitando el agotamiento de los recursos a través del establecimiento de límites de explotación que aseguran su regeneración, distribución y consumo a lo largo del año, y por medio de la selección de tallas de las presas.” (Breceda A. *et al*, 1995: 48)

Todos aquellos que de alguna manera contribuyeron a historiar las relaciones sociedad-naturaleza en Baja California Sur han planteado entre otras cosas que los *californios* al enfrentarse a la escasa disponibilidad de agua debieron establecer relaciones profundas con el recurso hídrico y de manera especial, con el espacio que les circundó, siendo esto su única posibilidad para adaptarse al entorno. Pero el desplazamiento al interior de los emergentes territorios, dependía de la elección cotidiana de los integrantes de las bandas, de sus saberes reproducidos históricamente entre las piedras y por supuesto, de las habilidades que requerían para tomar decisiones en un momento de peligro.

Recordemos que para las sociedades extractivistas y cazadoras la ingesta calórica debía ser proporcional a su gasto energético diario, propio del trabajo de apropiación de flora y fauna silvestre. La información recuperada de los textos de los crónicas jesuitas y de los soldados de la corona española, u organizada por historiadores de la talla de Aschman (1966), les permite suponer a algunas investigadoras (Cariño O. *et al* 1993, 1994; Alameda A. 1994; Rodríguez Tomp, 1994, 2001) que la dieta de las bandas en la zona central de la sierra de la Giganta, se basó en el trabajo de las mujeres y sus recorridos diarios en la recolección de biznagas, yuca, pitahayas, higos silvestres (zalates), mezcales y semillas, porque la cacería de algunos anfibios, roedores, liebres o berrendos, aunque fuese parte importante en su dieta por la gran cantidad de proteínas y grasas que proporcionan en su ingesta, era energéticamente muy costoso cazarlos.

Este tipo de equilibrios energéticos es lo que le permite a Winterhalder suponer que a lo largo de cientos o miles de años los cazadores recolectores desarrollaron la capacidad de seleccionar combinaciones en sus actividades cotidianas, y al mismo

tiempo, desarrollar habilidades para afrontar situaciones contingentes propias de los ecosistemas en los que se desarrollaron e inherentes a sus actividades. Ir a los lugares precisos y recolectar las semillas, los frutos o los tubérculos necesarios; caminar por ciertos senderos o inaugurar otros; hacerlo a ciertas horas del día y por un tiempo determinado; son decisiones que deben tomarse en el día a día. Winterhalder tanto como Ingold, dirían que en estas experiencias no todo es contingente, y al mismo tiempo, no todo es producto del aprendizaje cultural.

“Solo Dios, que cuenta todos nuestros pasos, aun antes de haber nacido, sabrá cuantos miles de leguas recorrió un californio al llegar a la edad de 80 años o a la hora de encontrarse con su tumba” (Baegert, 1942: 78). El padre Baegert decía que los indígenas además de ser buenos corredores, no dejaban de caminar la sierra: “no me equivoco grandemente cuando aseguro que la mayoría de estos hombres cambia el lugar de su campamento nocturno más de cien veces al año y que no duermen más de tres veces consecutivas en el mismo sitio” (Ibidem) En términos muy generales y por la información que recabamos sobre la ubicación de algunas plantas silvestres y de los ojos de agua de algunas regiones serranas, sabemos que el desplazamiento o las trayectorias cotidianas de los grupos de bandas en la península debió depender de las *elecciones* que se tomaron para caminar uno u otro sendero y acceder al recurso hídrico, a un poco de comida o, material para la elaboración de algún tipo de herramienta. No podemos ir más allá de eso, por desgracia tenemos un vacío de información respecto a lo que sucedió a la distancia de los aguajes y en pleno movimiento. Sin embargo, gracias a las narrativas misionales como la del mismo padre Baegert, podemos hacer el esfuerzo de imaginar un día indígena (Ibarra, 2017)

“con el sol bien salido, los hombres agarraban sus arcos y flechas y las mujeres se acomodaban el yugo de la coraza de tortuga sobre la frente. Algunos iban a mano derecha, otros a mano izquierdas; por acá seis, por allá cuatro; por acullá ocho o tal vez solo una pareja, y, en fin, otros más, solitos. En el camino seguía la plática, las risas y los chistes. Se miraba a la redonda para cerciorarse si no quedaba a la vista un ratón, lagartija, serpiente, liebre o venado.

Aquí se arrancaba una yuca u otra raíz, allá se cortaba media docena de cabezas de aloe. Luego el grupo descansaba un rato, arimándose, sentados o acostados, a una sombrita, si acaso la había, pero sin dar descanso a la lengua. [...] Más tarde, se regresaba por el mismo camino o se seguía delante por algunas horas más. (Baegert 1942: 178)

Echamos de menos datos un poco más precisos sobre el tiempo de las caminatas entre las piedras, ubicación precisa de obtención de recursos, las preferencias en el consumo, los senderos utilizados, las contingencias, afecciones y patrones de comportamiento en la

movilidad, porque suponemos que los caminos, las veredas o los senderos, así como hacen posible transportar cosas, al mismo tiempo, sobre ellos se reproducen experiencias, significaciones, saberes situados tales, que permiten como hemos venido insistiendo, abigarrarse a las piedras. Los senderos y los caminos no solo son espacios de tránsito, sino lugares de la memoria, de las emociones y los sentidos (Ignold 1993, Bender 2001). Esto seguramente pasó con las bandas, y sucede, sin duda, con los rancheros. El enfoque del movimiento, de los paisajes en movimiento, si bien pierde de vista eventos estructurales, relaciones política-económica y de poder, o pierde de vista los grandes cambios sociales, permite aguzar la mirada sobre el detalle de la existencia cotidiana. Esta perspectiva diría Bender, traza “la forma en que, moviéndose a lo largo de caminos familiares, recuerdos sinuosos e historias alrededor de lugares, las personas crean un sentido de sí mismo y pertenencia”(Bender 2001: 83).

En este sentido, no tenemos otra opción más que la de jugar con la especulación. Intuir trayectorias. Suponer emociones. Prever elecciones en las serranías. Elecciones que, explica muy bien Winterhalder, “forman una *estrategia de ajuste* a las condiciones ecológicas, un patrón adaptativo que es resultado de procesos evolutivos y de las limitaciones impuestas por la situación, el momento y la suerte” (Winterhalder 1981: 41).

Otra de las cosas que nos hacen pensar los teóricos y los datos que organizamos, es que los pescadores, recolectoras y cazadores son parte de las sociedades más frugales de las que se tenga conocimiento y memoria. Son consideradas como sociedades históricamente sustentables porque su producción paisajística no modificó del todo la estructura de los ecosistemas. Los grupos o bandas que se movilizaron milenariamente entre la sierra y la playa requirieron reconocer la fragilidad del desierto y la necesidad de recolectar y extraer solo lo necesario para mantenerse con vida y lo suficientemente energizado para seguir su paso diario. Podríamos decir que el metabolismo social que le caracteriza fue relativamente prudente, porque su cosmovisión, los saberes y su tecnología no hacían posible otra cosa más que producir para la vida.

El agua que se precipita en el desierto, que es muy escasa y que regularmente lo hace en los meses de julio, agosto y septiembre de manera abrupta, exige un patrón de movilidad, el cual está determinado al mismo tiempo por las necesidades básicas que deben satisfacerse cotidianamente. No obstante, la capacidad de resiliencia de quienes han habitado el desierto y reproducido sus formas de vida por miles de años, es verdaderamente impresionante. Vivir entre piedras no es fácil, pero quienes han vivido

históricamente deambulando el brazo rocoso peninsular, nos hacen pensar que esto es posible.

2.3 Segunda fase de abigarramiento: ocupación colonial de “el ojo de agua” y la destrucción del mundo indígena

Las bandas y particularmente las prácticas de cazadores y recolectoras de la región sur de la península (pericú -zona sur-, guaycura -zona centro- y cochimí -zona norte) fueron aniquiladas para finales del siglo XIX (Trejo 2004). No es un secreto que *la acumulación originaria* del capital haya tenido repercusiones profundas en los nichos ecológicos, los paisajes y las territorialidades no occidentales. Esta región no ha sido la excepción, de tal manera que, diría Gilberto Ibarra Rivera (2011), la colonización territorial y el estilo de vida impuesto por los colonizadores en el siglo XVII, “opuesto a los patrones de la vida milenaria de los indígenas, produjo en un corto tiempo, el más grave fenómeno sociológico de la historia peninsular” (2011: 18).

El desvanecimiento de las formas de vida originarias o la interrupción de los patrones de aprovechamiento de los ecosistemas de Montañana en la península, fue paralelo a la disminución sociodemográfica de quienes habitaron este brazo rocoso. Ignacio del Rio y Altable Fernández (2000), en la *Breve historia de Baja California Sur*, hurgaron en las crónicas jesuitas, reconociendo tres factores fundamentales que explican la disminución poblacional: uno de orden biológico, otro de orden político-económico y un tercer factor de orden cultural. Mencionan, entre otras cosas, que “los inmigrantes introdujeron en la región diversas enfermedades, como la viruela, el sarampión, la disentería, el paludismo, la tifoidea y la sífilis, males que causaron estragos entre la población aborigen” (Del Rio et al, 2000: 66). Por otro lado, sugieren que la variable militar fue factor importante y toman como ejemplo “la represión militar como la que se dio en el sur peninsular luego de la sublevación de 1734 [...] ya por la gente que murió ajusticiada, ya por la desarticulación social provocada por la captura y el destierro de mujeres y de niños” (Ibidem). Y, en tercer lugar, dicen que “el establecimiento de las misiones y el influjo de éstas sobre las rancherías indígenas comarcanas afectó negativamente las tradiciones culturales de los cazadores-recolectores, desarticulándolas y empobreciéndolas, lo que seguramente hizo más difícil y azarosa la vida de quienes, durante buena parte del año, tenían que seguir viviendo de la caza y la recolección” (Ibidem).

En pocas palabras, el “descubrimiento” violentó cultural, política y biológicamente a quienes llevaban por lo menos 10 000 años habitando la península. Para evidenciarlo, el mismo Del Rio (2000) -en referencia a algunos datos presentados por el historiador estadounidense Sherburne F. Cook- menciona que “en 1667 había en la península una población autóctona de 41,500 individuos, cifra que en 1728 se había reducido a 30 500; en 1742, a 25 000; en 1762, a 10 000, y en 1768 a 1749” (DEL RIO *et al.* 2000, p. 66).

Las prácticas apropiativas de cazadores-recolectoras-pescadores en la península, a pesar de su carácter resiliente y frugal, básicamente desaparecieron en su forma original en el mismo siglo XIX. Sin embargo, este fenómeno no puede ser explicado con las cifras presentadas hace un momento, porque no son tan determinantes como pueden hacernos suponer y, sobre todo, porque decidir explicarlo de esta manera nos haría perder de vista acontecimientos neurálgicos para la vida social. Además, no hay que sentirse tan seguros de nuestras interpretaciones basados en datos duros; por ejemplo, a pesar de ellos y toda una tradición historiográfica que daban por muertos, genética y culturalmente hablando, a las personas que habitaron la parte sur de la península, la investigación de Morales Cortez del Colegio de la Frontera Norte (2016) demuestra que hoy aún existen personas que se reivindican como herederos de los antiguos cochimíes, en la comunidad de Guerrero Negro y Vizcaíno, en Baja California Sur.

A pesar de la significativa disminución material de estos pueblos, simbólicamente siguen operando de una manera u otra en las montañas peninsulares. Si bien hay quienes asegurarían que “se puede considerar que la esencia de la cultura de los californios fue completamente destruida por la dominación colonial preconizada por los misioneros” (Cariño, 1996: 64), en las prácticas rancheras contemporáneas existen aun indicios de las formas en las que los cazadores recolectoras practicaron los ecosistemas de montaña y el desierto, es decir, en su memoria se puede reconocer una constelación de saberes sobre el espacio, sobre las cualidades y los usos alimenticios y medicinales de ciertas plantas, que por cierto les permitió por un par de siglos vivir en las zonas serranas. Entendemos que las sociedades rancheras no son herederas directas de los pueblos originarios, pero el conocimiento transferido de los indígenas adoctrinados por los jesuitas, sobre todo en los momentos de crisis³⁰, a los mismos sacerdotes, los soldados y

³⁰ Cuando las misiones iniciaban su funcionamiento no podían satisfacer por completo las necesidades de alimentación, a tal grado que el hambre fue insostenible. Esto obligó a recuperar las prácticas antiguas de recolección y caza, con el visto bueno del misionero.

los civiles que hicieron posible el funcionamiento productivo de las misiones, se reprodujo y se transformó si así se quiere ver, por la necesidad de quienes se mantuvieron viviendo entre piedras hasta el día de hoy.

Esto último lo veremos con mayor detalle en el siguiente capítulo, dedicado exclusivamente a presentar los datos sobre los ranchos de la zona sur de la sierra La Giganta; por el momento nos interesa explicar cómo fue que la colonización de los espacios vitales, biológica y culturalmente hablando, de los pueblos originarios, generó las condiciones para el exterminio de sus prácticas sociales y con ello, un relativo epistemicidio biocultural.

Como bien lo observa Rodríguez Tomp (2006), la irrupción del sistema misional provocó que las bandas se vieran “obligadas a cambiar sus patrones de recorridos y es muy probable que sus referentes para permanecer en un sitio u otro” (Rodríguez, 2006: 188). En ese sentido, nosotros consideramos que la colonización de los espacios vitales de los cazadores recolectores y el esfuerzo colonial por centralizar el dilatado territorio rizomático de los pobladores originarios, fue uno de los principales factores que provocó que se perdieran siglos de experiencia, de conocimiento sobre el entorno ecológico, de formas de espacialidad que generación tras generación, a través de la oralidad, la ritualidad y la praxis, se reprodujeron por ellos hasta la llegada de los jesuitas a finales del siglo XVII, quienes buscaron establecer el reino de dios en la tierra.

2.3.1 La colonización de la piedra: el ocultamiento de los territorios indígenas y el develamiento de California.

Es de todos conocidos que en *Las Sergas de Esplandián*; libro de aventuras caballerescas escrito por Garcí Rodríguez de Montalvo, se alude por primera vez a un lugar ficticio llamado California. A la letra, Garcí Rodríguez mencionó que esta era una isla y que además estaba “a la diestra mano de las Indias [...] muy llegada a la parte del paraíso Terrenal”. Fue una obra muy procurada por los libreros de América, y seguramente leída por Juan Rodríguez Cabrillo quien, en un viaje de reconocimiento por las costas del Pacífico, en 1542, bautizara a la península como California, la cual, por mucho tiempo, por cierto, se creyó también como una ínsula. La invención de la otra California, como la novela, estuvo preñada de especulaciones y prejuicios, propios del discurso colonial, sobre los que ya habitaban el brazo rocos. Como lo sugiere Enrique Dussel (1992) en su libro 1492, el proyecto colonial español invento California objetivando los paisajes, las personas y su mundo de la vida. Se descubrió un territorio, negando su alteridad porque

fue la única posibilidad de la evangelización y, para que el proceso de “civilización” realmente tuviera sentido.

Se tiene entendido que en 1535 los conquistadores tocaron tierra californiana, pero fue 30 años después que la importancia colonial de su dominación fue realmente un problema geopolítico, ya que en 1565 se encontró “la ruta oceánica para el tornaviaje de Filipinas a la Nueva España” (Ribera Carbó, 2016: 5), ocupada a lo largo de casi dos siglos, por la Noa de China. Sobre los Galeones de Manila, como también se le conoce, se transportaban desde Asia mercancías y tesoros como seda, especias, maderas, arroz, mango, azafrán; y desde la Nueva España, se enviaba plata, oro, cochinilla, cacao, café, cueros, ganado y vino, entre otras cosas. El problema diría Ribera Carbó, es que en la Mar del Sur había piratas que amenazaban el comercio entre las colonias españolas de Asia y América. En ese sentido geopolíticamente era necesario lograr el poblamiento de California, “y encontrar un puerto para ofrecer abrigo, defensa y abastecimiento al galeón de Filipinas” (Ribera Carbó, 2016: 6)

Hasta 1697 todos los intentos de colonización fueron infructuosos. Cada una de las veces que se intentó establecer una pequeña colonia, fracasó, abandonándose el territorio ante la hostilidad que representaba el calor, la escasa precipitación y la poca fertilidad de la tierra. Uno de los últimos intentos financiados por la corona española, que al igual que en otras ocasiones no cumplió su cometido, fue en 1683, con la exploración encabezada por el almirante Isidro de Atondo y Antillón, quien se hizo acompañar del padre jesuita Francisco Eusebio Kino.

En tierra, según narra Atondo y Antillón, el padre se la pasaba “con el tintero en la mano en viniendo indios, oyendo sus palabras, asentando sus vocablos y notando sus pronunciaciones, para ir aprendiendo su idioma” (citado en Del Rio 1999: 76). Esto sería extraño para el almirante, sin embargo, fue la estrategia de intervención con la que operó la Compañía de Jesús. Conscientes de la importancia de entender el idioma, es decir la manera en la que quienes allí habitaron por milenios nombraban el mundo, el padre Kino y los religiosos que le acompañaban hacían el trabajo etnográfico procurando así “buscar y atraer a los indios, granjearse su amistad y hacerles comprender, en la escasa medida de lo posible, los rudimentos de la doctrina y la práctica social del cristianismo” (Del Rio 1999: 75)

Poco tiempo después de iniciar esta empresa en la región de La Paz, se trasladó a los colonos al real de San Bruno, al norte de la península. Allí se siguió con las labores evangélicas. Los indios no causaban mayor problema, al contrario, contribuían con el

proceso colonial de tal manera que hicieron suponer a todos significativos avances en la cristianización. Sin embargo, las condiciones materiales en las que se desarrollaban exploradores, catecúmenos y sacerdotes eran muy precarias, sobre todo porque las necesidades básicas de quienes participan en ese proceso no podían satisfacerse desde el interior de los campamentos. Así, el costo para sostener el proceso era realmente alto y la desilusión por no poder desarrollar las prácticas agrícolas, volvieron incosteable material y anímicamente a dicha empresa.

Para 1685 Atondo y Antillón ordenó la retirada rumbo al macizo continental, muy a pesar del Padre Kino y los religiosos que le acompañaban. Los informes que dio el almirante a sus superiores, provocaron que en México aseguran “que la tierra se había desamparado por inhabitable” (Del Rio 1999: 77). Las condiciones geográficas, hídricas, geológicas y climáticas, no permitían a final de cuentas penetrar los territorios indígenas. No obstante, la obstinación del Padre Kino era tan grande, que “después de que terminara sin éxito la intentona californiana, no cejó en la idea de volver a la península para establecer en ella un sistema de misiones” (Ribera Carbó, 2016: 6).

Fue hasta febrero de 1697, después de preparar por años las condiciones materiales para su regreso junto al padre Juan María de Salvatierra, que el padre Kino consiguió por fin la licencia virreinal para expandir el proyecto misional a la antigua California. No todo fue miel sobre hojuelas, porque a pesar de la buena noticia, no consiguió el financiamiento oficial, lo que obligó a la Compañía de Jesús materializar esta empresa con sus propios recursos, organizando además el conocido Fondo Piadoso de las Californias. Este fondo se acrecentó con las aportaciones de benefactores acaudalados y tenía el objetivo de suministrar a las misiones de alimentos, el capital humano y el utillaje para su operación.

Las ansías por regresar a California hizo que se organizara en octubre de ese mismo año otra exploración. Para desgracia del padre Kino, algunos indios en Sonora se sublevaron, lo que le obligó a mantenerse en el territorio yaqui para detener la revuelta que se estaba gestando. El padre Salvatierra, junto a Francisco María Piccolo, fueron quienes emprendieron el viaje hacia San Bruno, con la esperanza de re-utilizar la infraestructura abandonada en la exploración anterior.

Como escribiera Constantino Bayle, “la huerta fue la célula madre de los pueblos, lo primero en que se pensaba, aun antes que en la iglesia” (Altable F. en Trejo *et al* 2002: 73), de tal manera que Salvatierra y Piccolo en muy poco tiempo decidieron abandonar

el paraje de San Bruno, fundamentalmente porque sus aguas salobres no permitían la siembra. Al trasladarse más hacia el sur, en la bahía de San Dionisio, fundaron la primera misión de esta nueva etapa.

“Ahí se fundó el real y misión de Loreto, en el que al cabo de unos meses se habían construido una capilla y algunos cuartos para Juan María Salvatierra, su paisano y correligionario Francisco María Píccolo, el capitán y el tesorero del grupo. Desde entonces, Loreto fungió como la capital del sistema misional de la península” (Ribera Carbó, 2016: 6).

Hay que recordar que la misión tuvo la función principal de evangelizar a las personas ajenas a la fe cristiana. Sin embargo, el término también se refirió a un tipo particular de organización social. Por ello se puede decir que sufre esta idea una transformación semántica, y “refiere ya no solo a la función sino también al ámbito en que la función se cumple y la organización social que permite su cumplimiento” (Del Rio 1998: 108). En este sentido, con las misiones se buscó, además de forjar catecúmenos, producir espacios habitables y productivos para hacer posible el dominio general de los territorios, esto es, era necesario suministrar habitaciones y víveres a los exploradores, los misioneros y los indígenas, para consolidar así el proyecto geopolítico español.

Esta política de congregar a los grupos dispersos y reducirlos a pueblos, requirió un moldeado de un paisaje propio, el cual por cierto dependió fuertemente de la geografía peninsular. Independientemente del estrés hídrico y la condición geológica en la que estos espacios se modelaron, su condición de posibilidad estaba determinada por un manantial brotando entre las piedras, la siembra de frutales, granos y hortalizas, además de la práctica ganadera semi-extensiva.

La condición climática aunada al problema de la tierra, provocaba que la incertidumbre cotidiana fuera bastante alta, tal y como lo veremos más adelante. Lo que estaba relativamente claro para los padres y los exploradores, era que la “reubicación de la población indígena dispersa habría de facilitar de inmediato las tareas de evangelización, pero también el control político y, a la postre, la explotación económica de los indios reducidos a pueblos” (Del Rio et al. 2000, p. 38). Por ello la necesidad de buscar nuevos espacios para la sobrevivencia del proyecto.

Al poco tiempo de que Salvatierra y Piccolo fundaran la misión de Nuestra Señora de Loreto, reconocieron que en el espacio misional no se contaba con las condiciones para cumplir con el objetivo general de la estrategia colonial, lo que les obligó a caminar tierra adentro, y fundar en lo alto de la montaña la misión de San Francisco Javier Biaundó. Fue en la misión de San Javier donde fue posible por primera vez, realizar las

prácticas agrícolas y ganaderas que se había imaginado tantos exploradores en el largo intento de colonizar la hostilidad de la península.

Debemos advertir antes de seguir con la discusión, que, aunque presentemos la ubicación, los nombres y las fechas de fundación de las misiones jesuitas, no nos interesa hacer ni siquiera una historia mínima del establecimiento de las misiones en la península de Baja California. Lo que, si buscamos, es dejar de manifiesto cuáles fueron las nuevas condiciones y las consecuencias de un enclave paisajístico nuevo, sobre el mundo indígena, y que a su vez, generaron las condiciones para la emergencia del rancho sudcaliforniano.



Modificado de León Velazco, 2011. Fuente original: Rodriguez Tomp, R.E., 2002.

3.3.2 Colonización del ojo de agua y la emergencia del enclave paisajístico oasisano

Según explica el padre Baegert, “solo se fundaba una misión nueva, en el sitio donde se hallaba un poco de agua apropiada para una pequeña siembra o huerta”. Si bien era importante también considerar “la cercanía y la posibilidad de comunicación entre los establecimientos misionales, la densidad de la población indígena en los alrededores y la

disponibilidad de misioneros y soldados” (Cariño 1996, p.57), como atributos socio-espaciales para constituir una cabecera misional³¹ o incluso pueblos de reducción, fue esencial - un mínimo conocimiento de la geografía de montaña-, constantes caminatas de exploración y para identificar el recurso hídrico, porque en el fondo ni los soldados ni las bandas de cazadores recolectoras, por sí solas, hacían posible la permanencia real en una región tan agreste .

“Para las tareas de reducción de los indios, la buena selección del lugar donde habría de levantarse un pueblo misional fue sumamente importante, pues había una interdependencia entre el medio y la instrucción que impartían los misioneros: si el terreno no era susceptible de explotación agropecuaria, la aculturación de los neófitos se tornaba difícil de realizar, toda vez que dicha actividad proveía los medios de subsistencia, pero sin indios la misión perdía su razón de ser, aunque la tierra circundante fuera fértil” (Altable F., en Trejo *et al*, 2002: 64)

Es entendible por ello, como lo deja de manifiesto Del Rio (1988) en su texto sobre la *Conquista y aculturación en la California Jesuítica*, que los misioneros y los soldados “siempre que hacían recorridos de exploración, la búsqueda de tales lugares y su registro eran objeto de sus principales cuidados” (Del Rio, 1988: 127). Esto es obvio, porque si no había agua y un lugar para la siembra, no era posible la conquista ni la reconversión espiritual de los catecúmenos, pero sobre todo, la reconfiguración del paisaje histórico.

“Para el establecimiento de las cabeceras de las misiones se ha procurado siempre buscar la cercanía de manantiales permanentes y copiosos, en cuanto ha sido posible hallarlos, para tener con su riego alguna siembra, con que mantener el pueblo que se establece en la misma cabecera, (y para socorro de los enfermos y otros necesitados de la misión), y lograr de esta suerte que los indios se acostumbren a la vida cristiana y civil” (Del Barco 1988: 5)

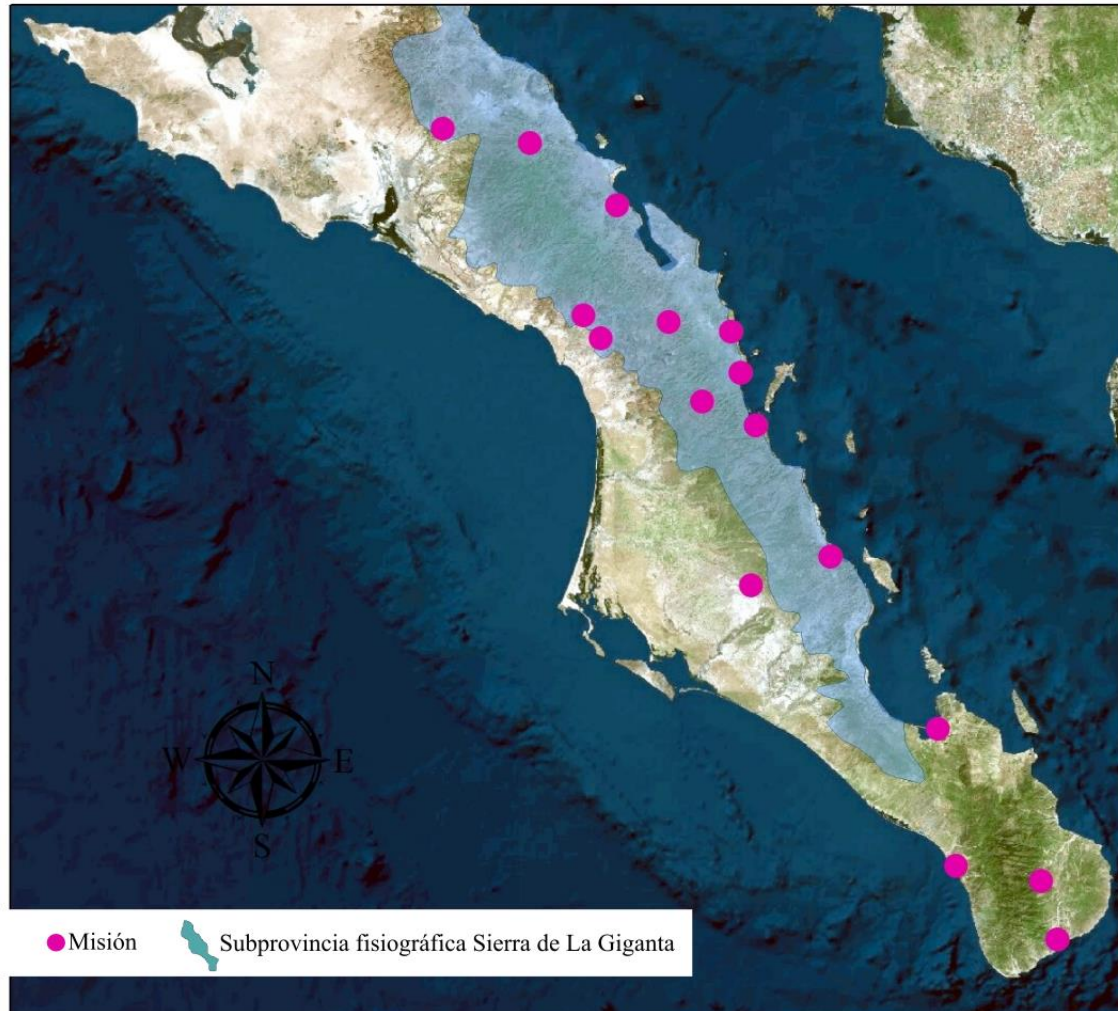
Por ello, podemos decir que no es una casualidad que las expresiones materiales y simbólicas de las culturas originarias hoy las podamos encontrar, principalmente, a lo largo y ancho de las serranías y en mayor medida muy cerca de donde decidieron los jesuitas establecer las misiones. Como tampoco es casualidad que la mayoría de las misiones fueron fundadas entre las cadenas montañosas de la Subprovincia fisiográfica Sierra de la Giganta. Y es que las grandes cuencas de la península, como ya lo mostramos

³¹ Según la definición de Miguel Del barco, Las cabeceras misionales se refieren a la “población principal en que reside y asiste el misionero que tiene a su cargo, por lo regular, muchas reducciones o pueblos pequeños que visita y a los que asiste”. Todas las misiones que apuntamos en los mapas anteriores, son cabeceras. En algunas ocasiones, cuando así lo creían necesario se fundaban pequeños pueblos de paso o visita, donde en ocasiones incluso no había quien los habitaran permanentemente. Castillo Maldonado (2014) menciona que era muy raro que un pueblo de paso se convirtiera en misión, pero sucedía. Y pone de ejemplo el primer caso de este tipo de transformación, que es la misión de nuestra señora de Pilar, en lo que ahora conocemos como Todos Santos.

en la primera parte de este capítulo; y la mayor cantidad de agujajes, pozas, tinajas y humedales que les permitiría producir alimentos, nacen en estas cadenas montañosas.

MISIONES JESUITAS

Subprovincia fisiográfica Sierra de la Giganta



Fuente: fotografía satelital Google Earth 2018/INAH 2010/Conabio 2015
Elaboración propia

Sin Sistemas de Información Geográfica o algún tipo de análisis espacial remota, los jesuitas tenían claro, tal y como lo expresaron una y otra vez en sus *Noticias de la California*, que, en las partes altas, a pesar del medio y el clima hostil que caracteriza casi en su totalidad a la región, era donde se encontraban las condiciones para la reproducción de la vida social. No hay mejores palabras para explicar esto que las expuestas por Miguel del Barco:

“aunque generalmente hablando, sea su suelo áspero, seco y estéril, y su cielo destemplado, con todo eso hacia la sierra suelen encontrarse algunos parajes menos incomodos así para vivienda, como para frutos”. Porque las faldas de las sierras ofrecen algunos manantiales para el riego, sin el cual nada se puede sembrar ni aun plantar, por la escasez de las lluvias, poca regularidad de ellas, y porque, aunque en los años que son

copiosos, duran poco tiempo, sin poder acabar de sazonar los frutos sin el socorro del riego” (Del Barco 1988: 5)

Identificado el lugar más adecuado para el establecimiento de un pueblo de paso o una cabecera misional, se requería invertir suficiente trabajo para producir socialmente el nuevo enclave del paisaje serreño; un espacio emergente, que nunca antes habían visto los habitantes originarios de la región. Los primeros indicios del nuevo enclave paisajístico oasisano debieron nacer entre las cañadas de la sierra y las faldas de los cerros; y su esculpido requirió básicamente tres cosas 1) desbrozar el terreno de la vegetación en los alrededores del humedal y el seco que les circundó, que permitiera delimitar el espacio donde se construiría la infraestructura necesaria para un establecimiento permanente; 2) trasladar la tierra formando una especie de terraza, sobre los arroyos, para levantar un lugar donde producir alimentos y 3) por supuesto, la domesticación y canalización del agua para la siembra.

Las primeras edificaciones eran casi improvisadas, sin la ingeniería que caracteriza a los jesuitas; casi siempre “eran cabañas hechas con palo y hoja de palma”, que era lo que había alrededor. Lo urgente y verdaderamente importante era iniciar con las construcciones para realizar las actividades agrícolas, a las cuales nos vamos a referir en un momento. Mientras se desdoblaba favorablemente el espacio misional, se construía la infraestructura necesaria y las edificaciones las volvían más resistentes: lo primero era la Iglesia, el almacén y las viviendas del misionero, de los soldados y todos aquellos que los acompañaran. Teniendo esto, se construían las chozas “para las familias de catecúmenos que vivirían permanentemente en la misión o para ser ocupadas por las bandas que durante algún tiempo residían allí” (Altable en Trejo *et al*, 2002: 66). Se puede decir entonces que los pueblos misionales eran pequeños caseríos que rodeaban una iglesia y por supuesto, la morada del misionero, ya fuese el fundador o el encargado en turno.

Por otro lado, cada una de las misiones debía contar con una huerta en donde se dedicaron a la siembra de árboles frutales, hortalizas y algunos granos. En unas más en otras menos, se cultivaba trigo, maíz, frijol, garbanzo, lenteja, calabaza, zapote, granada, lima, melón, sandía, plátano, naranja, dátil, limón, uva, aceituna, higo, ciruela, col, lechuga y caña de azúcar, entre otras cosas (Trejo *et al* 2002). El maíz se convirtió en la base alimenticia de los indígenas adoctrinados o en proceso de adoctrinamiento, es decir, se convirtió en el dispositivo de integración de los grupos indígenas al sistema misional.

Los misioneros entendieron que, sin el atractivo de las raciones de comida, los sermones perdían sentido: “la fe y la laboriosidad entraban mejor en las mentes de sus neófitos cuando mediaba un plato de pozole” (Altable en Trejo, 2002: 73).

Cuando se carecía de alimentos, fuera por mal tiempo y disminución del recurso hídrico, o porque no se contaba aun con un sistema agrícola local y auto-sustentable, la memoria genética de los cazadores y recolectaras emergía de nuevo, y los padres poco podían hacer al respecto. Es decir, “al disminuir las reservas de alimento, la vuelta inmediata a la recolección y la caza se hacía obligada, de modo que ni los indios podían quedarse a lado del misionero ni éste les estorbaba su retiro a los montes” (Del Rio, 1998: 126). Menciona Del Rio que en una ocasión el padre Bravo narró una experiencia similar sucedida en la misión de La Paz, que valdría la pena reproducirla:

“después de dar a almorzar a todos los feligreses, y viendo que mi bastimento era poco, pidieron licencia los hombres para ir a cazar venados, y se les dio un poquito de maíz como viático, y les dije [que] volviesen cuando gustasen; y hasta que me venga socorro podré darles una comida al día” (Citado en Del Rio, 1998: 126)

Cabe mencionar también que algunas plantas cultivadas servían como alimentos y al mismo tiempo, cumplían una función ceremonial, lo que obligaba a los hombres³², sobre todo, tener un poco más de cuidado en su cultivo y cosecha. Por ejemplo, el trigo y la vid, “cuyos frutos y semillas, convertidos en pan y vino, se consumían en la mesa y en la eucaristía”. Por otro lado, los españoles además de la práctica agrícola introdujeron una nueva manera de procesar y conservar alimentos. El mismo vino, las ciruelas pasas, las conservas de cítricos y el piloncillo, producto de la molienda de la caña, fue una contribución más del proyecto colonial a las formas de vida peninsulares. En algunas misiones se llegaba a sembrar la planta algodón, la cual aprovechaban para poder transformarla en hilo y vestimenta.

A diferencia de otras regiones de México en donde milenariamente se desarrollaba una agricultura de montaña bajo la antigua estrategia de roza, tumba y quema, en las misiones la mayoría de las veces había que acarrear tierra hacia las laderas de los cerros, levantando un tipo de terraza sobre el arroyo (regularmente seco, salvo en tiempo de lluvias) más cercano y trasladando el agua distancias relativamente largas, gracias a un eficaz sistema de riego.

³² Los hombres adultos, y físicamente aptos, eran quienes se dedicaban a las labores agrícolas. Aunque no se impedía, si así se requería, que las mujeres y los niños contribuyeran en el trabajo, ya sea en la recolección de frutos o en el trabajo de las parcelas.

“Tierras llanas y de buena calidad para la agricultura las había en relativa abundancia, pero pocos eran los manantiales que podían servir para irrigarlas. Y siendo así que el régimen general de lluvias hacía prácticamente imposible la agricultura de temporal, las zonas de cultivo no llegaban a ser extensas, aunque era más bien alto que bajo el índice de rendimiento de lo sembrado. Aprovechar el agua de superficie al máximo fue, por todo esto, un imperativo al que debieron responder los misioneros con el propio esfuerzo y con el de sus neófitos. Muchas veces fue necesario construir canales de considerable longitud para llevar el agua a los sembradíos, como se hizo en Santa Gertrudis, y otras más resultó absolutamente imprescindible acarrear desde sitios distantes hasta varios miles de cargas de tierra para integrar un pequeño suelo de cultivo en las inmediaciones de algún manantial” (Del Rio 1988: 127)

Esta forma de trabajar la tierra y la piedra, esculpiendo así un incipiente enclave paisajístico, a pesar del gran esfuerzo que requirió era bastante incierta, pero fue la única posible en ese momento. No cabe duda que gracias a los humedales o manantiales que se identificaron en los recovecos de la serranías, fue plausible modelar mentalmente la construcción de infraestructura para racionar y aprovechar el recurso hídrico, y a la poste, fue lo que permitió construir terrazas agrícolas en cada misión y una represa elaborada con recursos que le circundaban, principalmente piedra y lodo; además de un sistema de acequias o canaletes que, de nuevo, hizo posible a los misioneros sembrar tierras relativamente alejadas de los pueblos.



El padre Baegert tiene una larga explicación sobre las técnicas, infraestructura y posibilidades agrícola en las misiones, que con permiso del lector, la transcribimos tal cual:

“Algunas veces, el agua se introducía por altos y hondonadas, desde una distancia de media hora, por medio de canales angostos, contruidos de piedra y mezcla o tallados en roca viva; otras, los pequeños chorros de agua se juntaban de seis o doce lugares diferentes en un deposito común; en otra parte, se tapaba un pantano con veinte mil cargas de piedra y otras tantas cargas de tierra; en otra más, tenía que removerse la misma cantidad de piedra para preparar el terreno para la siembra. Casi siempre resultaba indispensable rodear el agua y la tierra con muros o baluartes, o levantar presas para evitar que, en un lugar, se escurriera la poca agua, o que, en otro, fuera arrastrada toda la tierra por los torrentes

impetuosos de los arroyos. Y, sin embargo, frecuentemente todo resultaba en vano” (Baegert J., 1989: 176)

Otro elemento que incidió en la producción del nuevo enclave paisajístico fueron aquellos animales que los españoles introdujeron a la península, con el objetivo de desarrollar una de las actividades productivas, junto a la agricultura, de mayor relevancia misional. Por supuesto, fue así porque los animales venían acompañados de una paquetería de saberes ganaderos e ingenierías propias para su manejo.

Desde que el padre Kino y Salvatierra proyectaron la colonia de la California, consideraban necesaria la introducción de ganado a las misiones con el objetivo de disponer de ese recurso para mantener a los colonos e indígenas adocotrados, en los centros de población. De nuevo, el alimento era el dispositivo más eficaz para la reducción. Por supuesto que el ganado no solo cumplía la función de alimentar a quienes vivieran en los pueblos misionales, además, cumplieron satisfactoriamente otras necesidades de suma importancia para el transporte de personas entre la montaña y la carga de mercancías de una misión a otra, o de la costa a la sierra (Altable en Trejo 2002). Para medios del siglo XVIII, Del Barco (1988) manifestaría que, en las áridas y pedregosas regiones de la Baja California, existían todo tipo de especies domesticadas como “caballos, mulas, jumentos, bueyes, toda especie de ganado menor, cabrío, de lana y de cerda” (Del Barco, 1988: 13).

La ganadería se expandió fuera de los límites del enclave paisajístico, es decir, hacia ámbitos mucho más amplios que los descritos con las prácticas agrícolas. Las necesidades no humanas fracturaron las porosas fronteras de los llamados oasis y sus núcleos de población. Y es que si bien algunos residuos de la siembra como la caña del maíz y el trigo, por ejemplo, permitía satisfacer las necesidades del ganado, específicamente de vacas, chivas y borregas, nunca fueron suficientes.

Existieron algunas misiones que resultaron más favorecidas por su condición geográfica y ambiental, sin embargo, no alcanzaron a cumplir a cabalidad su cometido. El padre Baegert diría que ni la ganadería ni la agricultura misional logró “poner fin a la necesidad de introducir muchas cargas de maíz y legumbres secas, muchos caballos y mulas, manteca, y frecuentemente, también carne” (Baegert, 1989). Menos aun alcanzaba para mantener hatos de ganado.

En las misiones del norte novohispano eran los indígenas los que regularmente se dedicaban a estas tareas, sin embargo, en la California antigua el proceso de evangelización y transferencia de saberes occidentales fue distinto. Tanto, que las misiones californianas no pudieron prescindir de trabajadores asalariados, que regularmente eran los sirvientes o soldados los que asumían el papel de capataces y vaqueros.

En las misiones del norte novohispano eran los indígenas los que regularmente se dedicaban a las tareas ganaderas, sin embargo, en la California antigua el proceso de evangelización y transferencia de saberes occidentales fue distinto. Tanto, que las misiones californianas no pudieron prescindir de trabajadores asalariados, que regularmente eran los sirvientes o soldados los que asumían el papel de capataces y vaqueros. Estos debían construir los corrales y chiqueros (regularmente de piedras); sembrar algo de forraje; impedir que los animales se metieran a las huertas y las parcelas; alimentarlos en determinados momentos del año; domar la caballería; pastorear al chivero y las borregas, y por supuesto, aquerenciar las cabezas de ganado, es decir, buscar algunos rincones y cañadas cercanas a la misión para que pastorearan libremente, mientras fuera posible.

Porque, como bien lo explica Del Barco, si bien la condición natural de la zona central de la península es fundamentalmente desértica, cuando llovía, se mantenía regularmente verde el monte, y apto para ser ramoneado por el ganado misional.

“en algunas rinconadas y cercanías de arroyos, y aun en las laderas, cuando ha llovido bien, suele haber algún pasto para los ganados, los cuales no pudieran allí [en las misiones] mantenerse con solo el pasto común por la escasez de él, sino que aprovecharan también del ramón o renuevos de árboles y matorrales, que comen tan bien o mejor que el pasto [...]

[..] los arbolillos y matorrales, que la parte del año están sin hojas y al parecer secos, brotan y se renuevan, nacen yerbas y pastos; y la tierra, vestida de verde, adquiere alguna hermosura que solamente dura de dos a tres meses, volviendo luego a su natural aridez” (Del Barco 1988: 5-6)

Aquerenciado el ganado en zonas bien conocidas por los misioneros y vaqueros, les permitía a estos tener cierto control sobre ellos. Así, cuando era necesario los vaqueros iban por los animales para encaminarlos hacia la misión, ya sea para su sacrificio o solo para mantenerlos alimentados en el corral y poder aprovecharlos de distintas maneras. Sin embargo, no se puede dejar de mencionar que desde el momento en el que se introdujo el ganado a la península, mucho de él se escapó del ámbito doméstico. Un ganado conocido por los misioneros como silvestre, que se reprodujo a salto de mata, a pesar de las prolongas sequías que caracterizan a esta región del país y las probables epizootias que cayeron sobre los hatos ganaderos de la época. Hubo tanto ganado silvestre, que durante las décadas de 1930 a 1840 se dejaron ver “grandes manadas de caballos y reses asilvestrados al norte de La Paz y en los llanos de Hiray y de Magdalena” (Lagunas-Vásquez *et al*, 2013: 36). Pero además en 1838, “se establece efectuar rodeos generales

(establos, básicamente), control de hatos y señalamiento de ganado en propiedad merced de la señal de sangre y la marca de fuego herrado (Ibídem)

Entre las aportaciones más importantes del ganado para el sistema misional, fue la ingesta de carne, leche y sus derivados, como quesos, mantequillas, dulces, entre otras cosas. También se aprovechaba como materia prima, ya sea para calzado, muebles, artilugios para el vaquero como la montura de la bestia y, la vestimenta. Y algo que fue fundamental y ha sido muy poco enunciado, fue su importancia para la fertilización de la tierra y la producción de alimentos como hortalizas, granos y frutos.

A diferencia de los pueblos misionales en la contracosta, particularmente en Sonora y Sinaloa, la ganadería semi-extensiva de la California Antigua tuvo la función, única y exclusiva, de abastecer y satisfacer las necesidades internas de la misión. Digamos que se mantenía con esta actividad una economía de subsistencia. Sin embargo, es importante destacar que el tipo de ganadería desarrollada en las serranías peninsulares, tuvo una relativa incidencia en las prácticas antiguas de los indios catecúmenos:

“en modo alguno esta actividad pudo incidir en forma decisiva en el proceso de asentamiento del indio, dado que los bajos índices de agostadero de los terrenos peninsulares obligaron a adoptar un sistema de pastoreo libre que dio por resultado la dispersión inmediata y ulterior alzamiento de la inmensa mayoría de los animales. La vida sedentaria representó así, para los naturales, una alternativa estrecha que no les permitía el abandono de su tradicional economía de apropiación ni, por tanto, el de su existencia nómada.” (del Rio 2002: 128)

A pesar de toda la ingeniería y los saberes que operaron para el funcionamiento de este tipo de pueblos, los indígenas no solo no pudieran reconocer el espacio misional como un espacio propio, sino la misma organización de los padres jesuitas tuvo que adecuarse a los desplazamientos y los modos de apropiación, propio de las bandas de cazadores y recolectoras. Por la claridad que Del Rio explica esto, nos atrevemos a citar in extenso la idea:

Los religiosos advirtieron que, de no encontrar un medio de superar esa restricción de origen económico, amplios sectores de la población autóctona permanecerían insumisos y al margen del proceso de evangelización. Ante este problema, no pareció a los padres que hubiera otro remedio que limitar, en cuanto a tiempo, la permanencia de la población nativa en las cabeceras de misión. Fue necesario proceder en esto de un modo organizado para que, sin necesidad de retener en los pueblos al conjunto entero de los nuevos cristianos, éstos tuvieran, por tumos, ocasión de participar en la vida misional, al mismo tiempo que los padres la hallaran de seguir impulsando la catequización y de atender a toda su feligresía. Así, pues, se reglamentaron las visitas de los indios a las misiones de tal forma que nada más asistieran a éstas, a la vez, grupos cortos de gente, los que, después de pasar unos días en la correspondiente misión, debían retirarse a sus zonas habituales de residencia para dejar lugar en el poblado a otros contingentes semejantes (del Rio 2002: 129)

El enclave misional, obviamente no se edificó de la noche a la mañana. Domesticar un espacio como el de la subprovincia fisiográfica serreña, lleva mucho tiempo y sobre todo, esfuerzo. Acarrear piedras para delimitar el espacio humano y no humano; trasladar tierra, poco a poco, para montar huertas y pequeñas parcelas; romper el tepetate para encaminar el hilo de agua a una represa artificialmente edificada con rocas del lugar; cuidar los animales, aquerenciarlos, y arrearlos; fertilizar la tierra y esperar el buen tiempo para la siembra, rogando siempre a dios que no les cayera plaga alguna a las plantas o a los frutos antes de la cosecha, son tareas sumamente desgastantes física y anímicamente, sobre todo porque no brindaron nunca seguridad alguna para el sustento de quienes allí habitaron.

La utopía del trabajo comunal entre colonizadores y colonizados, se difuminó en la práctica, cuando las limitaciones impuestas por el medio natural y la imposición de la forma de vida occidental no permitió el autoabastecimiento en las misiones. Si bien con el tiempo la ganadería se convirtió en la principal actividad productiva, a diferencia de la agricultura, que era una práctica necesaria pero muy limitada, por lo que se requirió la importación de diversos granos, principalmente maíz y trigo (Del Rio *et al.* 2000: 52), también llegó una cantidad considerable de productos cárnicos y aceites animales.

2.3.3 Palimpsesto colonial: el enclave paisajístico del oasis

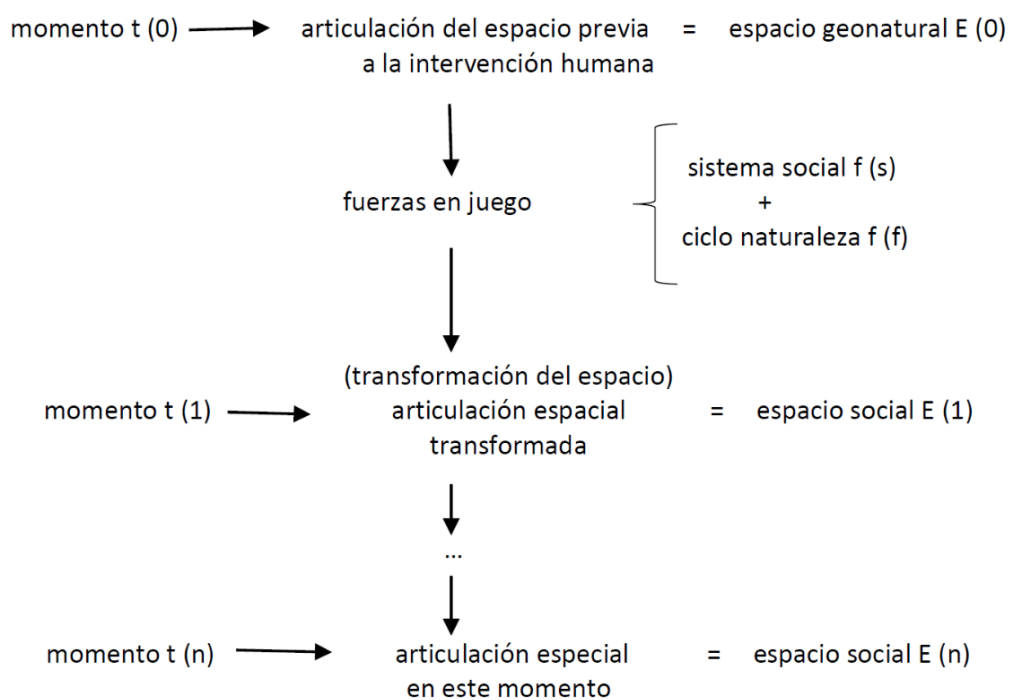
El paisaje es aquello que se ve y que puede caminarsse a lo largo de las horas. Desde la perspectiva cultural, puede ser explicado a través de la lógica de los palimpsestos. Un paisaje palimpsesto, agudamente analizado, nos permitiría entender “la intervención cultural de distintas colectividades humanas en el devenir; la imposición y superimposición de valoraciones éticas y connotaciones estéticas en el medio” (Barrera y Urquijo, 2009, p.246). Desde esta perspectiva se puede leer no solo el paisaje histórico y tradicional bajo los nuevos esculpidos paisajísticos, sino, además, las relaciones de poder propia de toda relación humana (Foucault, 2008).

A propósito de esta segunda fase de abigarramiento biocultural, no llama la atención la idea de paisaje oasisano en la península de Baja California que con tanto esfuerzo se ha impulsado por Cariño Olvera, y que minuciosamente se ha edificado teóricamente por varias académicas importantes, como Ana Luisa Castillo Maldonado (2016), quien realizó una importantísima y exhaustiva investigación para diagnosticar las condiciones actuales de los oasis en Baja California Sur. Siguiendo la línea de investigación de Cariño (2015), en su revisión histórica mencionó que el oasis es un

paisaje, y que este fue posible, sobre todo, gracias al esfuerzo de sacerdotes jesuitas, soldados y catecúmenos que edificaron, sobre todo, una infraestructura ingenieril para el racionamiento del recurso hídrico en una zona desértica. Dicha infraestructura fue precisamente la que hizo posible la producción histórica de lo que llaman el paisaje oasisano. Dicho de otra manera, la colonización, a través de un repertorio de saberes e ingenierías occidental-mediterráneas, fue la condición *sine qua non* para la emergencia de los oasis, entendidos, de nueva cuenta, como “paisajes culturales construidos desde la época misional”.

El modelo de producción espacial que le permite a Castillo Maldonado y a quienes han hecho el esfuerzo por teorizar el paisaje oasisano, es retomado de Sánchez (1991), quien sugiere una transformación creciente en el tiempo, del espacio geográfico, a través de una articulación dialéctica entre fuerzas sociales y los entornos naturales.

Transformación del espacio geográfico. Proceso dialéctico entre sociedad-naturaleza



Fuente: Sánchez (1991), tomado de Castillo Maldonado (2016)

Le resulta bastante útil a Castillo Maldonado este modelo, para el reconocimiento de los elementos que intervienen en las transformaciones espaciales en la península; sin embargo, no deja de llamar la atención su aplicación para explicar lo que se denomina como paisaje oasisano. Veamos cómo se lee. El momento o tiempo 0, está relacionado con

un espacio no intervenido socialmente, es decir es un espacio geo-natural. En el caso de la península son los humedales, manantiales o aguajes, como también se les conoce. El tiempo 1, se produce por un conjunto de relaciones entre ciertos factores (económicos, geo-políticas, religiosas y ambientales) y el espacio geo natural, es decir, el espacio no intervenido socialmente. Esto último se realiza a partir del trabajo. Con esta relación, de apropiación y transformación del “espacio geo-natural” emerge un nuevo espacio socialmente producido, que en este caso estamos hablando de los espacios misionales. La intervención de otros factores como el de la población civil, les permite pensar a los teóricos de los oasis en la península de Baja California, en un paisaje oasisano.

Digamos que la segunda fase de abigarramiento biocultural que trabajamos en este apartado es la base empírica para la teoría del paisaje oasisano. El problema que nosotros percibimos aquí y lo hemos tratado de dejar de manifiesto a lo largo de esta fase de abigarramiento -y, sobre todo, la que le precedió-, es que el aguaje, manantial u ojo de agua, es decir el espacio geo-natural, ya era un lugar socialmente producido para alguien. No nos cabe la menor duda que el oasis como un constructo social de un paisaje en las montañas desérticas, fue producido gracias al despliegue de conocimientos en torno al ecosistema de montaña -y el cual lo determinó, en buena medida-, sin embargo, lo que nos interesa llamar la atención es que por la movilidad y desplazamientos milenarios de los cazadores-recolectoras, estos espacios geo-naturales ya era parte fundamental del paisaje históricos de los pueblos originales. En todo caso, el esfuerzo por centralizar el territorio indígena requirió del esculpido de unos enclaves paisajísticos de nuevas características en la península, que no pudo haber sido en otro lado que alrededor de los aguajes, manantiales u ojos de agua.

Por ello venimos insistiendo que las estrategias coloniales para la centralización territorial y el sedentarismo, fue la condena de muerte para las culturas milenarias peninsulares. Y fue así, porque los aguajes y los recursos que le circundaban, eran vitales biológica y culturalmente para los pueblos originarios. La idea de oasis o paisajes oasisanos, en este sentido, nos parece que no rinde para percibir la caligrafía que racionalmente diluyeron las prácticas coloniales de los jesuitas. El oasis es un concepto positivo que, de no resignificarse, puede emular las practicas colonialistas que negaron el mundo de la vida indígena, para poder darle sentido al proyecto geopolítico de la corona española. Esta es una discusión que le debemos poner atención y profundizar

Sin embargo, con o sin el concepto de oasis, la construcción simbólica y la reconfiguración material de las serranías peninsulares, metabolizada socialmente por

pericúes, guaycuras y cochimíes, no ha dejado de darse. Los saberes sobre la montaña y las prácticas que históricamente han permitido la vida entre las piedras, se han mantenido operando ahora por sociedades que gracias a la necesidad, el contexto y la herencia biocultural, se han abigarrado fuertemente en la sierra. Los nuevos caminantes de las serranías peninsulares, a partir de la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII, empezaron a producir nuevos enclaves paisajísticos y realizar actividades productivas, a través de prácticas rizomáticas en la montaña, que entre otras cosas, dilataron de nueva cuenta los espacios vitales tal y como sucedió con los pueblos indígenas que estuvieron fuertemente abigarrados al ecosistema de montaña.

En un relativo largo proceso histórico familias enteras fueron interpelados por los elementos propios de este tipo de ecosistema, enraizándose una y otra vez a las piedras, aguerridamente. No hay más pueblos indígenas en las serranías de la subprovincia Sierra de La Giganta, en efecto, pero a más de 200 años de su aniquilación histórica se conformaron colectividades que hoy conocemos como sociedades rancheras, las cuales se convirtieron con el tiempo, en la diástole y sístole de las identidades regionales.

2.4 Tercera fase de abigarramiento: la emergencia del paisaje ranchero y la resignificación de la montaña

La historia de los ranchos es la historia también, de un paisaje palimpsesto, porque la caligrafía ranchera (formas de espacialidad/praxis) en esta media península se ha impreso sobre un paisaje que se ha venido re-escribiendo sobre el paisaje indígena, desde la llegada de los españoles a estas tierras, hace poco más de tres siglos, hasta modelar y esculpir (apropiación/transformación) la forma espacial que hoy conocemos (o por lo menos, creemos conocer).

Al igual que lo han modelado sobre un espacio anteriormente intervenido, podríamos decir que los rancheros sudcalifornianos han hecho *para sí* la sierra, sus cañadas, los cerros, los ojos de agua (o humedales), las mesas, el desierto y el arroyo. Pero, además, han seguido construyendo con ella y sobre ella el corral, el solar, la acequia, el huerto, en suma, los rancheros se han apropiado del espacio y lo han construido al mismo tiempo, a tal grado que estas colectividades hasta el día de hoy se afirman gracias a él. Que un ranchero exponga *que nunca se irá a la ciudad a vivir, porque haciéndolo dejará de ser ranchero, dejará de ser lo que es*, no es un comentario menor. Sin exagerar, podríamos decir que los rancheros han encontrado la manera de enraizarse a través de sus prácticas territoriales, a sus espacios vitales, es decir a las estribaciones serreñas.

Es esta doble determinación cultura-naturaleza-naturaleza-cultura, es lo que les ha permitido a los rancheros sudcalifornianos *ser en la sierra*. Por lo que hemos observado y sentido el paisaje ranchero está delineado por la montaña. Los arroyos que delimitan las faldas de los cerros; el agua que escurre por las cañadas en los pocos días de lluvia y los ojos de agua que emanan de entre las piedras, han sido determinantes para la domesticación del entorno. En zonas realmente agrestes y escarpadas, han puesto a funcionar un sistema agroecológico a pequeña escala, pero que les ha permitido vivir, material y socioculturalmente hablando, por más de 200 años, entre piedras.

Es por todo esto que podemos hablar, además de un paisaje ranchero, de un territorio. Y es que como bien menciona Porto-Gonçalves, el “territorio es espacio apropiado, espacio hecho cosa propia, en definitiva, el territorio es instituido por sujetos y grupos sociales que se afirman por medio de él” (2009, p.127). En este sentido, al hablar necesariamente de territorio tiene que hablarse de territorialidad, o mejor aún, de “procesos sociales de territorialización” (ÍBIDEM). Plantear de esta manera el territorio es cuestionar la perspectiva positivista de la geografía moderna sobre la propiedad de la tierra y pasar a una mirada para una nueva geo-grafía, es decir, una nueva mirada que reconozca las otras grafías, las olvidadas u marginadas por la tradición occidental.

2.4.1 La emergencia histórica del rancho sudcaliforniano

La emergencia del ranchero en la geografía peninsular no fue ni por arte de magia ni por casualidad. Su aparición, su transformación y permanencia responde fundamentalmente a un proceso de larga duración, que implicó trabajo y al mismo tiempo, la reproducción de saberes geográficos y ecológicos locales.

Existe una amplia literatura regional (Crosby 2010; Del Rio *et al.* 2000; Cariño 1996; Cariño *et al.* 2013; Rodríguez T., 2006; Castorena 2006; Almada 2010) donde se relata cómo es que llegaron a estas tierras las primeras familias que se convertirían en los precursores de los diversos ranchos de la región. Todas ellas coinciden en que estas personas fueron arrastradas a la península por la necesidad de mantener el proyecto colonizador a flote, el cual buscaba además de establecer el reino de dios en la tierra, extraer recursos minerales de las serranías y madre perla del Golfo de California, para abonar así el ensanchamiento de las arcas de la corona española.

Hemos dado evidencias de que poseer esta península fue una odisea. Sin embargo, las noticias que se tenían de estas tierras por los exploradores, eran tan seductoras que alentaron un proceso [forzado por los jesuitas] que por cierto, en algunos momentos se

pudo haber pensando que estaba condenado al fracaso³³. Es importante recordar que la economía de las misiones “se sustentaban en el trabajo comunal y se orientaba básicamente hacia el autoconsumo” (Del Rio *et al.* 2000: 39) No obstante, “por las limitaciones impuestas por el medio natural, la mayoría de los establecimientos misionales tuvieron una producción agrícola deficitaria, lo que hizo la importación de grano” (Del Rio *et al.* 2000, p. 52) para poder así alimentar a la población vinculada con estos nuevos centros poblacionales.

Hay que recordar también que las misiones no solo estuvieron habitadas por jesuitas y sus respectivos catecúmenos. Se requirieron soldados y sirvientes, que por la ineficiencia de los catecúmenos en las prácticas agrícolas y ganaderas, tuvieron que convertirse en vaqueros y capataces y realizar otras actividades que en un primer momento no le correspondía. Es decir, los misioneros requirieron de los servicios [asalariados] “escultas militares y sirvientes diestros en varios oficios” (Crosby 2010, p. 48). Pero además, los misioneros tuvieron que solicitar a sus superiores que quienes vinieran a la península fueran “hombres casados acompañados por sus esposas y familias” (ídem), con el fin de minimizar el riesgo de ser seducidos, a los hombres solos, por las mieles de la avaricia y la codicia” (Crosby 2010, p. 48)

Con el tiempo las familias de soldados y sirvientes empezaron a multiplicarse hasta conformar una nueva población peninsular: “De su progenie, que fue enteramente fortuita [...] surgió una población hispana que a final de cuentas suplantaría a los indios y sobreviviría a los misioneros” (Crosby 2010, p. 49)

Mientras el régimen llegaba a su fin, muchas familias se emplazaron sobre los antiguos predios misionales. Y en el siglo XIX, los pobladores de la inhóspita geografía colonizada habían alcanzado un alto grado de predominancia en el vasto territorio rural bajacaliforniano. Harry Crosby en *Los últimos Californios* (2010) dibuja un perfil sobre los ranchos ya secularizados a partir del siglo XIX que me parece es lo suficientemente

³³ Gabriel Gómez Padilla tiene una lectura distinta al fracaso que sugerimos que sería bueno mencionarla. En un texto donde relata la participación del padre jesuita Francisco Eusebio Kino y el almirante Isidro de Atondo y Antillón, en el proceso colonizador de las californias, menciona que muchos historiadores suponen que la empresa evangelizadora de la compañía de Jesús y la aventura militar de Atondo y Antillón fue un fracaso. Sin embargo, aludiendo al historiador Herbert Bolton, menciona que “La civilización avanza en un proceso de prueba y error”. En ese mismo sentido, positivo totalmente, creemos que esta segunda intervención geo-cultural y al mismo tiempo geo-política fue el preámbulo para que años después, Juan el padre Salvatierra, Piccolo y Juan de Ugarte consolidaran el proyecto misional jesuita en la Baja California, lo que nos hace entrecomillar el fracaso colonial. Cfr. “Kino en California: 1681-1686”, revista Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad, Vol. XXI, no. 61, septiembre-diciembre 2014, pp. 114-190

nítida y actual que si un ranchero en este momento lee estas líneas podría sin titubear, felizmente, hacer una muestra de asertividad sobre lo dicho:

[...] el rancho se establecía en cualquier paraje cercano a una fuente de agua permanente. La mayoría de dichos parajes se encontraban en el fondo de las estrechas cañadas en las sierras, donde el terreno utilizable solo permitía pequeñas huertas y hortalizas en constante peligro de ser arrasadas por el paso de aguas de temporal. La manada tenía que apacentar [pastorear] en laderas tan escarpadas y rocosas que desafía la imaginación. (Crosby 2010: 88)

La montaña así se convirtió en el lugar donde se alojan las familias desarraigadas, huérfanas de la corona española y sin un rumbo fijó. Fabricados socialmente a través de instituciones occidentales, la gente de razón (Crosby 2010) se ve en la necesidad de aprovechar, apropiarse y abigarrarse a la sierra, a través de distintos procesos de adaptación, como lo hicieron por milenios guaycuras, cochimíes y pericúes. Así dio inicio una re-apropiación del espacio, es decir, nuevos paisajes y nuevos territorios en los lugares más inhóspitos de la península bajaaliforniana.

2.4.2 Del oasis al monte grande

Las dos principales actividades realizadas en los ranchos de Baja California Sur, son la agricultura tradicional, la ganadería semi-extensiva y la ganadería trashumante. Tres prácticas que son heredadas y que requieren saberes específicos a escalas territoriales distintas, para su realización.

En la extraordinaria historia-ambiental realizada por Cariño Olvera (1995, 1996, 2013, 2014, 2015) y particularmente en los últimos esfuerzos por re-significar el concepto de Oasis, nos explica que los rancheros “conformaron su propia cultura de la naturaleza con elementos de las dos culturas que les antecedieron en el territorio peninsular: la occidental-mediterránea y la indígena bajacaliforniana” (Cariño 2014: 81). Se puede pensar con esta idea que las familias rancheras hicieron *para sí* de lo devenido por occidente y de las culturas del mediterráneo, el conocimiento técnico ingenieril para transformar los espacios naturales en unidades productivas. Y del mundo indígena peninsular heredaron las formas de relacionarse con lo *no humano*, lo cual les ha permitido afrontar en la cotidianidad problemáticas relacionadas con el trabajo, la vivienda, la salud o la alimentación.

Esta hibridación cultural como sugeriría Cariño Olvera (2015), permitió producir un paisaje nuevo sobre el palimpsesto rocoso donde grabaron “los antiguos californios” su paso por la montaña. Plantear en estos términos la cultura ranchera le permite a la

historiadora sugerir que el rancho, tal y como hoy lo conocemos, es fundamentalmente una expresión de la *cultura oasiana*, manifiesta por cierto en diversas geografías del planeta. Para esto parte de la siguiente definición universal de Oasis:

Los oasis son complejos sistemas socioecológicos construidos en zonas áridas por sus habitantes con la finalidad de vivir y reproducir su cultura a través de la domesticación del espacio y de sus componentes, para desarrollar prácticas agrícolas y ganaderas, manejo de la flora y fauna silvestre, cosecha de agua y sistema de irrigación, agrupándose en núcleos de población que varían desde pequeñas aldeas hasta civilizaciones, para producir alimentos y defenderse de un clima extremo (Cariño 2015: 112)

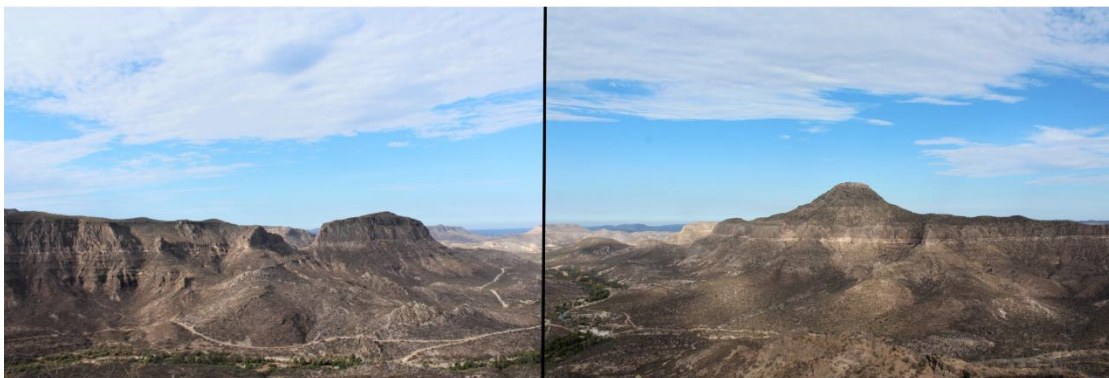
En el entendido que la pretensión del concepto de Oasis es universalista y sobre todo porque en efecto, permite un acercamiento al paisaje ranchero, nos parece que debemos permitirnos realizar algunos apuntes respecto a esta definición. Primero, los oasis a los que se refiere Cariño Olvera son un producto del trabajo humano, el cual se expresa de distintas maneras dependiendo de la matriz histórico-cultural y del contexto en la que éste se despliega. Es decir, los Oasis no existen sin la intervención humana; y en ese sentido requiere un esfuerzo y un gasto energético permanente para producir lo necesario para la vida y sobre todo, *comer de mano propia* (Barragán y Torres, 2016).



Rancho El Bosque, subdelegación La Soledad, La Paz Baja California Sur. Fotografía de Tito Fernando Piñeda. Julio 2016



Rancho Primer Agua, subdelegación La Soledad, La Paz Baja California Sur. Fotografía de Tito Fernando Piñeda. Julio 2016



Rancho La Purificación, Las Paredes y Buenavista; subdelegación La Soledad, La Paz Baja California Sur. Fotografía de Tito Fernando Piñeda. Julio 2016

Hay que subrayar que desde la óptica de esta historia ambiental y de frente a la perspectiva biogeográfica y del imaginario común, un *parche verde* como los que se ven en las fotografías, en medio del desierto, no necesariamente son un Oasis. Puntualmente, porque

al humedal que devino en Oasis, se introdujo “una gran variedad de plantas y animales domesticados”, lo cual alteró significativamente los ecosistemas, incluso creando nuevos ecosistemas que como en los Oasis de la historia ambiental, son “mediados por los seres humanos” (Cariño 2015: 114).

Si bien quienes se han apropiado de su naturaleza circundante han generado las condiciones para modificar o crear nuevos ecosistemas; además de la pronta domesticación implícita en la idea de Oasis; estos espacios socialmente edificados a su vez determinan también una forma específica de enfrentarse a la vida, es decir, orientan de cierta manera representaciones, percepciones, deseos, saberes, afectos y modos de hacer las cosas. En ese sentido, como lo sugiere Palsson, las relaciones sociedad-naturaleza que se dan en los Oasis son de un modo paternalista (Palsson 2001), estableciendo relaciones profundas de reciprocidad y co-evolución. Por ello, uno puede sugerir asumiendo los riesgos, como lo hace Cariño Olvera, que “vivir y trabajar en y para un oasis implica una forma de percepción y apropiación del espacio ajena a los valores y principios capitalistas” (Cariño 2015: 116)



Cosecha de agua para la siembra. Mujeres bañándose en la represa. Rancho territorio La Soledad. Fotografía Tito Fernando Piñeda Verdugo

Por otro lado, es imprescindible aludir a aquello que no se manifiesta directamente en la definición general de Oasis que presentamos, pero es crucial. Nos referimos a la idea de trabajo, que en el último de los casos medía en la relación entre la sociedad y su entorno inmediato. Este trabajo, a su vez está mediado por un complejo de saberes geo-ecológicos que han permitido entre otras cosas, hacer frente no solo a las condiciones hídricas tan limitadas que caracterizan a un ecosistema de desierto, sino, además, a la condición geográfica, de marginalidad y aislamiento, de estos sistemas socio ecológicos.

Estos conocimientos o saberes geo-ecológico tradicionales los entendemos como un corpus de información, propio de una comunidad, sobre su naturaleza circundante, sus paisajes y su territorio. Como lo sugiere Zalles (2017), siguiendo el planteamiento de Berkes (2000), en este tipo de saberes no solo se incluyen “conocimientos prácticos, sino también creencias y significaciones construidas a lo largo del tiempo mediante la interrelación e interacción entre una comunidad humana y el ecosistema del cual es parte”

(Zalles 2017: 209). Estos saberes o conocimientos tradicionales se reproducen generación en generación a través de diversos mecanismos, entre ellos la oralidad, los mitos, leyendas, rituales y sobre todo, la praxis, es decir la experiencia.

Solo basta poner atención al enclave ranchero por excelencia, para dar cuenta cómo es que operan estos saberes: los animales descansando a la sombra de un mezquite o un palo fierro; los corrales repletos de abono crudo; las huertas montadas a un costado de los arroyos; el aguaje y los pequeños canales sobre el tepetate que encamina el agua lentamente; la cosecha del recurso hídrico en represas falsas y, el sistema de irrigación tradicional por acequia; todo ello, para inferir que el sistema tradicional ranchero no es producto de la espontaneidad o la genialidad de un sujeto o uno u otro grupo de personas. El rancho, espacial y bioculturalmente hablando, expresa una forma de apropiación de la naturaleza y producción espacial, que efectivamente no puede ser si no es a través de estos conocimientos ecológico locales a los que hemos aludido líneas arriba y que a través de la praxis y la oralidad, se han heredado.

Los saberes se transforman bajo la condición de que el ecosistema, los acontecimientos climáticos no previstos, el contexto tecnológico en el que los sujetos se desarrollan y las experiencias no son siempre las mismas e idénticas unas de otras. En ese sentido estos saberes, operan bajo la lógica del ensayo y el error. De hecho, esa es una de las características de este tipo de saberes, que cambian paulatina y permanentemente. Esto nos obliga a asumir que los Oasis son un producto histórico, y que por ese carácter intrínseco, se han modificado sustancialmente en el tiempo.

Los oasis son dinámicos a pesar de que a simple vista podrían parecer atemporales, visiones de un mundo que no ha cambiado desde un tiempo inmemorial. Son espacios en constante evolución, en permanente construcción, son un paisaje producido y reproducido por las sociedades oasianas que lo habitan, lo modifican y lo transforman generación tras generación (Cariño 2015: 118)

A vuelo de pájaro la idea del rancho como una expresión de la *oasisidad* aparece bastante lógica y sugerente. No obstante, en el trabajo etnográfico realizado en nuestra zona de estudio, y que vamos a detallar en el próximo capítulo, nos hemos percatado de las fuertes relaciones que mantienen los rancheros con el espacio y el ecosistema serrano. Entre otras cosas, esto nos obliga llevar a fondo la revisión de su pertinencia.

Tenemos claro que los Oasis son sistemas socioecológica configurados en las zonas más áridas del planeta; allí donde la precipitación pluvial al año es muy baja pero además, incierta. La capacidad de las sociedades oasianas para hacer frente a la variabilidad climática, se pone siempre a prueba. Concentrarnos en valorar la capacidad

de resiliencia y adaptabilidad de este tipo de sociedades es una tarea pendiente e impostergable. Pero en fin, de frente a la crítica situación hídrica en las que se desarrollan estas sociedades, Cariño Olvera menciona que los oasis en el fondo son *paisajes culturales del agua*. Y tiene razón, sobre todo porque en efecto, ante la crisis permanente de este recurso vital las familias rancheras se han obligado a trabajar colectivamente para una buena administración del agua, a tomar acuerdos y solucionar conflictos. Esto, que es bien reconocido, le sugiere a la historiadora asegurar que el núcleo espacial del rancho, como el del paisaje misional, es el *aguaje*:

Su núcleo es el aguaje, sus límites son los de la zona húmeda, la tónica de la vida de sus habitantes transcurre volcada a su interior. La frontera geográfico-cultural de la existencia oasisiana implicó una relativa restricción del espacio vital en comparación con el que tenían los antiguos californios. A diferencia de estos, los rancheros pueden traspasar sin gran problema los límites de sus oasis, pero, ***lo importante es que no requieren hacerlo para subsistir***. (Cariño 2014: 67).

Sin embargo, para los rancheros ha sido necesario traspasar los límites de influencia del aguaje una y otra vez. La perspectiva *oasisiana* deja relativamente claro que el Oasis no puede pensarse sin el desierto, pero bajo la lógica biogeográfica, nos parece que lo hace para diferenciarse y distinguirse en términos bióticos o abióticos, geográficos o paisajísticos. Sin embargo, es fundamental reconocer que las relaciones bioculturales entre los fenómenos y dinámicas de la zona húmeda y el secano, es de carácter ontológica, de tal manera que las fronteras de los pisos ecológicos entre el oasis y el monte, no basta para explicar el paisaje y menos aún, al territorio ranchero.

Sin duda el aguaje provee la base material que permite la producción de un enclave paisajístico como el del rancho sudcaliforniano. De él emana la posibilidad de mantenerse con vida cualquier entidad, sea humana o no humana (Descola 2009). La cosecha y administración colectiva del recurso hídrico; la transformación del espacio escarpado en suelo fértil para la siembra y el uso racional de su naturaleza circundante, está definido espacialmente y en realidad son prácticas básicas para establecer y mantener históricamente un rancho. Sin embargo, no por ello su sistema socio-ecológico deja de ser bioculturalmente cerrado. Esto lo podemos perfilar de manera muy esquemática. Aunque sea una obviedad lo que vamos a decir, el aguaje requiere condiciones geomorfológicas específicas para que pueda ser lo que es. Segundo, todo lo que en las zonas serranas se siembra se hace con abono orgánico, ya sea de borrega, chiva, vacas e incluso excremento de murciélago, lo que significa que para que una huerta, un jardín o una parcela sea medianamente productiva requieren obviamente el agua, pero al mismo

tiempo la ganadería. Tercero, un rancho podrá prescindir de huertas y parcelas productivas, pero nunca de animales. Un rancho sin animales, como lo dicen en la sierra, puede ser cualquier otra cosa pero no un rancho. Un rancho, para seguir siendo rancho, necesita entre otras cosas, conocer cada rincón de su territorio, sobre todo, porque las condiciones climáticas y el estrés hídrico en el que históricamente han vivido, los han obligado a movilizarse y buscar un mejor lugar para producir. En este sentido, el rancho como agente productor primario, no solo requiere transgredir los límites del ojo de agua, sino es igual de importante para ellos *el monte grande*, el lugar de los acuerdos, los conflictos, el riesgo y las querencias.

Nosotros estamos convencidos que el Oasis, como concepto, debe desbordarse y dejarse interpelar por la historia ranchera, las prácticas espaciales, las relaciones afectivas que los rancheros mantienen con el *monte grande* y los saberes tradicionales de quienes hacen posible la vida entre las piedras. Los Oasis en la península de Baja California se convirtieron en enclaves paisajísticos que fueron heredados, teóricamente hablando, del proyecto misional, y que tiene su más atinada correspondencia con una de las escalas del paisaje ranchero. Sin embargo, insistimos, las formas de vida rancheras y el monte están determinándose permanentemente, y en ese sentido deberíamos estar hablando que los núcleos bioculturales del rancho van del aguaje, las huertas y las parcelas, a las serranías; y desde el monte grande y sus querencias, hacia el rancho.

}

Capítulo 3. Memoria ranchera: representaciones, saberes y prácticas eco-sociales en torno al monte grande.

¿Qué es un rancho? ¿Qué significa ser ranchero? Estas son dos de las preguntas que determinaron la reflexión y el análisis de la información que poco a poco, fuimos recuperando en nuestro trabajo de campo. Son preguntas guías, sin embargo, intentamos dar respuestas en cada uno de los apartados de este último capítulo.

En este capítulo compartiremos los datos que recopilamos en los ranchos de la zona sur de la Sierra de la Giganta. La base de esta información es nuestra, es decir, la organizamos a partir de cinco instrumentos de información: encuestas, entrevistas, observaciones y diario de campo y, cartografía comunitaria. Aunque, cabe destacar, que también se utilizaron datos estadísticos y vectoriales, del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), de la Comisión Nacional del Agua (CONAGUA), La Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO), entre otros. Y por supuesto, información de entrevistas realizadas por otras investigadoras en la zona (Alameda 1993; 1996)

El capítulo se presenta a cuatro tiempos. En el primero, hacemos una somera revisión genealógica sobre la palabra rancho, y desde ahí exploramos qué significa ser ranchero y cuáles son las características de una sociedad ranchera. En el mismo tenor, recurrimos a las fuentes estadísticas, específicamente del INEGI, la CONABIO y CONAGUA, para identificar las características sociodemográficas y espaciales del desplazamiento de las localidades rurales y así distinguirlas de los ranchos sudcalifornianos.

En el segundo tiempo de este capítulo, discutimos algunos datos para caracterizar de manera muy general el territorio de La Soledad. La base informacional para realizar este apartado es la encuesta que se aplicó en la mayor parte de los ranchos de este territorio.

En el tercer tiempo, vamos exponer a través de la cartografía comunitaria que se realizó en diferentes puntos de La Soledad, las representaciones socio-espaciales que los rancheros, sus familias y los jóvenes de la comunidad en donde estudiamos, tienen sobre su territorio. Es importante destacar que este ejercicio es medular, ya que nos permitió en buena medida, hablar de un territorio ranchero compartido.

En la cuarta parte, presentaremos la matriz basal de los saberes sobre el uso de flora de montaña que se organizó con las entrevistas que realizamos en los ranchos. Vale comentar que este apartado se nutrió también de los recorridos que tuvimos la oportunidad de realizar a lo largo y ancho del territorio de La Soledad, en compañía de los mismos rancheros de la zona.

En la quinta y última parte, discutimos el trabajo cartográfico comunitario que realizamos en tres zonas distintas y distantes unas de otras, para identificar elementos que nos permitieran delimitar las fronteras territoriales propio de los ranchos sudcalifornianos. En este apartado distinguimos espacialmente las diversas escalas del paisaje y el territorio rancharo.

Cabe advertir que, si bien cada uno de los apartados tuvo como fuente principal un instrumento de investigación, cuando fue necesario recurrir de manera entrelazada a los datos provenientes de diferentes instrumentos, se hizo. Y eso sucedió en campo, es decir, la información nació abigarrada, ya que, por ejemplo, mientras caminábamos entre las piedras y anotábamos en nuestro diario de campo los puntos de referencia espaciales sobre los dominios territoriales rancheros, platicábamos con nuestros acompañantes sobre el uso que las familias históricamente le han dado a la flora y vegetación de montaña, como alimento, medicina, para la construcción, perfume, entre otras cosas.

3.1 ¿Qué es un rancho? ¿Qué significa ser rancharo?

Las expresiones del mundo rural sudcaliforniano se encuentran abigarradas entre dos grandes regiones ecosistémicas: las montañas serranas y las zonas costeras. Estas expresiones en buena medida dependen de estos espacios, lo que nos sugiere pensar que no son las mismas relaciones metabólicas, saberes e identidades las que se expresan en los ranchos de montaña y en las comunidades pesqueras³⁴. Si bien sería muy interesante reconocer los distintos tipos de relaciones que históricamente han establecido las personas de la sierra con las de las playas, por el momento, solos podemos darnos a la tarea de distinguir y señalar con relativa claridad que es un rancho. Porque el rancho, dicho decimonómicamente, es nuestro objeto de estudio.

Enunciar al rancho y al rancharo, como bien lo sugiere uno de los más importantes investigadores de México, Estaban Barragán López (1997), evoca un sinfín de imágenes

³⁴ Esto no significa que no estén íntimamente relacionados de diversos modos una expresión y otra; históricamente lo han estado, pero establecer estas relaciones es tarea de otra investigación con otro tipo de corte epistémico.

en todos aquéllos que hayan tenido algún tipo acercamiento con México. Muchas de estas imágenes, seguramente, son alimentadas por algunos de los medios de comunicación más importantes del siglo pasado, como son el cine y la televisión. Otras referencias, posiblemente, tengan que ver con la experiencia misma de visitar alguno de ellos.

En la mirada de Barragán, cualquier imagen mental que apareciese dependerá del lugar, el momento y la plataforma cultural desde dónde se construya. Él, por ejemplo, eminente investigador del Colegio de Michoacán, con una herencia genética mezclada en la Sierra de la JalMich, imaginó de esta manera el rancho:

Una vivienda modesta lejos del poblado, en medio de un solar delimitado por una desalineada cerca de piedra o de alambre, custodiada por la jauría de perros, denunciada por el cantar de los gallos y el humo que sale entre el techo de la cocina, rondada por la mula o el burro, la vaca, becerros, puercos y chivos que, deslizados por los angostos y retorcidos caminos, llegan en los empinados potreros reclamando impacientes y disputando a golpes la baja ración matutina de maíz que apenas los mantiene en pie (Barragán 1997: 26)

Esta es una de las imágenes prototípicas de un rancho mexicano. Realmente no dista tanto de la imagen del rancho que presentó Harry Crosby en *Los últimos Californios*. Desde nuestra plataforma de avistamiento, la imagen que se hace a la distancia -geográfica y temporalmente-, es muy similar a la de Barragán, y más aún, a la de Crosby.

Cuántas hermosas estampas pudieran aparecer al nombrar el rancho: miles, todas las que nuestras experiencias nos permitan. Sin embargo, creo que, ninguna de ellas, por sí misma, podría expresar lo que significa ser rancharo hoy en día. Podemos dibujar mentalmente a un grupo de vaqueros, cada uno montado pertrechado sobre su *bestia, de madrugada*, trotando hacia la querencia más cercana para arrear el ganado muerto de sed, al ojo de agua; mujeres a media mañana regando los árboles de mango y los almácigos, para que la cosecha llegue a buen puerto; niños de puntitas sobre las cejas del cerro colorado, brinque y brinque sobre las piedras, buscando el *chivero, la chivada* y atento al sonido del caracol que les requiera de regreso; el viejo con una tática de café con leche, humeando, esperando bajo un árbol de algodón que llegue quien llegue, para compartirle una recuerdo que parezca charra. Insisto, ninguna de estas imágenes por sí mismas, nos permitirá reconocer lo que significa ser rancharo. Sin embargo, la batalla no está del todo perdida. Las imágenes sirven, pero se vuelve necesario enriquecerlas precisamente con lo que emana del rancho mismo, es decir, si observamos desde el rancho y escuchamos nombrarlo desde ahí, seguramente la imagen aparecerá resplandeciente y alucinantemente singular.

Para iniciar hagámonos preguntas de primer orden: ¿Qué es un rancho? ¿Quiénes

son los que los habitan? ¿Quiénes están en condiciones de habitarlos y qué se requiere para hacerlo? Las respuestas están entrelazadas, y vamos poco a poco a internar desenredarlas. Pero podemos recurrir, de entrada, a los planteamientos del mismo Barragán, quien menciona que el punto de partida para pensar el rancho, debería ser de orden semántico. Pensemos, diría él, en el verbo francés *se ranger*, que significa literalmente “ordenarse”, es decir, adecuarse a una situación específica. Independientemente al sentido que se le puede dar hoy al verbo, fue “hace alrededor de 500 años [que] saltó al castellano traduciéndose por ‘arranchar’ o ‘arrancharse’ (Barragán, 1997: 35).

Según lo explica el mismo Barragán, estas derivaciones referían también a las acepciones de ‘alojarse’ o ‘arreglárselas’ para vivir. Arrancharse, arranchamiento, arreglárselas para la vida, fueron verbos utilizados desde el siglo XVI en España, y aludía particularmente a la acción de militares que se instalaban *provisionalmente* en algún lugar fuera de un poblado. No es de extrañar entonces que los misioneros en el siglo XVII tal y como lo dijimos en el capítulo anterior, utilizaran ampliamente este término, para referirse a los parajes de los indios nómadas que deambulaban día a día entre las piedras y que, debían establecerse muy cerca de los agujeros. El *arranchamiento* y sobre todo la idea de *rancherías*, palabra ampliamente utilizada por los jesuitas, según dice la letra de Miguel del Barco, era un “establecimiento formal de una población fija a modo de aldea o pueblo” (Del Barco, 1985: 188).

Esta idea hace inevitable recordar el régimen alimenticio y la relación que existe de éste con los desplazamientos indígenas; y entonces nos preguntamos ¿qué se requiere para *arrancharse* y, sobre todo, para mantenerse en un lugar y en un tiempo determinado? Hacerlo implicó, ante cualquier cosa, una actitud frente al mundo, en el sentido kantiano del término. Digamos que ‘arreglárselas para vivir’ por un tiempo determinado en un lugar específico, era cosa de gente de razón, y requería al mismo tiempo fuerza, habilidad y sabiduría. Arrancharse, desde esta perspectiva semántica, repetimos, es una actitud, una habilidad.

Una actitud que incluso, podemos distinguir en el momento de fundación de un rancho en la sierra más extensa de la península de Baja California Sur. Es decir, ante las condiciones de asilamiento en las que se desenvolvían quienes fundaron los ranchos, se puede reconocer una manera específica de iniciar este proceso, una etnogénesis. Era realmente una odisea desde el primer momento en las que una familia decidía arrancharse a lado de los arroyos. Como nos lo sugirió Juan de Dios “E”, los abuelos no tenían ningún

tipo de ayuda exógena, sin embargo, se las arreglaban para vivir:

“cuando llegaron aquí supuestamente fue mi abuelo, mi abuelo Severo Encinas ¿Cuántos años será eso? Debe de ser como 45 años que murió mi apa. Y él murió como a los 73 años; ya va para más de 100 años que nació; ahora imagínate mi abuelo. Ya va para los 200 años que se fundó el rancho de La Primer Agua

Aquí era un monte cerrado, muy espeso, desierto, así como se ve. Pero pues ya comenzó a trabajar, vio la agüita que está ahí y seguro dijo ‘vamos a ver’. Él era muy trabajador, porque la gente de antes era muy trabajadora. Entonces de ahí se comenzó a fundar aquí, a trabajar poco a poco, a limpiar las huertitas. [...]

Antes las ayudas no existían, de nada y de nadie [se refiere a la ayuda del gobierno o de las asociaciones civiles]. Lo que existía era el pensamiento de cada quien para hacer la forma de trabajar.”³⁵.

Esta idea de “arreglárselas para vivir” llega a México a través de la colonia y poco a poco, se va templando el término acopiándosele una diversidad de significados. De hecho, es desde este territorio donde la alusión al mundo militar es rebasada, resignificando el *arranchamiento* como “toda clase de viviendas provisionales o simplemente donde se alojaban o acomodaban, con carácter más o menos pasajero, toda clase de gente nómada o viajera: soldados, indios, marinos, pescadores, gitanos, pastores y vagabundos” (Barragán, 1997: 36).

³⁵ Entrevista realizada a Juan de Dios E., marzo de 2016.



"Rancheros en la huerta del rancho La Purificación: cerco de piedra, maíz y árbol frutal"
Archivo familiar de Micaela Amador

A propósito de los nuevos sujetos que se *arranchan* temporalmente al espacio, y se las arreglan para vivir con lo que tenían a la mano, ya sean recursos materiales o simbólicos, Barragán menciona que estos sujetos que se convertirían en los rancheros,

eran gente viajera que por su carácter nómada se alojaba provisionalmente en un lugar apartado. Luego, “se pasó a la de los hombres de mediano pasar y pobres que, en tierras cortas, propias o rentadas, siembran al tamaño de posibilidades de cada uno y crían a sus animales domésticos, compuestos según sus fuerzas alcanzan” (BARRAGÁN 1997, p. 37)

Conforme el espacio provisionalmente habitado fue apropiado lentamente, obviamente se transformaría la manera de nombrarlo. La idea simple se complejiza añadiéndole una serie de sentidos nuevos. Y entonces las imágenes del rancho se presentaba como una “rústica vivienda rural, apropiación de un pedazo de tierra de labranza y/o de agostadero (o modesta explotación independiente), viviendas anexas a las fincas de la hacienda, fracción de tierra [...] de un latifundio y, posteriormente, entra al catálogo de las categorías censales para denominar las localidades más pequeñas en la escala poblacional” (Ídem)



Familia de Brigido Amador en El Bosque: casas de piedra con techumbre de hoja de palma



Familia Amador y Encinas, Rancho Las Paredes: casas de piedra y carrizo, con techumbre de hoja de palma

Ante este carácter polisémico, Barragán considera que se debe entender al rancho en virtud de las funciones que se cumplen en él, es decir, define el rancho como un tipo particular de residencia y de vivienda, habitado por personas con una forma de aprovechamiento de los recursos que tiene a la mano y una manera particular de apropiación del entorno. Sugiere entonces que, independientemente de cómo se defina, el rancho está íntimamente ligado al *patrón de establecimiento*, al *aprovechamiento de los recursos que circundan* el espacio habitado y, por supuesto, al *paisaje modelado a partir de prácticas productivas y territoriales*.

Por último, es importante mencionar que Barragán, en este ejercicio genealógico opta por distanciarse de la artificiosa dicotomía moderna de individuo y sociedad, y decide hablar mejor de sociedades rancheras, las cuales, por cierto, caracteriza con tres rasgos fundamentales: *el aislamiento, el individualismo y la autonomía*.

Estos tres rasgos pueden ser explicados analizado espacialmente en la geografía sudcaliforniana; organizando matrices cognitivas y observando detalladamente las prácticas cotidianas en los espacios rancheros. Y particularmente en el siguiente apartado, la descripción nos va permitir distinguir una localidad rural peninsular, de una localidad ranchera.

3.2 De la localidad rural al rancho sudcaliforniano: hacia los márgenes de La Soledad

Las sociedades rurales en México podrían ser caracterizadas positivamente, a partir de una matriz de saberes bioculturales y, posiblemente, vía negativa, realizando una distinción precisa con las formas ciudadanas de metabolizar socialmente la naturaleza. Independientemente de las relaciones que se puedan establecer con la organización del tejido social urbano, si hay algo que les caracteriza a estas sociedades es su heterogeneidad; es decir, sus diferencias. Las sociedades rurales son un mosaico multicolor de formas de pensar y experimentar la naturaleza, aunque desde el pensamiento citadino y occidental se suponga lo contrario. Henri Lefebvre reconoció las limitaciones racionales del modo tradicional de occidente de pensar lo rural, y la cuestionó amablemente de la siguiente manera:

¿Cuántos de nuestros ciudadanos, intelectuales, e incluso historiadores o sociólogos que atraviesan uno de nuestros pueblos, y descubren su rostro original o incierto extrañando su monotonía, o admirando su pintoresquismo, son conscientes de que este pueblo no se reduce a un amontonamiento accidental de hombres, animales y cosas, de que su examen nos revela una organización compleja [...]?” (Lefebvre 1978: 19)

En Baja California Sur sucede algo similar. Si bien en algún momento se sugirió que quienes aquí han forjado sus formas de vida son parte de una cultura del desierto, las sociedades rurales se expresan indistintamente en las sierras y en las playas y, me parece, salvo contadas y muy valiosas excepciones, no hemos hecho un esfuerzo real de reconocer³⁶ su complejidad y sobre todo, la trascendencia de elucidar su organización.

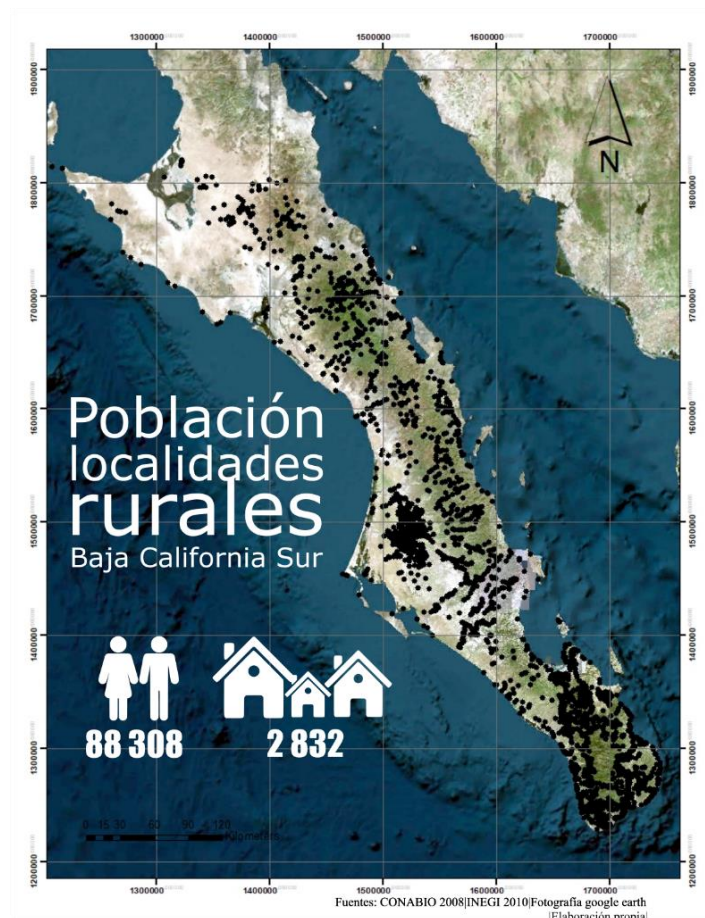
Esto no significa que no se haya estudiado a la península ni a las sociedades rurales que en ella habitan. Un de los problemas es que muchos de los que han realizado un esfuerzo por explicar científicamente el mundo rural sudcaliforniano, lo han hecho anclados en una tradición que considera prioridad mirar el mundo a partir solamente de datos duros o metadiscursos, y las interpretaciones que se han hecho con ello no necesariamente *corresponden* a las realidades estudiadas pero, se supone que, al hacerlo así, se caracterizan los fenómenos de manera objetiva (Leff E., 2004; Latour B., 2013), que en el último de los casos presuponen que de eso se trata la ciencia.

³⁶ Entre otras cosas, me parece que alcanzamos a hacerlo porque muchas y muchos científicos seguimos anclados en nombrar el mundo a partir de datos que no necesariamente corresponden a la realidad estudiada, y, sobre todo, porque la racionalidad con la que operamos no es lo suficientemente humilde para suponer que existen además de la nuestra, otras formas de racionalidad más avanzadas o por lo menos, igual de importantes.

Solo basta con revisar los criterios oficiales con los que se distinguen las sociedades rurales de las urbanas, y poner algunos ejemplos sobre los usos de este tipo de datos, para dar cuenta de la simplificación que aún prevalece en la academia.

Es de todo conocido que el INEGI define las localidades rurales en función de la cantidad de personas que habitan un espacio determinado, es decir, denomina localidad rural a aquellas localidades habitadas por menos de 2500 personas y considera urbanas, a las localidades que están habitadas con 2501 o más personas. No importa lo que haya hecho posible que el espacio donde estas localidades se establezcan sean un lugar para alguien, y menos importa lo que allí sucede y lo que está por venir o suceder. No importa si la localidad rural es un rancho o una comunidad de pescadores, y si una localidad o un complejo de localidades tienen un territorio propio. Lo realmente significativo para que oficialmente una localidad sea rural o sea urbana, es la cantidad de personas que viven relativamente cerca unas de otras.

En Baja California Sur según datos del mismo INEGI (2010), existen alrededor de 2832 localidades rurales y un total de 83 208 personas habitándolas. Estas cifras contrastan con las más de 612 344 personas que habitan las 18 localidades urbanas, nos hace pensar que solo un 13% de la población se desarrolla en un ámbito no urbano.

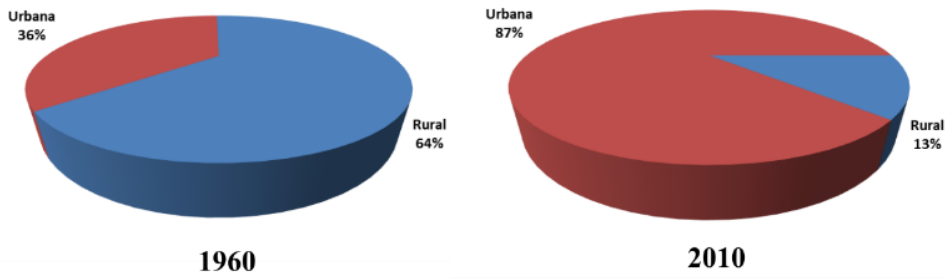


Quienes hacen investigación social bajo una perspectiva similar a la del INEGI, asumen la pertinencia de organizar datos cuantitativos y determinar con ellos una serie de conclusiones, muchas veces en detrimento de una posible comprensión de las formas de vida que se estudian. Por ejemplo, a partir del análisis de información sobre mortandad, natalidad y migración, importantes investigadoras regionales han organizado información de la población rural de Baja California Sur por edad y género, modelando con ello pirámides sociodemográficas con las que aseguran que la ruralidad en la península está en franca extinción (Castorena 2011). Información, por cierto, que además de presentarse contundentemente, una y otra vez se difunde en foros, coloquios, seminarios de investigación. A pesar de la precisión con la que los sociólogos organizan y profesan este tipo de datos, se supone que quienes investigan deben contribuir en la elucidación del mundo que se está interviniendo (teóricamente, por lo menos) y en cambio, parece que se busca con ello legitimar determinadamente viejas conclusiones -¿la urbanización planetaria?-, que más allá de ayudar a comprender la organización biocultural de las sociedades rurales en Baja California Sur, las invisibilizan lapidariamente, con el argumento que ya no tiene sentido hablar de algo que está casi muerto, histórica y socialmente hablando.

Entendemos que los datos en ocasiones se presentan con bastante contundencia, pero no por ello debemos irnos de bruces. A nosotros por ejemplo nos interesa distinguir de las localidades rurales, los ranchos. Y específicamente, aquellos que se encuentran en las sierras que componen la provincia fisiográfica Sierra de La Giganta. Llevemos a un extremo la información demográfica presentada hace un momento, para que veamos como siempre se puede sacar provecho de la estadística.

Si contrastamos los datos actuales con datos similares, pero de hace 50 años, podremos ir convenciéndonos de que la tan vitoreada urbanización planetaria, de la que tanto tiempo y tantas personas han hablado, tiene bastante sentido y pudiera ser hasta obvio hablar de ella. Y es que, en solo 50 años, según los datos del mismo INEGI, la distribución rural-urbana cambió radicalmente.

**DISTRIBUCIÓN POBLACIÓN RURAL Y URBANA
BAJA CALIFORNIA SUR**

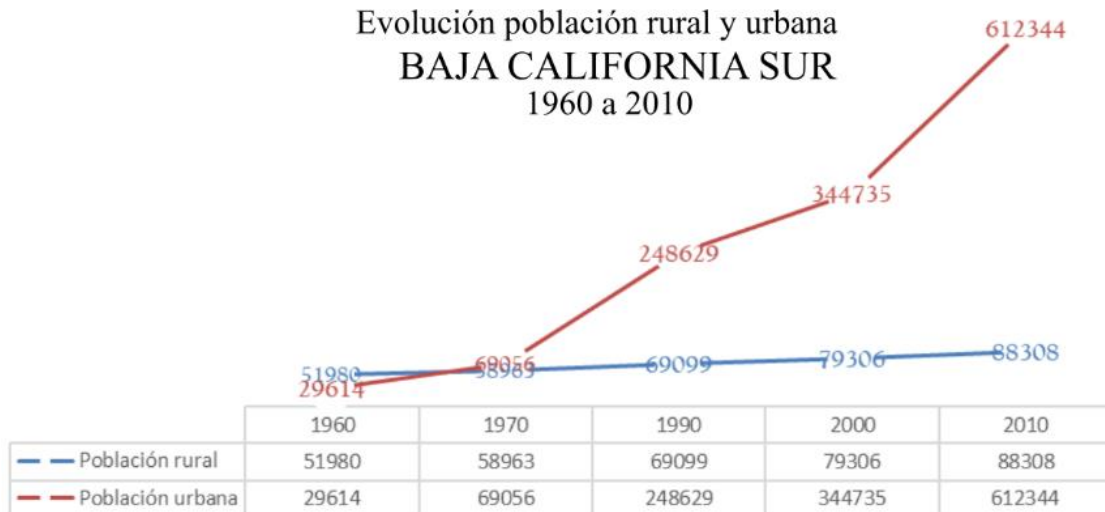


Fuente: INEGI/Centro de Documentación de Historia Urbana/UABCS

En 1960 según vemos en la gráfica anterior, 29 612 personas, que representaban 36% de la población total del entonces territorio sur de la península de Baja California, vivían en solo 2 localidades urbanas, que por cierto eran las únicas que existían. Mientras 51 980 personas, vivían en 1200 localidades rurales. Estamos hablando entonces que, según los criterios del INEGI, la mayor parte de la población experimentaban una realidad rural, independientemente de lo que esto signifique.

Ahora, si vemos los datos en una línea progresiva de tiempo, no solo podremos ver el contraste entre lo urbano y lo rural, sino además la evolución sociodemográfica que se dió en un periodo relativamente corto. Y así aparece una península eminentemente rural, a otra, en franco proceso de urbanización.

**Evolución población rural y urbana
BAJA CALIFORNIA SUR
1960 a 2010**

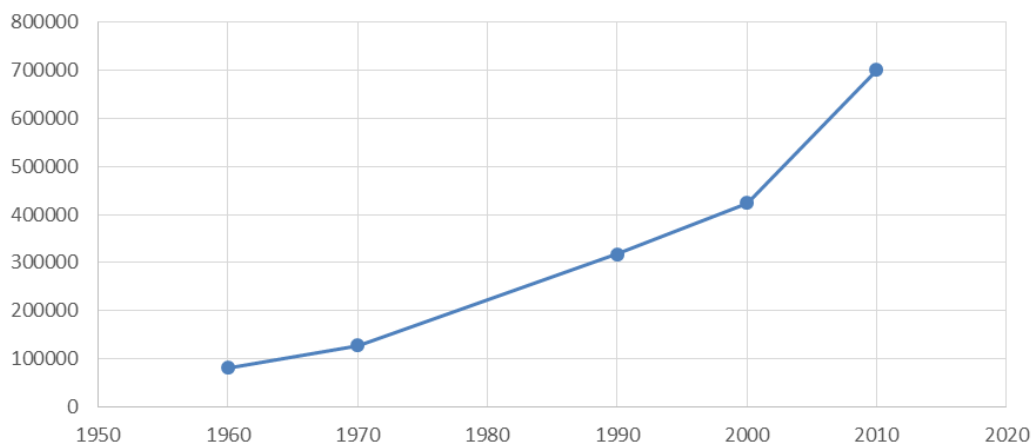


No se puede dejar pasar dos cosas que llaman la atención en este gráfico. El primer apunte que es necesario hacer, es sobre la década de 1970, donde a partir de ella el crecimiento urbano fue exponencial, la cual responde a la tendencia general de crecimiento de la

población de Baja California Sur. Este dato coincide con la infraestructura urbana desarrollada en toda la península, empezando con la carretera transpeninsular que conectó el Estado de Baja California con el territorio Sur. También se inauguró el aeropuerto comercial en la ciudad de La Paz y el puerto de altura de Pichilingue, que permitía el flujo de mercancías y personas con mayor facilidad. Además de la instalación del centro de radio y televisión local en la misma ciudad.

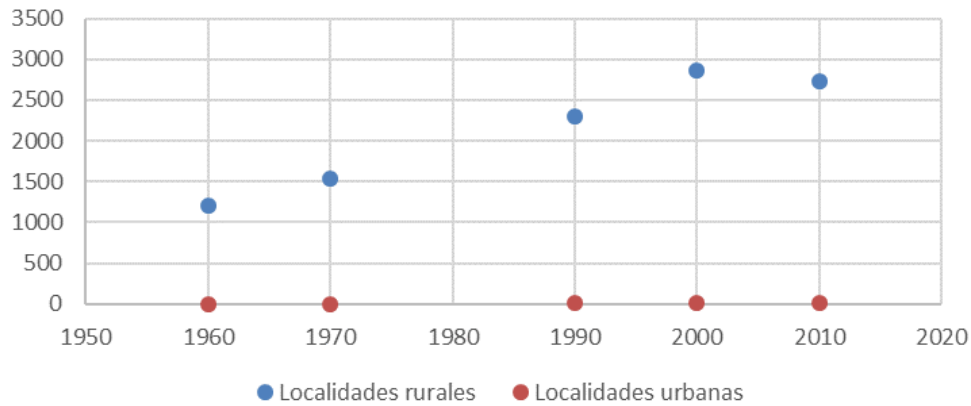
“Para 1970 ya eran 129 mil habitantes, y para 1980 llegaron a ser 215 mil. En poco tiempo, Baja California Sur explotó demográficamente, lo que no fue una casualidad. A partir de la década del 70, diría Castorena Davis, Baja California Sur inició un doloroso proceso de modernización que hasta la fecha, no ha concluido.” (Piñeda T. F., 2018)

Crecimiento demográfico Baja California Sur 1960-2010



Por otro lado, si añadimos un dato más a esta ya de por sí contundente información; como el desplazamiento temporal de las localidades; la interpretación sobre la franca urbanización peninsular se vuelve lapidaria. Las localidades rurales en 1960 eran 1200, y en ellas se concentraban 51 980 personas. La población urbana, en cambio, se concentraba en solamente 2 localidades. Hoy existen 2832 localidades rurales y 18 urbanas, pero la distribución de población como vimos anteriormente es radicalmente distinta, ya que la población rural representa solo del 13% del total.

Evolución de localidad rurales y urbanas
BAJA CALIFORNIA SUR
1960 a 2010



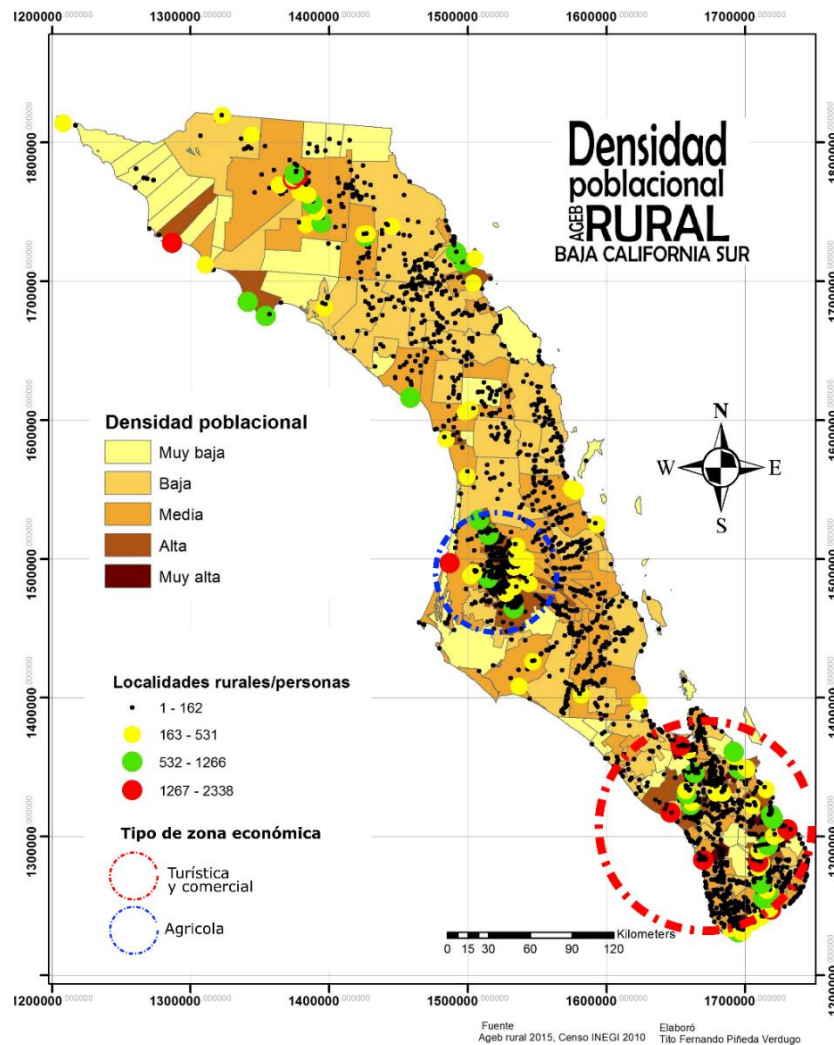
No obstante, tampoco se puede dejar de ver una cierta tendencia de crecimiento de la población rural, incluidas las localidades donde estas se establecen. Se dio un crecimiento paulatino de 51 980 personas en 1960 a 99 684 personas en el 2010. Al igual que el incremento de localidades rurales. Cuantitativamente se puede decir entonces, que prácticamente viven casi el doble de personas en las zonas rurales, que hace 50 años.

No nos interesa defender a ultranza la idea de que las formas rurales de vida en Baja California Sur van *in crescendo*, en el tiempo, y que la metodología para determinar la extinción de las sociedades rancheras dice más sobre una posición político-cultural de quien la defiende que de una reflexión profunda sobre las formas de vida ranchera. Pero eso es lo que nos sugieren los datos que tenemos a la mano. Como dirían en los ranchos, uno siempre puede echar ramajes de todo tipo a su molino.

Recordemos que el objetivo de esta primera parte de este último capítulo es distinguir al rancho de una localidad rural. Para ello podemos seguir haciéndonos preguntas y minimizar los posibles riesgos de caminar una ruta estéril y, sobre todo, alejarnos de nuestras propias idealizaciones. Porque mantener este paso y justificar a toda costa nuestros prejuicios sería como caminar en tiempos de seca, sobre la *ceja* de un cerro, buscando un poco de agua: peligrosa la hazaña, y seguramente inútil. La necesidad de hidratarnos en lugares donde no existen muchos recursos, puede hacernos caminar sobre falsos senderos y, matarnos de hambre y sed. Igual nos sucede a los investigadores con los datos a los que nos aferramos. Es importante matizar las sugerencias lapidarias que muchas veces nos permitimos hacer con los números en la mano, como, por ejemplo, asumir que realidad rural en la península se expande.

En efecto, los datos demuestran un crecimiento demográfico a partir de la década de 1970, exponencial. E incluso, existen muchas más localidades rurales que hace 50 años. Y entonces la pregunta obligada es ¿En dónde se establecieron las nuevas localidades rurales? y, ¿de dónde salieron las personas que hoy las habitan? Veamos con los datos presentados anteriormente, como crece la población en Baja California Sur, a lo largo de 50 años.

La primera respuesta se ha contestado de distintas maneras a lo largo del tiempo. Por ejemplo, según lo demuestra el siguiente mapa de densidad poblacional que elaboramos con los datos del censo del 2010 y las Áreas Geo-estadísticas Básicas Rurales; las zonas donde se desarrollan las actividades económicas más importantes en Baja California Sur aparentemente se han convertido en grandes vectores que atraen y concentran a la población rural en las periferias: en el Valle de Santo Domingo que es fundamentalmente zona agroindustrial; y por otro lado, en la bahía de La Paz y la región del Cabo, que es una zona eminentemente turística y comercial.



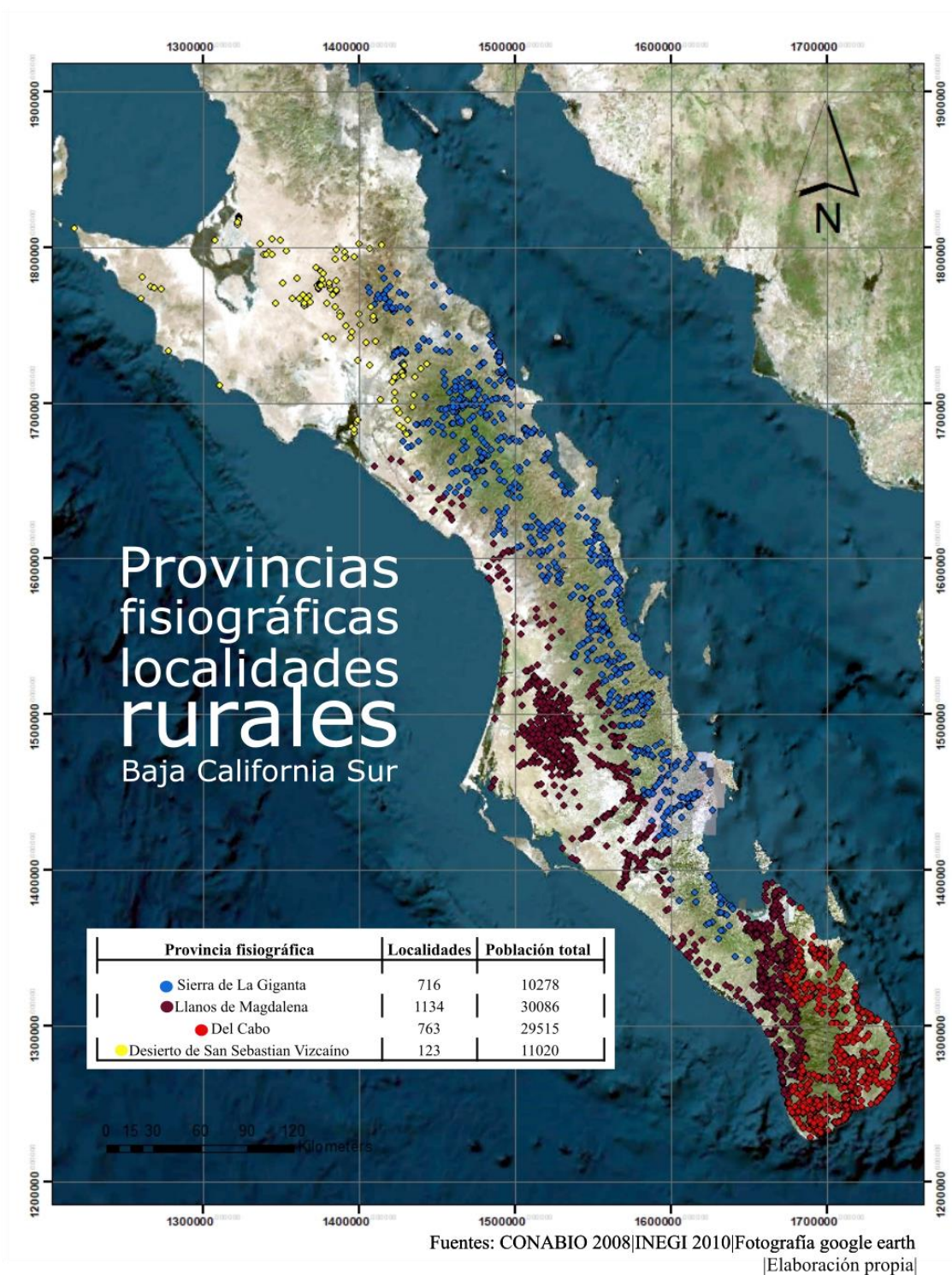
Esto nos puede hacer suponer que las formas de vida de estas localidades poco o nada tienen que ver con las tradicionales maneras de vivir en el desierto y las sierras. No contamos con ninguna otra magnitud que nos ayude a demostrar esto, así que por el momento debemos seguir especulando alrededor de la vieja tesis sobre las ciudades como nichos predilectos de los flujos migratorios producidos por la economía de mercado³⁷.

Si se pone atención al mapa anterior es posible percatarse que existe en la parte central de la península, una columna relativamente continua y homogénea con localidades de poblaciones entre 1 a 162 personas. Se tratan de localidades relativamente poco pobladas, porque están ubicadas en la subprovincia fisiográfica Sierra La Giganta. La misma fisiografía de La Giganta no permite poblaciones muy grandes.

Aguzando el análisis, dividimos las localidades rurales por subprovincia fisiográfica, a saber: Llanos de Magdalena, Los Cabos, Desierto de Vizcaíno y Sierra La Giganta. Como se pueden imaginar, la mayor cantidad de habitantes se encuentran en los Llanos de Magdalena y en Los Cabos, porque en su interior se realizan las dos actividades económicas más importantes del Estado: el comercio, el turismo y la agro-industria. Después tenemos la provincia fisiográfica de Vizcaíno, que cuenta con 11 020 habitantes y, por último, con la menor cantidad de pobladores, el polígono de la provincia fisiográfica sierra de La Giganta.

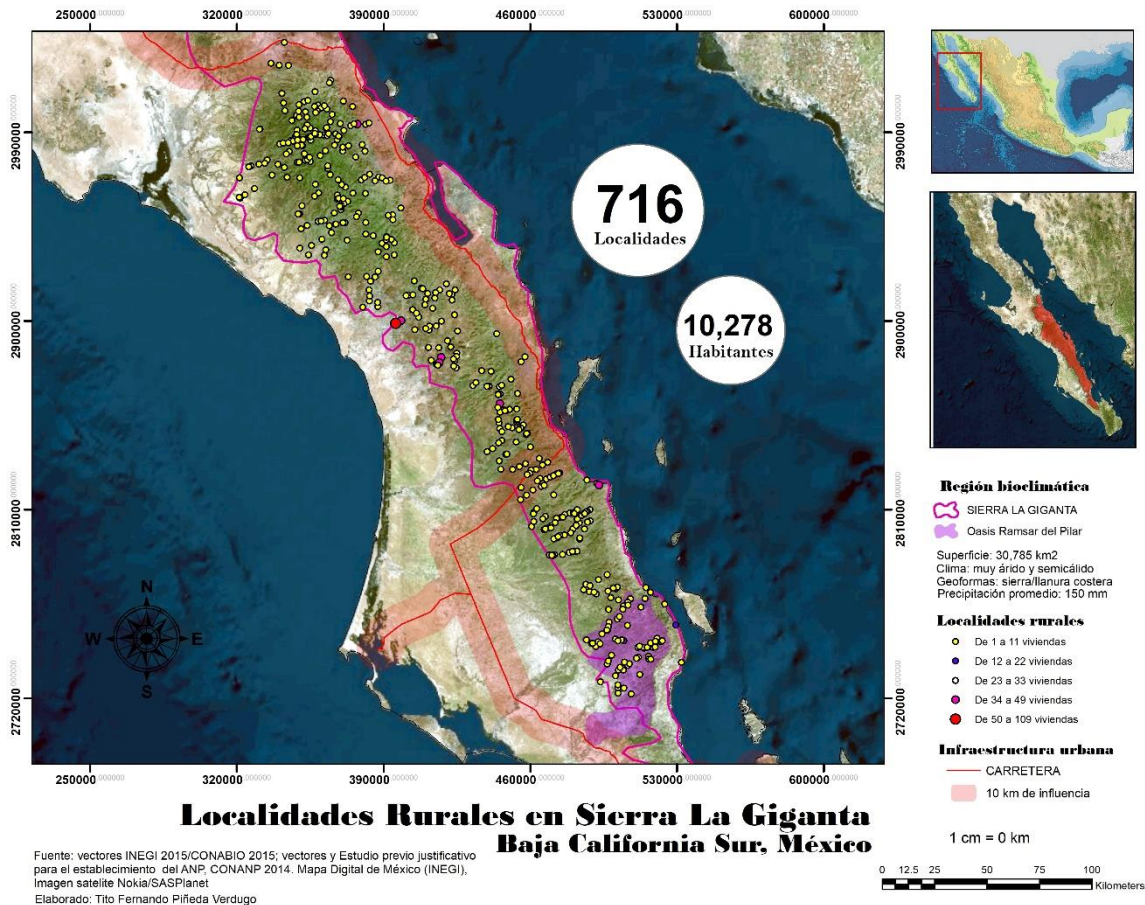
Cabe destacar que, a pesar de contar con menos habitantes, Sierra La Giganta no es la zona con un menor número de localidades. En esta subprovincia hay 716 localidades rurales, a diferencia de la subprovincia del Desierto de Vizcaino, que solo cuenta con 123.

³⁷ Castorena Davis menciona en un ejercicio narrativo que realiza para dibujar las transformaciones sociales y urbanas de la ciudad de La Paz, que la organización de las ciudades está mediada siempre por el mercado: *“Las ciudades no pueden crecer por sí mismas, deben asegurarse un continuo suministro de nuevos hombres y con ellos nuevas necesidades que la ciudad debe de satisfacer. El ajetreo de una ciudad se debe a la cada vez más compleja división social del trabajo. [...] el mercado la enraíza, la tierra la nutre y los hombres la mueven. No importa las dimensiones del mercado ni el lugar que ocupe, el caso es que exista (...) La vida diaria de una ciudad se nutre del mercado”* Castorena 2000: 75.



Como se habrán dado cuenta, hemos focalizamos nuestra atención en la subprovincia fisiográfica Sierra la Giganta; y esto no es casualidad, ya que las condiciones geológicas y ambientales, a pesar de su aparente hostilidad, les ha hecho posible a miles de personas mantenerse viviendo entre las piedras. No solo ahora, sino desde hace miles de años. Y en efecto, nosotros nos mantenemos firmes con la hipótesis de que quienes habitan las sierras hoy solo pueden hacerlo si mantienen una relación profunda con su ecosistema, su fisiografía y por supuesto, el hábitat que construyen.

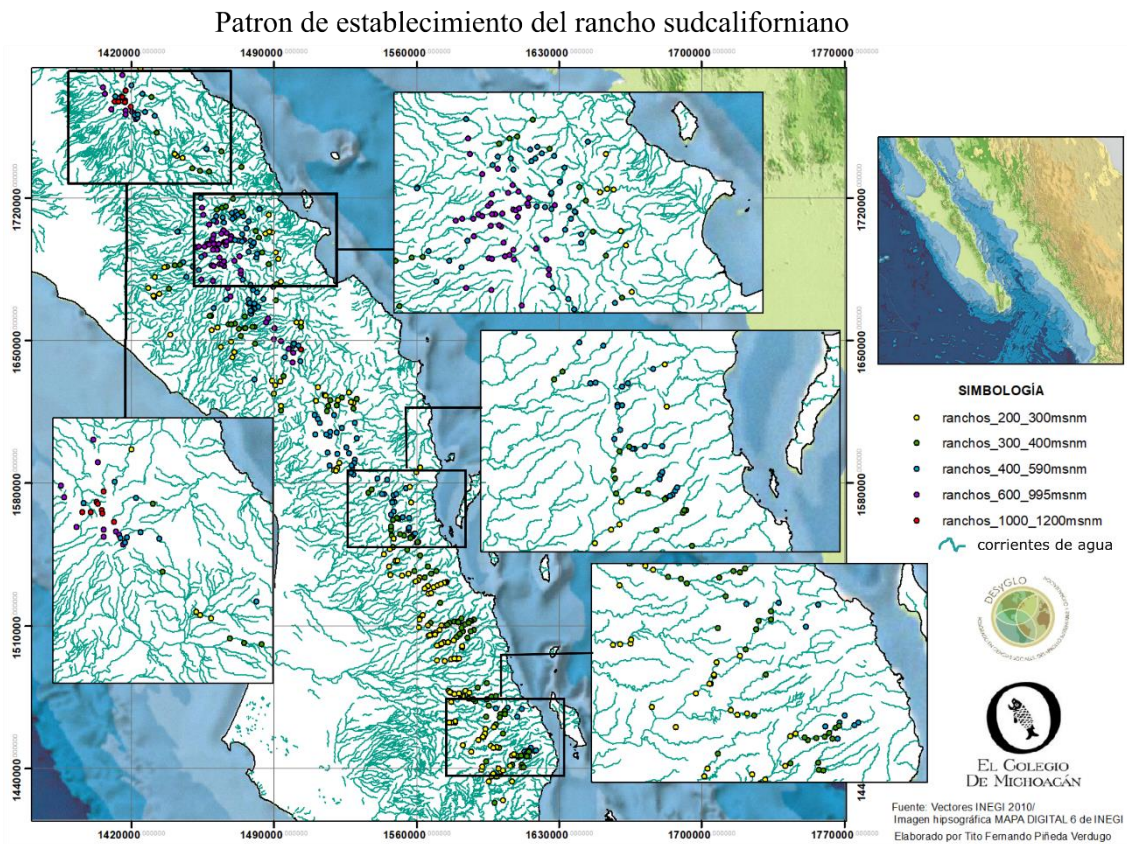
No podemos asegurar aun que todas las localidades rurales que están al interior de la Sierra La Giganta son ranchos, pero si podemos seguir caracterizándolas para avanzar en la distinción. En nuestros trabajos de campo alrededor de los ranchos del sur de la sierra La Giganta, en las inmediaciones de la sierra de Las Cacachilas y en los lomeríos de la sierra de La Laguna (Piñeda, Barreto y Paes, 2006) nos percatamos que todos los ranchos visitados tienen una densidad poblacional muy baja y que ello se manifiesta en la poca cantidad de viviendas que puede soportar un espacio en la sierra. Por este motivo, decidimos también hacer un re-clasificación de las localidades rurales por el número de viviendas habitadas, pudiéndonos percatar con ello que efectivamente, la mayoría de las localidades que allí se encuentran son rancho donde no sobrepasan las 11 viviendas.



En esta clasificación de localidades, sobresalen pequeños pueblos serreños como lo serían San Javier, San Miguel y San José de Comondú, que históricamente los que allí viven y han vivido lo han hecho gracias a actividades productivas como la ganadería semi-extensiva y la agricultura de subsistencia, que son las dos principales actividades

productivas rancheras. En estos lugares, vale añadir, los vestigios del paisaje misional impulsado por los padres jesuitas no solo se limitan al sistema hidráulico, los huertos a la orilla de los arroyos y los corrales ganaderos; además, estos pueblos cuentan con infraestructura eclesiástica de siglos.

Otro de los datos que nos pareció relevante para nuestra primera distinción, lo obtuvimos al relacionar las variables sociodemográficas con elementos topográficos e hidrológicos. En este esfuerzo, relacionamos flujos hídricos (arroyos y cañadas) en la sierra con estas localidades y pudimos dar cuenta de un cierto patrón de establecimiento. Digamos que los desplazamientos o el nacimiento de las localidades rurales en estos 50 años que han pasado, han requerido seguir un patrón que nosotros llamaos eco-estratégico, es decir, todos los ranchos visitados cuentan con un ojo de agua o alguna poza donde se captura de manera natural, el recurso hídrico. Eso permite generar las condiciones de habitabilidad, y realizar actividades agrosilvopastoriles. En el siguiente mapa percibe relativamente fácil, un patrón que está determinado por los flujos hídricos de las serranías.



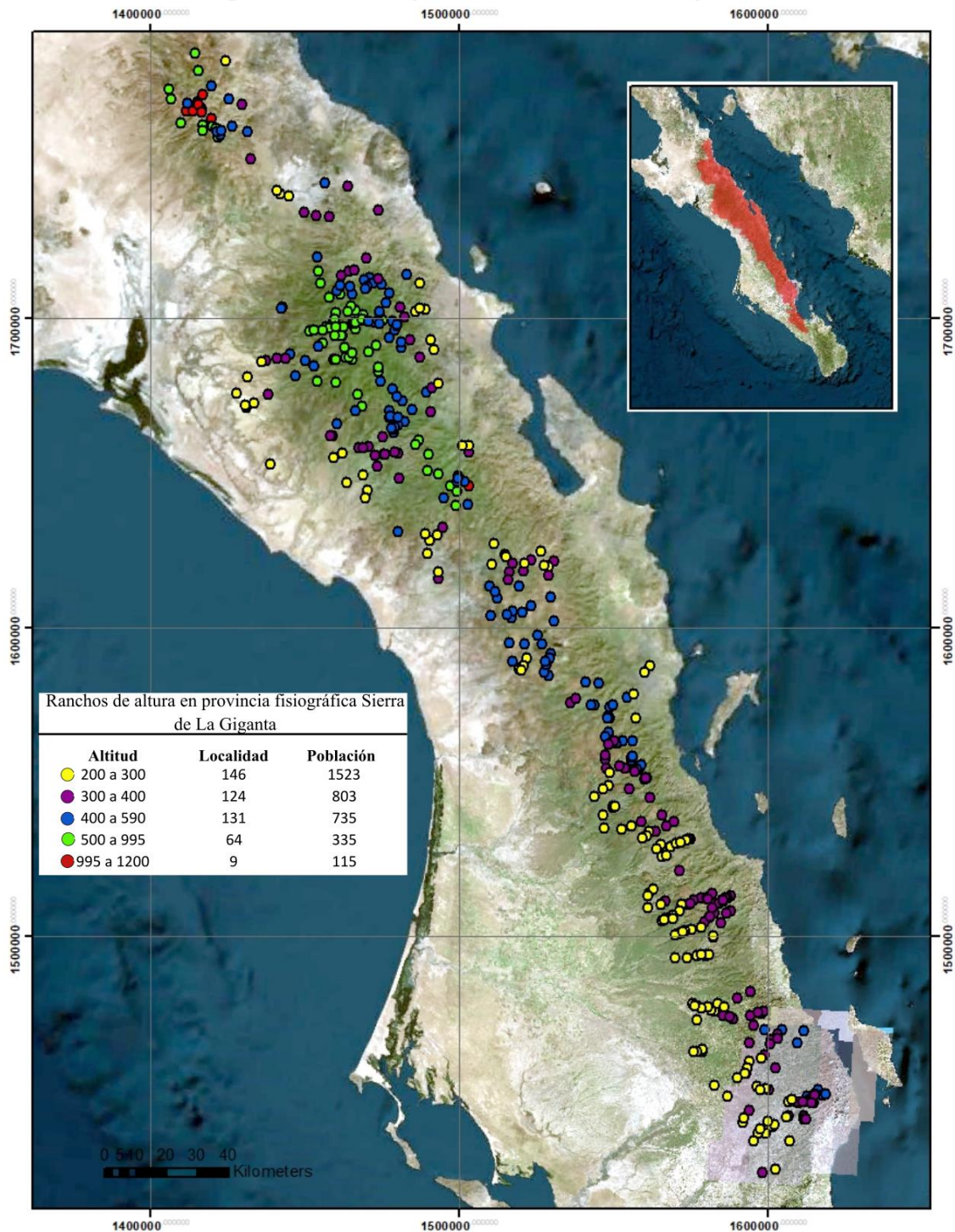
Si se ha seguido con cuidado los datos que hemos presentado, se habrá percatado el lector que nos hemos concentrado en una caracterización general de las localidades rurales, sin realizar de fondo una propuesta que nos permita dar una respuesta relativamente clara a la pregunta ¿En dónde están enclavados los ranchos sudcalifornianos?

En los siguientes apartados de este capítulo tendremos oportunidad de presentar detalladamente los datos que recopilamos en la zona sur de la Sierra de la Giganta, específicamente en la subdelegación de la Soledad. Sin embargo, podemos adelantar que identificamos un complejo de saberes de las familias que habitan ese territorio, sobre el uso de 60 plantas silvestres. Usos diversos como medicina humana (y no humana), alimento (humano y no humano), construcción, tintura, higiene, combustión, perfumes o productos artesanales. Poco más del 30% de estas plantas utilizadas se encuentra entre los arroyos, en las huertas o las parcelas de las familias rancheras a no menos de 300 y nomás de 400 msnm; el resto, las ubican y las extraen de ser necesario, de las faldas de los cerros, los rincones, las cumbres, las cañadas y las mesas, a más de 400 y no más de 700 msnm.

Considerando estos últimos resultados, además del criterio altitudinal utilizado para el análisis florístico y la delimitación de la poligonal de la Eco-región SG que presentamos en el capítulo anterior, nos permitimos realizar una clasificación de las localidades rurales con el mismo criterio. Al clasificar las localidades ubicadas más allá de los 200 m.s.n.m. y distanciarnos de la caracterización oficial del INEGI, nos permitimos hablar con menor riesgo (metodológicamente hablando) de ranchos y pueblos rancheros, porque insistimos, quienes hoy viven en las cordilleras y en las estribaciones de la sierra de La Giganta, lo pueden hacer si sus formas de vida están estrechamente vinculadas con sus entornos ecológicos y sus dinámicas o bio-ritmos.

La cantidad de localidades disminuyó significativamente con esta clasificación, porque de 716 localidades que existen en el polígono de la subprovincia fisiográfica sierra de La Giganta, estaríamos ahora hablando de 474 ranchos serreños. Y de las 10 278 personas que habitan las localidades totales de la subprovincia Sierra de La Giganta, nos debemos referir ahora a una población aproximada de 3500 personas que representa, solamente el, 4.3% del total de población que el INEGI considera como parte de la ruralidad sudcaliforniana (y de casi la tercera parte de la población de La Giganta). En la cartografía que elaboramos y les presentamos a continuación se puede percibir con mayor facilidad cómo mientras más al sur de la península se encuentren los ranchos, estos están a menor altitud.

Ranchos serreños subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta



Fuente: Satelite Google Earth | INEGI 2010 | CONABIO 2008
Elaboración Tito Fernando Piñeda Verdugo

Al margen de nuestras razones por las cuales nos mantenemos erguidos observando el las sociedades rurales con el cuidado que se merece, está forma identificar el rancho en una condición geológica y climatológica como la que caracteriza la peninsular, nos permite

establecer también una relación teórica entre la realidad rural sudcaliforniana y las sociedades tradicionales rancheras de otras regiones del país, que han sido estudiadas por grandes investigadores como el mismo Barragán, Martha Chávez o José Lameiras. En pocas palabras, esta determinación nos permitió dibujar una primera aproximación a las formas sociales de arranchamiento en México.

López Santillán (2004) en su trabajo sobre el desplazamiento de rancheros (y sus ranchos) hacia la costa michoacana, recupera los planteamientos de Barragán y Chávez, mencionando que el “rancho es un pedazo de tierra apropiado por una familia, con carácter de provisional, ubicado en lugares serranos prácticamente aislados” (López-Santillán 2004: 68). A ella le queda claro que las prácticas rancheras son trashumantes, porque los rancheros y sus familias se “van apropiando de las porciones de tierra en las que llegan para instalarse, pero no siempre de forma permanente o definitiva ya que existe una enorme movilidad basada en la búsqueda permanente por acceder a nuevas tierras y niveles de estatus social” (López-Santillán, 2004:69). Con las palabras del mismo Barragán, podemos decir que, desde el siglo XVI, la “combinación de bajas densidades de población y alta dispersión del hábitat con escasa presencia de población indígena, han sido características [...] de espacios geográficos rancheros” (Barragán 1997: 117)

En el caso de Baja California Sur el desplazamiento y establecimiento de los ranchos en las inmediaciones de las serranías, se dio hasta el siglo XVIII, paralelo a la crisis de la corona española, como lo dejamos de manifiesto en el capítulo anterior. Sin embargo, como hemos perfilado con los datos presentados hasta aquí, la baja densidad poblacional y la dispersión a lo largo y ancho del brazo rocoso peninsular, son también dos de las características propias de la producción espacial ranchera sudcaliforniana. Incluso, nos atreveríamos a sugerir que no solo es una característica, sino una condición propia del *arranchamiento*.

Los patrones de establecimiento se pueden explicar de diversos modos. Por lo pronto podemos enunciar tres de las principales características de estos patrones. La primera es la condición geográfica en la que se establecen los ranchos; en las agrestes zonas escarpadas de las sierras que componen la subprovincia sierra de La Giganta es imposible el desenvolviendo de localidades muy pobladas. La condición climatológica del ecosistema de montañas en los desiertos, que se caracteriza por la escasa precipitación pluvial y la poca tierra fértil, obliga a la cercanía de recurso hídrico para la producción de alimentos y la manutención de ganado. Y socioculturalmente, las trayectorias de las familias que han vivido en las sierras, han dejado de manifiesto que conforme se

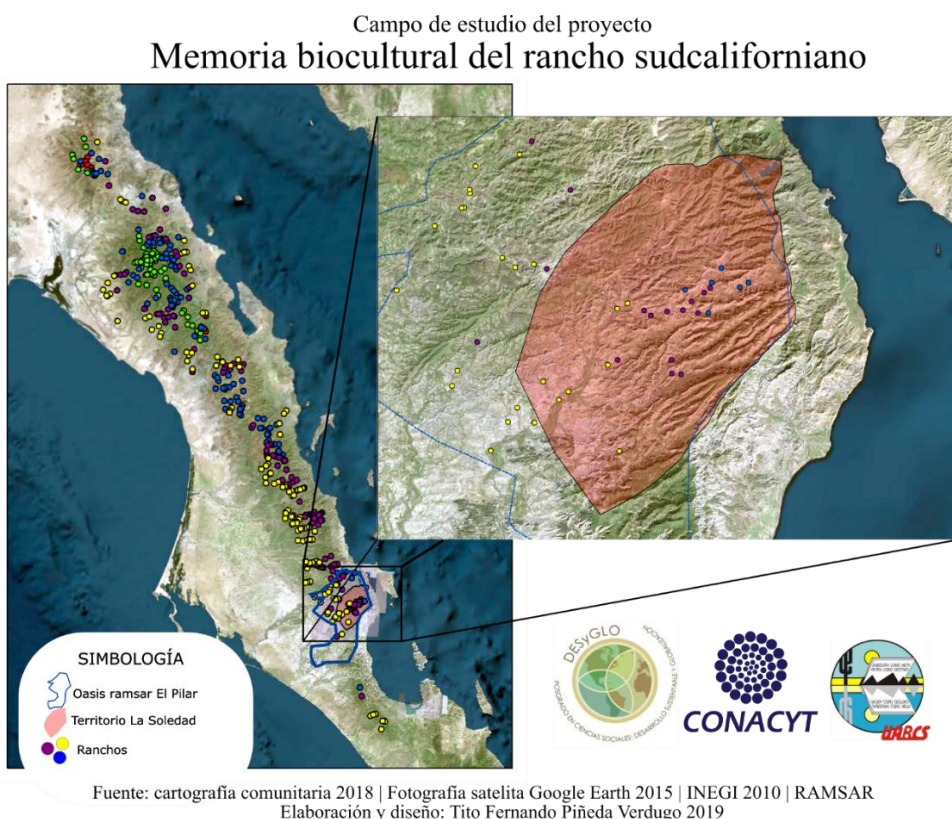
constituyen nuevas familias éstas se desplazan iniciando nuevos procesos de arranchamiento.

En estas condiciones ambientales, ecológicas y geológicas han vivido miles de personas a lo largo de generaciones. Frente a las situaciones cotidianas propias de los desiertos y ante la necesidad de reproducir la vida en un ecosistema de montaña como al que ya caracterizamos, insistimos que se ha tenido que establecer una fuerte relación cognitiva, afectiva y simbólica de las personas y sus entornos inmediatos. Y tal vez, sea precisamente gracias a esta escasa densidad demográfica que sea posible que las formas de vida rancheras se mantengan abigarradas a las piedras.

3.3 En los márgenes de La Soledad: el lugar de avistamiento

Desde La Soledad vamos a intentar responder las preguntas a las que le venimos siguiendo la huella. Lo vamos hacer, así como cuando los rancheros campean en la sierra, caminan la piedra y encuentran a su ganado aquerenciado en un rincón, a un costado del arroyo. Lentamente encaminan sus animales al corral, poco a poco. Así, poco a poco vamos ir encontrándole respuestas a nuestras preguntas

La Soledad es un territorio al norte del municipio de La Paz, Baja California Sur, México. Ese territorio es nuestro campo de estudio, y está constituido por más de veinte ranchos.



Quienes allí han vivido se han enraizado a las piedras, a un costado de los arroyos y muy cerca de los ojos de agua, como todos los ranchos sudcalifornianos. Su geografía de montaña es compartida con todas aquellas familias que decidieron arrancharse y mantenerse abigarrados a la Sierra del Mechudo, que es parte de la gran Sierra de La Giganta.

Ranchos de La Soledad



MODELO DE ELEVACIÓN DIGITAL/ArcScene

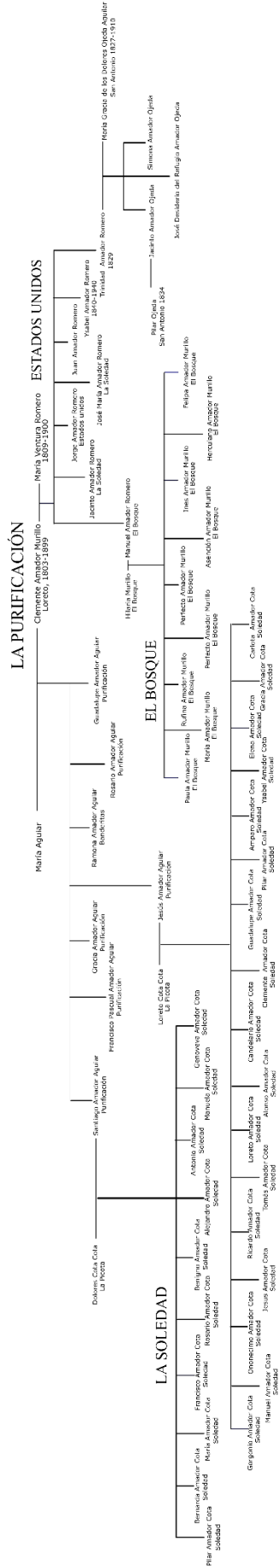
Fuente: Curvas de Nivel 10mts/Imágenes satelitales SasPlanet/INEGI 2015
Mapeo comunitario 2018

La Soledad es también una subdelegación, que constituye junto a otras 11, la delegación de Los Dolores. 7 de las 11 subdelegaciones están en zonas serranas, a saber: Santa Rita, San Fermín, San Pedro de la Presa, El Paso de Iritú, El Caporal y Santa María de Toris.

Cada una de estas subdelegaciones se constituye, a su vez, por un complejo de ranchos, los cuales están relacionándose entre sí por una diversidad de factores: por el trabajo, las fiestas, la memoria, el consumo (producidos interna y externamente), pero sobre todo, por sus lazos familiares. En el territorio de La Soledad está el rancho de La Purificación, La Primera Agua, el Bosque, el Segundo Bosque, Las Paredes, Buena Vista, Las Tunitas, La Matancita, Los Queleles, Las Cuevas, El Potrero, San Dionisio, La Ilusión, Agua del Barro, el Agüita (Aguajito), Santa Rita del Coyote, La Soledad, El Corral Falso, las Bebelamas, el Corral de Piedra, La Bajada Verde, Cerro del Toro y San José.

La Purificación, digamos que es el rancho madre. Ahí se asentaron los primeros pobladores de esta zona, sembrando la semilla de Amadores que poco a poco fue expandiéndose en el territorio. El Censo General de 1851, ya se contabiliza a quienes habitaban este rancho y El Bosque.

Árbol genealógico* 1era. y 2da. generación del poblamiento del territorio de La Soledad



Censo de la Baja California del 24 de agosto de 1851
 Padrón de habitantes de la jurisdicción de intermedios desde San Luis hasta San Hilario correspondiente al año 1851 (pma, ii-v-47/L8-6ff, 0460)

Rancho	Personas	Edad	Género	Estado Civil	Empleo
Purificación	Clemente Amador	57	M	Casado	Labrador
	Ma. Aguias	33	F		
	Juana Amador	24	F		
	Isabel	22	F		
	Guadalupe	16	F		
	Rosario	14	F		
	Ramona	10	F		
	Francisco	7	M		
	Santiago	5	M		
	Jesús	2	M		
Bosque	Cayetano	2	M		
	Juan Ma. Cárpio	16	M		
	Trinidad Amador	34	M	Casado	Labrador
	Gracia Ojeda	26	F		
	Juana Amador M.	8	F		
	José	6	F		
	Florentín	4	M		
	Juan Acuña	1	M		
	Petra Adarga	29	M	Soltero	Serviente
	Jocinto Amador	18	F		
Jose Ma. Amador	30	M	Soltero	Labrador	
Manuel Amador	27	M			
Pilar Ojeda	25	M			
Taras su hija	28	F	Soltera	Costurera	
Trinidad Amador	7	F			
Peregrino	2	F			
Peregrino	1	M			

*Realizado por Micaela Amador del rancho Purificación

James Arraj (2014) menciona que la era de los rancho en esta zona serrana comenzó “casi inmediatamente después de que los indios de Los Dolores y San Luis Gonzaga fueran expulsados” (Arraj J., 2014: 253). No alude a una fecha exacta, pero suponemos que se refiere al momento en el que se decide abandonar estas misiones, en 1768. En el caso del territorio de La Soledad, coinciden la mayoría de los que viven en él, que fue Clemente Amador, su esposa Ventura Amador y sus hijos e hijas, además de su segunda esposa María Aguiar y sus hijos e hijas, quienes se emplazaron en lo que hoy conocemos como La Purificación, El Bosque y La Soledad.

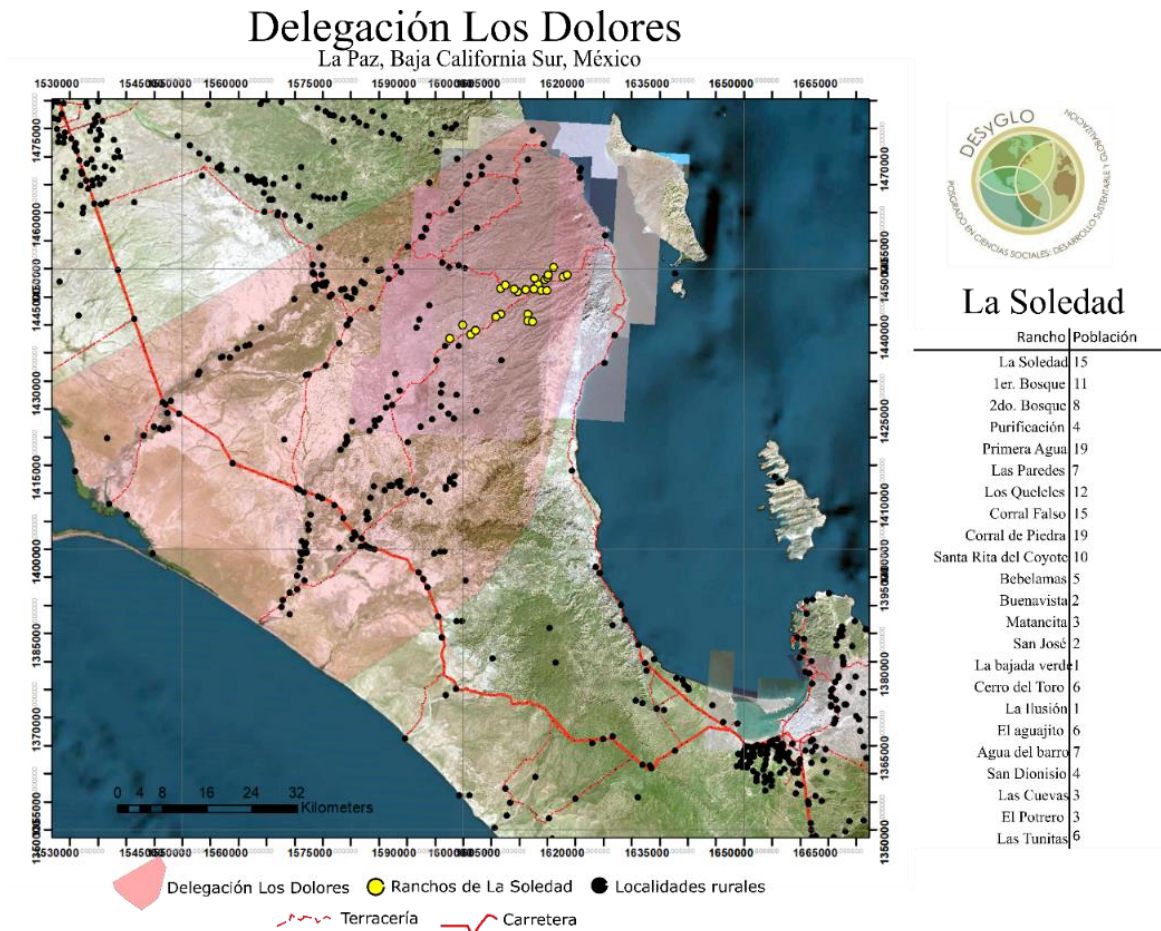
Panteón de La Purificación y lápida de la tumba de María Aguiar



"Aquí descansan los restos de la finada María Aguiar que falleció el día ... de 1883 de 66 años de edad"

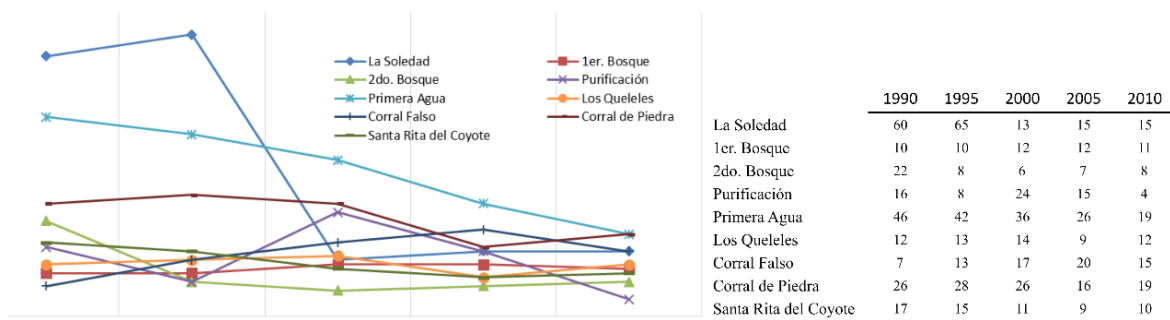
Esto se puede corroborar con el Censo de 1851, y además, con el incipiente árbol genealógico se puede explicar que el establecimiento de los ranchos en un territorio como el de La Soledad, se dio de manera orgánica, es decir, “es muy probable que de los primeros ranchos del área salieron los hijos a quienes ya no soportaba la casa principal del rancho. Esos hijos se iban arriba o abajo del arroyo, o encontraban un manantial sin explotar y con la ayuda de sus familias iniciaban un nuevo rancho” (Arraj J., 2014: 286). Solo así se explica cómo en la Soledad el apellido que predomina en todos los ranchos que componen este territorio, es el de Amador.

Para dirigirse al territorio de La Soledad, desde la ciudad de La Paz, hay que viajar con dirección al norte; en el kilómetro 114 se ubica la cabecera delegacional conocida como La Pocitas, que según los últimos datos del INEGI cuenta con 345 habitantes, de los cuales 186 son hombres y 149 mujeres. Esta es la localidad con mayor población de la región de Los Dolores.



El territorio de La Soledad, según datos del INEGI, actualmente cuenta con 169 habitantes. La población de algunos ranchos ha ido disminuyendo conforme pasan los años. Así lo demuestran los datos del INEGI de 1990 al año 2010.

Población ranchos de La Soledad 1990-2010



Fuente: INEGI

Si tomamos al pie de la letra estas trayectorias podría ser evidente un fenómeno de vaciamiento de las localidades rancheras, sin embargo, atendiendo las narrativas de quienes históricamente han vivido en el territorio de la Soledad, entendemos que los flujos migratorios se han intensificado y de alguna manera, quienes salen de sus casas a trabajar, sobre todo los jóvenes, como históricamente se ha hecho, ya no regresan, haciendo realidad el fenómeno de la incompletud del rancho sudcaliforniano. Lo que está sucediendo entonces, diría Gonzalo Encinas Amador, es que el rancho se está quedando incompleto.

Las actividades de los ranchos son variadas y distintas unas de otras. La organización del trabajo doméstico; el cuidado de los animales y la huerta, requieren un gasto energético importante, más aun en las condiciones en las que se desenvuelven, geográfica, geológica y ambientalmente, las familias rancheras. En ese sentido, si bien son actividades que se puede realizar por una sola persona, es sumamente pesado llevarlas a cabo de manera individual. Desde que el sol sale entre las montañas hasta que empieza a caer, el rancho requiere movimiento. Si bien han cambiado muchas cosas en el tiempo, la esencia del trabajo es el mismo, y en ese sentido, se requieren que las prácticas y los saberes se compartan en el día a día.

Leyendo algunas descripciones de hace un siglo sobre las actividades diarias en un rancho serreño y leyendo *in situ* al rancho contemporáneo, no encontramos muchas diferencias. Por ejemplo, a mediados del siglo XIX el comerciante francés Cyprien Combier, quien navegó por el Golfo de California para levantar cargamentos de cueros, describe la vida del rancho ampliamente, de tal manera que nos permite percatarnos del esfuerzo permanente que significa vivir entre las piedras:

“El quehacer de los rancheros consiste en montar a caballo y mula, desde muy de mañana para observar su ganado, estropear caballo y mulas, sacrificar los animales cuya carne nutre a la familia y sirve para el trueque, y finalmente en el secado y preparación de la carne, el cuero y el sebo que puede venderse como sobrante. Es sin lugar a dudas que debemos atribuir tanto a este modo de vida como a su origen, su carácter independiente y noble orgullo que se hacen patentes a primera vista. Son generalmente buenos, serviciales. Su ropa consiste en una camisa de algodón, pantalones y un abrigo de cuero de venado curtido y preparado por ellos mismos y decorado de diferentes maneras por las mujeres... Los quehaceres domésticos, la educación de los pequeños, la ordeña de las vacas y la elaboración de queso son sus funciones exclusivas. Su incomparable fecundidad se debe sin duda, a un físico fuerte que se mantiene por la comida sencilla y ordinaria pero abundante. No es extraordinario encontrar entre las madres de cuarenta años con familias de quince o hasta veinte hijos en buena salud; es excepcional ver alguna de esta edad con menos de una docena de hijos. Uno se sorprende por doquier de la cantidad prodigiosa de hijos que les rodean. Este espectáculo graba en la mente un

concepto de crecimiento que se manifiesta en el incesante establecimiento de nuevos ranchos en lugares anteriormente deshabitados” (Crosby 2009: 115)

Lo veremos en un momento pero es importante adelantar que la movilidad y el tránsito de las personas ha sido una constante al interior de los territorios rancheros, sin embargo desde hace 30 años, las personas no están regresando a sus lugares de origen. Como lo sugieren los datos que presentamos sobre el incremento poblacional en las zonas urbanas, la gente está aquerenciándose en otro lugar, fuera de la sierra y bajo los principios economicistas de la buena calidad de vida. En este caso, el dato que aparece más significativo para articularse con los datos anteriores, es la trayectoria del rancho de La Soledad, que por cierto es junto a La Purificación y El Bosque, uno de los ranchos más antiguo del territorio. En él se percibe una disminución importante de población, de 60 habitantes que hubo en la década del 90, a 15 habitantes que pueblan el rancho el día hoy³⁸.

Comentábamos anteriormente que las estribaciones de las sierras que componen la fisiografía La Giganta, tienen sus relieves paralelos a la costa, con suaves pendientes por el oeste y escarpadas hacia el Golfo de California. La Sierra del Mechudo, donde viven cada una de estas personas, obviamente no es la excepción.

Comentamos también que estas sierras están formadas principalmente de rocas de origen ígneo, cuyo afloramiento revela presencia de rocas vulcanoclásticas y volcánicas, lo que determina que las actividades productivas que las familias rancheras realizan cotidianamente, dependen en buena medida de este tipo de ecosistemas. La ganadería, por ejemplo, a diferencia de otras regiones del país, es una ganadería semi-extensiva, donde en tiempo de secas los animales requieren ser alimentados en los corrales, ya sea por el forraje sembrado en las huertas familiares o bien con plantas y cactáceas del monte grande; y en tiempo de agua, que es el tiempo que precede a las primeras lluvias, el ganado es encaminado hacia las zonas de pastoreo (querencias) a lo largo de los meses.

Es importante recordar que las características geo-morfológicas son condición para que las grandes cuencas de la península nazcan precisamente en estas zonas. De hecho, la cuenca El Pilar-Las Pocitas, que es aprovechada por las familias rancheras de La Soledad, es parte del sitio Ramsar Oasis de la Sierra del Pilar, decretado así en 2007. Fue declarado como sitio Ramsar, por 2 razones fundamentales:

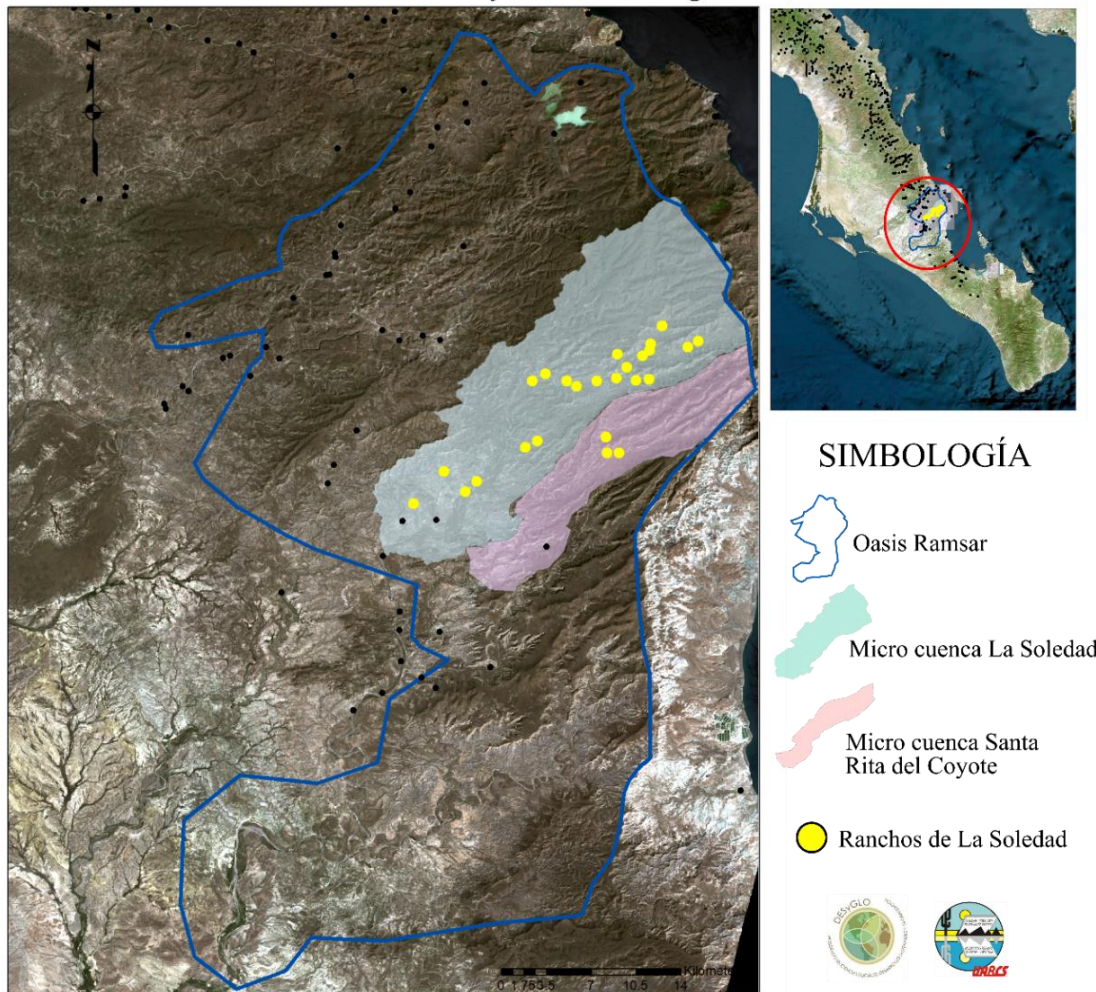
³⁸ incluso menos, porque es importante destacar que los últimos datos que se tienen son de 2010

- 1) Porque sus humedales representan ecosistemas en zonas áridas únicos en México y fundamentalmente, porque constituyen una de las escasas fuentes de agua superficial. Además, estos humedales son ecosistemas muy frágiles por las condiciones endógenas (sequías prolongadas) y exógenas (ganadería semi extensiva y siembra no sustentable) a las que se enfrentan.
- 2) Porque los humedales de la cuenca el Pilar-Las Pocitas, son el único hábitat conocido de especies como “Sardinilla peninsular” (*Fundulus lima*) y “Cucharilla peninsular” (*Gobiesox juniperoserrai*), la cual, esta última, es una especie en peligro de extinción, según la NOM-059-ECOL-2001..

Las actividades cotidianas de las familias rancheras están delineadas en buena medida; y eso lo veremos en un momento con toda la cartografía comunitaria que se construyó; por las fronteras naturales de dos microcuencas que tuvimos oportunidad de reconstruir mediante el análisis de un Modelo de Elevación Digital.

Territorio de La Soledad

Oasis Ramsar y Cuencas hidrográficas

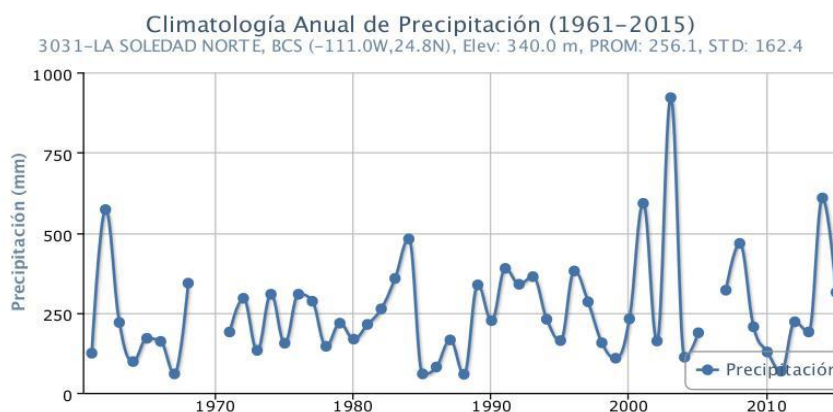


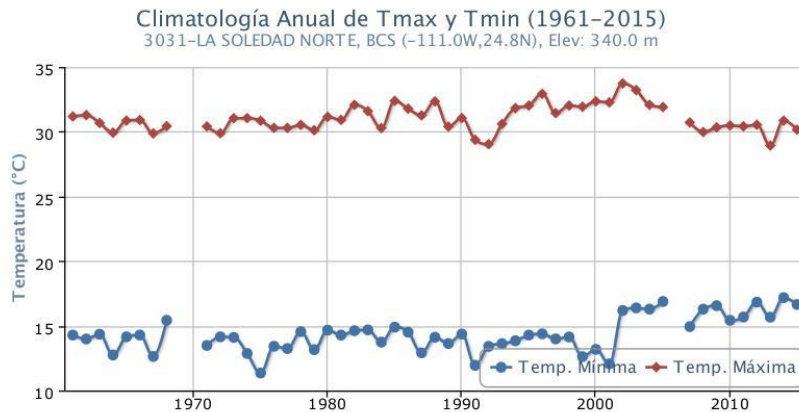
Fuente: Fotografía satelital LandSat | Sitio RAMSAR | INEGI 2010 | Curvas de Nivel 10 mts
Elaborado: Tito Fernando Piñeda Verdugo

En esta región podemos encontrar la flora característica de los desiertos, pero también, vegetación riparia y oásica, lo que permite el desarrollo de una gran diversidad de especies animales, algunos de ellos, tal y como lo mencionamos hace un momento, únicos de la región. Se puede encontrar lo que se conoce como secano, zona cardones, pitahayas, choyas, biznagas, viejitos; palo verde, uña de gato, palo blanco, palo adán, mezquite, lomboy, agaves, gobernadora; o guaco, hierba del manso, levántate Juan, que se encuentra principalmente sobre el cauce de los arroyos que atraviesan la planicie y las serranías. Más adelante presentaremos datos sobre el uso de flora silvestre y cómo es que, el monte puede ser, a partir de este conocimiento, como una farmacia viva.

En el caso de la fauna, tanto al desierto como a los humedales, le pertenecen los grupos de mamíferos terrestres, aves residentes y migratorias, reptiles, anfibios y peces. Mamíferos podemos encontrar los conocidos como juancito, venado, borrego cimarrón, gato montés, coyote, liebre, puma, murciélago, ratón, zorra, zorrillos y tejones. Reptiles y anfibios como lagartijas cornudas, cachoritas de tierra, lagartija de piedra, víbora de cascabel, víbora chirrionera, sapos y ranita verde. Aves, como búho, zopilote, churea, chacuaca, cardenal, gavián, gorrión común, lechuza, queleles, pájaro carpintero, calandria, entre otros.

Independientemente de las características bio-ecológicas de la zona, el gran problema para las familias rancheras que allí viven, es la escasez y la variabilidad hídrica, y por supuesto las altas temperaturas. Según los datos de CONAGUA que se obtuvieron de la estación climatológica ubicada en el territorio de La Soledad, el promedio anual de lluvia es 254 mm y una temperatura máxima promedio de 31°C y 14°C como mínima.



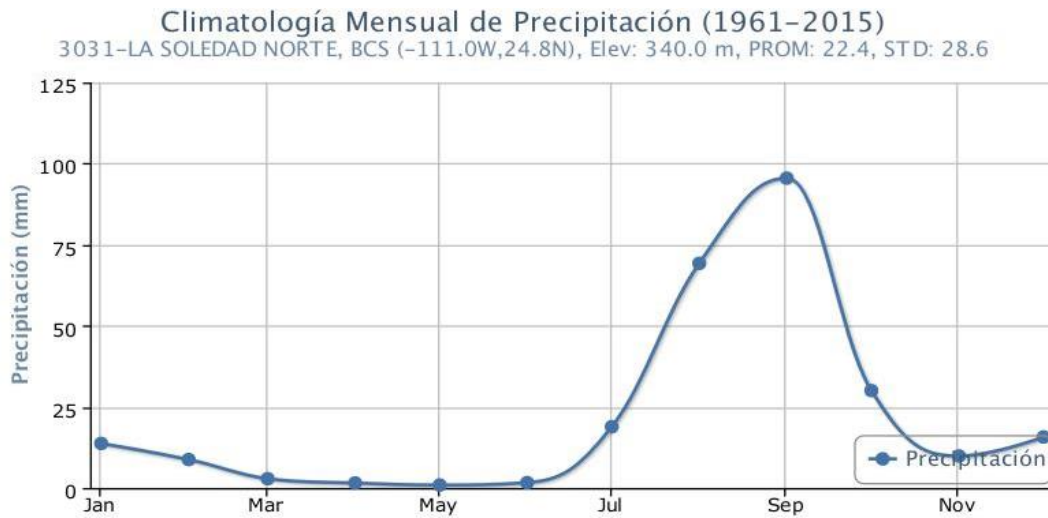


Es importante realizar algunos apuntes al respecto, ya que estos datos están íntimamente ligados con el calendario climático que incide prácticamente en todas las actividades rancheras, e incluso, modifica sustancialmente los estados de ánimo de sus habitantes. Además, los datos se pueden leer de distinto modo, si lo hacemos bajo la lógica temporal ranchera.

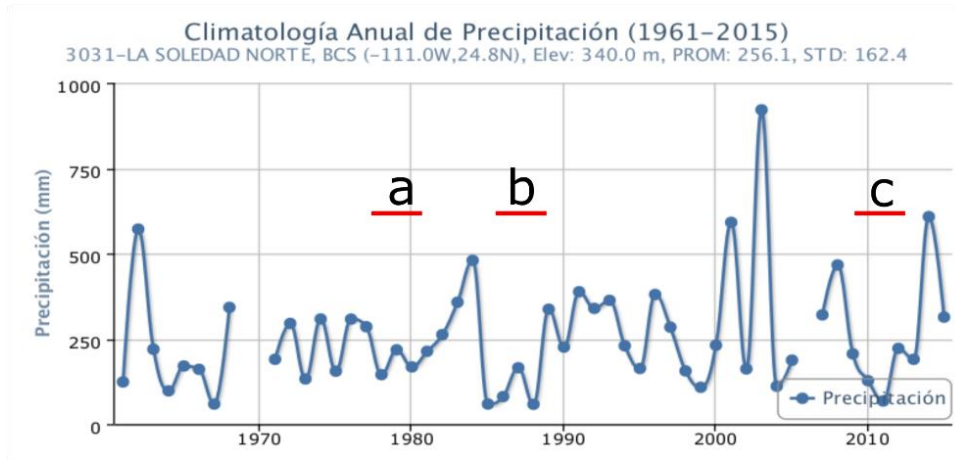
Para los rancheros y sus familias el año se divide en dos grandes momentos: el tiempo de agua y el tiempo de secas. La referencia de las secas es regularmente el paisaje, ya sea del monte o del rancho y sus huertas, que se pone *triste* cuando no llueve. Es el momento más complicado para las familias rancheras: anímica y económicamente. Es pesada económicamente hablando, sobre todo, porque el ganado regresa de su querencia para ser mantenido en el corral, y eso implica un costo económico para la alfalfa o concentrado; o bien, en las huertas lo que se siembra en esa época es regularmente para forraje, desabasteciendo a la familia de hortaliza, tubérculos o granos para el alimento diario. Su condición de seca depende de la lluvia anual, entonces puede haber secas muy prolongadas, que se convierten en sequía si estas duran dos a 5 años, o bien, puede haber años en que llueva mucho y sobre todo varios meses, y no se resiente aunque no haya sido gran cantidad de agua la precipitada, pero fue relativamente continua y por varios meses, que se haya filtrado entre las piedras; manteniendo así el monte “verde y bonito”, y los aguajes y las tinajas proveyendo del recurso sin descanso.

Por otro lado, también es el momento cuando más pesado anímicamente se vuelve vivir en el rancho. Y no es para menos. Muy poca agua; las plantas en las huertas están delgadas y sedientas; el monte grande seco y las vacas flacas; la dieta se reduce a un plato de frijol y arroz; y la idea de deshacerse de uno o dos animales reiteradamente orbita por las cabezas de cada integrante de la familia.

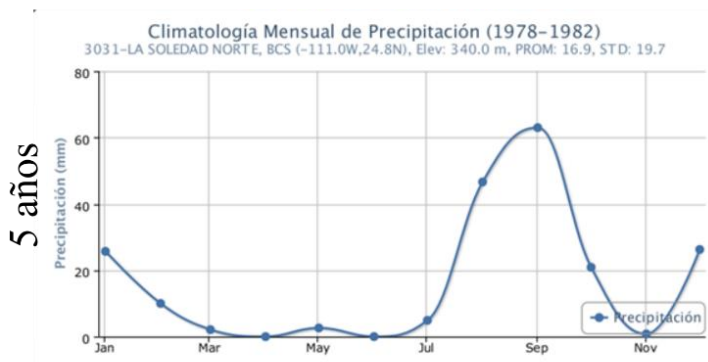
Si bien los meses de secas varían, en promedio se puede decir que inician en el mes de abril y culminan en el mes de agosto, según la lectura o el tanteo ranchero. Esto corresponde, de alguna manera u otra, con el promedio mensual de lluvias que se presenta en el siguiente gráfico con los datos que proporciona la CONAGUA.



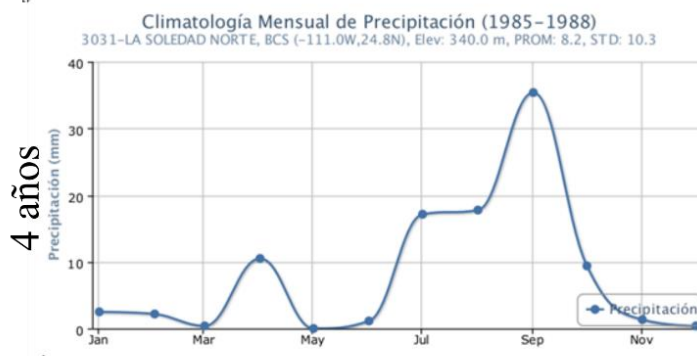
En este último gráfico si se pone la mínima atención puede percatarse que, en promedio, los meses que más más ha llovido, que es julio, agosto, septiembre (y en algunas ocasiones diciembre y enero, con las conocidas equipatas) realmente llueve menos de 100mm, lo que es crítico. Pero si uno recupera de nueva cuenta los promedios anuales de lluvia entre 1960 y 2015, se puede dar cuenta que no existe ningún momento en la gráfica donde podamos leer siquiera un lustro con lluvias regulares a buenas. En cambio, hay momentos donde las secas duran hasta tres y cinco años, y la precipitación promedio en los meses de lluvia no alcanza siquiera los 80mm



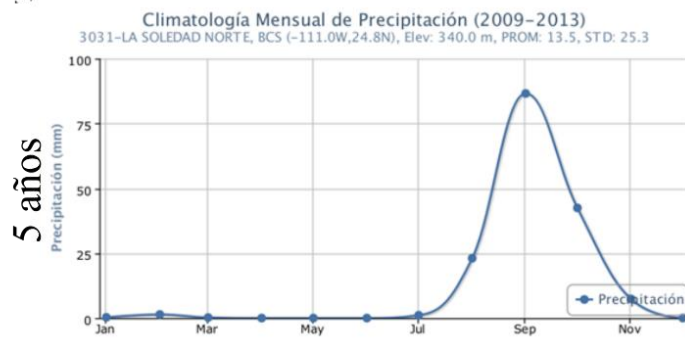
Secas continua



a



b

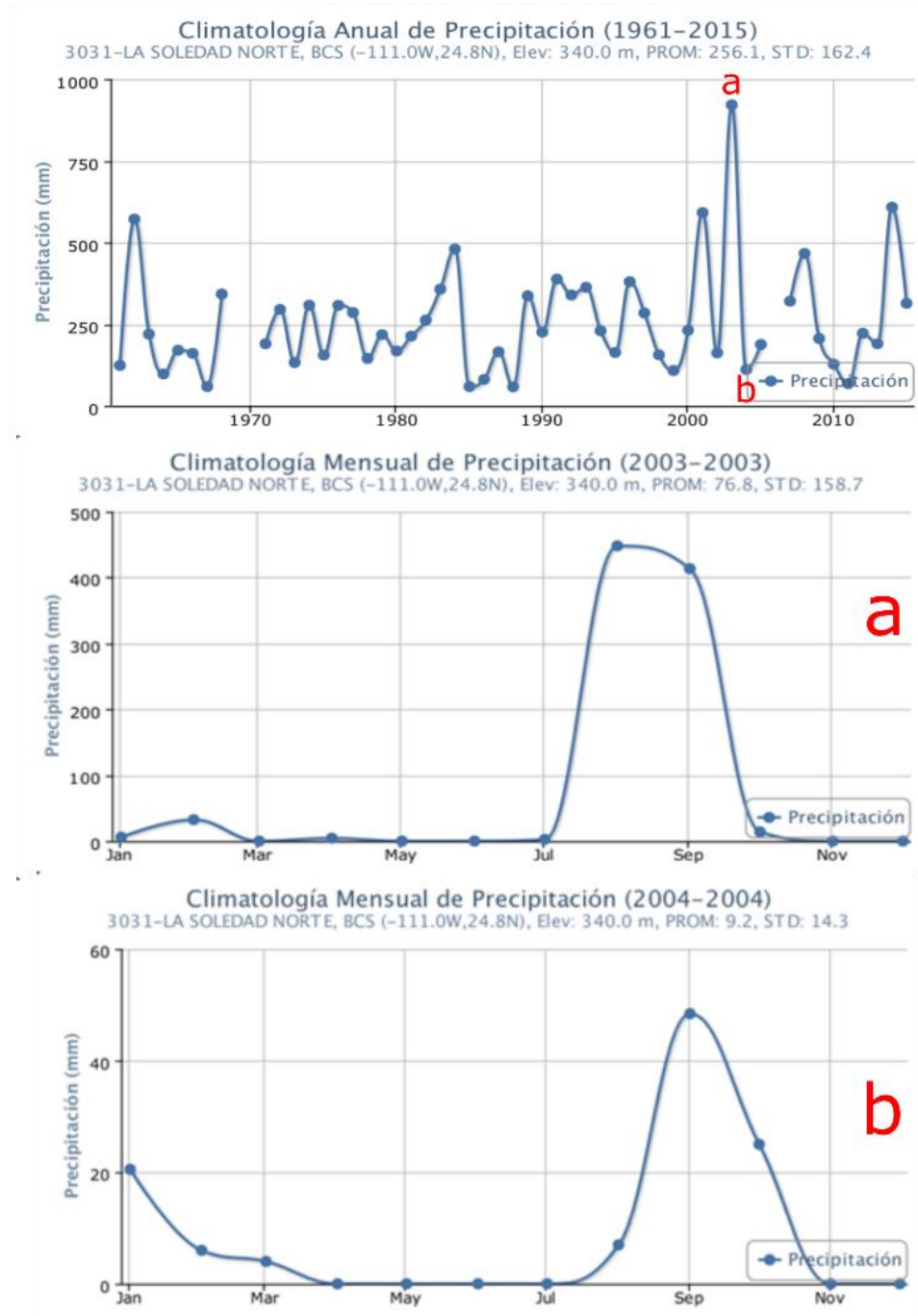


c

Las secas y las sequías son los grandes problemas a los que se enfrentan años tras años las familias rancheras. Esto ha obligado a los rancheros sudcalifornianos a trabajar bajo el principio de incertidumbre, porque incluso, un año de buena lluvia no asegura dos o

tres años con las mismas características. Por ejemplo, en el año 2003, gracias a la tormenta tropical Ignacio, se alcanzó una precipitación de casi 1000mm, y al año siguiente, la lluvia no alcanzó ni siquiera los 50mm.

Variabilidad lluvia

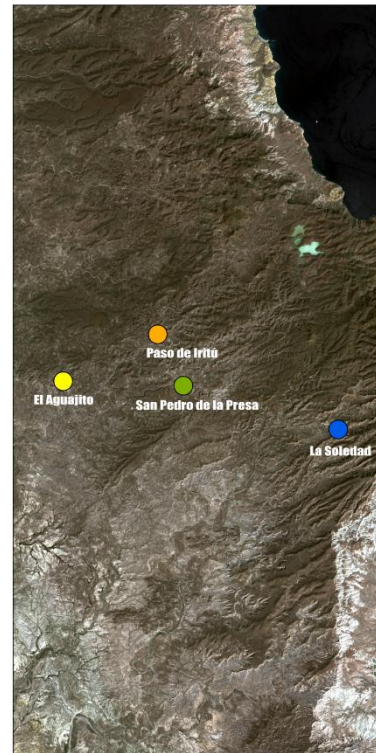
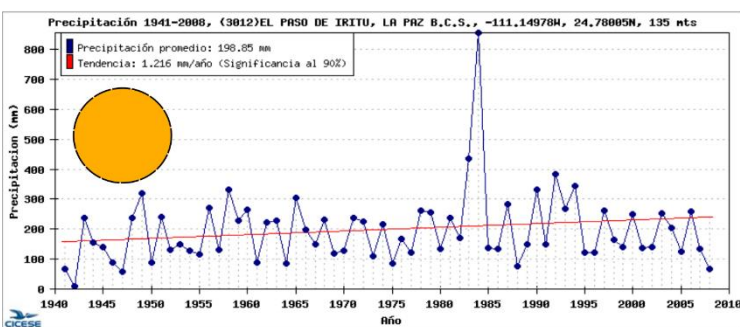
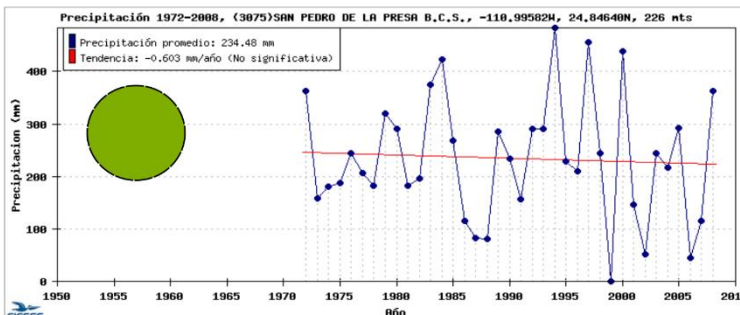
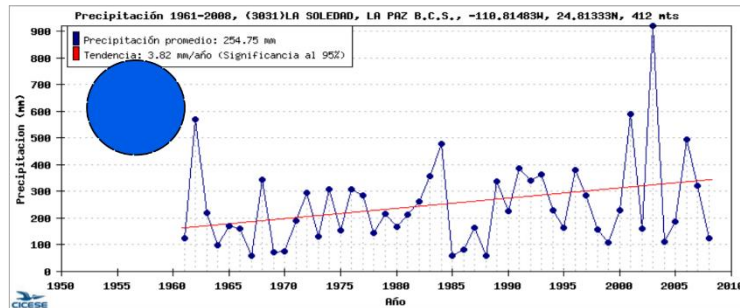
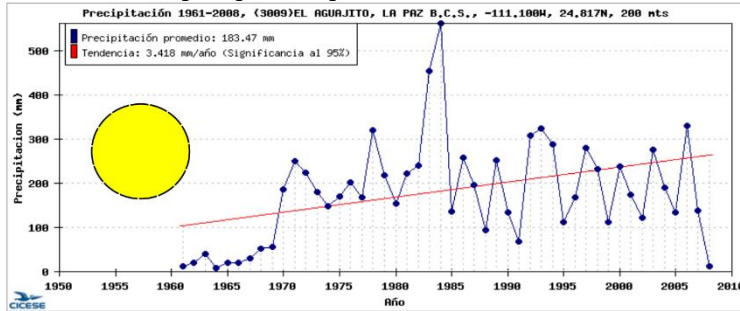


Otro dato que es interesante alude a la variabilidad geográfica de la lluvia. Con datos de estaciones climatológicas contiguas a la de La Soledad nos pudimos percatar de que la precipitación varía en una misma época del año, en zonas o regiones relativamente cercas unas de otras. Es importante, ya que de alguna manera explica por qué históricamente las

familias rancheras debieron movilizarse y montar parajes productivos por meses, fuera de sus ranchos de origen e incluso, en algunas ocasiones, alejándose de su familia nuclear.

Estaciones climatológicas

precipitación promedio anual 1961-2008

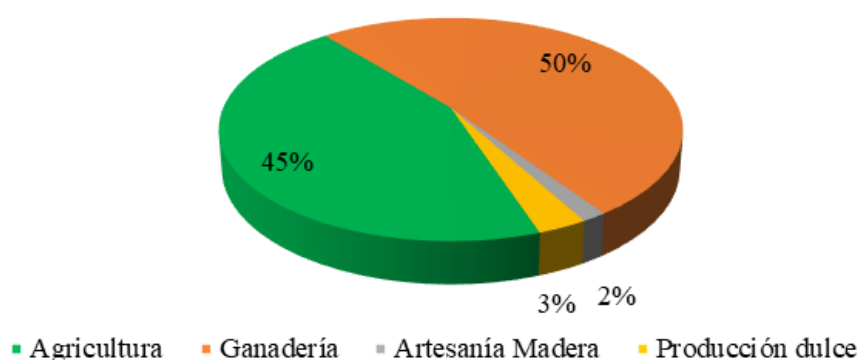


Fuente: conagua/cicese/inegi
Elaboración: Tito Fernando Piñeda Verdugo

3.3.1 La domesticación de la piedra, el agua y la tierra

Ante el estrés hídrico, históricamente las sociedades rancheras han tenido que poner en funcionamiento una serie de estrategias, que responden a habilidades desarrollados para solucionar problemas cotidianos fundamentales; y al mismo tiempo, son producto de una herencia de relaciones con sus entornos naturales, que generación tras generación se han reproducido a través del trabajo y las experiencias en el mundo de la vida. De esta manera, las estrategias rancheras para domesticar las piedras, el agua y la tierra han minimizado las repercusiones del desierto en las dos principales actividades productivas.

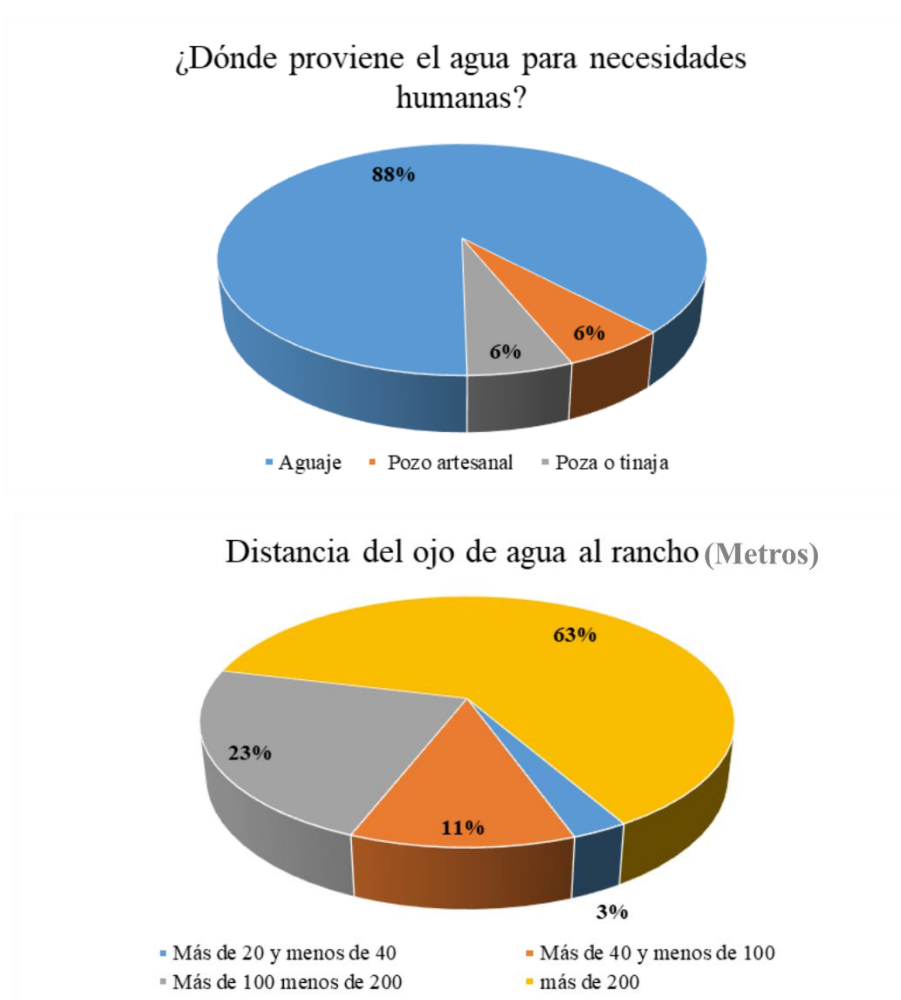
Principales actividades productivas



Como se puede imaginar uno, tanto la ganadería como la agricultura, siendo estas las dos principales actividades realizadas en los ranchos de la Soledad, están íntimamente ligadas al agua. Puede ser obvio plantearlo de esta manera porque la base material de la vida, en cualquiera de sus formas, es el agua. Sin embargo, las relaciones que establecen las personas de las sierras con el agua, son de distinto orden y en buena medida, diferente a las relaciones que se pueden establecer en las ciudades. Veremos todo el conocimiento que se requiere sobre el agua y la piedra, pero además también veremos cómo las familias rancheras recurren a prácticas religiosas, que evocan siempre al sacrosanto y escaso líquido vital, y además cómo éstas están íntimamente ligadas con la huerta y con el monte, es decir, los espacios de sus prácticas vitales.

Primero nos interesa presentar datos para corroborar el análisis espacial que realizamos en apartados anteriores, y con el cual sugerimos que los patrones de arranchamiento estaba determinado por la cercanía con este recurso. Es decir, no hay rancho nuevo que se establezca muy alejado de un ojo de agua. Incluso, sugerimos que este patrón determinaba la dispersión propia de los distintos procesos de arranchamiento.

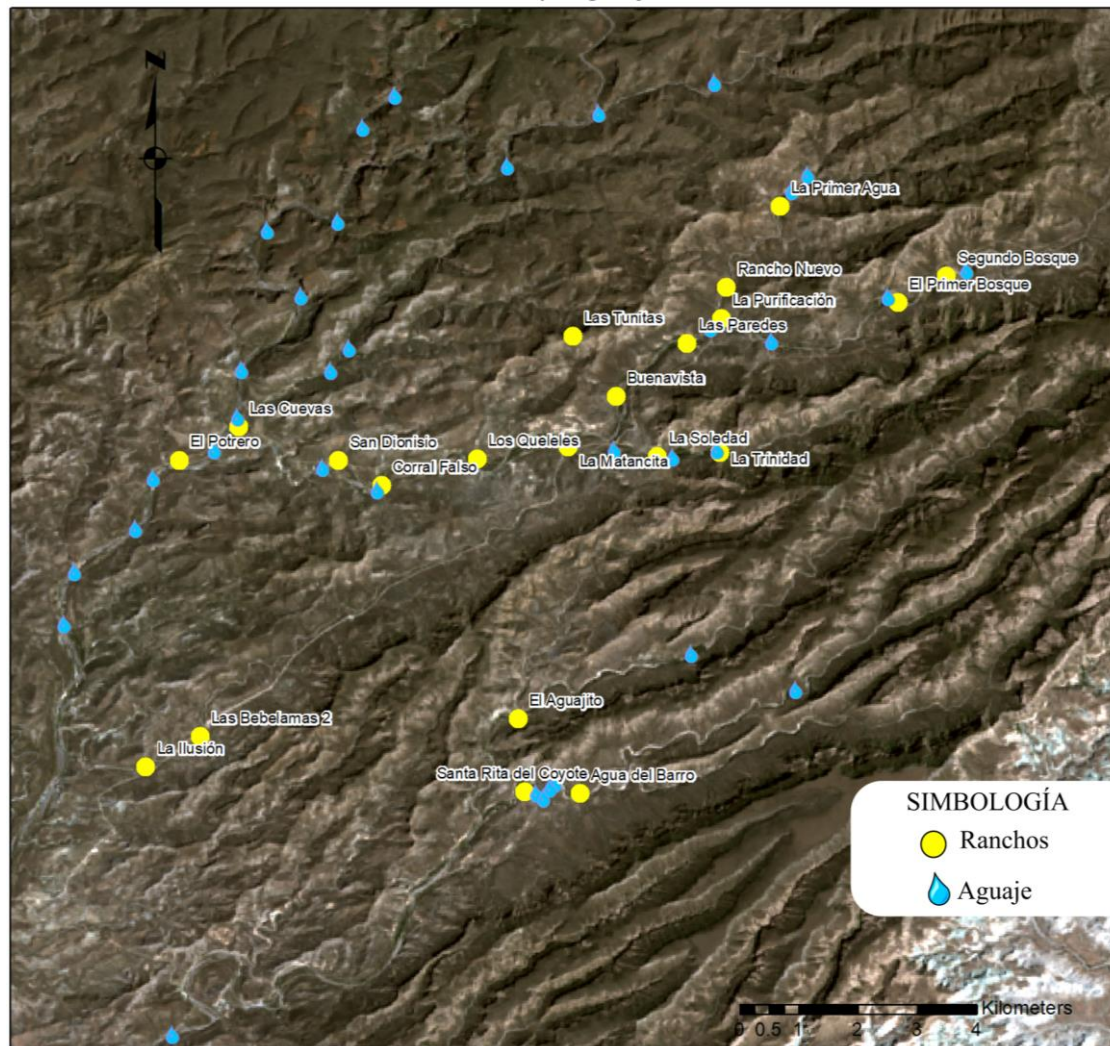
Y en efecto, como podremos ver en el siguiente gráfico el mayor porcentaje de ranchos en La Soledad tiene un aguaje, una tinaja o un pozo artesanal de donde las familias obtienen el recurso hídrico.



Regularmente estas fuentes de agua están a 200, 300 o 400 metros de sus viviendas, arroyo arriba, mientras un porcentaje menor tiene su aguaje a no más de 50 metros de la puerta de sus casas. Existen distintas maneras de trasladar el agua. Lo más común es que se encamine por gravedad, a través de mangueras de 1 ¼ de anchura. No hace mucho tiempo esto se generalizó, para fortuna de las mujeres, porque años atrás, se utilizaban palanquetas mediante las cuales, ellas caminaban lo necesario y trasladaban, una y otra vez, agua para el uso doméstico.

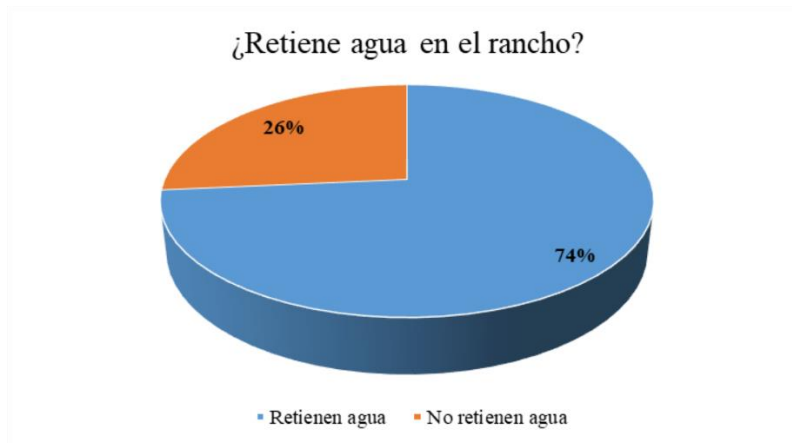
Territorio de La Soledad

Ranchos y aguajes



Fuente: INEGI 2010 | fotografía satelital LandSat | Cartografía comunitaria 2018
Elaboración: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Una de las características más sobresaliente de los rancheros es su capacidad para modelar paisajes estrechamente vinculados al recurso hídrico. Un recurso que como dijimos, escasea por largas temporadas: en algunas ocasiones por meses y, en algunos momentos por años. Por ello, diría Cariño Olvera, lo que producen los rancheros de manera dispersa en las serranías, son verdaderamente paisajes del agua (Cariño 2015). Y tiene razón. Ante la poca precipitación y la ventaja de establecerse cerca de los aguajes, se han dedicado a construir represas sobre los arroyos, que les permiten, sobre todo, contener agua para sus prácticas agrícolas y ganaderas. Por ejemplo, en el 76% de los ranchos, según los resultados de la encuesta, existe, aunque sea mínima, una infraestructura hídrica.



Levantar un represo es un ejercicio histórico en los ranchos, que ha requerido un gasto energético muy importante y al mismo tiempo un conocimiento ingenieril de primer orden. El material con el que se construye son rocas que hay que acarrear desde las inmediaciones del lugar donde se construye y además, tierra barrosa que, en su momento, había que trasladar en árguenas de cuero, elaboradas por los mismos rancheros y montadas sobre alguna bestia, regularmente burros. Hoy se sigue utilizando el mismo material, pero como se puede observar en la fotografía (der.), se utiliza además de tierra barrosa y piedras, un poco de cemento, que ayuda para minimizar el traslado de las rocas.

Construcción de repesos



(Izq.) Represo construido en década 1980, rancho La Purificación y El Bosque (centro). Represo rancho Primer Agua, 2018.
Fotografía 1980, archivo familiar Guadalupe Amador. Fotografía Primer Agua, archivo Tito Fernando Piñeda Verdugo

Regularmente la decisión de construir el represo en un lugar u otro, pasa por una discusión colectiva y se busca, fundamentalmente, minimizar en lo posible el esfuerzo y el trabajo. No es un asunto de falta de entusiasmo, sino que, como lo comentamos líneas arriba, el rancho se está quedando incompleto (vaciando de humanos). En ese sentido, el uso de materiales nuevos como el cemento, responde a esta incompletud, ya que al edificar un pequeño muro se requiere cargar al hombro menor cantidad de piedras. Las piedras y la tierra son fundamentales, porque es la única manera en que, cada temporada de lluvia la corriente de agua se lleve el represo. Parecería absurdo esto que decimos, pero es

necesario que así suceda porque de otra manera, si el muro de cemento tomara el lugar de la piedra y el barro, el espacio natural donde se levanta el represo, se ensolvaría con la arena que trajera la corriente de agua del arroyo, dejando inservible la estrategia para captar agua.

Proceso de construcción de represo del rancho sudcaliforniano



Secuencias de cortometraje: "Florecimiento del rancho sudcaliforniano: saberes y haceres sobre el agua"
Dirección, cámara y edición: Tito Fernando Piñeda Verdugo

El trabajo con un equipo de aproximadamente 8 personas, para edificar un represo de 1 ½ de altura, 1 de ancho y 10 metros de largo, dura aproximadamente 24 horas, distribuido en 3 días. Lo primero que se hace es planear el represo y ubicar el mejor lugar para montarlo. Se monta sobre el cauce del arroyo, y regularmente en un lugar donde se cuente con paredes naturales de roca. Se busca el material, y se traslada hacia la zona de la construcción. A lo largo de las paredes se inicia la base con una anchura aproximadamente de un metro, dejándose dos aperturas en los costados con la ayuda de un tubo de 8 pulgadas, para luego, de un extremo a otro, ir acomodando en fila las piedras que pesan entre 5 a 8 kilos y miden entre 30 y 40 cm de altura. Una a una, cuidadosamente, se dejan las rocas en los litorales de la base que hoy puede ser de cemento, y en el centro con carretillas se va relleno de la tierra barrosa que se trae de lugares previamente identificados. Cada que cae la tierra en la base, los rancheros empiezan a caminar sobre ella iniciando alegres movimientos; paso a pasito, hasta dejar bien comprimido el barro, vuelven a acomodar filas de piedra y repiten la acción, con mucho cuidado, hasta concluir la obra. Es bastante el esfuerzo y el tiempo invertido.

Este trabajo regularmente lo hacen los hombres. Históricamente también se solicita ayuda de personas de los ranchos aledaños, por eso, de tal manera que en el trabajo uno se entera de todo lo que en los ranchos ha pasado en los últimos días, meses e incluso, años. No sobran las experiencias, los regaños, los chistes y las reflexiones de lo difícil que era antes la vida, cuando los primeros que llegaron identificaron la posibilidad de establecerse y para fundar un rancho, única y exclusivamente se tenían las ideas.

Cada año, si se ve agraciado el territorio con buen tiempo, se repite esta acción. Los ánimos con los que se trabaja, a pesar de caminar con piedras y más piedras al lomo, es de jovialidad, porque para levantar un represo tuvo que haber sucedido una buena lluvia. Y una buena lluvia implica “zacatito” para los animales en el monte, un bonito paisaje y sobre todo, una buena siembra. Regularmente el represo es para la siembra. De eso hablan los rancheros mientras pisan, poco a poco y con mucho cuidado, el barro del represo. Saben que una buena presa, bien pensada y cuidadosamente armada, implica racionalizar el poco recurso hídrico con el que cuentan año con año.

“El represito que estamos haciendo, el bordo de material, va a dar resultados creo que todos los años. Aunque del bordo para arriba la vamos hacer de tierra, y esa tierra cada corrida de arroyo que haiga, se la va a llevar la tierra, pero pensamos que el bordito de material no se lo va llevar. Pero eso esperemos, a ver. Ya dios dirá cuanto va aguantar. Tenemos la esperanza que va a dar muy buen resultado esto. Y los resultados que esperamos es que siga lloviendo, principalmente para que haiga agua. Y esperando que haiga más agua para sembrar algunas plantas, verduras, y ahí sembramos todos los años. Y esta represa es par que nos dé más resultado, más rendimiento, para en tiempo de secas o sequía, que es cuando se necesita el pasto que esté verde. Por ejemplo, para sembrar en febrero, marzo, abril y mayo, es un resultado que nos va a dar porque va haber más retención de agua, menos lloradero de agua, menos desperdicio, eso esperamos”³⁹

Regularmente, los repesos van acompañados de un sistema de acequia o canaletes que permite que el agua contenida ruede a un costado de los arroyos por 100, 200 a 400 metros, hasta las huertas familiares que con mucho esfuerzo también, fueron levantadas como terrazas de los mismos arroyos, a las faldas de los cerros rocosos. En un momento vamos a presentar algunos datos sobre la agricultura tradicional ranchera, que aun se práctica en el territorio de Soledad, pero es importan mencionar de una vez que las huertas son resguardas con alambreas de púas y pequeños horcones para que no se permita la entrada del ganado. Antiguamente las laderas de los cerros con muros de piedra cuidadosamente organizados, servían de fronteras para que las vacas y las chivas, sobre

³⁹ Entrevista a Juan de Dios E., diciembre de 2018.

todo, no acabarán con la poca comida que se puede producir en las sierras. Aun hoy, con cuidado, en algunos lugares se alcanzan a percibir los vestigios de los ranchos antiguos.

Muro de piedra del rancho antiguo



Muro de piedra para no permitir el acceso del ganado a las huertas del rancho Primer Agua

De hecho, en el sistema tradicional de riego también encontramos indicios de un rancho antiguo. Y es que los canales para que corra el agua fueron cuidadosamente zanjados en tierra, aunque aún están en funcionamiento algunas acequias que fueron extraordinariamente labradas sobre el tepetate, por los fundadores de este inhóspito y fértil territorio.

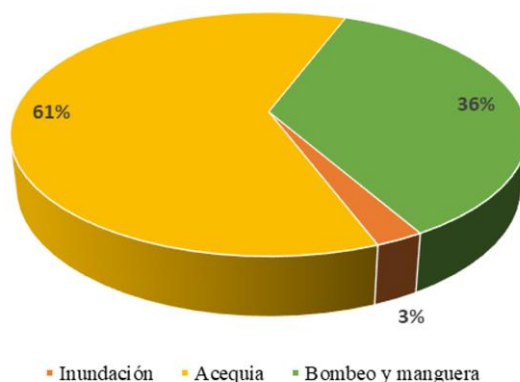
Estrategias y técnicas antiguas y actuales para el riego, en el rancho sudcaliforniano



Bombeo, canaleta y acequia. Fotografía: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Hay que destacar que el sistema de acequias o canales no es la única opción que se tiene para el riego, a pesar de que sea la más utilizada según la información que nos brindaron las personas que contestaron la encuesta.

Técnica de riego



Esto lo decimos porque en ocasiones es necesario recurrir a la manguera; y ya sea que el agua llegue a la huerta o parcela por elevación o ayudada por bombas de gasolina. Esto sucede, sobre todo, para parcelas que están alejadas de los arroyos o de los ojos de agua, que es casi lo mismo decir que están fuera del sistema de riego tradicional por acequias. De hecho, este es uno de los criterios para diferenciar una huerta de una parcela.

Parcelas y riego de temporal o bombeo

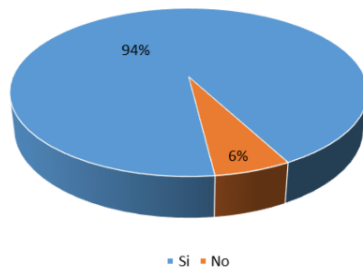


Parcelas en rancho El Quelele y Corral de Piedra

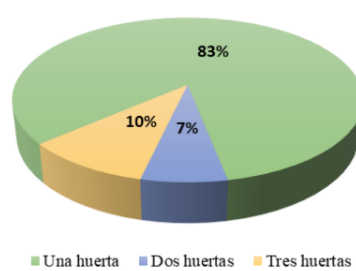
Fotografías Google Earth

Lo que pudimos observar en el trabajo de campo y con los datos arrojados por la encuesta que se aplicó en los ranchos de La Soledad, es que la mayoría de las familias rancheras tiene porciones de tierra para cultivar. De hecho, hablaríamos que del 90% de quienes tienen tierra, el 83% cuenta con una huerta, el 10% tiene 3 huertas y el 7%, dos. Las medidas de las huertas o las parcelas por supuestos que varían, pero la mayoría mide entre $\frac{1}{2}$ y 1 hectárea.

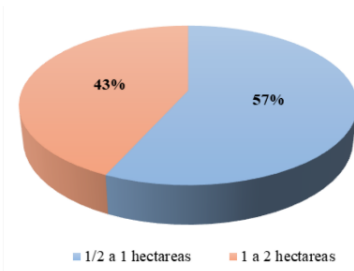
¿Cuentan con tierra para cultivar?



¿Cuántas huertas tiene la familia?



¿Cuál es la medida aproximada?

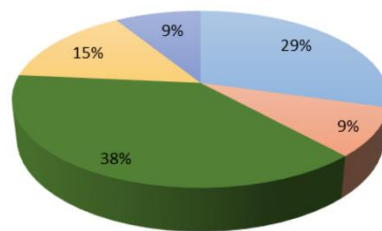


3.3.2 Siembra: comiendo de mano propia

Si bien los datos sobre las tierras para cultivo y número de huertas son relativamente alentadores, los resultados sobre la siembra no necesariamente son tan positivos, sobre todo porque casi la mitad de las familias que tienen tierras para cultivar, siembran solamente la mitad del total de su huerta; y solo el 29%, siembra todo.

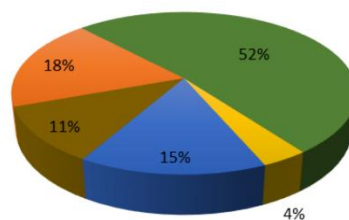
Las principales razones por las cuales no se siembra es la falta de apoyo. Y esto es entendible, porque como ya lo comentamos, el sistema hídrico hegemónico del rancho es el sistema de canaletes, sin embargo, la creciente utilización de mangueras y bombas para el riego va en aumento. Lo que implica entre otras cosas un costo económico con el que no cuentan las familias rancheras.

Area de huertas cultivadas



■ Todo ■ Más de la mitad ■ La mitad ■ Menos de la mitad ■ No se cultiva

¿Razón por la cual no se cultiva o se cultiva poco?



■ Tierra infértil ■ Falta de tiempo ■ Falta de apoyo
 ■ Falta de tiempo y apoyo ■ Falta de agua

Es importante destacar la memoria de quienes hoy mantienen un fuerte vínculo con los ranchos antiguos, porque siempre aluden al territorio de La Soledad como uno de las regiones con las huertas más fructíferas. Por ejemplo, don Gabino Amador, quien actualmente cuenta con 75 años, mencionó que “había veces que entraban carros a cargar naranjas en diciembre hasta marzo, 2 3 a 5 carros diarios. Muchas naranjas había. En todos lados, en la Primera Agua, en el Bosque, aquí en la Purificación, en la Soledad”⁴⁰. Don Roberto Encinas, por su parte, con sus casi 90 años recuerda cuando era pequeño y el dinero, que no era poco, circulaba en esa región gracias al trabajo en las huertas:

“Ahí en la Soledad había un señor que se llamaba Jesús Murillo Amador, tenía dinero; en aquel entonces circulaba mucho el oro, escudos, escudos de oro. Había de 10 pesos, escudos de 20 pesos de oro, y eso vale mucho pues. Y después llegó el billete. Mi tatita Severo, él también tenía trabajo, vendía ganado, vendía cuestiones de la huerta, vino metía allá con los Rufo”

Otro de los ranchos donde tenía mucha producción la huerta y se elaboraba uno de los mejores vino regionales, además de La Primer Agua, el Bosque, La Purificación y La Soledad, era Las Paredes, en donde ha vivido la familia de don Cayetano “El Güero” Amador, que mientras se escribían estas líneas falleció a los 95 años. Don Güero, como se acostumbra llamarlo en la región, llegó a Las Paredes en la década de 1930. Cuando llegó al rancho donde hoy vive con su esposa, Rosa Amador, fue testigo de cómo un huracán transformo el paisaje, obligando a su papá Francisco “El Negro” Amador, adecuar una huerta nueva, que por cierto, le dio muchísimos frutos:

“Yo llegué chamaco aquí, de 15 años. Yo cuando llegue no había huerta aquí, la huerta estaba allá cuando yo estaba chiquito, y es que se vino un chubasco y se llevó toda la huerta, y echo esa tierra para acá y aquí hizo esa huerta mi papá. Nosotros habíamos llegado de allá de otro rancho donde yo nací, del Coyote. Y un señor le dijo a mi papá que se fuera de huertero a otra huerta, y mi papá estaba haciendo está, entonces estaba trabajando allá y trabajando aquí; y sembraba aquí y sembraba allá. Eso hizo durante 10 años, pero aquí ya estaba fíncado, ya tenía aquí comida y le dijo ‘no pues señor allá está su huerta, yo ya me voy, voy ir a hacer una casa, y entonces llegamos aquí. Aquí sembraban mucha caña y uva’”⁴¹

Tan productiva era la huerta de Las Paredes que Francisco Amador se convirtió en el intermediario de los rancheros vinícolas de la región, con una de las familias más acaudaladas en la primera mitad del siglo XX. La Familia Rufo, se dedicaba en La Paz al comercio y era quienes no solo vendía la mercancía de los ranchos en la incipiente ciudad, sino además, exportaban todo tipo de productos hacia la contracosta. En el caso de la

⁴⁰ Entrevista Gabino Amador, octubre de 2016. Lugar de entrevista rancho La Purificación.

⁴¹ Entrevista a Cayetano Amador; octubre de 2016. Lugar de la entrevista, rancho Las Paredes.

producción de vinos, según menciona Cayetano Amador, se cargaban cada, solo del rancho Las Paredes, entre 20 a 30 barriles en burros, mulas o bestias, que eran esperadas en San Evaristo, frente a la Isla San José.

A Rufo le entregaba 20 a 30 barriles de vino año por año. Bajábamos un barril en cada burro, y lo bajábamos a la playa y un bote venía por él. Mandaba hasta 30 barriles para La Paz. El barril agarraba 80 a 90 litros. Aquí era fabrica, los Ruffo le sacaron el permiso; y él (su papá) representaba a todos los rancheros que hacían vinito por aquí⁴²

Rancho Las Paredes



Fotografías: Tito Fernando Piñeda Verdugo | GoogleEarth

Las huertas de La Soledad son lo suficientemente fértiles para fabricar y exportar productos diversos, entre otros la cosecha de frutos y vinos. La mayor parte de lo que se producía a mediados del siglo pasado, salía no solo del rancho, sino del Estado. Los comerciantes más acaudalados en la península como la familia Ruffo, fueron quienes

⁴² Entrevista a Cayetano Amador; octubre de 2016. Lugar de la entrevista, rancho Las Paredes.

invertieron en los ranchos, estableciendo, además, conexiones con los consumidores fuera del territorio Sur de la península. En un documento firmado por Crescencio C. Romero, que data del 31 de mayo de 1938, a solicitud expresa de Francisco Amador, padre de Cayetano Amador, se le informa que en vista de una nueva ley sobre la elaboración de vinos y comestibles, se ha dirigido al “Departamento de Salubridad de la Capital de la República”, para consultar las nuevas disposiciones y que todos los “fabricantes de vino pongan a la venta sus productos y no se tropiecen con ninguna dificultad tanto como para el comprador como para el vendedor”.

Crescencio C. Romero.
Av. F. I. Madero # 125.
La Paz, B. C.

31 de mayo
de 1938.-

Sr. Don Francisco Amador,
El Otro Arroyo, B. C.

Estimado amigo:-

En vista de que hay una nueva Ley expedida el -
año próximo pasado sobre la elaboración de vinos y -
comestibles, últimamente me he dirigido al Departamen-
to de Salubridad de la Capital de la República, con--
sultando las disposiciones y requisitos que existen -
para que los fabricantes de vino pongan a la venta -
sus productos y no se tropiece con ninguna dificultad
tanto para el comprador como para el vendedor.-

Creo que pronto se me contestará sobre el parti-
cular y cualquiera requisito o disposición sobre es-
to, procuraré arreglarla satisfactoriamente como siem-
pre lo he hecho cuando se trata de asuntos de usted.

Espero que se conserve bien, quedando de usted co-
mo siempre su atto. afmo. amigo. S. S.

C. Romero

Archivo familiar de Javier Amador, rancho Buena Vista

A mediados del siglo pasado la huerta daba lo necesario para satisfacer necesidades básicas. No todas, es cierto, porque la situación en la que vivían las familias fuera de los 5 ranchos fundadores, es decir, La Purificación, El Bosque, La Primer Agua, Las Paredes y la Soledad, era realmente complicada. En estos ranchos había mucho más trabajo, los esfuerzos eran mayores y los frutos de ese trabajo, eran más evidente en términos

materiales, pero incluso, la vida siempre fue más difícil antes que ahora, según lo cuentan los mayores.

No obstante, en la búsqueda de información para saber qué es lo que se sembraba en la primera y segunda mitad del siglo pasado, en la época en que desde las principales huertas del territorio se producía un excedente que permitía exportar frutos o productos como vino, solicitamos en las encuestas que realizamos se hiciera una lista de libre asociación sobre lo sembrado/cosechado para poder determinar así a través de un software para análisis de discursos como *Visual AnthroPac*, la saliencia cultural-cuantitativa, entendida ésta como un acuerdo/desacuerdo entre las y los rancheros sobre un hecho social como la producción agrícola tradicional. Y específicamente nos interesaba saber qué era lo que se sembraba y cosechaba para comer en casa. Y entonces nos encontramos con una gran variedad de alimentos, que permitieron como se dice coloquialmente, comer de mano propia. Hay un acuerdo evidente que lo que no podía faltar en la huerta además de los frutales como uva, naranja, mango y la caña, era el maíz, el frijol, la calabaza, el trigo, el haba y el tomate. Pero como veremos cuantitativamente, el maíz, el frijol y la calabaza, no podían faltar en las huertas, y seguramente, tampoco en la dieta ranchera de hace medio siglo.

Conceso cultural siembra antigua

PRIMERA MITAD SIGLO XX				SEGUNDA MITAD SIGLO XX			
Item	Frequency (%)	Average Rank	Saliencia	Item	Frequency (%)	Average Rank	Saliencia
maíz	91.2	2.52	0.704	frijol	76.5	2.69	0.52
frijol	85.3	2.62	0.635	maíz	67.6	2.48	0.514
naranja	52.9	4.33	0.3	calabaza	44.1	3.8	0.231
uva	38.2	4.38	0.21	naranja	41.2	3.71	0.256
caña	38.2	4.31	0.213	uva	35.3	3.75	0.208
trigo	35.3	2.67	0.264	caña	32.4	3.45	0.212
calabaza	35.3	4.33	0.167	tomate	29.4	5.3	0.113
haba	29.4	4.3	0.163	haba	26.5	4.56	0.143
mango	26.5	5.11	0.086	mango	26.5	4.11	0.105
ajo	26.5	3.67	0.168	trigo	17.6	2.5	0.147
tomate	26.5	5.11	0.103	chicharo	17.6	6.67	0.046
chicharo	17.6	5.67	0.075	ajo	17.6	3	0.12
cebolla	14.7	5	0.085	no_semr	11.8	1	0.118
higo	11.8	6	0.041	cebolla	8.8	6.33	0.04
datil	11.8	5.5	0.054	garbanzo	8.8	4.33	0.045
garbanzo	8.8	5.33	0.039	repollo	8.8	5.67	0.033
sandía	8.8	3.67	0.056	higo	8.8	3.33	0.052
repollo	8.8	5.33	0.036	sandía	8.8	3	0.056
aguacate	5.9	5	0.02	lima	5.9	7.5	0.016
lima	5.9	8.5	0.015	papaya	2.9	1	0.029
limón	2.9	9	0.003	zapote	2.9	4	0.015
melón	2.9	8	0.004	alfalfa	2.9	1	0.029
rábano	2.9	8	0.007	cilantro	2.9	6	0.005
pepino	2.9	5	0.01	aguacate	2.9	2	0.025
				limón	2.9	7	0.004
				lechuga	2.9	5	0.01
				datil	2.9	9	0.003
				guayaba	2.9	6	0.005

“Muncho sembraron calabaza entonces. De esa calabaza de la grandota, diario había calabaza, en las casas no se acababa la calabaza, de 2 (o) 3 clases. Las hacían guisadas, con chile colorado o guisadas en pedacitos o en caldo. Guisadas que buena es la calabaza”⁴³

Lo que no se producía en las huertas, era necesario importarlo. Y se importaba de dos maneras, a través de intercambios o trueques, que era lo más común, o a través de la compra de mercancías a las tiendas de los pueblos más cercanos. Por ejemplo, cuenta Nicolás Méndez, de la comunidad pesquera de San Evaristo, que ahí siempre se vivió de la pesca, y con un poco de verdura que llevaba e intercambiaba gente de la sierra.

“ahí, con puro pescado; y aquí vivían unos señores en Los Palmares que sembraban verdura, y ellos venían a vender, traían manojito de cebollas, y venía aquí, a veces por dinero y a veces por alguna cosa de comer”⁴⁴

Además, existen documentos de las décadas del 30, 40 y 50 del siglo pasado, en donde se deja de manifiesto que se solicitaba a las grandes casas comerciales de La Paz, traer manta, clavos para zapatos, sombreros, mezclilla, Dril, Satin, carretes de hilo; o cigarros, tequila, aceites, café, jabones, “fósforos”; además de alimento como arroz, fideos, tallarines, maíz, frijol y manteca, entre otras cosas.

Productos importados al Rancho 1930-1940

The image shows two historical invoices from 'LA PERLA DE LA PAZ' S.A. The left invoice is dated September 6, 1932, and the right one is dated January 16, 1948. Both list various imported goods such as coffee, sugar, rice, and textiles, along with their prices and quantities.

Item	Quantity	Unit	Price	Total
1 Metro Manta en			.40	
1 Mono Caluloida en			.14	
6 Kilos Cafe Sa. a \$1.00 K.			6.00	
5 " Arroz a 22c. K.			1.10	
450 Gramos Sagu a 60c. K.			.29	
1 kilo Azucar en			.34	
5 " Panocha a 16c. K.			.80	
1 " Chile Colomado en			1.10	
1 Jabon			1.00	
2 Paqts. Olivo para Zapatos a 50c. 3/4.			1.00	
500 Gramos Olivo Fino 24/ro a 20c. K.			.40	
100 " Olivo Especial en			.38	
2 Sombreros palma a 40c. 3/4.			.80	
5 Paqts. Cigarros "88" a \$1.05 paq.			5.25	
15 Mts. Indiana a 26c. mt.			3.90	
10 " Satin a 55c. mt.			5.50	
15 Mts. Manta a 27c. mt.			4.05	
11 " Mezclilla a 60c. mt.			6.60	
10 " Napado a 24c. mt.			2.40	
5.5 " Visky a 86c. mt.			4.73	
4 " Paquetes a 26c. 3/4.			1.04	
1 " Hill en			.65	
1 " Garrañan a 26c. mt.			.26	
500 Gramos Rimenta a \$2.60 K.			1.30	49.99
Timbres telefonicos a/venta			.25	
10% Denda pública			.08	.23
S U M A				50.27

Item	Quantity	Unit	Price	Total
4 sacos Harina Samsen de 44 Kls. a \$41.50			166.00	
4 " Harincha C/229 Kls. a 60c. K.			137.40	
4 " Maiz 6 70 Kls. c/u. a 280 a 43c. K.			120.40	
1 caja Jabón "eria 100P. en			35.00	
1 Saco carbenczo C/50 Kls. a 68c. K.			34.00	
1 Saco arroz extra de 50 Kls. en			60.00	
1 Sate manteca Miramar en			45.00	
1 cartón Fideos La Esp. C/9 Kls. a \$1.35 K.			12.15	
1 Saco Tallarin La Esp. C/9 Kls. a \$1.35 K.			12.15	
1 Saco U/40 Kls. frijol a \$1.30 K.			52.00	
1 Saco empaque propio			4.00	
1 Saco C/50 Kls. Cafe Tap. a \$3.40 K.			170.00	
1 Saco empaque propio			4.00	844.10
1 caja con 42 Kls.				
20 Mts. Dril Tarasco a \$1.50 mt.			30.00	
1 Cobertor Algodón en			24.00	
20 Mts. Mezclilla P/O. a \$3.30 mt.			66.00	
1 rza. Manta Bella Viste C/25.70 mts. \$1.25			32.13	
2 Mts. Frenela Lisa a \$1.30 mt.			2.60	
15 " Tusor Competencia a \$1.30 mt.			19.50	
12 " Indio Otomí a \$1.25 mt.			15.00	
10 " Imperial a \$2.00 mt.			20.00	
7.5 " Dril a \$5.50 mt.			41.25	
9 " Tela Camise a \$2.70 mt.			24.30	
1 caja empaque propia			4.00	275.98
1 Tijeras Poder en			5.50	
2 Paqts. Hilo Ovillo 400 mts. LUL a 60.00			120.00	
4 Carretes Hilo Chedwicks 275 mts. \$1.00			4.00	
6 Bot. Tequila caura 553 lit. a \$2.80			18.24	
2/4 bot. aceite Ajonjolí .2 lit. a \$1.00 c/u.			2.00	

Facturas a nombre de Francisco Amador, de "La Perla de La Paz" fechadas en septiembre de 1932 y enero de 1948
 Archivo familiar Javier Amador

⁴³ Rosario Arriola Encinas, entrevista realizada 20 de abril de 2017 en el rancho Primer Agua.

⁴⁴ Entrevista realizada a Nicolás Méndez en la comunidad pesquera de San Evaristo; julio de 2017.

Hoy, las huertas que hace medio siglo eran razón de orgullo, están improductivas, o en el mejor de los casos se cultiva una mínima parte de su extensión. Localmente se sugiere que las razones por las cuales no se siembra como ayer, es porque ya casi no hay gente que trabaje la tierra. Antes, como dice Chayito Arriola, “Todos trabajaban la tierra igual”⁴⁵, no había quien no estuviera en las huertas labrando, desyerbando y cosechando lo sembrado. Hombres y mujeres con los niños a lado, observando el trabajo de sus padres, y tomando la pala y el azadón una y otra vez para limpiar la acequia, hacer el zurco, quitar la yerba. Rosario recuerda las palabras de Guillermo, su esposo, cuando platican sobre los tiempos que ya se fueron:

“yo me acuerdo, mi apa, entonces nosotros estábamos chicos’ dijo, ‘y trabajábamos la tierra con él, igual nos fregábamos a cercar, ayudar a cercar, a regar, a nosotros nos mandaba, que toma veras la pala y vete a limpiar la acequia. A uno le daba y al otro también y le decía tu vente de allá y tú de acá’. Uno empezaba de acá y el otro empezaba de abajo; y el otro limpia las tapaderas; así le llaman las tapaderas. Y los mandaban los chamacos más grandecitos decía. Y mi papá tenía tantos chamacos chiquitos”⁴⁶

Juan de Dios E. y María Luisa M, juntos reconocen que el fenómeno del abandono de la tierra o la huerta no es tan sencillo como muchas veces uno supone. Entienden que para que el trabajo con las huertas se mantenga, y el conocimiento que se requiere para producir alimento con la tierra se reproduzca generación tras generación, debe fortalecerse ese eslabón que narró Rosario, es decir, necesitan estar allí, trabajando la tierra, juntos: padres, hijos, abuelos.

De nuestros hijos ni uno de los chamacos aprendió lo que aprendió el primero. Porque miraba a él. Mi hijo a los 10 años ya sabía surquear. Juan se iba a la Isla [San José] a trabajar y él se quedaba como hombre grande. Mi hijo habrá tenido como 11 años y ya se iba a la huerta a regar, a las 5 de la mañana se iba el chamaco. El Antonio se llama. Y él nada más aprendió, de los demás nadie⁴⁷.

Y ¿Por qué sucede eso?, por qué una parte de una generación dejó de trabajar la tierra, de reconocer en la huerta una casa, un lugar de vida. Juan de Dios E., desde el rancho, supone que el pueblo o la ciudad es más fuerte simbólicamente que el trabajo de la tierra, y empezaron a investir de sentido otros escenarios: “ya llegó un momento que empezaron a crecer y a ir al pueblo, les gustó salir pues. El Toni era para el campo muy bueno; para cazar; para ordeñar”⁴⁸, pero terminó por irse. Esto viene sucediendo, sugieren tanto María Luisa como Juan de Dios, desde hace casi 40 años.

⁴⁵ Rosario Arriola Encinas, entrevista realizada 20 de abril de 2017 en el rancho Primer Agua.

⁴⁶ Rosario Arriola Encinas, entrevista realizada 20 de abril de 2017 en el rancho Primer Agua.

⁴⁷ María Luisa M., entrevista realizada en marzo de 2016.

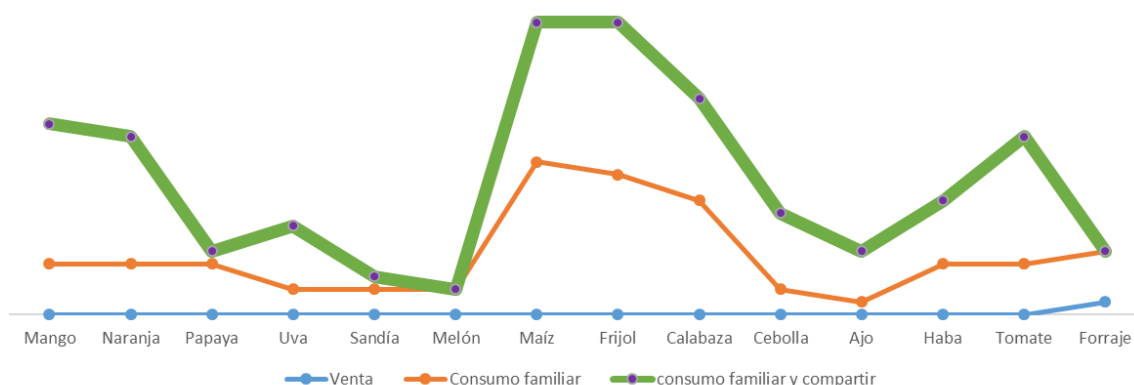
⁴⁸ Juan de Dios E., entrevista realizada en marzo de 2016.

Por otro lado, también se supone que no existen apoyos externos que permitan mantener abigarrada a la tierra a las personas. Y en efecto, hay que entenderlo así. A pesar del aislamiento geográfico en el que las familias rancheras han vivido desde el momento que decidieron establecerse en la sierra y forjar desde ahí una forma de vida, hace 50 años, aun, existía una sociedad fuera de la sierra que los requería. Ni el mercado ni los gobiernos otorgaban dadas, limosnas, programas asistenciales, trabajos temporales; era una sociedad proto urbana que estuvo íntimamente ligada con el mundo rural sudcaliforniano.

Con la apertura comercial de la década de 1970; cuando la sociedad sudcaliforniana emprendió su turbulento viaje hacia la modernidad abriendo sus fronteras comerciales y dejando su relativa soberanía alimentaria en las manos del mercado; los ranchos sudcalifornianos empezaron a padecer la doble marginación que hasta el día de hoy experimentan. Si bien los ranchos padecen la soledad de los márgenes sociales y económicos del mercado, estas sociedades se siguieron reproduciendo y con el tiempo, como ya lo dijimos, emergieron otros ranchos que siguen produciendo en las huertas y pequeñas parcelas en zonas escarpadas bajo la misma lógica tradicional. Hoy no se produce los excedentes de ayer, pero si lo necesario para seguir viviendo entre piedras.

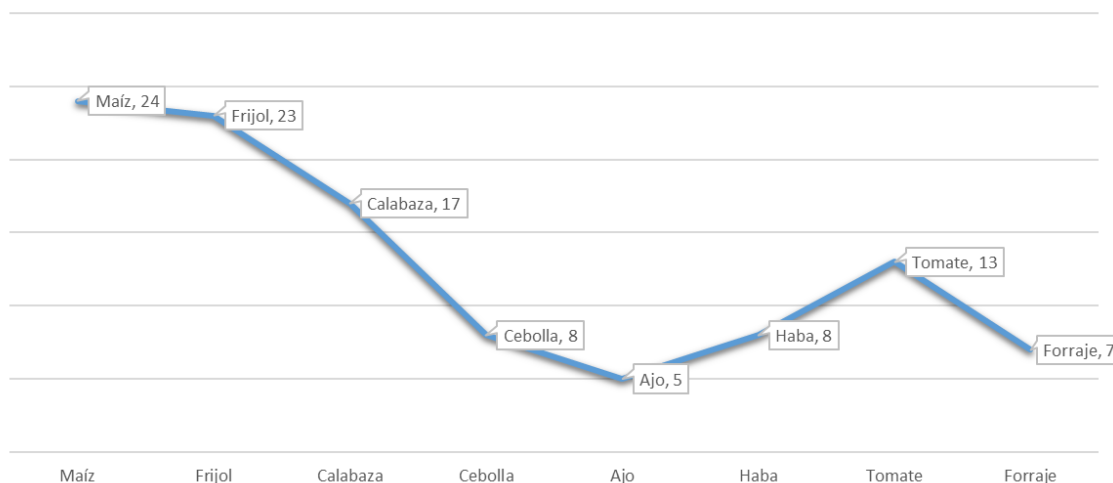
Una de las estrategias que me parecen les han permitido mantener arraigados a las cañadas de las sierras, es el fortalecimiento de una estrategia propia de las comunidades que viven y se desarrollan en el aislamiento: los lazos solidarios, mucho de ellos, de carácter familiar. Estos se pueden observar en espacios distintos. En las prácticas ganaderas, por ejemplo, los vaqueros que recorren kilómetros en busca de su ganado, de ser necesario y aunque no reciban nada a cambio más que un agradecimiento, se trae el ganado de alguien que así lo requiera pero que no puede caminar entre la piedra, ya sea por una enfermedad o por la edad avanzada. En el caso de la producción agrícola, un puede reconocer esta estrategia cuando lo que se produce, no se vende, aunque tenga un valor en el mercado. La semilla se comparte, la fruta se comparte, la cosecha se comparte. Lo dicen una y otra vez a quienes se les pregunta, y uno lo puede observar cuando regresa del rancho a la ciudad, con las manos llenas de tierra, de dulces, de frutos, de plantas y de verduras.

Uso de la cosecha: frutas, granos y hortalizas



Además de los frutales con los que cuentan las familias en sus huertas, tales como el mango, naranja, papayas, ciruelas, uvas, toronjas, hoy se siembra hortalizas y granos como el maíz, frijol, calabaza, cebolla, ajo, haba, chícharo, tomate y por supuesto, forrajes⁴⁹ para los animales, como la alfalfa. Y de lo interesante es que, de nueva cuenta, el maíz, el frijol y la calabaza son la base de este espacio productivo que por lo que hemos visto, tiene toda una historia que contar.

Principales especies sembradas en La Soledad



En la actualidad, si las condiciones climatológicas e hídricas lo permiten, se dan dos momentos de siembra. La primera siembra del año es para el consumo familiar y para ayudar⁵⁰ al ganado a que pase el tiempo de secas. Regularmente inicia esta primera

⁴⁹ El maíz si bien es importante para la dieta ranchera, no lo es tanto como el uso que se le da para la manutención del ganado.

⁵⁰ Los animales según dicen las familias rancheras, sufren en tiempo de secas. Lo que se siembra o lo que corta en el monte para darles es solamente una ayuda que le va permitir pasar el mal rato. Incluso, aseguran

siembra del año en el mes de febrero. La segunda, que es la de octubre-noviembre, regularmente es para el consumo exclusivamente familiar, porque la cosecha se hace en el momento en que el ganado está en su querencia, el territorio animal, alimentándose y reproduciéndose libremente entre las rinconadas de la sierra.



Fuente: entrevistas Rancho Primer Agua, La Purificación y el Bosque. Elaboración propia

Así como las huertas le dan al ganado lo necesario para alimentarse en los peores momentos del año; el ganado le da el abono que requiere la huerta para producir un buen maíz, una buena planta de frijol, una buena calabaza, un buen repollo, betabel, tomate, haba, chícharo, ajo, cebolla. Timoteo E., lo diría de esta manera: “Mire, de lo mismo que da la huerta los animales comen y de ellos viene el estiércol para el abono para la huerta. Y es que, si no abona la huerta, le sale muy chica lo que siembra y ya echándole abono crece muy bonito todo”⁵¹

que no se puede mantener el ganado con el forraje sembrado, porque se enfada de comer, sobre todo las bestias de carga. En ese sentido es que dicen que solo es para darle una ayudadita, como quien dice para que no se mueran de hambre.

⁵¹ Timoteo E., entrevista realizada en diciembre de 2018.

Rancho Primer Agua



Fotografías: Tito Fernando Piñeda Verdugo

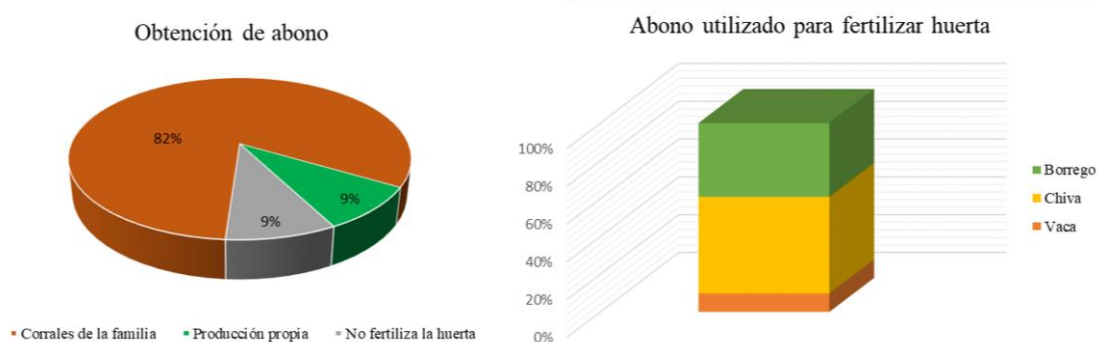
Las dos actividades principales del rancho, la agricultura y la ganadería, en este sentido y sobre todo en este espacio, el espacio serrano, están estrechamente ligadas. Es una

condición necesaria una de otra; y exagerando un poco, se puede decir que su relación es ontológica.

Esta relación se expresa de diversos modos. Una expresión de esta relación se manifiesta precisamente en las huertas. El 91% de los encuestados nos comentaron que la fertilidad de sus huertas depende de la producción ganadera. Y así lo interpretan los que aun trabajan la tierra en La Soledad. No saben otra manera de hacer las cosas, porque entienden que otra manera, con agro-fertilizantes comerciales, ellos como familia y la tierra como sistema vivo, saldría perdiendo.

“Para fertilizar la tierra nosotros siempre hemos utilizado estiércol, abono le decimos nosotros. Abono de chiva y de ganado de vaca; y de bestia también; y de borrega. De eso nada más hemos utilizado.

Aquí nunca se ha acostumbrado los químicos. No Tito, es que la costumbre viene desde allá, desde nuestros abuelos, y es nuestra costumbre. A lo mejor probablemente sí, si da; pero nosotros lo natural para las tierras. Muchos dicen que la química es ya composición que hacen pues y nosotros estamos tratando de lo natural pues; del animal lo traemos aquí a la tierra. Y supuestamente que es lo mejor; porque tú le echas química y tienes que esa química estar agregándole siempre cada año. O cada dos años. Y si esto le pegas una buena abonada y nomás la barbechas y la dejas así; o si le quieren echar cada 6 meses o 5 meses tampoco perjudica, a lo contrario. Creo yo, son las creencias de uno. Y nunca te hecha a perder la tierra.”⁵²



Esta es una de las razones por las cuales un rancho sin animales, no es rancho, si no sería otra cosa: “porque estar viviendo en un rancho sin animales, pues es lo que uno trata en el rancho, tener animales, criar animales. Un rancho sin animales pues como que no es rancho.”⁵³

⁵² Juan de Dios E., entrevista realizada marzo 2016

⁵³ Timoteo E., entrevista realizada marzo 2018

3.3.3 Ganadería en el desierto

Un rancho sin animales no es un rancho. En los ranchos se cría ganado vacuno, que regularmente es criollo (silvestre dirían los jesuitas de antaño). El ganado caprino, que estaríamos hablando de chivas y borregas. Y ganado porcino, el cual solamente se mantiene cuando se va requerir para alguna ocasión especial, como una fiesta. Además, los rancheros o mejor llamado vaqueros, que se dedican a la crianza del ganado, cuentan con mulas, bestias, caballos, saberes sobre el monte y todo el utillaje requerido para trotar horas y días entre las piedras, de ser necesario.

Vaqueros de El Quelele, La Soledad y El Potrero avistando su ganado



Diciembre de 2018. Fotografía de Tito Fernando Piñeda Verdugo

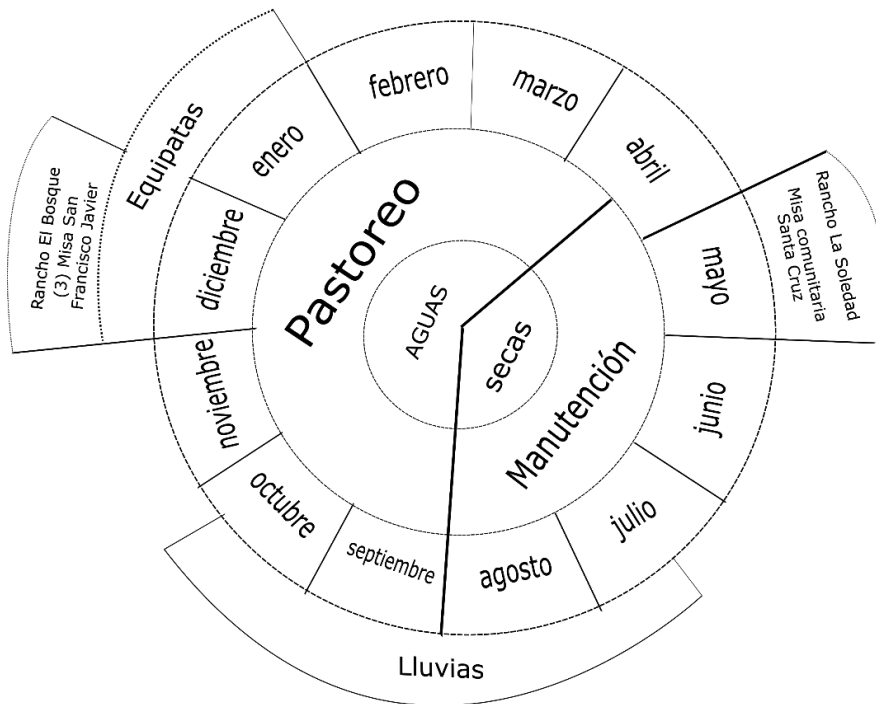
Un rancho sin ayudarle a los becerros, la chivada y las borregas a evitar los malos tiempos, está sepultando el rancho en el olvido. Incluso, aunque esté en el monte alimentándose, los vaqueros recorren kilómetros para avistarlo y cerciorarse que se encuentre en buen estado. Los animales son cruciales, y montar una vez por semana, una necesidad. El rancho no se sostiene solo con la huerta, y la huerta no es posible sin pensar en los corrales y en el monte grande, que en los tiempos de lluvia logra mantener al ganado.

Se dice que en los buenos tiempos para las familias rancheras [los tiempos de lluvia], los animales recorren el campo alimentándose en los rincones y en las mesas de los cerros. En ocasiones lo hacen cerca de sus corrales, pero en otras, por la escasez de alimento y la prolongación de las secas, recorren grandes distancias que, entre las piedras, se vuelven eternas.

Según la información que pudimos organizar en el siguiente calendario de pastoreo y manutención, si todo sale bien ambientalmente hablando, los animales deberían de estar en el monte entre septiembre y mediados de abril, y en el rancho, pasando hambres, entre abril y agosto.

PASTOREO Y MANUTENCIÓN DE GANADO

Territorio de La Soledad, La Paz, Baja California Sur, México

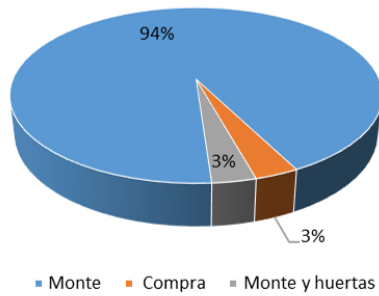


Fuente: Entrevistas ranchos La Soledad, La Paz, Baja California Sur
Elaboración: Tito Fernando Piñeda Verdugo

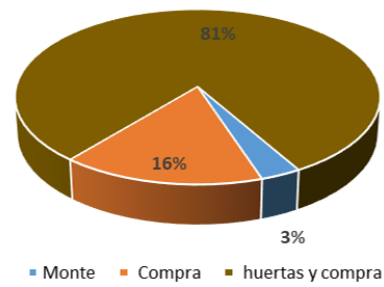
En los malos tiempos, los tiempos de seca, poco más del 80% de los encuestados mencionan que alimentan a sus animales con lo que se produce en la huerta y la compra. En el tiempo de agua, los buenos tiempos, solo 3% de las familias alimentan a sus animales con lo que producen en las huertas y en ese mismo periodo, otro 3%, compra alfalfa o concentrado alimenticio⁵⁴. El resto de las familias mencionan, que sus animales se alimentan del monte. Salvo la chivada, que va y viene constantemente a lo largo del año.

⁵⁴ La excepción a la regla sucede en el rancho de Matancitas, donde vive quien ha fungido como comisariado ejidal y actualmente es presidente de la asociación civil Productores orgánicos de la Sierra La Giganta. Él mantiene a sus vacas en el rancho todo el año, porque todo el tiempo vende Queso que elabora él junto a su esposa.

Alimentos de animales en tiempo de agua



Alimentos de animales en tiempo de seca



En el campo, según la saliencia cognitiva de los vaqueros, sus esposas y quienes de alguna forma u otra conocen los gustos de los animales y los han visto alimentarse; las vacas prefieren ramonear arboles como el palo blanco, uña de gato, el palo fierro, el mezquite, pero también es de su agrado el garabatillo y la rama parda. Este tipo de árboles y arbustos se encuentran regularmente, en las faldas de los cerros, a mediana altura. En el caso de las chivas, éstas prefieren según dijeron los encuestados, el torote, el ciruelo, uña de gato, el palo blanco, la rama parda, la yuca, el garabatillo, palo fierro, la maticora y el mezquite. Sus preferencias las encuentran igual que en los rincones donde están acuerenciadas las vacas y los toretes, pero regularmente suben a las mesas, las cumbres y caminan sigilosamente en las cejas de los cerros.

PREFERENCIAS ALIMENTICIAS DE LAS CHIVAS			
Item	Frequency (%)	Average Rank	Saliencia
torote	63.6	2.38	0.459
ciruelo	57.6	2.95	0.355
uña_de_gato	48.5	2.75	0.3
palo_blanco	36.4	2.83	0.239
rama_parda	36.4	2.92	0.228
yuca	33.3	2.45	0.236
garabatillo	30.3	2.8	0.167
palo_fierro	30.3	2.5	0.204
maticora	27.3	3.11	0.158
mezquite	27.3	3.67	0.114
palo_verde	12.1	2.75	0.077
palo_adan	12.1	4	0.058
palo_amarillo	12.1	4.75	0.037
enredadera	6.1	2	0.047
choya	6.1	4	0.024
vinorama	6.1	5	0.021
mezcal	6.1	4	0.038
mezcalillo	3	8	0.004
pasto	3	3	0.018
ciruela	3	4	0.017
san_miguel	3	3	0.018

PREFERENCIAS ALIMENTICIAS DE LAS VACAS			
Item	Frequency (%)	Average Rank	Saliencia
palo_blanco	66.7	3.73	0.361
garabatillo	63.6	2.57	0.464
uña_de_gato	57.6	3.11	0.374
palo_fierro	54.5	2.33	0.435
rama_parda	51.5	2.88	0.362
mezquite	48.5	3.44	0.294
torote	45.5	4.53	0.21
palo_verde	36.4	4.17	0.183
ciruelo	33.3	4.55	0.15
yuca	33.3	5.36	0.127
palo_adán	21.2	2.86	0.129
palo_amarillo	18.2	4.5	0.081
san_miguel	9.1	5.67	0.027
choya	9.1	4.33	0.041
zacate	6.1	3	0.036
vinorama	3	7	0.008
toloache	3	3	0.022
zacate_polilla	3	3	0.018
cardón	3	7	0.004
biznaga	3	6	0.005
quelite	3	5	0.006
maticora	3	4	0.021
ciruela	3	4	0.012
lomboy	3	3	0.024

Fuente: Encuesta "memoria biocultural rancho sudcaliforniano"

Procesador: Visual Anthropac 1.0

En marzo y abril es seguro que el animal regrese al rancho. Empiezan desde distintos lugares organizar las campeadas, como llaman al trabajo de andar el monte avistando y recogiendo el ganado para trasladarlo a los corrales del rancho.

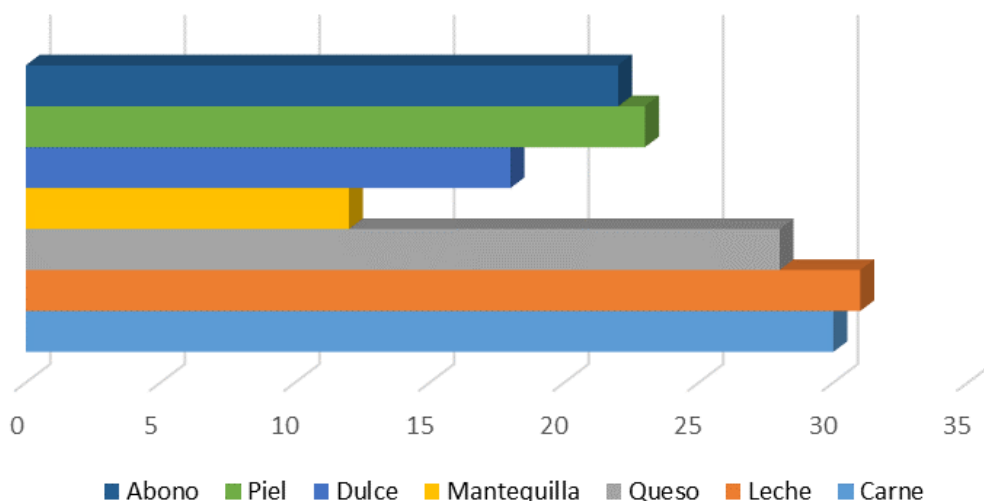
Vaquero acarreado ganado al rancho



Roberto Encinas Molina, abril de 2017. Fotografía de Tito Fernando Piñeda Verdugo

La importancia del ganado, ya sea vacuno o caprino, no solo es un asunto simbólico, que permite que el rancho tenga un sentido ontológico o cultural particular. De la misma manera estas sociedades se aprovechan de diversos modos de él. Por ejemplo, según los datos recabados a través de la encuesta, de la vacas, que es del ganado que más elementos se apropian, se extrae leche (con el que se hace dulce, queso y mantequilla), carne, la piel que sirve para monturas, fundas, polainas, zapatos, entre otras cosas, y por supuesto, también se aprovecha el abono; aunque como vimos en el apartado anterior este es en menor medida que el de las chivas y sobre todo, las borregas.

Aprovechamiento ganado vacuno



La mayor parte de lo que se aprovecha del ganado es para el consumo interno del territorio. El ganado sale de La Soledad para la venta en camiones de redilas, y el precio varía según como esté en el mercado. Pero cuando el animal se sacrifica en el rancho, o se le extrae la leche para el queso, los dulces o la mantequilla, es fundamentalmente para

la familia y para compartir en alguna fiesta o con los vecinos. No significa que no se pueda comercializar, pero su provecho más significativo no es monetario.

Comida por la llegada de la familia de la ciudad

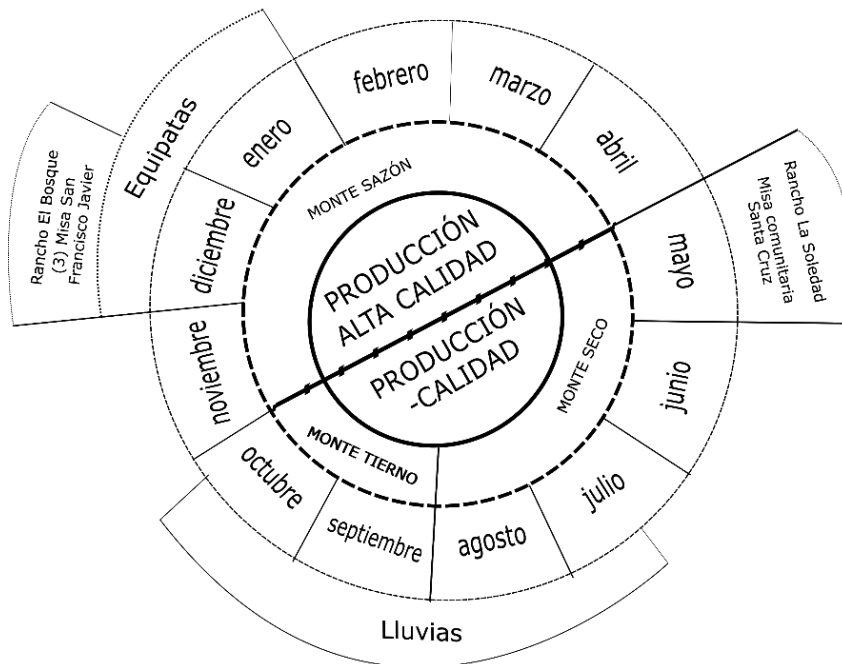


Fotografía Tito Fernando Piñeda Verdugo. Rancho Primer Agua

Algo que es importante destacar, es que el aprovechamiento del recurso ganadero depende del tiempo en el que este sea apropiado. Pongamos el ejemplo de la producción de queso, que su sabor y el gusto por él, varía según los meses en los que se produzca. El mejor queso, según explican, es cuando el monte está sazón. El monte está sazón después de que acaban las lluvias hasta que empieza el tiempo de secas, por ahí de abril.

PRODUCCIÓN DE QUESO

Territorio de La Soledad, La Paz, Baja California Sur, México



Fuente: Entrevistas ranchos La Soledad, La Paz, Baja California Sur
Elaboración: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Esto significa que, para tener buen queso, puede ser bajo tres condiciones. La primera, es que se puede mantener el ganado en un corral del rancho, y diariamente ordeñar y producir el queso en casa. Lo que implica un gasto económico excesivo que pocos pueden hacer. La segunda opción, es campear muy de mañana, buscar al ganado, traerse una o dos vaquillas desde donde anden aquerenciadas, traerlas al rancho, ordeñarlas y luego de procesar la leche y producir el queso, regresarlo a la querencia. Esto implica mucho tiempo y, además, por supuesto, un gasto energético impresionante, aunque económicamente la actividad por sí misma no genera gastos económicos, y eso siempre es bueno para las familias rancheras. Sin embargo, hay una situación que ha sido bien identificada por las familias rancheras, y ésta está relacionada con la variabilidad de la lluvia en la región, lo que obliga a los animales a moverse de una zona de pastoreo o querencia, a otra. Caminar entre la piedra no es cualquier cosa, menos aun cuando el animal no está donde se supone debe de estar. La tercera opción, que era una práctica relativamente común en la segunda mitad del siglo XIX hasta mediados de la segunda mitad del siglo XX, es la identificación de las zonas con mayor lluvia para trasladar todo el ganado, arrancharse en la zona y producir desde allí el mejor queso posible.

Estos *parajes* o ranchos de *cambiadero* como también se le denomina, permitieron a las familias de esta región producir grandes cantidades de queso, además estar en condiciones de mantener a los animales con vida, sobre todo cuando la sequía se extendía más de lo pensado. Los parajes, al igual que los ranchos, son espacios de producción montados a un costado de los arroyos o cercas de una abrevadero. La gente se *arranchó* días, semanas e incluso meses enteros. Y de hecho, ha habido parajes que se han convertido en ranchos, y que como muchos ranchos, también han desaparecido.

Como lo demuestra el siguiente mapa, todo el norte de la microcuenca de La Soledad, está llena de vestigios rancheros, dejados por estas familias en su largo caminar por la historia serrana. Los espacios más conocidos son La Poza del Caballo y la Poza Larga, que fueron espacios producidos por la familia de Manuel “Chino” Amador; El Rincón de las Palmas y el Cajón, que fue utilizado por la familias de Cayetano “Güero” Amador del rancho Las Paredes; y el Llano del Venado, utilizado por varias familias pero fundamentalmente, la de don Roberto Encinas Amador. En este último paraje, a diferencia de los otros, no contaron con un aguaje propio, sin embargo el llano se convierte en un gran abrevadero que fue muy importante por la cercanía con la comunidad de San Evaristo, donde los barcos embarcaban lo producido en el paraje.



3.4 Del rancho a la querencia

Caminar entre las piedras puede provocar perplejidad; más aún cuando se busca el confort para entender las diversas formas de vida que se tejen en las entrañas de la sierra. Uno hecha la mirada arriba, a la punta del cerro y supone una excelente plataforma de

avistamiento. Al ir hacia la cumbre, o fija uno la mirada en las piedras que una a una se incrustan en la suela de los zapatos, o echas el ojo al horizonte. El resbalón puede ser inminente, si te apresuras. Caminar la piedra es un oficio, y si no lo practicas, vas para abajo. Aquí todo tiene sus tiempos, es preferible respetarlos. Cada piedra parece una trampa. La cosa es caminar poco a poco, poco a poquito dirían los vaqueros cuando andan en el monte buscando a sus animales, aquerenciados en las rinconadas más bondadosas.

En realidad, aquí no puede caminar uno tan tranquilo, como acostumbramos hacerlo en la ciudad. En la ciudad hasta con los ojos cerrado o con la pantalla frente a las pupilas, nos movemos. Acá no. Si se quiere estar seguro de observarlo todo, debe esperar hasta la punta del cerro o en algún plano de algún rincón elevado. Y ahí, desde lo más alto, imaginar el largo camino que han recorrido estas colectividades, arraigadas como una biznaga entre las rocas, en la ceja del cerro, aprovechando cualquier gota de agua para echar raíces.



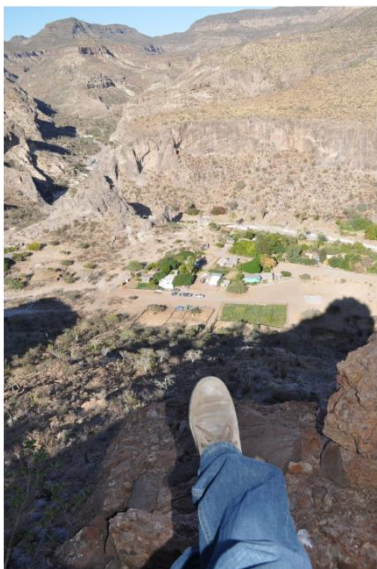
Campeando a pie. Ranchero avistando el ganado en Sierra del Mechudo. Fotografía Tito Fernando Piñeda Verdugo (2016)

Arriba, el ojo impresionado, sereno, ordenado, llora de tranquilidad. Desde lo alto podemos darnos el lujo de respirar pro-fun-da-men-te; voltear a los lados sin preocuparnos de que algo se nos escape: el cerro de la Borrega a un lado, el de San Francisco al otro, el Cerro Colorado a nuestras espaldas y el Cerro Blanco de frente a la Mesa Alta y el Pilón. Estamos en el panóptico de Foucault, en lo alto de La Soledad se alcanza ver el límite del territorio. La altura es claridad.

Lástima. Hay algo que irrumpe la mirada: un sonido, una campanada, una huella. Desde abajo, alguien está llamando la atención con el vaivén de la mano. Lástima, pudimos haber aprovechado este lugar privilegiado para la mirada: desde aquí, incluso, se ven los corrales repletos de abono; verdes huertas montadas a un costado de los arroyos; el aguaje y los pequeños canaletes sobre el tepetate; la cosecha de agua en falsas represas y, el sistema de irrigación tradicional por acequia. Esto definitivamente no es producto de la espontaneidad o la genialidad de un sujeto o uno u otro grupo de personas.

Esto es producto de la genialidad de quienes allí viven, la habilidad que han desarrollado y además, gracias a la reproducción de saberes y prácticas que vienen recorriendo una relativa larga historia.

Mirando el rancho desde la punta del cerro



Abril 2013



Fotografías: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Abril 2014

Parecía un buen momento para caminar la piedra. Todo está ahí, pero desde abajo alguien insiste y nos interpela para ser contemplado. Lástima, hay que bajar de nuevo. Hace calor y las nubes, que apenas si se están formando, lo hacen desde el norte. Viene de nuevo la lluvia, viene el mejor de los tiempos posibles.

Las actividades productivas y los paisajes que se requieren para realizarlas se han adecuado a la condición hídrica. Como hemos visto, la infraestructura ranchera, las prácticas agrícolas y las estrategias sociales de sobrevivencia están íntimamente ligadas con su ambiente y su geografía. Y recordaremos también que, viviendo entre los cerros, se modela la manera de concebirse en el tiempo, y hasta cierto punto, sus estados de ánimo. Basta con escuchar a Timoteo para dar cuenta de esto:

Uno vive muy a gusto en el rancho porque trabaja uno las huertitas y animalitos que tiene; vive muy a gusto uno aquí; lloviendo principalmente. Un rancho si no llueve ahí queda todo, pero lloviendo, se vive muy a gusto. [...] La vida en el rancho es bonita, si como no, pero como le digo lloviendo, pero si no llueve, es triste, es triste la vida en el rancho no lloviendo. Y habiendo agua, sobre todo, es bonito, y está ya solucionado todo. Y es que el agua es la vida, ¿no?⁵⁵

⁵⁵ Timoteo E., entrevista realizada marzo 2018.

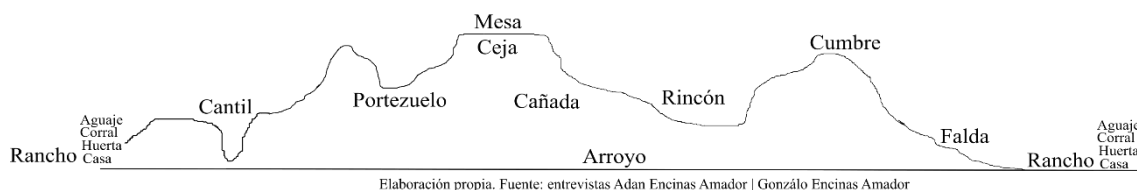
Así como para los cochimíes y guaycuras Meyibó era un tiempo de alegría por las pitahayas y sobre todo, seguramente, porque sabían que en el desierto lo bueno podía durar muy poco y el alegre retorno alargarse en el tiempo; para los rancheros los tiempos de agua y sobre todo el monte crecido y verde, es motivo de festejo. Tal vez, por ello esa histórica ritualidad en las huertas acurrucando a San Isidro entre los árboles de mango; la solemnidad en los cuartos de los rezos; las veladoras en los recovecos de las piedras y las cruces en las puntas de los cerros que se traen a la casa después de que cae la lluvia. Siempre el agua, siempre la lluvia que no cae, que deja caer, que está por llegar, que llega y pone todo muy bonito, diría Timo.

En los tiempos buenos, los del monte verde, nacen las querencias, aparecen los territorios en los rincones de la sierra. El monte grande se reo-organiza, se vuelve dominio y acuerdo. Puede haber varias maneras de entender estas ideas; la nuestra fue caminando kilómetros de piedra, experimentando el espacio apropiado, resignificado, re valorado por los rancheros. Querencia y monte grande no son sinónimos, pero están estrechamente vinculados entre sí.

Para entender estas ideas, que nos van a permitir darle el sentido que se merecen las prácticas ganaderas de los ranchos sudcalifornianos y sobre todo a la cartografía que se va a presentar en este apartado, debemos reconocer los elementos con los que las familias rancheras leen el paisaje.

En las partes bajas están los cauces de los arroyos, secos la mayor parte del tiempo. A un costado del arroyo, se establecen regularmente los ranchos. Los ranchos como lo hemos venido diciendo, se componen en su mayoría, del aguaje, la casa (jardín de traspatio), la huerta o parcela y los corrales. Alrededor de las casas, los corrales y la huerta, están las faldas de los cerros, que no son otra cosa que el inicio de su pendiente. Las cumbres, son las pendientes verticales y prolongadas de los cerros. Es lo suficientemente prolongada para no convertirse en un cantil. Un cantil, es la pared del cerro sin falda. En lo alto de los cerros, a un costado de ellos, están las cejas, que son pequeños y prolongados espacios entre una mesa, una cumbre o cantil, y el vacío. Las mesas, son grandes extensiones de tierra sobre los cerros, que regularmente están constituidos por tierra muy fértil. Las cañadas son los espacios en donde, desde las cumbres y las mesas, fluye el agua de las lluvias, hasta caer sobre el cauce de los arroyos, que en los buenos tiempos forman una corriente tan fuerte que se lleva a su paso todo cuanto existe, incluidas las madrigueras de los animales y las represas que algunas familias rancheras edifican para retener un poco de agua para la siembra.

Elementos del paisaje serreño



La querencia podemos entenderla, de entrada, como las zonas de pastoreo. Por eso decimos que emerge con las lluvias y la necesidad de alimentarse. Pero también es un territorio, si se quiere animal no humano. Es el espacio de arraigamiento. Las chivas y las borregas, por ejemplo, tienen su querencia en el rancho, pero no se alimentan ni en el corral, ni en la casa, ni en la huerta. Sin embargo, muy de mañana los vaqueros, y sobre todo niños y jóvenes, las encaminan al monte para que se alimenten. Sea esto en tiempo de secas o tiempo de lluvias. Y por la tarde, en el silencio de los ranchos serranos el ladrido del chivero y los cencerros dan aviso del regreso. Lo hacen, de nueva cuenta, porque su querencia es el rancho.

“El animal tiene su querencia, por ejemplo, las chivas de aquí no se te van a bajar para el bosque, ni para otra parte se van a venir a su corral, todo el tiempo cuando la encuentra uno la encuentra para su corral, cerca de las casas, de donde son. Por ejemplo, las de mi compadre Maco se juntaban para acá para el monte de nosotros, y se juntaban con la de nosotros, pero cuando regresaban e iban llegando y se apartaban solas, ellas agarraban para su corral. Lo mismo las de mi compadre Leobaldo y las del Yate, cada una agarraba para su corral, para su querencia pues. ¿Y cómo saben los animales pues?, si saben ellos también”

Las vacas, los becerros que siguen a su madre y, los grandes toretes tienen la querencia en lo que algunos rancheros llaman el monte grande, y específicamente en los rincones de las serranías

“Para las vacas su querencia es aquí en los rincones. Si se pasan por los portezuelos pues ya no están en su querencia, están en otra de otros animales. Pero si se pasan se vuelvan a regresar. Aunque mucho si se pasan y se tardan más en volver, sobre todo cuando bajan al agua y se van por otro lado. Pero terminan regresándose a su querencia”⁵⁶

Campear, ir y venir por los animales es atravesar una y otra querencia. Sin embargo, el rancho no se sale a caminar hacia cualquier lado. Un buen rancho primero investiga con otros vaqueros si han visto un animal con las características físicas de su ganado. Y

⁵⁶ Entrevista a Guillermo Encinas Amador, en la querencia de sus animales, sobre el arroyo de La Primer Agua. Abril de 2017.

está información a la par del conocimiento que tiene sobre la montaña y sus querencias, y los saberes propios de la campeada, hacen posible cumplir con los objetivos de las campeadas.

“Conocen el lugar y sabe por dónde pasea el animal. Sabe las querencias. Por ejemplo Juan de Dios, antes de salir pregunta ¿dónde viste a fulana vaca? Y le dicen, ‘estaba en tal lugar’, él ya se imaginaba más o menos ‘está un aguaje ahí, y se sube para allá’. Y ahí están, por ahí se va. Él siempre encontraba los animales. Él cuando le dices con tiempo, nomás está pensando en la vaca, y luego investiga dónde la han visto la última vez. Y ya a partir de ahí ve más o menos por dónde anduviera. Él es bueno para campear.”

Antes de salir al monte entonces, los rancheros piden información a las personas de sus ranchos o ranchos aledaños, por si sus animales cambiaron de querencia. Los rancheros o vaqueros ya saben dónde están sus animales aquerenciados, enraizados. Y esto no solo es producto de la herencia y la casualidad. En realidad los vaqueros son los que aquerencian a sus animales, y las generaciones que preceden al ganado que trasladan a alguna zona de su territorio, nace ahí, es decir, las vacas paren a sus becerros en el monte, por eso regresan cuando están fuera de él. Y muchas veces, si arrecia el calor y la seca se extiende, mueren ahí, de sed, de hambre.

“La querencia no solo la tienen las vacas. La tienen todos los animales, las bestias, todos se van a un lugar más o menos. Ya sabe uno donde se las puedes ubicar. Todo tiene sus ubicaciones en los animales.”⁵⁷

La práctica de la campeada es una práctica que se hace en colectivo, aunque no lo parezca. Cuando salen a campear las personas salen en parejas o grupos, regularmente, pero por el extenso terreno que hay que recorrer estratégicamente es mejor dispersarse, en silencio, caminando solos entre las piedras. Porque las querencias son amplias extensiones de tierra.

Las familias rancheras y sobre todo quienes tienen ganado, comparte las querencias y en ese sentido, el dominio se vuelve colectivo. Por eso, diría Adán Encinas Amador -un amante del monte grande-, que acá no se da el problema que se da en otros lugares, que hasta se matan porque los animales se meten en terrenos ajenos. Aquí la lógica de la propiedad privada no tiene sentido. El acuerdo es la constante⁵⁸.

⁵⁷ Entrevista a Juan de Dios E., marzo de 2016.

⁵⁸ Los animales propiedad de familias distintas pueden compartir querencias, y los vaqueros pueden desplazarse de un lado a otro sin mayor problema. Si se han dado casos de conflictos, pero estos regularmente se han dado cuando se da el abigeato, es decir, el robo del ganado

Campear las querencias se da en dos tiempos y dos formas distintas. En los tiempos de seca uno avista a sus animales pidiéndole a dios que puedan caminar hasta sus corrales. Encaminados, ya saben si lo deben vender para mantener a los que se queden en el rancho, o no. En los buenos tiempos, se busca el animal para saber si ya hay cría, si está en su querencia o llevarlo hacia otra, porque si bien recordamos, las lluvias no caen en toda las zonas uniformemente.

Como sea, cualquiera que camine las querencias por el monte grande, necesita asumir un riesgo. Primero, la persona debe reconocerse en el monte grande y esto requiere un ejercicio sensorial. El punto de partida es cuando, tierra adentro, se deja de percibir el rancho: dejas de escucharlo, de verlo, de olerlo y desde el rancho, no se te ve, no se te alcanza a escuchar, no se te puede oler.

Llegar al monte grande merece respeto y mucho cuidado. Para caminarlo se requiere conocimientos geográficos y saberes específicos sobre el ecosistema de montaña. Esta es una de las razones por las que insistimos que no cualquiera puede vivir entre las piedras. Por ejemplo, cuenta don Heleno Amador; hijo de Manuel Chino, quien es muy conocido por haber estado permanentemente desplazándose junto a su familia en el territorio de La Soledad; que un día que andaba buscando animales en el monte, estuvo a punto de morir de sed.

A las chivas las hallábamos en el copete del cerro. Las hallábamos por los costados del cerro o arriba, y así las juntábamos. Ahí andaban unos señores en las biznagas⁵⁹ por aquel lado, y me acuerdo que por la desesperación de mi amá, que andaba desesperada por la sed, igual que yo, y me dice ‘vete y pídeles agua, que nos andamos muriendo de sed, y dile que ando yo aquí’. Y ya me bajé, y ya llegué. ‘Mi ama ya no puede caminar de sed’ –le dije-, y bajé pa’ que me dieran agua. ‘No pues si nosotros traemos, andamos en las mismas, ya andamos desesperados para echarle las biznagas e irnos porque se nos acabó el agua, se nos acabó el agua también y hasta la Pitahaya vamos ir a tomar. Y está lejos. Y muy despacito andan estos animalitos’ –y me dijeron- ‘ahí está una tinajita’, en fulana parte, y está llenita y nunca se seca, búscala’. Y bajé por la desesperación de la sed y nunca la hallé. Estaba una tinajita que cuando llueve se llena; por ejemplo, ahorita está llenita, pero en tiempo de seca se seca. Esa fue la única que encontré, si acaso era esa.

Así se experimenta el monte grande. No es casualidad que al preguntarles a las familias rancheras sobre el buen vaquero, el conocimiento sobre el monte sea una de las tres características esenciales de estos.

⁵⁹ Era tiempo de seca, y en ese tiempo la biznaga se utilizaba para mantener el ganado. Lo alimentabas con biznaga picada. Al animal le soltaba el estómago, pero con suerte pasaba el tiempo malo.

Características del buen vaquero

Item	Frequency (%)	Average Rank	Saliency
saber_lazar	82.4	1.57	0.667
saber_montar	79.4	1.7	0.583
conocer_el_monte	35.3	2.83	0.133
tener_buena_bestia	23.5	1.88	0.172
tener_equipo_de_vaquero	23.5	2	0.168
saber_domar_caballos	5.9	2	0.029
tener_buena_vista	2.9	3	0.01
saber_ensillar	2.9	2	0.022
saber_amarrar_caballo	2.9	3	0.015
saber_usar_riata	2.9	3	0.01

Fuente: Encuesta "memoria biocultural rancho sudcaliforniano

Procesador: Visual Anthropac 1.0

La emergencia y los conocimientos sobre las querencias de los animales, es la emergencia también de una escala territorial más amplia que el rancho, como nos enseñaron a conocerle los estudiosos, a saber: como una simple unidad productiva. Solo reconociendo estos nuevos espacios, de la casa, los cerros que circundan la huerta y los corrales y, hasta el monte grande, podremos entender las palabras de Juan de Dios: “mi lugar no solo es mi casa, sino los alrededores pues, el monte”. Y en este sentido y bajo la lógica de la narrativa ranchera, uno puede suponer que la querencia es paisaje y territorio, es el terruño, la patria diría don Luis González y González. Y uno entiende las palabras del ranchero y el historiador, cuando descubre el conocimiento que tienen los rancheros de su territorio.

Matriz territorial: parajes históricos y zonas de pastoreo

No.	Nombre	Tipo	Uso	X	Y	Z	Arroyo	Características generales	Fuente
1	Salto del brinquito	Pequeño portezuelo	Referencia geográfica	521007	2748878	400 mts	Primer Agua	Es una referencia geográfica para los rancheros sudcalifornianos de la zona. Hay marcas de los rancheros,	Campo/gps
2	Poza del saltito	Poza de agua	Suministro de agua	5210829	2748898	424	Primer Agua	Entre julio y enero esta poza mantiene agua que sirve fundamentalmente para los animales. Sin embargo, por lo que me di cuenta, es una fuente de agua para quienes recorren estos lugares buscando sus chivas y vaquillas	Campo/gps
3	Rincón del brinquito	Rincón	Pastoreo	521139	2748901	422	Primer Agua	Los rincones son las zonas que conectan una ladera de un cerro con otra, o bien, es el espacio que arropa una pequeña cañada. Por ello, regularmente cuenta en temporada de lluvias, con una gran afluencia de arbustos, zacate y plantas que sirven de alimentos para los animales, sobre todo, vacas.	Campo/gps
4	Piedra del kile	Piedra	Referencia geográfica				Primer Agua	Es una gran piedra que se encuentra ubicada sobre el arroyo, entre el rincón del brinquito y el rincón verde. Los rancheros usan esta piedra como referencia. Esta piedra se encuentra aproximadamente a 1 kilómetro del rancho Primer Agua	Campo/gps
5	Rincón verde	Rincón	Pastoreo	521373	2748831	438	Primer Agua	El rincón verde es una de las zonas de pastoreo más extensa. Su suelo es primordialmente rocosa, por ello hay muy poco zacate pero mucho monte alto, es decir arbusco como el lomboy, el copal, palo blanco, uña de gato y cactacea como la biznaga, pitahaya, etc. Se puede encontrar también la gobernadora y golondrinas.	Campo/gps

6	Rincón de la tinajera	Rincón	Pastoreo	521574	2748928	450	Primer Agua	Querencias	Campo/gps
7	Cantil Alto	Cantil	Referencia geográfica	521624	2749080		Primer Agua	Querencias	Informante/google hearth
8	Rincón romerillal (cantil Alto)	Rincón	Pastoreo	521924	274842	453	Primer Agua	El rincón del romerillal es uno de lo más grande. Pero se divide en dos, l romerillal del cantil y el romerillal del lado de la ceja del potrerito.	Campo/gps
9	Rincón romerillar (Ceja)	Rincón	Pastoreo	521958	2748962	461	Primer Agua	Querencia	Campo/gps
10	Rincón del potrerito	Rincón	Pastoreo/corral	520625	2748731	440	Primer Agua	En tiempo de lluvia este rincón es bueno para el pastoreo de las chivas, pero además, su forma permite que por tiempos definidos se use como corral. Es uno de los rincones más cerca del rancho.	Campo/gps
11	Ojo de Agua	Manantial permanente	Suministro de agua para el consumo humano y no humano	520682	2748705	429	Primer Agua	El agua para consumo humano se extrae con una motobomba y placas solares que da energía al motor. La forma de calanización es a través de mangueras. Para el consumo no humano, el agua de forma semi natural se traslada del ojo de agua sobre el tepetate, a veces por acequia hecha por don Severo Encinas y amigos, y llega hasta una represa que se encuentra ubicada aproximadamente a 800 mts. de ahí, a través de acequias se lleva el agua hasta las huertas de frutales y en algunas ocasiones con maíz, frijol, haba, chichar, reporllo, ajo o cebolla.	Campo/gps
12	Agua de la cantarran	Manantial semipermanente	Suministra agua para uso rudo	520878	2748875	430	Primer Agua	Es un manantial del cual siguen sacando agua pero es muy restringida. No sale con placa solar ni con motobomba, es agua que se usa gracias a la técnica de elevación	Campo/gps
13	Poza redondita	Rincón	Pastoreo/corral	520916	2749091	488	Primer Agua	Rincón para pastoreo y al mismo tiempo sirve como corral, donde dejan las vaquillas o las bestias (machos).	Campo/gps
14	Rincón de los círculos	Rincón	Pastoreo	521126	3749372	455	Primer Agua	Querencia	Informante/google hearth
15	La poza de la jicama	Poza de agua	Suministro de agua	522413	2749449	484	Primer Agua	Es una poza que está acompañada de unos cerros. Diferentes tipos de flora alrededor. Algunas cactaceas como la biznaga y la pitahaya. También puedes encontrar palo blanco, san miguel, algo de pasto, lombroy, compal entre otros.	Campo/gps
16	La última subida	Cañada	Pastoreo; georeferencia;	522704	2749558		Primer Agua	Querencias	Informante/google hearth
17	Rincón de la punta blanca	Rincón	Pastoreo	523705	2750117	560	Primer Agua	Querencias	Informante/google hearth
18	Rincón del copalquincito	Rincón	Pastoreo	524689	2750548	670	Primer Agua	Querencias	Informante/google hearth
19	Rincón del portezuelo	Rincón	Pastoreo	519765	274959	446	Compartido	Querencias	Campo/gps
20	Portezuelito del rincón de las palmas	Portezuelo	Referencia geográfica	519618	2749983	469	Compartido	Querencias	Campo/gps
21	Paraje Rincón de las palmas	Paraje	Producción	519523	2750399	412	Compartido	Paraje histórico. Es un pequeño valle ubicado en el segundo piso del arroyo. Sol quedan vestigios. Piedras alrededor de lo que fueron las paredes de la casa. Algunos hornos y palos con los que estaban hechos los corrales. Había algunos partes de llantas que tenían cortada la forma de una planta de huarache, que es la que se utilizaba para el trabajo. Los haraches utilizados para el descanso son hechos son los llamados de tres puntos, hechos con gamuza y en la planta baqueta delgada. Todo el espacio era para la producción ganadera, queso carne sobre todo. El agua corre en tiempo de lluvia, pero además, hay algunos pozos de piedra que acumulan agua durante meses.	Campo/gps
22	Pozo de las calabazas de chico	Pozo de agua	Consumo humano/no humano/refere ncia	502557	2706878		Compartido	El nombre de este pozo es por un tío de don Roberto Encinas Molina. Fue hijo de uno de los fundadores de la primer agua.	Campo/gps
23	Paraje de Matías	Paraje	Producción	518901	2750528	412	Compartido	Este paraje era utilizado por el finado Matías Amador, quien vivía en la zona del rancho de matancitas. Llama la atención que se encuentra ubicado a la misma altura que el paraje del rincón de las palmas. Y al igual que como el rincón de las palmas, tiene sus propias pozas. Es un paraje relativamente pequeño, y aun se alcanza a ver vestigios del paso de los rancheros en ese lugar.	Campo/gps

24	Paraje viejo quelele (Pancho Vargas)	Paraje	Producción	518254	2750367	394	Compartido	Aquí se percibían más vestigios en el paraje de Matías. Las casas hechas con horcones y las vigas de madera de palma que sostenían el techo de hoja palma, aun se mantenían en pie. Los amarres son de alambre. Hay sartenes de aluminio pero también se encontró piedra para la molienda. El paisaje es muy impresionante. El arroyo sobre el que está montado el paraje deja agua en su propia poza.	Campo/gps
25	Poza del Caballo	Paraje	Producción	517566	2749903	381		Esta ubicada en el entronque de dos arroyos. Este encuentro produjo naturalmente una de las pozas más grandes. Sobre ella, en la ladera del cerro se encuentra el paraje habitado por Manuel Chino (Amador). La vegetación varía: uña de gato, choyas, biznagas, palo blanco, lomboy, entre otros. Los vestigios son muy reveladores. Las casas ya están en ruinas pero se puede observar más claramente como es que estas eran de dos agua. El techo según me dice Adán era de palma. Las esquinas era levantada con uña de gato. Las vigas que sostienen el techo con palo de palma. Alrededor no hay palma, lo que seguramente hizo que se trajera de los alrededores, de algún oasis cerca. Al interior del perímetro de la casa había pequeños horcones enterrados formando un rectángulo, donde amarraban las pieles de chivos o de vaca, donde dormía las familias. Alrededor de la cada había un cerco, para protegerse de los animales, supongo. También encontramos pilas talladas en piedra para darle de beber a los puercos. Lo que nos hace pensar que la estancia en ese lugar era más duradera que los parajes tradicionales.	Campo/gps
26	Portuezelito de los higos	Portezuelo	Referencia geográfica	519264	2749567				Campo/gps
27	La poza larga	Paraje	Rancho/paraje	516311.61	2749066.67			La poza larga durante mucho tiempo vivió intermitentemente Manuel chino y doña María Amador. Otro de los parajes de Manuel Chino era la poza del caballo. Según cuenta Loreto Amador, la queta, esposa de Yate Encinas, ese paraje como el otro no solo lo habitó su familia. Su papá al igual se lo prestaba a otros familiares. Es un lugar con muchísima agua. Hay dos ojos de agua. La vegetación es diversa, laurel, palma de taquito, un par de palma datilera, tule, además que en el segundo piso, donde establecieron el paraje, está está la vegetación xerofila como bisnaga, choya, pitahaya, viejitos, rama parda, lomboy, y árboles como mezquite, uña de gato y palo blanco, Es un lugar ubicado a 5 kilómetros de la Primer Agua.	Campo/gps
28	Sauzal	Paraje	Producción	514044	2749715		Arroyo del Cajón		Campo/googleEarth
29	Tinaja del camino	Paraje	Producción	516595	2752427				Campo/gps
30	Palo verde	Paraje	Producción	518756	2752330		Arroyo del Cajón		Campo/googleEarth
	El Cajón	Paraje	Producción	519955	2752819		Arroyo del Cajón	Es un paraje histórico, utilizado principalmente por familias de estirpe Amador.	Campo/gps
	La cañada del cajón	Paraje	Producción	521439	2753144		Arroyo del Cajón	Es un paraje histórico, utilizado principalmente por familias de estirpe Amador.	Campo/gps
	El choyal	Paraje	Producción	517195	2757693			Zona en los límites del territorio y la cuenca. Es también una zona de pastoreo, una querencia, la cual comparten no solo con las familias de la Soledad, sino con otro complejo de ranchos, entre los que se pueden mencionar El Paso de Iritú, Las Animas, El Paso de Encinas, Los Llanos de Kakiwi, La Tinaja de Orantes, las Tinajitas, San Andrés, entre otros.	Google Earth
	El llano del venado	Paraje	Producción	523617	2756915			Es un paraje histórico y uno de los más importantes, sobre todo por la cercanía con la comunidad pesquera de San Evaristo, desde donde cargaban a los barco de cabotaje propiedad de la familia Ruffo, quienes se encargaban de trasladarlo a la ciudad de La Paz durante todo el siglo XX. Es un llano sin ojo de agua cerca, pero que en tiempo de lluvia se convertía en un gran abrevadero para los animales.	Google Earth

3.5 El territorio ranchero y los saberes sobre el monte grande: indicios en torno a las querencias

La capacidad que han tenido las familias rancheras para administrar el poco recurso hídrico con el que cuentan en largas temporadas del año, ha sido sin duda, una condición de posibilidad para abigarrarse a las piedras. En este sentido como menciona Cariño Olvera, pueden ser paisajes del agua (Cariño 2015) los que se producen de manera dispersa por las serranías. Pero precisamente por el estrés hídrico y las profundas relaciones que establecen las familias rancheras con la condición geológica en las que se desenvuelven, para nosotros los paisajes que se esculpen desde la vida ranchera, está determinado por las piedras.

Sin embargo, no podemos dejar de pensar en la relación entre el elemento hídrico y el geológico, lo que nos sugiere pensar, sobre todo, en una producción paisajística bajo la lógica del movimiento (Snead, 2009) No queremos extrapolar la idea de una movilidad con la forma propia de los grupos originarios de cazadores, recolectoras y pescadores, que ante la escasa precipitación y ante la amenaza de las sequías “desarrollaron una cultura nómada estacional que buscaba obtener de la mejor manera los recursos que proveían los diferentes pisos ecológicos” (Magaña 2010: 95). Sin embargo, frente a las mismas condiciones climatológicas, los rancheros han tenido que crear, a machete y pala, una red de senderos y caminos, para mover cosas de un lugar a otro, incluidas personas, el ganado, bienes materiales e incluso, bienes inmateriales.

Cada piedra que han pisado las familias cuando caminan los cerros, los portezuelos y las mesas, buscando acercarse al aguaje, la poza, la tinaja y su paraje; cada paso que dan para avistar su ganado en su querencia, subiendo cumbres y caminando sobre las cejas de los cerros; cada mirada que marca el camino hacia el alimento o el agua; cada trozo de rama que se vuelve un suspiro mientras buscan la planta necesaria para el remedio; cada brinco de la bestia que los encamina hacia la familia en el rancho vecino; cada sonrisa que aparece al jugar entre las piedras; cada hora que caminaron, despacito, para llevar lo que se produjo orgullosamente en el rancho, para su venta a los consumidores urbanos; poco a poco se enraíza en lo más profundo de la memoria de quienes hoy aun dignamente podemos nombrar como las familias rancheras. Y desde este movimiento constante, las querencias se expanden y se vuelven territorios humanos y no humanos. Esto es relativamente obvio, no existen grupos humanos que no establezcan una relación afectiva e íntima con sus entornos. Ni urbanos ni rurales.

La memoria, como se sabe, tiene soportes materiales: en los cerros y las quebradas, en las piedras y las plantas. Los sitios cuentan historias, los objetos, los restos de materiales de casas y obviamente las personas también, especialmente los abuelos, los mayores. ‘Caminando es cómo se conoce’, ‘caminando es cómo se recuerda’ (Findji, 2010: 8)

Acercarnos a las relaciones cognitivas y afectivas que las familias rancheras han establecido con el ecosistema de montaña no es sencillo. En nuestro caso logramos dilucidar las afecciones de los cerros en la vida de las personas, caminando la piedra junto a ellos; analizando el espacio a través de sistemas de información geográficas y por supuesto, a través de mapeos comunitarios, con los cuales logramos identificar senderos, nombre de los cerros, parajes históricos, vestigios, querencias, ojos de agua, tinajas y, emociones, entre otras cosas.

Sin embargo, para poder darle sentido y sobre todo organización a los últimos datos que presentaremos nos interesa modelar las escalas del territorio ranchero e identificar allí mismo el paisaje oasisano que tantos análisis y reflexiones ha suscitado desde hace por lo menos una década.

3.5.1 La espacialidad del paisaje oasisano y el territorio ranchero

La geografía ha hecho un gran esfuerzo por distinguir conceptualmente las ideas de paisaje y territorio. Esto les ha permitido a los geógrafos desarrollar la dimensión perceptible y material de sus preocupaciones epistémicas (Sunyer 2014). Este es un ejercicio reflexivo de frontera de una mayor importancia, sobre todo porque está anclado a la tradición analítica de distinguir *ideas claras y distintas* para bien dirigir el entendimiento, en este caso, sobre las *prácticas* y las *huellas* de los hombres sobre la tierra; y al mismo tiempo, porque permite reconocer que una y otra cosa (prácticas y huellas) que se ven a través de estas dos categorías, están determinándose mutua y permanentemente, a tal grado que se vuelve metodológicamente peligroso, pensar estas expresiones fenoménicas como distintas e independientes una de otra.

Para los especialistas en el estudio del paisaje, este y el territorio son respectivamente la forma y el proceso, el fenotipo y el genotipo, resultado de la actuación pasada y presente del hombre sobre la superficie terrestre y condicionante de su futuro. Las huellas del actuar humano en el territorio se revelan en el paisaje (Sunyer 2014: 12)

Cada una de estas manifestaciones tiene su propia realidad y sus propios espacios, aunque como sugerimos, están entrelazadas. Digamos que sus fronteras son paradójicamente porosas, y aunque no sean evidentes a simple vista de cualquier manera existen y solo podemos delimitarlas a partir del reconocimiento de la mirada de quienes producen las

fronteras, las prácticas y dejan huellas a su paso sobre los lugares que se hacen. Estamos hablando de reconocer, en este sentido, una mirada, física pero sobre todo culturalmente situada.

Desde la perspectiva de la historia ambiental, quien la principal promotora es Cariño Olvera se proponen 3 espacios para analizar los oasis. Es importante entender que estos espacios están determinadas por una zona húmeda y biodiversa que implica un aguaje. Partiendo de esto, el primer espacio, es la huerta o el jardín y por supuesto todo el sistema hídrico que se requiere para el funcionamiento. El segundo espacio, es representado regionalmente a partir de la relación humedal-secano; y por último, un espacio que abarca la vastedad de la península de Baja California. La imagen mental que nos provoca esta última escala son pequeñas ínsulas verdes en un gran y biodiverso secano.

Nuestra propuesta, que nace a partir de un largo diálogo con diversas personas, la mayoría de ellas mayores de edad, busca hacer una lectura del rancho de manera multiescalar. Esta propuesta sin duda contiene los espacios de los oasis, aunque no se reducen a ellas. Nuestro punto de partida para estratificar espacialmente el territorio ranchero no fue un elemento o conjunto de elementos directamente relacionados con el paisaje, sino con la propia historia de las familias enraizadas entre las piedras: cada familia tiene su propio dominio, aunque en el uso cotidiano se van traslapando uno y otro espacio hasta configurar un territorio común.

Vale comentar que esta diferenciación espacial se determinó a partir de distintos criterios, entre los que podemos destacar el tipo de práctica, el uso diferencial de los recursos naturales, el nivel de seguridad y de riesgo de cada escala, y por supuesto las distancias entre una escala y otra.

La escala más grande del territorio ranchero es la del hogar, que se compone de la casa y el jardín de traspatio. Esa es propia de la familia, es decir, del núcleo básico de las sociedades rancheras sudcalifornianas. Es la escala del habitar, del cuidado de uno mismo. Si existen 2, 5 o 10 familias en el rancho, a cada una de ellas le corresponden su propio dominio, es decir su casa y su jardín de traspatio⁶⁰.

⁶⁰ En la sierra de JalMich, las familias rancheras tienen sus Ecuaros, nombre purépecha para designar la siembra de traspatio, en donde cosechan todo tipo de hortalizas, que les permite tal y como dirían Esteban Barragán y Rogelia Torres, *comer de mano propia*. En los ranchos serreños de la península, cuentan también con un jardín de traspatio pero fundamentalmente son árboles frutales, además de ser el lugar donde echan la semilla en grandes recipientes, que después de dos semanas se siembran en las huertas familiares que regularmente se ubican a algunas decenas de metros de sus casas.

La siguiente escala se compone del aguaje, el arroyo, las huertas, las parcelas y los corrales. Ese dominio sigue siendo familiar pero al mismo tiempo los espacios y los recursos se comparten, como por ejemplo el agua, el arroyo y la huerta, pero también en esta escala existen momentos en los que estos espacios se producen colectivamente, por ejemplo, los repesos, los canales de riego, los corrales, entre otros.

La siguiente escala se compone de las dos escalas anteriores y los cerros que se encuentran en los alrededores inmediatos; que son de uso común y al mismo tiempo son el referente principal de quienes comparten el rancho: reconocer a lo lejos los cerros contiguos a sus casas implica llegar al rancho.

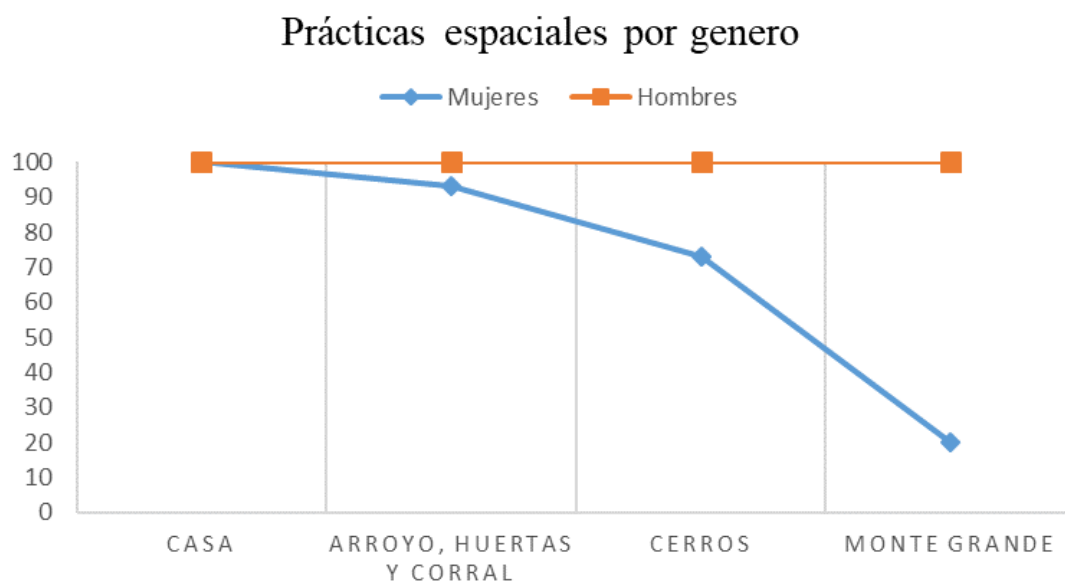
Y por último, la escala más pequeña, que por cierto es la más compleja de todas, articula las escalas anteriores y lo que los rancheros conocen como el monte grande. Y consideramos que es la más compleja de todas las escalas porque es precisamente en ella donde se tejen los acuerdos con otros ranchos. El monte grande inicia a partir del momento que no se alcanza con ningún sentido el arroyo, las huertas, los corrales y los cerros más cercanos al hogar. Esta escala es la de los espacios comunes, los de la compartición, la del acuerdo, la de la sobrevivencia y las querencias, pero también el de los conflictos, los desacuerdos, el peligro, la cautela y el riesgo. En este gran espacio no existen límites determinantes. Sus fronteras son relativamente porosas entre los rancheros que comparten el territorio. Las delimitaciones menos difusas, son las de la cuenca. De hecho, el meticuloso conocimiento de las cuencas está íntimamente relacionado con el dominio de su territorio.

Modelo territorial rancharo

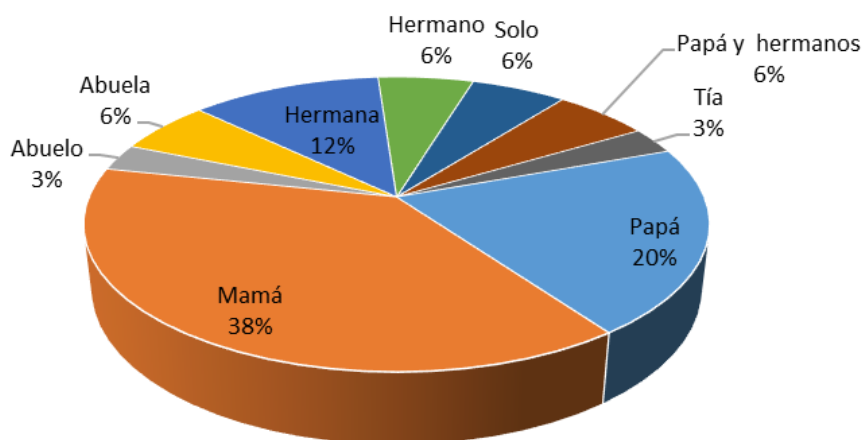


Un modelo de esta naturaleza permitiría hacer análisis de diferentes tipos. Por ejemplo, nos abre el camino para intentar entender cómo se practican los espacios, quienes son los que lo hacen y en qué momento de su vida iniciar a practicarlos. En un ejercicio que hicimos para identificar las prácticas de género, nos pudimos percatar, entre otras cosas, que los hombres son quienes principalmente practican el monte grande, mientras las mujeres organizan la vida doméstica, específicamente, en la casa, el huerto, el corral y el arroyo.

Prácticamente las mujeres hoy no caminan el monte grande, pero participan activamente en la organización de la siembra de la semilla en los almácigos de la casa; participan en la transferencia de saberes en espacio como el jardín de traspatio, la huerta y los arroyos; o, como veremos más adelante, ellas son las propietarias sobre los saberes de la flora silvestre que fundamentalmente están en los espacios más más remotos del territorio ranchero.



¿Quién le enseñó andar en el arroyo, las huertas y los corrales?



Si bien estratificar el territorio de esta manera fue necesario para la organización de los datos, es esencial asumir el abigarramiento de un espacio y otro. No existe privilegio para ninguno. Es en ese sentido que consideramos que el paisaje y el territorio están ontológicamente abigarrados, pero no son lo mismo, como pudimos distinguirlo al final del primer capítulo.

Se puede reconocer con este aventurado planteamiento, una correspondencia con las representaciones espaciales de quienes habitan los ranchos serreños. Por ejemplo, en un ejercicio que realizamos en el internado de La Soledad, solicitando a jóvenes de secundaria que dibujaran su rancho, la distinción de las fronteras entre una escala y otra fue verdaderamente difusa.



Yasmiz Amador (14 años), rancho El Segundo Bosque. Febrero 2018.

El rancho tal y como lo conocemos desde la ciudad, se desborda por completo en las imágenes. Esto es lo que las niñas y las jóvenes producen permanente en sus cabezas. El arroyo atraviesa todas las casas, la iglesia, los corrales y las huertas. Se presentan los repesos sobre los arroyos y al mismo tiempo, se representa el espacio que le circunda, el monte desértico con sus mezquites y cardones. Y entonces el rancho, deja de ser solo la casa de la familia, y emerge un rancho muy otro, que atrapa el del vecino, la casa de la tía, de la abuela, la de la prima que está a más de 5 kilómetros de distancia. El rancho con este modelo, toma movimiento, fuerza, vida. El rancho aparece como es, sin un solo centro ni una sola periferia.



Belén Encinas Amador (14 años), Erendira Amador (16), Rancho Primer Agua y Las Paredes, Marzo 2018.

3.5.2 Los saberes rancheros y el monte grande: la memoria de las mujeres

La dispersión y el relativo aislamiento de los ranchos sudcalifornianos, en realidad es una característica propia de las sociedades de montaña, como lo sugeriría José Lameiras (1994) y Esteban Barragán mientras estudiaban las serranías de JalMich. Esta condición

responde entre muchas otras cosas a la posibilidad de acceder al agua y, en algunos casos, a la posibilidad de sembrar en zonas escarpadas.

La dispersión y el aislamiento ha complicado la densificación del encuentro, el intercambio y las relaciones entre los rancheros, es cierto, pero sus sociedades como ya lo dijimos, se las han arreglado con lo que tienen o han tenido, material y cognitivamente, para establecer comunicación de todo tipo. Por eso decimos que el aislamiento es relativo.

Otra de las cosas importantes que menciona Lameiras es que la condición de aparente insularidad ha potenciado un tipo de *autosuficiencia*, que les permite hacer lo necesario para vivir en donde aparentemente no se puede hacer mucho.

“El poblamiento es disperso, pocos son los pueblos que en las sierras concentran un número regular de habitantes. Las comunicaciones por la superficie terrena son escasas, las que se efectúan a pie o a lomo de algún equino trotador superan a las que pueden transitar pick ups u otros vehículos. Las temporadas de lluvias reducen considerablemente las posibilidades de salir o entrar en la región [...] Todos estos condicionamientos contribuye en su medida a una autosuficiencia de las unidades domésticas y al conjunto de ellas, a una vida interior, a un cierto ‘autismo’ tanto individual como grupal, a una concientización práctica del nosotros y, todo ello, a otro aspecto de la identidad en las montañas” (Lameiras 1994: 87)

En este sentido lo que sugiere el autor es que el carácter *autosuficiente* de las sociedades rancheras en buena medida está provocado por su condición geográfica. Digamos que por su propia dispersión y sobre todo por acontecimientos climatológicos específicos por lo que no les ha quedado de otra más que vivir con lo que tienen. Y adelantándonos un poco a las conclusiones, eso ha convertido a los rancheros sudcalifornianos, hasta hoy, en los sujetos de las sociedades más frugales de Baja California Sur

No solo han tenido que modificar los cauces de los arroyos y edificar con piedras y lodo pequeñas *represas falsas*⁶¹ para cosechar el agua que consumen para necesidades humanas, agrícolas y ganaderas; además, entre otras cosas, las familias rancheras han tenido que echar mano de sus saberes sobre la flora silvestre para solucionar problemas prácticos de su vida cotidiana.

Una de las cosas que nos provocó tratar de entender el rancho bajo la lógica de un territorio mucho más amplio, fueron las conversaciones que se dieron mientras caminábamos la piedra. Horas y horas subiendo las cumbres, observando las cañadas, caminando las mesetas, descifrando los senderos; siempre fue sumamente cansado pero que se aminoraba esto, siempre, con las charlas de Adán, quien me acompañó en el

⁶¹ Así como existen represas falsas, también hay corrales falsos. Son adjetivados de esa manera toda la infraestructura que tiene una obsolescencia programada, es decir, se realiza sabiendo que tiene un tiempo de vida de meses.

aprendizaje. Después de caminar con él el monte grande, me di cuenta que caminaba una farmacia viviente, un refugio de alimentos, un espacio con el que se modeló la casa, el huerto, la represa.

"Siempre las conversaciones con Adán son muy productivas. Cuando caminábamos de regreso para el rancho, estableció una diferencia muy simple pero fundamental sobre el monte y la huerta. Ante la pregunta de qué era más importante, si la montaña o el rancho, me comentó que depende "Hay algunas personas que les gusta más el rancho, y otra más que el monte. Por ejemplo, a él le gusta el monte. Al Bucho, Heleno, Yate, Timo, Juan, Leobaldo, José, Pablo y José Alejandro le gusta más el Monte; pero las mujeres y algunos hombres como el Omar y Guillermo, les gusta más la casa y la huerta"⁶².

A través de una serie de entrevistas pudimos identificar que estas sociedades son propietarias aun de un corpus de saberes sobre la flora silvestre que históricamente les ha ayudado a afrontar problemáticas cotidianas de salud, energía, alimentación y vivienda.

Cada una de las conversaciones que realizamos giró en torno a elementos básicos:

1. Nombre de las plantas
2. Ubicación geográfica
3. Uso que se le da
4. Hora/tiempo de recolección
5. Parte de la planta utilizada
6. Modo de preparación ya sea para vivienda, medicinal o alimento
7. Si tiene un uso medicinal, ¿Cuál es el mal o la enfermedad que cura?
8. Modo de administración

A través de las preguntas se lograron identificar como podemos ver en el siguiente recuadro, 60 plantas con distintos usos: entre hierbas, cactáceas, arbustos, matorrales y árboles.

⁶² Nota del diario de campo, Enero de 2017.

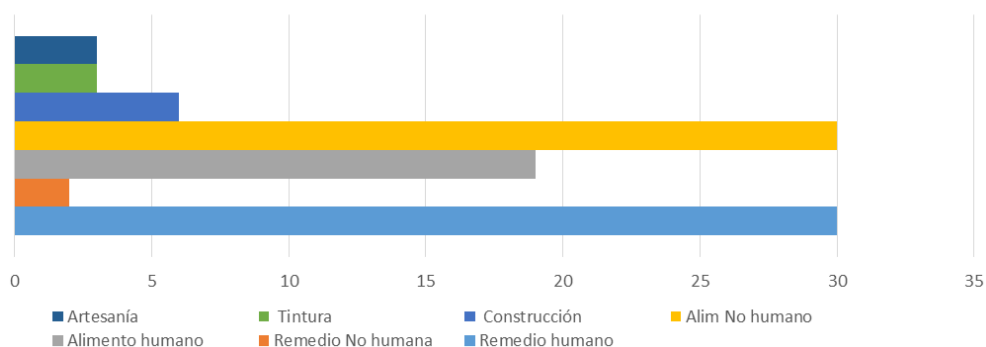
FLORA SILVESTRE DE USO COMÚN RANCHERO

COMÚN	CIENTÍFICO	COMÚN	CIENTÍFICO
Palo blanco	<i>Lysiloma candida brandegeee</i>	Mezcal (lechuguilla)	<i>Agave aurea Brandegeee</i>
Mezquite	<i>Prosopis articulata</i>	Mezcal (Maguey)	<i>Agave aurea Brandegeee</i>
Higuera Cimarrona	<i>Ficus Palmeri</i>	Saya	<i>Amourreuxia palmatifida</i>
Uña de gato	<i>Oleña teosota</i>	Tuna	
Palo amarillo	<i>Esenbeckia flava Brandegeee</i>	Choya	<i>Cylindriopuntia cholla weber</i>
Palo verde	<i>Parkinsonia florida</i>	Lomboy rojo	<i>Jatropha vernicosa</i>
Garabatlillo		Lomboy blanco	<i>Jatropha cinerea</i>
Vinoramas	<i>Acacia Farnesiana</i>	Verdolaga (de cochi)	<i>Trianthema portulacastrum</i>
Bebelamas	<i>sideroxylon peninsulare</i>	Sauco	<i>Aralia scopulorum</i>
Copal rojo	<i>bursera cerasifolia</i>	Palo de arco	<i>Tecoma stans</i>
Palo Adán	<i>Fouquieria diguetii</i>	Levantate Juan	
Copalquin	<i>Pachycormus discolor</i>	Palo Fierro	<i>Oleña teosota</i>
Círuelo	<i>Cyrtocarpa</i>	Torote	<i>Bursera microphylla</i>
Tabardillo		Gobernadora	<i>Larrea tridentata</i>
Hierba del indio	<i>Aristolochia monticola brandegeee</i>	Cordoncillo	<i>Elitrraria imbricata</i>
Santimia		Junco	<i>Parkinsonia aculeata</i>
Pitahaya Dulce	<i>Stenocereus thurberi</i>	Hierba del pasmo	<i>Baccharis sarathroides</i>
Pitahaya Agria	<i>Stenocereus gummosus</i>	Oregano	<i>Lippia Palmeri</i>
Garambullo	<i>Lophocereus schottii</i>	Damiana (morada)	<i>Tumera diffusa</i>
Biznaga	<i>Ferocactus chrysacanthus</i>	Zacate aceitilla	
Guaco	<i>Wzizenia refracta Engelm</i>	Toloache	<i>Datura discolor</i>
San Miguel	<i>Antigonon leptopus</i>	Golondrina	<i>Chamaesyce polycarpa/tomentulosa/leucophylla</i>
Cardón	<i>Pachycereus pringlei</i>	Caribe/mala muer	<i>Cnidoscopus angustidens</i>
Matacora	<i>Jatropha cuneata</i>	Romero	<i>Rosmarinus officinalis</i>
Santa lucia		Pimientilla	<i>Adelia virgata Brandegeee</i>
Wereque (Melon coyote)		Cacachila	<i>Karwinskia humboldtiana</i>
Palo fierrillo		Rama Parda	<i>Ruellia californica</i>
Albahaca	<i>Ocimum basilicum</i>	Ceribe	
Talayote	<i>Matelea Cordifolia/fructicsa/pringlei/umbellata</i>	Manzanilla	<i>Perityle aurea</i>
Mezquitillo	<i>Krameria parvifolia/pauciflora</i>	Yuca	<i>Merremia Aurea</i>

Fuente: Piñeda Verdugo Tito Fernando 2018. Entrevistas realizadas en el territorio de La Soledad, octubre 2017

Los usos que las familias rancheras le dan a estas plantas, son diversos. Van desde el uso medicinal, humano y no humano; uso alimenticio, humano y no humano; construcción, tintura, artesanía, higiene, energía, sombra y perfume. Un dato interesante es que por lo menos 50% de la flora tiene un uso medicinal. Y por lo menos un tercio del porcentaje total se ha utilizado como alimento humano. Esto, sobre todo cuando la posibilidad de acceder a otro tipo de insumos era muy difícil, ello debido a las distancias a los pueblos más cercanos.

Uso de flora silvestre en territorio ranchero



Por ejemplo el mezcal, era un alimento relativamente común entre las familias rancheras, como lo cuenta Juan de Dios E.

Nosotros comíamos mezcales seguidos, mezcales tatemados; ahora es como una pena que le da a la gente. El Mezcal se da en las faldas de los cerros, lechuguilla le decíamos nosotros. Lo tatemábamos en unos hornos. Hacíamos así en la tierra un hoyo que cabían unas 20 o 30 cabezas de mezcal. La jimábamos, las cortábamos como una piña, luego hacíamos el hoyo y ese hoyo lo llenábamos de leña, luego le echábamos mucha piedra hasta que ya se apaga el fuego y quedaban las piedras hasta cenizas, coloradas de caliente y entonces con un palo grande las extendíamos bien alrededor del hoyo. Y arriba de esas agarrábamos piedritas y toditas las forrábamos con esas piedras, las tapábamos, y arriba de esas piedras le atizábamos para que se calentara la piedra y cuando ya estaban las piedras hirviendo de caliente y se apagaba el fogón, entonces ya le echábamos la tierra encima. Al tercer día vamos a destapar la tatema decíamos y hacer una barbacoa. Nosotros temblábamos, desesperados, para comer por necesidad, por hambre o por lo que sea. Nos zurrábamos, nos daba cursalera.⁶³

Muchas de las plantas o árboles en los desiertos o ecosistemas de montaña como el de la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta, para quién no está entrenado con la experiencia, los puede hacer confundir. Por ejemplo, siguiendo con el mezcal, en esta región existen dos tipos. Uno, que dicen quienes allí viven, sabe muy amargo además de que la cabeza es relativamente pequeña y no sirve para tatemar. Otro, de color verde cenizo, que es el llamado lechuguilla; que es el que sirvió de alimento por machismo tiempo, no solo a los rancheros de la península sino además a sus antecesores, los pueblos nómadas de la región.

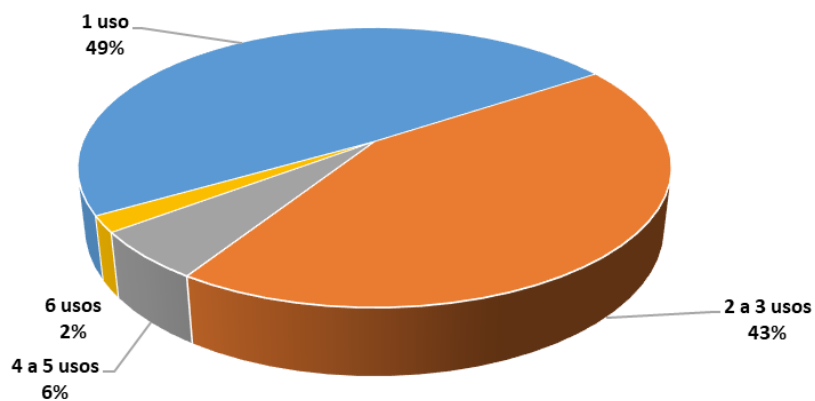
⁶³ Juan de Dios E., entrevista realizada marzo de 2016



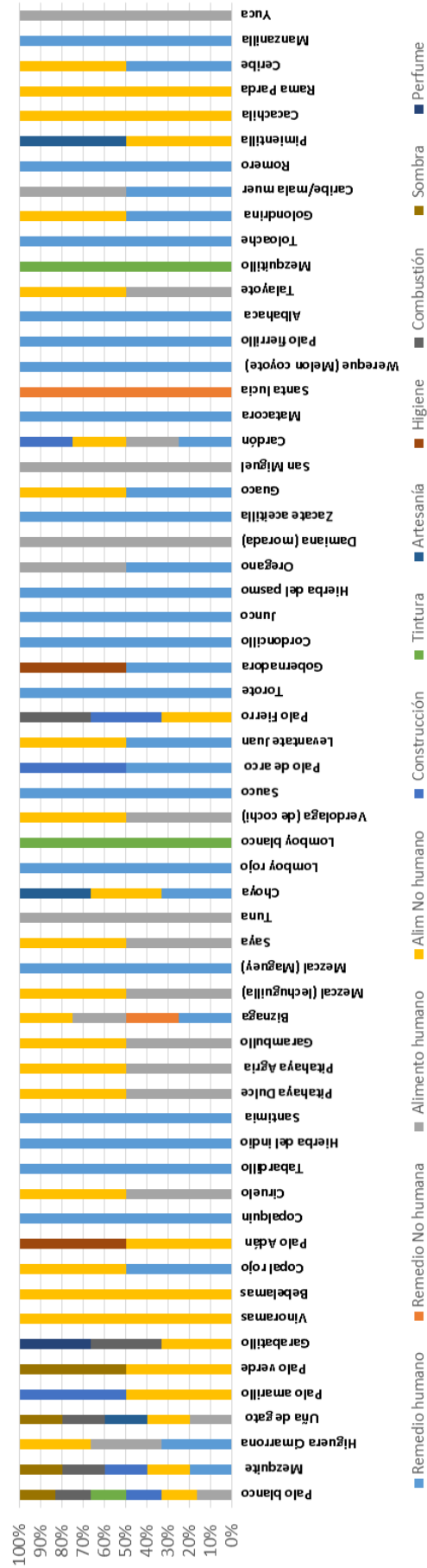
Tipos de mezquitez en territorio de La Soledad. Lechuguilla a la izquierda.
 Fotografía: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Dentro del complejo de flora utilizada por las sociedades rancheras, existe algunas plantas o árboles que tiene usos múltiples. En términos duros, el 43% tiene de 2 a 3 usos, el 6% tiene de 4 a 5 usos y existen plantas, como el palo blanco que cuenta con más de 5 usos.

Diversidad de usos



Uso multiple de flora silvestre



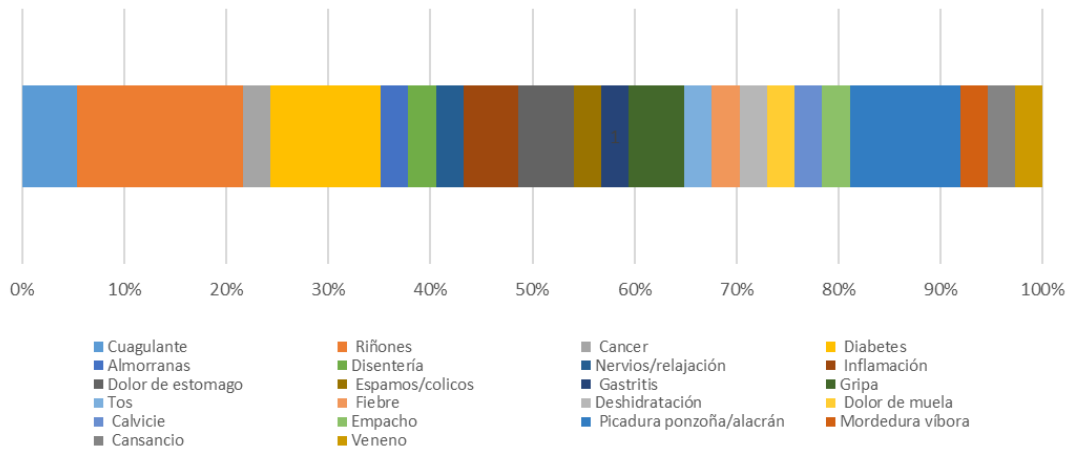
Con esta base de datos se puede organizar información de distintas, manera por ejemplo, el siguiente cuadro nos muestra aquellas plantas que son utilizadas para la alimentación humana, la medicina y un uso combinado, las que al mismo tiempo alimentan, ayudan a un problema de salud.

Usos alimenticio y medicinal de flora silvestre					
1	Palo blanco (Miel)	C	23	Copalquin	R
2	Mezquite	R	24	Tabardillo	R
3	Uña de gato	R	25	Hierba del indio	R
4	Biznaga	M	26	Santimia	R
5	Higuera Cimarrona	M	27	Mezcal (Maguey)	R
6	Choya	R	28	Tuna	C
7	Cardón	M	29	Lomboy rojo	R
8	Copal rojo	R	30	Sauco	R
9	Ciruelo	C	31	Torote	R
10	Pitahaya Dulce	C	32	Gobernadora	R
11	Pitahaya Agria	C	33	Cordoncillo	R
12	Garambullo	C	34	Junco	R
13	Mezcal (lechuguilla)	C	35	Damiana (morada)	C
14	Saya	C	36	Zacate aceitilla	R
15	Verdolaga (de cochi)	C	37	San Miguel	C
16	Palo de arco	R	38	Matacora	R
17	Levantate Juan	R	39	Wereque (Melon coyote)	R
18	Oregano	M	40	Palo fierrillo	R
19	Guaco	R	41	Albahaca	R
20	Talayote	C	42	Toloache	R
21	Golondrina	R	43	Romero	R
22	Caribe/mala muer	M	44	Hierba del pasmo	R

C=Comida R=Remedios M=Mixta

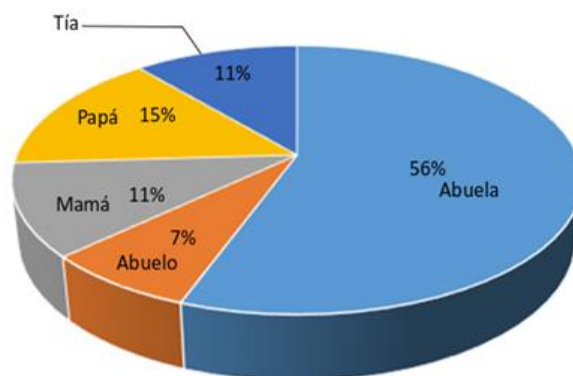
Cabría destacar de lo que se observa en la figura anterior, que la vegetación con un solo uso, es fundamentalmente, para solucionar problemas de salud. Problemas que varían, ya que ayudan solucionar principalmente, “males” y dolores de riñones; pero también a modular el azúcar en la sangre; las picaduras o ponzoñas de animales que son muy comunes; a cicatrizar y detener hemorragias, que es como dicen, el pan de todos los días; dolores de estómago, fiebre, problemas pulmonares, entre otros.

Enfermedades/Males



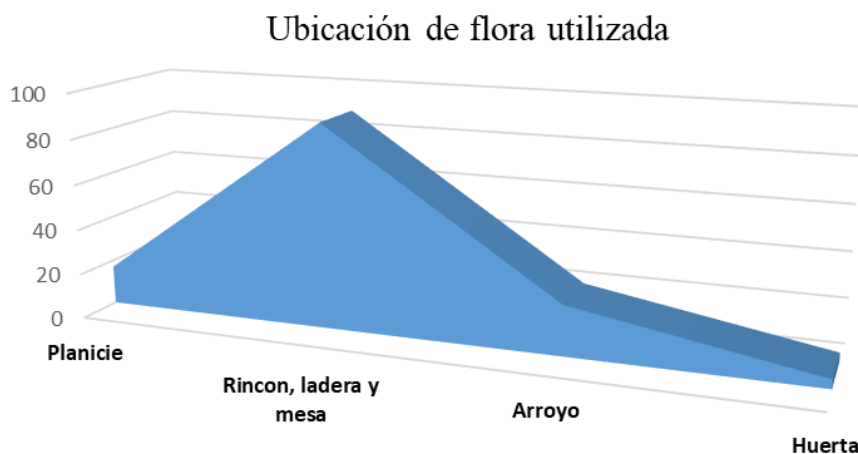
Es importante mencionar que las entrevistas realizadas y que nos permitió organizar toda esta información, las hicimos a personas mayores de 50 años, y la mayoría de ellas fueron mujeres. Esto se vuelve interesante y toma un sentido más fuerte cuando le preguntamos a más 30 niños y jóvenes ¿quién conocía más sobre plantas medicinales, su uso, su preparación y administración? Y la respuesta fue que sus abuelas. Lo que nos permite pensar que buena parte de este repertorio está en la memoria de la mujer ranchera, que históricamente ha sido quien administra el primer dominio territorial del rancho sudcaliforniano.

¿Quién de tu casa sabe más de plantas medicinales?



Y este último dato se vuelve aún más interesante, cuando leemos la ubicación en la que se encuentra la flora de uso social. Cuando se organizaron los datos, nos percatamos que, en efecto, la menor parte de las plantas silvestres utilizadas se encuentra en las partes

bajas del paisaje, como bien lo muestra la siguiente gráfica. Lo que significa que, a pesar de que las mujeres no practican el monte grande, son ellas las que, principalmente, resguardan, en estos términos, los saberes sobre su flora.



3.5.3 Las sociedades rancheras y sus territorios

La historia de los ranchos de la sierra ha estado atravesada por su condición de aislamiento y dispersión, pero al mismo tiempo, por la movilidad y la migración: dos fenómenos que están íntimamente ligados pero que se manifiestan de distinta manera.

Experimentar cotidianamente la montaña, les ha permitido a los lugareños conocer sus más íntimos secretos. Caminar entre las piedras y estar en contacto con ella permanentemente, les obliga a reconocerse en el espacio, seguramente porque ellos mismo lo producen día a día. Pero más allá de la importancia del espacio geográfico en el proceso de construcción de identidades, el conocimiento adquirido en su experiencia de montaña, muchas veces les ha salvado la vida. La montaña les brinda salud, alimento, agua. Los saberes sobre la flora y la fauna han sido riquísimos, abundantes y sobre todo, vitales.

Si bien no conocemos aun señales precisas que den cuenta de la transferencia biocultural *in situ* del mundo indígena peninsular hacia los nuevos pobladores; se puede reconocer en el rancho la existencia de formas de vida que están constituidas en buena medida sobre saberes determinados por la relación de diversas colectividades con lo no humano. Los rancheros sudcalifornianos, mantienen una relación con la montaña, sus rincones, sus portezuelos, sus mesas y sus cañadas, bajo una lógica de reciprocidad increíble, muy similar a las formas simbióticas de los pueblos originarios.

Y es que estos tienen un conocimiento espacial impresionante, tal y como lo tuvieron los pueblos nómadas que caminaron por la península durante milenios. No es

casualidad tampoco esto, ya que las prácticas productivas de los rancheros son prácticas espaciales, las cuales requieren un conocimiento preciso sobre cada uno de los elementos que constituyen su espacio, ya sean elementos bióticos o abióticos. En ese sentido, sin duda podríamos arriesgarnos a pensar que, así como las comunidades indígenas, los rancheros albergan “un repertorio de conocimiento ecológico que generalmente es local, colectivo, diacrónico y holístico”, tal y como lo sugieren Narciso Barrera Bassols y Víctor Toledo (2009). Este tipo de conocimiento “es la expresión de una cierta sabiduría personal y, al mismo tiempo, de una creación colectiva, es decir, una síntesis histórica y cultural convertida en realidad en la mente de un productor individual” (Ibídem).

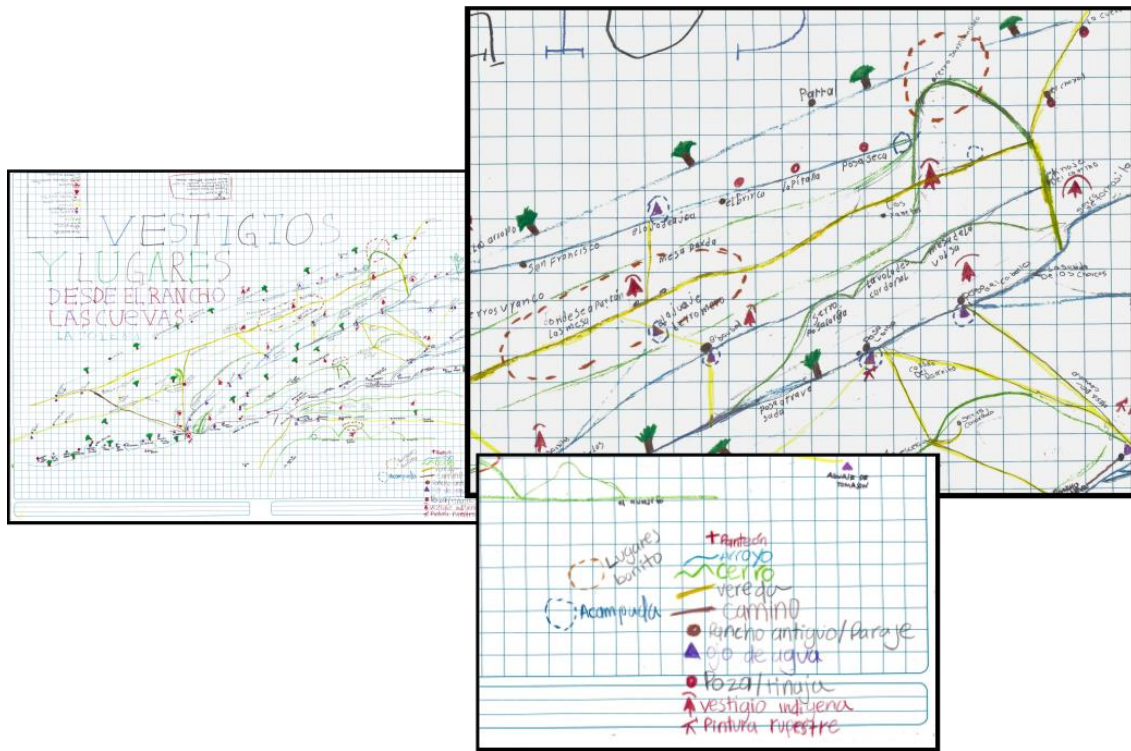
La última de las herramientas que utilizamos para entender las abigarradas relaciones que se establecen entre las sociedades rancheras y el ecosistema de montaña, fue la cartografía comunitaria. En dos grandes áreas bio-geográficas, delimitadas unas de otras por una serranía, se organizaron grupos de vaqueros y sus familias en 4 ranchos, y bajo la premisa de objetivar el espacio practicado históricamente por ellos, georreferenciaron a partir de un ejercicio memorístico, distintos elementos del paisaje ranchero. El rancho Primer Agua, Los Queleles y Las Cuevas, fueron las sedes de la zona de la microcuenca de la Soledad, y el rancho Santa Rita, el de la zona de la microcuenca de Santa Rita del Coyote.





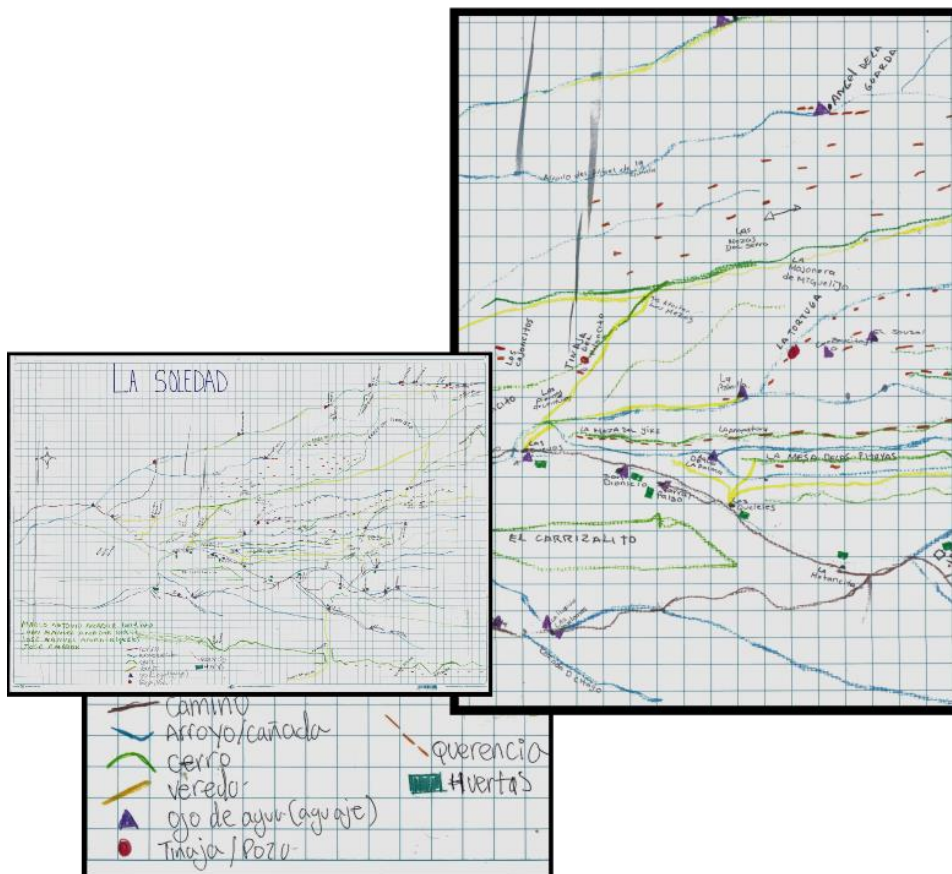
Cartografiando el territorio. Proyecto: "Memoria biocultural del rancho sudcaliforniano" (2019)
Fotografía: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Microcuenca: La Soledad



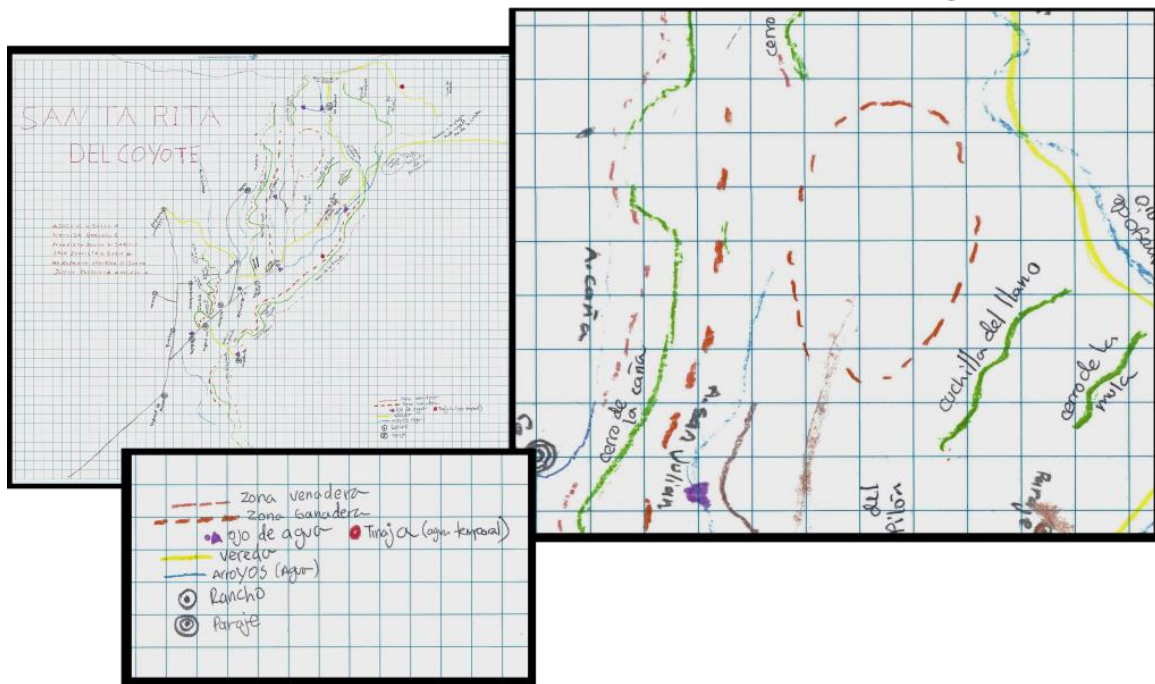
Autores: Juana Higuera Higuera, Eleno Amador Amador, Isidra Amador Higuera, Marco Antonio Amador Amador (2018)

Microcuenca: La Soledad



Autores: José Amador, José Manuel Amador, Juan Manuel Amador, Marco Antonio Amador Amador (2018)

Microcuenca: Santa Rita del Coyote



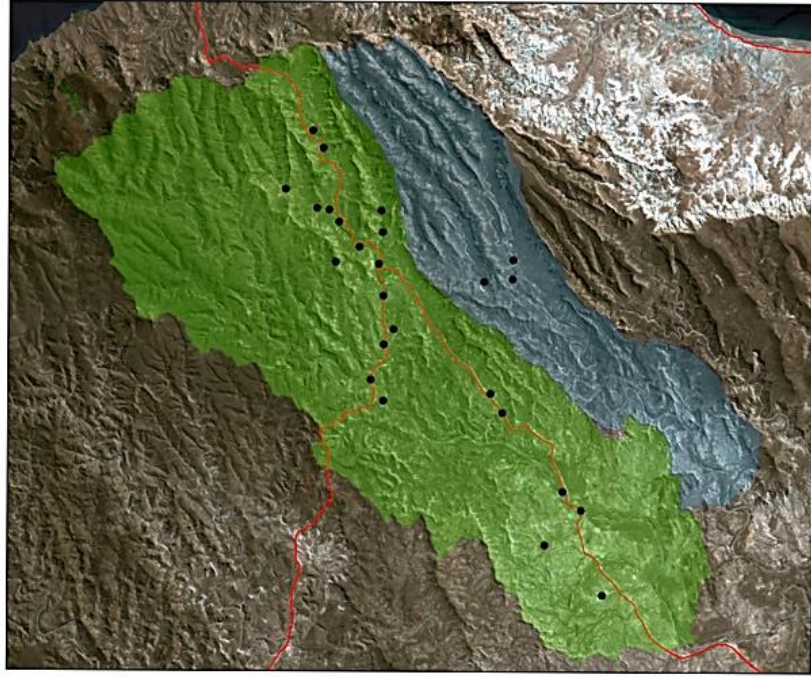
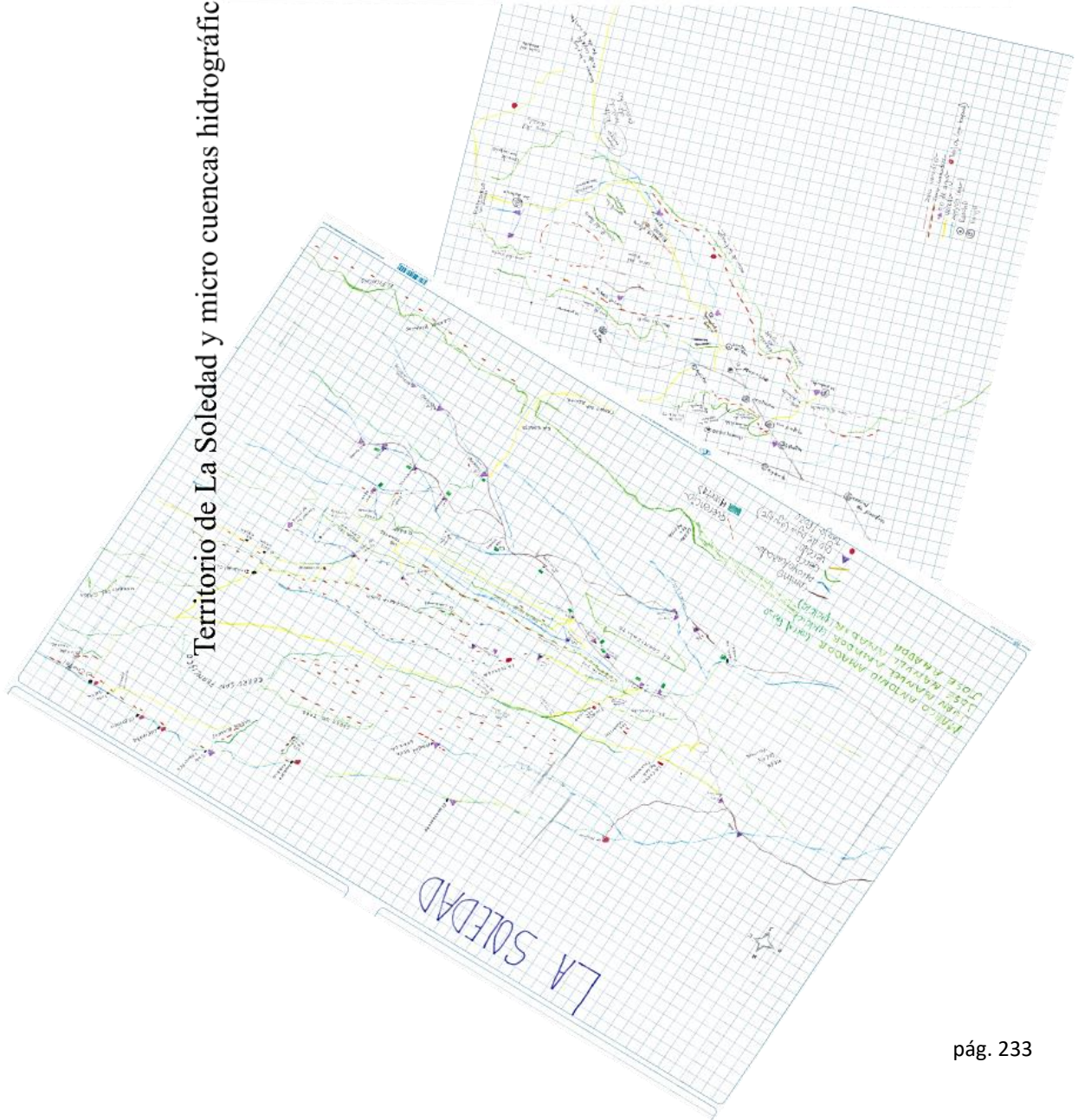
Autores: Agustín Higuera, Narciso Gaxiola, Francisco Javier Higuera, José Evaristo Higuera, María Eugenia Moreno Higuera y Javier Cervando Amador

En este ejercicio extraordinario de memoria y mapeo colectivo, quienes participaron activamente perfilaron en buena medida su territorio ranchero; geo-referenciando, como se puede observar, las querencias, geo-símbolos, aguajes, pozas, tinajas y cerros, senderos, parajes, e incluso, se identificaron los lugares en donde se han encontrado herramientas utilizadas por cazadores-recolectores.

Pero además de ello, después de que vieron sus trabajos, juntos, comentaron que si se pudieran pegar los mapas de las dos zonas, pudieran hablar ahora si de sus dominios, que en la jerga ranchera, es el símil del territorio. Asumiendo el planteamiento, hicimos el ejercicio no solo de yuxtaponer los mapas hechos por ellos mismo, sino además, de analizarlos juntos a los polígonos de las microcuencas elaboradas con anterioridad, y nos pudimos percatar que el territorio ranchero de La Soledad, corresponde con las fronteras de las microcuencas en las que se desplazan.

Esto de alguna manera u otra, nos hace pensar en el gran conocimiento y manejo de cuencas que realizan las sociedades que históricamente se han desplegado en el monte grande. Una de las correspondencias de esto que suponemos con lo que sucede en realidad, es la identificación de todo su recurso hídrico, en un territorio de aproximadamente 50 000 hectáreas: más de 30 aguajes y cerca de una veintena de pozas y tinajas para la recolección de agua

Territorio de La Soledad y micro cuencas hidrográficas

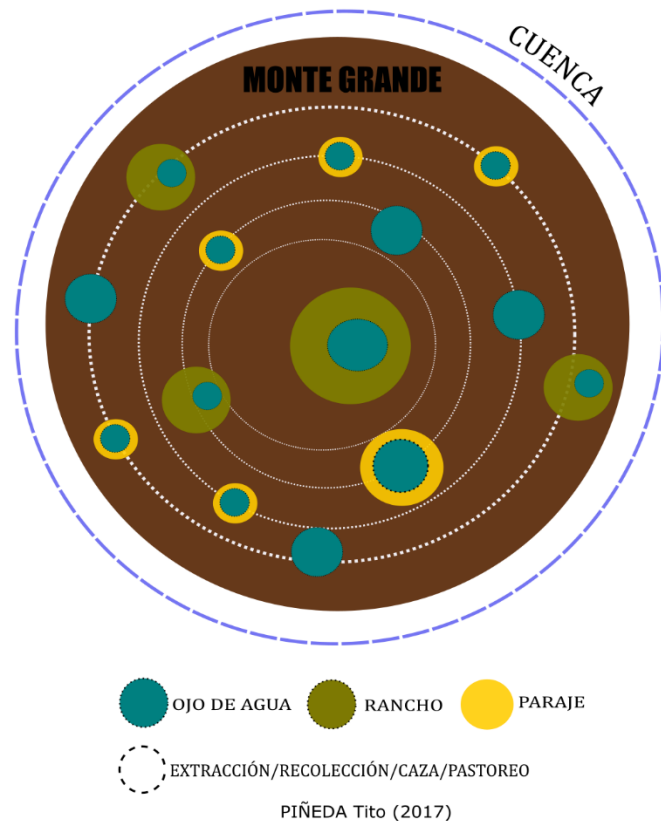


Mercosur, hincapié
del comercio sudamericano

Fuente: imagen Landsat/SatPlanet, vectores INEGI, Curvas de Nivel
10 mts., trabajo de campo, google earth

En el caso de La Soledad, y específicamente las familias que habitan en las dos microcuencas antes referidas, comparten querencias, conocimientos, sangre, antepasados, emociones y prácticas en un espacio relativamente definido. Esto lo han hecho desde hace cientos de años. Con esta información, el modelo de entendimiento del territorio ranchero se complejiza. Su organización y la apropiación del territorio se convierten en un rizoma, que tal vez, se repite una y otra vez a lo largo, por lo menos, de la subprovincia fisiográfica Sierra de La Giganta.

Organización socio-espacial y apropiación en los territorios rancheros



Nosotros consideramos que el sentido común y la experiencia cotidiana de mujeres y hombres de la montaña, es lo que ha sido determinante para mantener aun la memoria de las relaciones que se establecen entre su ser/estar y el mundo. De alguna manera, las representaciones de sus espacios, los saberes propios del rancho sudcaliforniano y su relativa prudencia socio-ecológica característica de sus formas de vida, son producto de procesos históricos de enculturación, es decir, de saberes, cosmovisiones y prácticas

espaciales y productivas que se reproducen de una generación a otra, a través de procesos de socializaciones primarias.

En ese sentido, la hipótesis que nos ha permitido hacer trabajo etnográfico, es que esta transmisión biocultural –cosmovisiones, saberes y prácticas- entre las generaciones de rancheros, se ha venido dando través de la oralidad, cierta ritualidad y la praxis dentro y fuera de casa, en las huertas y en la montaña, lo que les permitió a las familias sobrevivir por más de 200 años en los márgenes, en las periferias, en los litorales de la vida moderna. Saber cuándo y cómo preparar la tierra; saber cuándo y cómo sembrar maíz, frijol, calabaza, haba, cebolla o coliflor; saber caminar entre la piedra y cosechar el agua; saber reconocer las propiedades de la flora y saberlas preparar con fines medicinales o culinarios; no es solo producto del ingenio. Las sociedades rancheras sudcalifornianas “aprendieron, experimentaron y memorizaron relaciones diversas con la naturaleza, cada una en condiciones ambientales específicas y ocupando distintos micro-hábitats”⁶⁴, lo que les ha permitido mantener sus formas de vida enraizadas entre las piedras, como es el caso de las colectividades enclavadas en la zona sur de la Sierra de la Giganta.

Ante esto, suponemos que aun y a pesar de la violencia histórica-cultural contra los pueblos indígenas en esta región del país, y la aparente extinción de los saberes ecológicos locales acumulados, transmitidos y transformados a lo largo de más de 10,000 años, se puede hablar de una memoria biocultural sudcaliforniana, emergente a la aparición histórica de los ranchos en este brazo peninsular. No obstante, como bien lo sugiere Rossana Almada (2013) desde hace algunos años, el rancho sudcaliforniano tal y como lo conocimos viene difuminándose, es decir, dejando de ser lo que fue para transformarse significativamente en otra cosa. Los eslabones generacionales que fortalecieron el paisaje biocultural tradicional, los conocimientos, las creencias y la praxis eco-social de los rancheros; desde hace algunas décadas empiezan a agrietarse y comprometer su relativo continuum histórico.

⁶⁴ Revisado en http://etnoecologia.uv.mx/PATRIMONIO/seccPATRIMONIO/Memoria_biocultural.html

Conclusiones

Vivir entre piedras

La crisis socio ecológica, desde su incipiente reconocimiento oficial, le ha exigido a distintos actores radicalizar sus posturas y profundizar sobre las preguntas que permitan explicar cómo es que el desarrollo del sistema económico mundial capitalista no solo es insostenible económicamente sino además peligroso ambientalmente, a tal grado que nos está llevando a un callejón sin salida. No es un secreto que la racionalidad tecnoeconómica niega categóricamente los inexorables límites de la naturaleza (Gudynas E., 1999; Foster J., 2013). Si bien Marx ya había dejado de manifiesto la catástrofe ambiental que se avecinaba, cuando analizó la fractura metabólica producida por la incipiente agroindustria del siglo XIX (Foster 2013), fue hasta mediados del siglo XX que Rachel Carson organizó información para demostrar cómo la vida y su base material estaba en franco peligro, inaugurando con ello una crítica relativamente profunda (Enrique Leff, 2004) contra el modo de producción agroindustrial de la época. Entre otras cosas, ella se preguntaba *¿Cómo pueden los seres inteligentes tratar de dominar unas cuantas especies molestas por un método que contamine todo lo que les rodea y les atraiga la amenaza de un mal e incluso de la muerte de su propia especie?* (Carlson R., 1965)

Reconocer la guerra de la agroindustria contra la tierra y la vida, no fue cosa fácil (Mallén C., 2012), menos aun cuando la enunciación se hizo desde los centros geopolíticos mundiales. No obstante a la aguerrida lucha que Carson dio en la década del 60 del siglo pasado, las consecuencias económicas, ecológicas y sociales inherentes al modo de producción capitalista, siguen requiriendo soluciones de fondo.

El planeta no aguanta más paliativos, y mucho menos mantener una trayectoria de consumo energético como el que hasta ahora prevalece. La gran contradicción del modelo económico capitalista hoy tiene al mundo pendiendo de un hilo. Los esfuerzos discursivos materializados en el informe Burtland y el concepto de sustentabilidad emanados de él; que de alguna manera alimentaron las estrategias de distintos organismos internacionales, gobiernos locales o la misma sociedad civil organizada; no han sido suficientes. Incluso hoy la sustentabilidad se ha vuelto la estrategema discursiva para legitimar el despojo y la explotación. La acumulación originaria sigue rodando sobre los territorios del mundo.

El problema es relativamente sencillo de explicar. Los más importantes protocolos o acuerdos internacionales, desde Rio+20 en 1992, no reconocen que el hambre, la

explotación irracional de la naturaleza, el despojo territorial, la contaminación del agua, la pérdida de biodiversidad y el cambio climático, entre otros fenómenos que están haciendo colapsar las condiciones materiales de existencia, son resultados de que todo cuanto exista se subsuma formalmente a la ley general de la acumulación (Marx, K., 1977; Leff 2004; Foster J., 2013). Digamos que el problema es el modo de apropiación capitalista, la transformación industrial de la naturaleza y el consumo desmedido. Todos y cada uno de subprocesos metabólicos están subsumidos a las necesidades aristocráticas de quienes buscan a toda costa, generar riqueza. Lo que tiene en jaque toda forma de vida, en este sentido, es la transición de la satisfacción de necesidades humanas a través de los valores de uso, hacia la producción absoluta de valores de cambio.

A pesar de la energía y el presupuesto invertido para elaborar e imponer en las localidades rurales una agenda verde (la proliferación en las últimas décadas de ANP, los pagos por servicios ambientales o el mercado de bonos de carbono, entre otros), las acciones para mermar el aceleramiento de la crisis, obviamente no han sido suficientes, sobre todo porque las estrategias siguen girando en torno a la lógica de la mercantilización de la naturaleza. Contrario a lo que muchos piensan, el deterioro ambiental, la explotación desmedida de los ecosistemas y el despojo territorial para fines desarrollistas ha ido *in crescendo*.

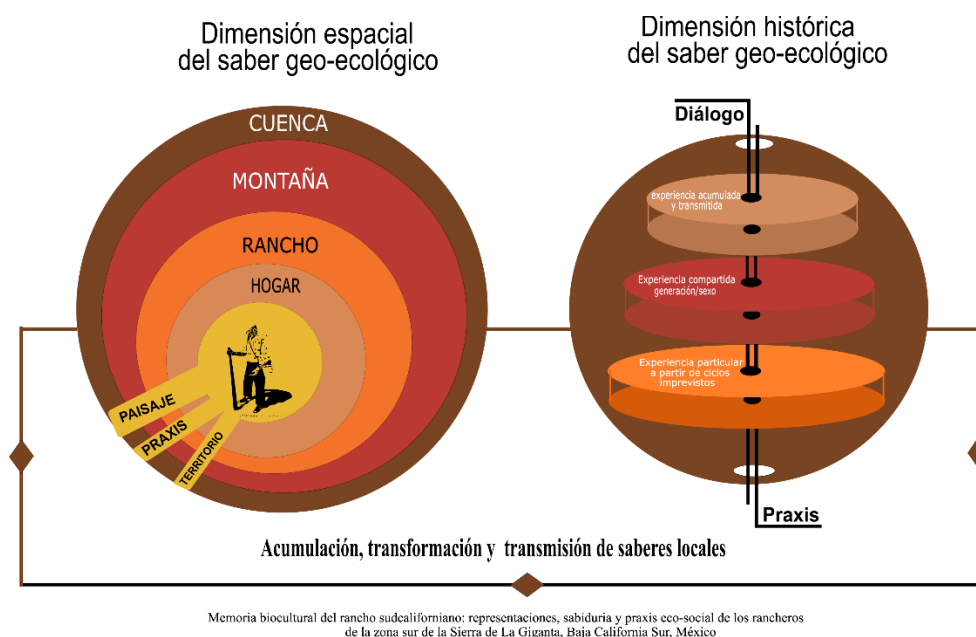
En este sentido algunos académicos, sobre todo hispanoparlantes y particularmente latinoamericanos, han reconocido indicios o pistas más claras para salir de las encrucijadas del laberinto capitalista, y lo han hecho visibilizando en las geografías vernáculas, las geografías de la esperanza (Barrera-Bassols N., 2017), es decir, formas de apropiación no capitalista y manera prudentes de *estar en el mundo*.

Muchas de las tradiciones rurales milenariamente han producido paisaje de vida. La tradición ranchera no lleva más de 300 años de haber iniciado con su trayectoria, sin embargo tal y como nos pudimos dar cuenta, sus actividades productivas y el modo de ponerlas en marcha, nos hacen pensar que, efectivamente, la rancheridad es una de las formas de vida locales, más sustentables que tenemos.

A pesar de la avalancha modernista y la presión de diversas fuerzas ideológicas, económicas y políticas -endógenas y exógenas-, en Baja California Sur se siguen produciendo paisajes para vivir de manera prudente, pujante y en silencio. Si bien estos paisajes son diversos, su prudencia radica en el tipo de relación que establecen las personas y sus entornos. Y ha sido una prudencia tal, que sus formas de vida se han

convertido prácticamente en sus herramientas para la conservación y además, para la reproducción de biodiversidad.

Los paisajes de vida son posible gracias al trabajo de apropiación y transformación de la naturaleza, es cierto, pero estas relaciones están mediadas por afecciones, emociones, representaciones en torno a la naturaleza y, sobre todo, por una constelación de saberes locales y sabidurías (Villoro L., 1999; Berkes L., 2004) distribuidas en el seno de diversas sociedades. Es un lugar común decir que estos saberes se despliegan en una doble dimensión íntimamente vinculada, a saber: espacial y temporalmente. Pero así es.



Esto quiere decir que su despliegue, su reproducción, su adecuación o la emergencia de saberes nuevos, se realizan, se desdoblan o se producen en situaciones concretas, es decir, experimentalmente situadas. Y de la misma manera estos saberes se difunden, se heredan, se concatenan temporalmente en un presente extendido espacialmente.

La unidad mínima donde se concentran estos saberes, son los productores, en este caso, hombres y mujeres de la montaña. Y el espacio más íntimo, es el hogar. Ahí se efectúan la primera difusión, ya sea a partir del diálogo o bien, a través la observación, pero siempre sucede en la praxis. Bajo una lógica similar sucede fuera del hogar, en la huerta, los corrales, el arroyo, los cerros que circundan la casa y el monte grande. En cada uno de estos espacios se acumula y se comparte experiencia; la mayoría de las veces, en función de los géneros, por ejemplo, pero también de la edad. Así, uno puede decir que en los espacios altos regularmente son practicados por los hombres, y son ellos los

que cuentan con saberes de la montaña que les permite recorrer una y otra vez sus recovecos sin correr tanto riesgo. Y se entiende porque fueron ellos los que, desde niños, experimentan junto a sus tíos, sus primos, sus padres y sus abuelos, la práctica común de la campeada, es decir, el avistamiento de su ganado. La mirada atenta, la escucha, la emoción, el afecto y el riesgo se vuelve así inevitables. Bajo esta lógica de aprendizaje y producción de conocimientos nuevos y habilidades, se entiende, como las mujeres son quienes administran los saberes sobre la medicina tradicional, independientemente de que la mayor parte de las plantas que se utilicen para ello, estén en las partes altas de la montaña. Son ellas, las que desde el hogar identifican las propiedades de la flora, y preparan lo que se requiere para cuidar de sí mismas y de los demás. Y esto lo que nos permite entender que, aunque no campeen y regularmente no avisten el ganado, tienen también ellas un conocimiento profundo de las montañas.



Ranchero sudcaliforniano y niños regando con agua rodada su parcela. Produciendo para el tiempo de secas. Al fondo el arroyo de la Primer Agua
Fotografía: Tito Fernando Piñeda Verdugo

Al mismo tiempo, estos saberes espacial y temporalmente situados, nos permitieron entender la forma en la que se esculpen los paisajes, es decir, la escala geográfica más humana de la experiencia sensible; pero además, se puede dar cuenta de cuáles prácticas sociales eran fundamentalmente, territorializantes.

De tal manera, que nos pudimos dar cuenta que el perfil paisajísticos ranchero, y sus territorios, ha dependido en mayor o menor medida de la reciprocidad de cuatro elementos: *a*) del ecosistema en el que se producen (Steward J., 1955); *b*) del grado de

conocimientos ecológico tradicionales con el que cuentan los productores (Berkes F., 2005); *c*) del tipo de energía, herramientas y tecnologías utilizadas en la apropiación y transformación de sus ecosistemas y, *d*) del imaginario y la representación colectiva que los productores tengan de sus entornos naturales.

La reciprocidad de estos elementos nos hizo pensar que un paisaje como el rancharo, es necesariamente de larga duración (Barrera-Bassols N., Urquijo P., 2009; Gonzalez de Molina, M., 1998). Solo así se entiende que su emergencia y reproducción responda no solo a las obras de los hombres en el tiempo, sino además, a las inextricables relaciones que establecen las sociedades con las dinámicas y la evolución de su naturaleza inmediata (Descola P., Palsson G., 2011; Elias N, 2010; Worster D., 1982). Digamos que estos paisajes necesariamente se producen a partir del abigarramiento de dos tiempos aparentemente distintos pero que son condición necesaria uno de otro: nos referimos al tiempo de la naturaleza y al tiempo de la sociedad. (González M. 1998; Elias N., 2010; Descola Ph., Pálson G., 2011). Y este abigarramiento, tal y como dijimos, no se da de la noche a la mañana; es un proceso de largo aliento.

Si nuestra lectura es correcta y el paisaje depende de la trabazón de estos tiempos, es decir, del tipo de relaciones que se establecen entre una sociedad determinada y las diversas naturalezas existentes (Gudynas E., 1999; Palsson G. 2011), en términos concretos, los perfiles necesariamente se expresan de diversas maneras, por más relaciones histórico culturales que pueda uno establecer entre una región del mundo y otra. Por ello un paisaje en el desierto sonoreño (Nabhan G., 2013; Luque D., 2012; Perez-Taylor 2007) es relativamente distinto a los paisajes producidos en la sierra de Jalmich, en México (Lameiras J., 1994; Barragán E., 2002); como distintos son éstos a los paisajes esculpidos en las montañas andaluzas al sur de España (Rodríguez F., 2000), o a los oasis marroquí, en la región del Maghreb, en el norte de África (Vargas-Llovera *et al.*, 2012). Sin embargo, en cualquiera de los casos se expresa en ellos una compleja organización biocultural, es decir, un fino tejido entre la diversidad biológica, agrícola, cultural y cosmogónica de quienes producen sus lugares de vida (Koohafkan P., Altieri M., 2011; Toledo V., Barrera-Bassols N., 2008).

La organización de la vida rural en Baja California Sur se ha explicado recorriendo distintas vías teórico-metodológicas, sobre todo las emanadas de disciplinas como la sociología, la historia y en las últimas décadas, la antropología. Estas disciplinas por sí solas están limitadas ontológica, epistémica y metodológicamente para observar a cabalidad el carácter socioecológico que distingue estas formas de vida, en franca

coevolución con los ecosistemas de montaña de la península de Baja California. Sin embargo, han generado preguntas de investigación, han formulado hipótesis, han establecido objetivos y han construido instrumentos que son de gran ayuda para recopilar información. El problema que nosotros vimos es que parten del axioma cartesiano de que una cosa es la realidad del sujeto que piensa el mundo y otra muy distinta, la realidad del objeto que es pensado. Bajo la sombra de este axioma descansa la artificiosa separación entre cultura-naturaleza (Descola P., Palsson G., 2001; Leff E., 2004; Santos, 2010) que se ha reproducido tanto por la sociología como por la antropología, y que, como diría Norbert Elias (2010), de mantenerla no se puede comprender del todo ninguna forma de vida, porque toda forma social de vida está determinada por una condición biológica que a su vez está determinada por la condición social en su más amplia distinción.

Distanciarnos de esta dicotomía para analizar las formas de vida rancheras sudcalifornianas, nos requirió un esfuerzo interdisciplinar, porque los saberes, las prácticas productivas y las emociones de quienes habitan la sierra, por ejemplo, están abigarradas a sus entornos o espacios. Entre otras cosas, debimos pensar geográficamente, ecológicamente y por supuesto antropológicamente. Por ello, la base teórica metodológica la aprehendimos de la etnoecología, como lo dijimos al inicio del documento.

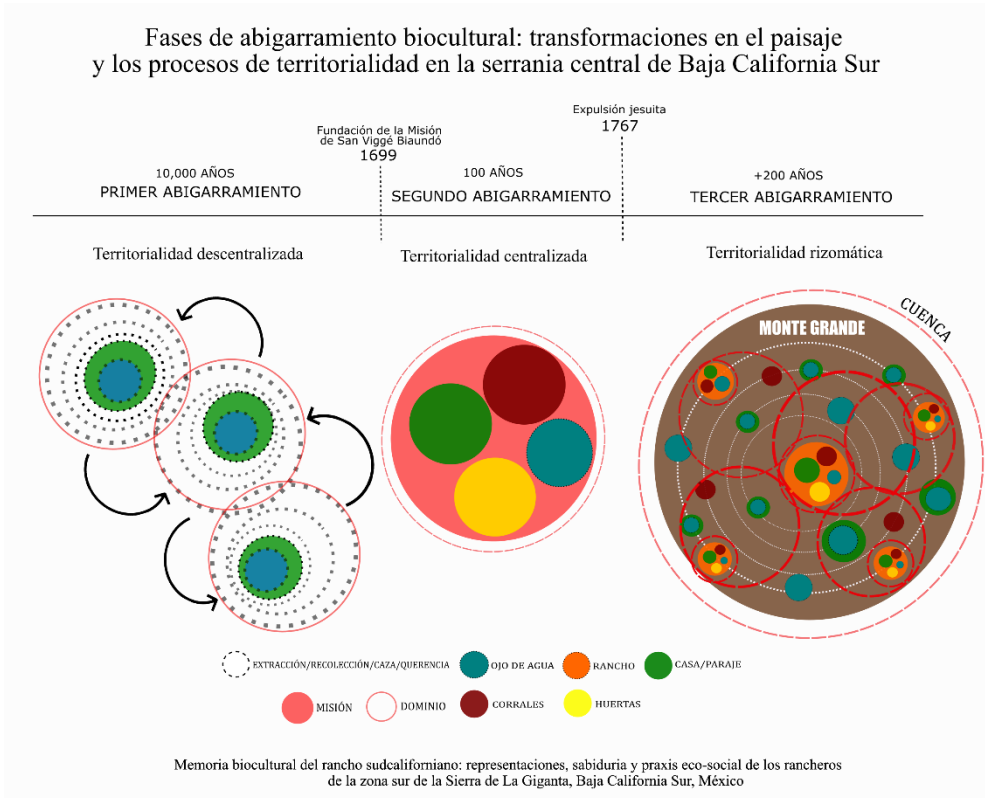
Sin embargo, tuvimos que asumir que presente no puede ser analizado sino se realiza en perspectiva histórica. Por eso nos dimos a la tarea de indagar sobre los elementos, factores y procesos que han emergido en las entrañas de la sierra de la Giganta, y nos percatamos que históricamente las prácticas territoriales han estado determinadas de diversas maneras por diversas fuerzas de distinto orden: naturales, políticas, económica o ideológicas.

De la descentralización al territorio rizomático

Los modos de apropiación que han puesto en práctica los diversos grupos que han habitado la península han sido determinantes en la organización de los territorios de las montañas sudcalifornianas. Las diversas formas de metabolizar socialmente la Sierra de La Giganta tienen su correspondencia en las transformaciones históricas de las prácticas territoriales de quienes ahí han decidido vivir, y esculpir entre las piedras, sus paisajes. Por lo menos han sido tres grandes modos de abigarramiento biocultural los que se han vivido.

El primero, es el momento indígena, con un territorio, es decir un dominio sobre el espacio, en buena medida descentralizada y en ese sentido, un paisaje ampliamente dilatado. La caza, la recolección y el desierto tal y como lo dijimos, les obligó a caminar y experimentar la piedra ampliamente. El segundo es el momento colonial, y se caracteriza por invertir muchísima energía para centralizar el amplio y poroso territorio indígena. Es el momento de la construcción u organización de un enclave paisajístico nunca antes visto. El proyecto misional contrae violentamente la mirada y las prácticas históricas en la montaña. Esta estrategia fue la única que los colonizadores imaginaron para sobrevivir en una región tan inhóspita y carente de recursos vitales como el agua, pero sobre todo, fue la estrategia del poder colonial para el adoctrinamiento y la dominación. El poder se centraliza.

El tercer momento, aparece con la emergencia del rancho sudcaliforniano. En él, los territorios se vuelven rizomáticos y los paisajes se dilatan de nueva cuenta, permitiendo a las nuevas sociedades arraigarse, abigarrada y profundamente a las piedras. El poder colonial se fisura y las prácticas cotidianas, las grandes afecciones, la lectura y el sentido común, se regresa a la montaña. Deviene la piedra, en rancho, arranchamiento, rancheridad. El poder de alguna forma se descentraliza, y las prácticas productivas, sobre todo la ganadería, a pesar de las carencias inherentes de vivir entre las piedras, se escurre entre el lomerío.



La ganadería silvestre; las vacas cimarronas que se negaron a los corrales del misionero, rumiando día y noche en los recovecos de la sierra, aquerenciadas entre las piedras, han hecho posible la generación y reproducción de los saberes de la montaña, y en el último de los casos, la vida social. Por eso, tiene tanto sentido cuando la *rancherada* dice que un rancho no es rancho, si no hay animales. Si el territorio y el paisaje ranchero se constriñe al aguaje, al oasis, a pesar de ser la fuente de donde emane el agua, toda la autonomía ganada, se perdería.

Por último, a manera de síntesis, es importante mencionar que con estos análisis, y sobre todo gracias a las narrativas de las familias rancheras, creemos que podemos distinguir las localidades rurales y urbanas a partir de las relaciones metabólicas que las personas establecen con su entorno. Y en este sentido, podemos reconocer cuatro características de tipo de sociedades rurales y específicamente las que se expresan en la desértica península de Baja California:

- a) Estas sociedades orientan su establecimiento (enclaves) en lugares eco-estratégico, es decir, donde existan recursos bióticos y abióticos que estén en condiciones de ser útiles socialmente.
- b) A través de ciertas prácticas cotidianas de quienes participan en esas sociedades, se impulsan procesos de territorialización *sui generis*, esto es, realizan actividades o prácticas apropiativas, productivas y culturales que permiten que las personas establezcan fuertes relaciones, simbólicas y afectivas, con sus lugares
- c) Las personas que habitan en este tipo de sociedades, se dedican a esculpir paisajes bioculturales acorde a su propia historia
- d) Sus prácticas territoriales y el esculpido de paisajes bioculturales les permite un grado mínimo de autosuficiente en términos de producción y consumo, es decir, las localidades rurales en buena medida producen para vivir y no para acumular.

Independientemente si las expresiones de la ruralidad se den en las partes altas o en los litorales de la península, nosotros consideramos que sin la formación geo-ecológica de la sierra, no pudo haberse desarrollado ninguna forma de vida social como hasta las que ahora conocemos. Es ocioso esto que decimos, pero de no existir una formación de esta naturaleza estaríamos hablando de otra historia y otro mundo completamente distintos al que describimos.

Hoy, debemos entender el rancho no como una localidad aislada entre las piedras, a lado de un ojo de agua. Hablar de un rancho sí podemos entender localidades dispersas,

pero también es una territorialidad de un complejo de familias que comparten historias, saberes, prácticas y representaciones espaciales en torno a al monte grande. En este contexto emerge y se reproduce la rancheridad, es decir, la actitud de reciprocidad frente a la piedra, el agua, la tierra, el desierto, la vida. Vivir entre las piedras, no cualquiera.

No obstante a las imágenes tan esperanzados que logramos tejer alrededor de la Sierra de la Giganta, es difícil dejar de pensar que las diversas formaciones sociales del planeta, incluidos aquellos territorios con formaciones sociales no capitalistas (Santos B., 2011) están viviendo un momento de peligro (Echeverría B., 2010; Foster J., 2013). Una época está por colapsar (Foster J., 2010; Arizmendi L., 2006), pero no terminará de hacerlo sino se hace visible y decible, de entre las profundidades de cada sociedad (Bonfil G., 1989), lo aparentemente nuevo (Foucault M., 2000; Deleuze G., 1987). Las formas de vida rancheras no son nuevas, pero su condición política si puede serlo. Precisamente por ello, lo que buscamos con este trabajo fue abonar a la visibilización de paisajes producidos en los márgenes de la vida moderna. Y específicamente se trató de reconocer los rasgos característicos de las sociedades rurales sudcalifornianas y, el entrelazamiento con los biorritmos con la montaña.

Bibliografía

ACEVES Bueno Juan Salvador, “Incorporación del conocimiento local a la toma de decisiones de manejo pesquero. Caso de estudio: El corredor San Cosme a Punta Coyote, B.C.S., México”, tesis de maestría UABCS, La Paz 2013.

ADORNO Theodor, “Consignas”, ed. Amorrortu, Buenos Aires 2003

ADORNO Theodor, HORKHEIMER Max, “Dialéctica de la Ilustración”, ed. Trotta, España 2006.

AGUADO Rebolledo Javier, “¿Por qué, según Leibniz, vivimos en el mejor de los mundos posibles?”, Revista de filosofía *Thémata*, no. 42, año 2009

AGUNDEZ E. J.M., “Un acercamiento a la medicina de los californios”, UABCS,

ALAMEDA Adelina, “La generosidad del desierto: alimentación y organización social de los guaycuras”, en Cariño O., “Ecohistoria de los Californios”, ed. UABCS, México 1995

ALMADA Rossana (coordinadora), “Difuminando el rancho, identidades emergentes en Los Planes, BCS.”, UABCS-ISC, México 2010

-Juntos, pero no revueltos. Multiculturalidad e identidad en Todos Santos”, BCS., CIESAS-UABCS-ColMich, México 2006.

ALTABLE F., Aportaciones a la etnología y ecología sudcalifornianas en la obra de Miguel del Barco y Juan Jacobo Baegert”, en Cariño O., “Ecohistoria de los Californios”, ed. UABCS, México 1995

ÁLVAREZ Céspedes, Juan Fernando, “La ciencia y el poder en el pensamiento de Francis Bacon: ¿una propuesta pública que iguala los entendimientos”, Revista Versiones, época 2, no. 9, enero-julio, Colombia 2016.

AMAO Manríquez, J.L., “Establecimiento de la comunidad minera en la California Jesuita”, Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz, México.

- *Trabajadores Yaquis y Mayos en las minas de Baja California*, Memoria del VII Simposio de Historia y Antropología, Universidad de Sonora, Hermosillo Son. 1982

APPADURAI Arjun, “El rechazo a las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia”, ed. Tusquets, España 2007.

ARDON M. Mario, “Métodos e instrumentos para la investigación etnoecológica participativa”, Revista Etnoecológica, Vol. 6, No.8, pp. 129-143

ARRAJ James, “Una expedición a la nación guaycura en las Californias”, ed. ISC-GobBCS, La Paz 2014.

ARRIAGA Laura, RODRÍGUEZ Ricardo, “Los Oasis de la Península de Baja

California”, Ed. CIBNOR, La Paz 1997

ARRIOJA Luis Alberto, ALBEROLA Armando (Coord.), “Clima, desastres y convulsiones sociales”, ed. ColMich, Michoacán 2016.

AUGE Marc, “Qué es la antropología”, ed. Paidós, Barcelona 2005

BACON Francis, “La sabiduría de los antiguos” ed. Tecnos, Madrid 2014

BAENA Reina, “De ‘tierra inhospita’ a ‘tierra de misiones’: Baja California y la última frontera jesuita [1683-1767]”, Revista Trashumante, No.4, 2014

BARAJAS Arturo, “Volcanismo y extensión de la provincia extensional del Golfo de California”, Boletín de la Sociedad geológica Mexicana, México 2000.

BARRAGÁN Esteban, “Con un pie en el Estribo. Formación y deslizamiento de las sociedades rancheras en la construcción del México Moderno”, ed. COLMICH, México 1997.

-“Identidad ranchera: apreciaciones desde la sierra sur ‘jalmichiana’ en el occidente de México”, Revista Relaciones, no. 43, Michoacán, 1990.

-“Tiempo y espacio entre los rancheros jalmichianos”, revista Relaciones. Estudios de historia y sociedad, Colegio de Michoacán, no.54, Michoacán 1993.

-“Vivir en el otro mundo”, revista Relaciones. Estudios de historia y sociedad, Colegio de Michoacán, Michoacán 1986. Revisado en <http://conacyt.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1016/48>

BARRAGÁN Esteban, TORRES Rogelia, "Comer de mano propia: cultura alimentaria de la sociedad ranchera serrana en el Occidente de México", en Daniel Claudio Martínez Carrera (Ed.), *Ciencia, Tecnología e Innovación en el Sistema Agroalimentario de México. Biblioteca Básica de Agricultura*, Mundi-Prensa México, IICA, México 2016.

BARRAGÁN Esteban, HOFFMANN Odile, LINCK Thierry, SKERRITT David, “Rancheros y sociedades rancheras”, ed. ColMich, Michoacán 1994.

BARRAGÁN Esteban, LINCK Thierry, “Los rincones rancheros de México. Cartografía de sociedades relegadas”, en BARRAGÁN Esteban, HOFFMANN Odile, LINCK Thierry, SKERRITT David, “Rancheros y sociedades rancheras”, ed. ColMich, Michoacán 1994.

BARRERA BASSOLS Narciso, FLORIANI Nicolás, “Saberes locales, paisajes y territorios rurales en América Latina”, ed. UNICAUCA, Colombia 2018.

BARRERA BASSOLS Narciso, URQUIJO Torres Pedro Coord., “Temas de geografía latinoamericana”, ed. Digital CIGA-UNAM, Michoacán 2009.

BENDER Barbara, “Landscapes on-the-move”, Journal of Social Archaeology, 2001.

BENJAMIN Walter, “Tesis sobre la historia y otros fragmentos”, ed. Itaca-UACM, México 2008.

BERKES Friket, COLDING Johan, FOLKE Carl, “Rediscovery of Traditional Ecological Knowledge as Adaptive Management”, *Ecological Applications*, Vol. 10, No. 5, 2000.

BERNABEU A. Salvador, “La religión ofendida: Resistencia y rebeliones indígenas en Baja California”, *Revist Complutense de Historia de America*, Madrid 1994.

BENJAMIN Walter, “Tesis sobre la historia y otros fragmentos”, ed. Itaca-UACM, México 2008.

BOUTIER Jean, “Fernand Braudel, Historiador del acontecimiento”, *Revista Historia Crítica*, diciembre 2004, no. 27, Universidad de los Andes, Bogotá.

BRASERO Roberto, “La influencia silenciosa. Cómo el clima ha condicionado la historia”, Ed. Espasa, Barcelona 2017.

BRAUDEL Fernand, “Las ambiciones de la historia”, ed. *Crítica*, España 2002

BUSTO I. Karina, “Historical Archaeology of Baja California”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly*, Vol. 51, N. 3.

CARIÑO O. Micheline. “Ecohistoria de los californios”, ed. UABCS, México 1995.

- “Historia de las relaciones hombre naturaleza en Baja California Sur”, ed. UABCS, La Paz 1996.

CARIÑO O. Micheline, BRECEDA Aurora, “Identidad geográfica de los indios Californios”, *Revista Clio*, no. 18, 1997.

CARIÑO Micheline y CASTILLO Ana Luisa. “Oasis Sudcalifornianos: paisajes bioculturales con elevada capacidad adaptativa a la aridez y potencial para la construcción de la sustentabilidad local”. *Revista Fronteiras: Journal of Social, Technological and Environmental Science*, Vol.6, N.2 (mai.-ago. 2017): 217-239.

CARIÑO O. Micheline, CASTORENA Lorella, *et al* (Coord.), “Saberes para la sustentabilidad”, ed. Icaria, España 2015

-“Evocando el eden. Conocimiento, valoración y problemática de los oasis de Los Comondú”, ed. Icaria, Barcelona 2013

-*Sudcalifornia. De sus orígenes a nuestros días*, ISC-UABCS, México 2007.

CARIÑO O. Micheline, ORTEGA Antonio, “Oasis sudcalifornianos: transferencia cultural del viejo al nuevo mundo”, *Mediterranean Mountainous Landscapes: AnHistorical Approach to Cultural Heritage Based on Traditional Agrosystem*, 2014

CASTORENA Davis Lorella, BRECEDA Solís Aurora, *Remontando el cañón de la Zorra: Ranchos y rancheros de la Sierra de la Laguna*, CONACULTA-ISC, México 2008.

-“Palabras e imágenes de la ciudad y puerto de La Paz”, COBACH-UABCS, La Paz, 2000.

CASTORIADIS Cornelius, “La institución imaginaria de la sociedad”, ed. Tusquets, México 2013.

-“Sujeto y verdad en el mundo histórico-social”, ed. FCE, Buenos Aires 2004.

-“El avance de la insignificancia”, ed. Eudeba, Argentina 1997.

CASTRO P. Francisco, “Colapsos ambientales-transiciones culturales”, ed. UNAM, México 2006.

CORTÉS Del Moral Rodolfo, “La filosofía y la racionalidad contemporánea”, Universidad de Guanajuato, Guanajuato 2003

-“El debate sobre las ciencias sociales”, Revista Acta Universitaria [en línea], vol. 13 no. 3, Septiembre-Diciembre 2003

CHAVEZ T. Martha, GONZÁLEZ S. Octavio, VENTURA P. María del Carmen, “Geografía Humana y ciencias sociales. Una relación re-examinada”, ed. Colegio de Michoacán, Michoacán 2014

CROSBY Harry, “Los últimos californios”, ed. Gob-BCS, La Paz 2010.

CRUZ y Cruz T., “Paleoambientes del cuaternario en Sonora a partir del registro Palopedológico”, Tesis de maestría, Instituto de Geología-UNAM, 2011.

DAVIS Mike, “Bienvenidos al Antropoceno”, revisado en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=1954>

DE CERTEU Michel, “La invención de lo cotidiano. Artes de hacer”, Universidad Iberoamericana-ITESO, México, 2000.

DEL BARCO Miguel, “Historia natural y crónica de la antigua California”, ed. UNAM, México 1988.

DEL RIO Ignacio, ALTABLE F. María Eugenia, “Breve historia de Baja California Sur”, Fondo de Cultura Económica, México 2000.

DESCOLA Philippe, “Más allá de la naturaleza y la cultura”, en *Cultura y Naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia de Colombia*, ed. Jardín Botánico de Bogotá, Colombia 2011.

DESCOLA Philippe, PÁLSSON Gísli, “Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas”, ed. Siglo XXI, México 2001

DURAN C. Juan Lisel, “Estratigrafía regional y significado tectónico del grupo Comondú de Baja California Sur, México”, tesis de maestría, Centro de Geociencias-UNAM, Juriquilla Qto., 2016.

ECHEVERRÍA Bolivar, “La modernidad de lo barroco”, ed. Era, México 2005

ELIAS Norbert, “Sobre el tiempo”, ed. FCE, México 2010.

ESCOBAR Arturo, “Sentipensar la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia” ed. UNAULA, Medellín 2014.

FERRETE S. Carmen, “La ética ecológica como ética aplicada. Un enfoque desde la ética discursiva”, Tesis doctoral, Universitat Jaume I de Castellon, Castellon 2005.

FINDJI María Teresa, “Movimiento social, memoria colectiva y transformaciones del territorio en el SurOccidente Colombiano. Lecciones aprendidas en el ejercicio de creación y usos de los Mapas Parlantes”, Fundación Colombia Nuestra, Bogota 2010. Revisada en <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx>

FOSTER Bellamy Jhon, “La ecología en Marx”, ed. El Viejo Topo, España 2002

FOUCAULT (1968), “La arqueología del saber”, ed. Siglo XXI, Buenos Aires 2008.

-“Las palabras y las cosas”, Ed. Siglo XXI.

FUJITA H., “Posibles rutas del poblamiento temprano de Baja California”, Balance y perspectiva de Antropología e historia, INAH 2015.

FUJITA H., HERNANDEZ A., BULHUSEN K., AINIS A., VELLANOWETH R., “Ocupaciones trans-holoceno en el sitio Cañada de Enfermería Suereste #3, Baja California Sur”, Balances y perspectivas de la Antropología e historia, INAH 2017.

FUJITA H., BULHUSEN K., “Paisaje, materia prima y patrón de asentamiento prehistórico en el área de La Paz, B.C.S.”, Balances y perspectivas de la Antropología y la Historia, INAH 2013.

GARCIA F., Denisse Aurora, “Estratigrafía de la parte superior de la formación Lomas de la Virgen, Sierra de Los Filos del treinta cinco, Baja California Sur, México”, Tesis de licenciatura, Ciencias de la Tierra-UABCS, 2016.

GEERTZ Clifford, “La interpretación de las Culturas”, Ed. Gedisa, Barcelona 2000.

GIDDENS Anthony, “Las consecuencias de la modernidad”, ed. Alianza, Madrid 1994.

GILLY Adolfo *et al*, “Discusión sobre la historia”, ed. Taurus, México 2003

GOMEZ Baggethub, “Perspectiva del conocimiento ecológico local ante el proceso de globalización”, en TOLEDO V., “Sabidurías ecológicas”, Revista Papeles. Relaciones ecosociales y cambio global/ed. Icaria, no. 107, España 2009.

GONZÁLEZ y G., Luis, “Suave patria”, Revista Nexos, número 108, Diciembre 1986. Revisado noviembre 2013, en <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&print&Article=267094>

-“La vida ranchera en la literatura, el cine y la historia”, en BARRAGÁN Esteban, *et al.*, “Rancheros y sociedades rancheras”, ed. ColMich, Michoacán 1994.

GONZALEZ de Molina, Manuel, “La crisis de la modernidad historiográfica y el surgimiento de la historia ecológica”, en *Culturas y civilizaciones : III Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea / coord. por Celso Jesús Almuiña Fernández*, España 1998

GONZALEZ de Molina Manuel, TOLEDO Víctor, “Metabolismos, naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas”, ed. Icaria, España 2011.

GOULD, S. J. y LEWOTIN, R. C. “The spandrels of San Marco and the Panglossian paradigm: a Critique of the adaptationist programme” en F. Berkes (Coord.) *Common property resources: ecology and community-based sustainable development*, 33-54, Londres, Belhaven Press.

GUARIGLIA Osvaldo, “La ética en Aristóteles o la Moral de la virtud”, ed. Eudeba, Buenos Aires 1997.

GUDYNAS Eduardo, “Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina”, Revista Persona y Sociedad, no. 13 año 1, Abril 1999

GUITIERRREZ Castorena *Et al.*, “Geographical Regionalization of the Mexican Territory”, revisado en https://link.springer.com/chapter/10.1007%2F978-94-007-5660-1_5/fulltext.html

GUZMAN A. José Ramón, “El palimpsesto cultivado. Propuesta de un catálogo de paisajes culturales históricos del olivar andaluz”, versión digital, Memoria del Congreso de Cultura del Olivo, Andalucía España.

GRANIER Christophe, “Conservación contrantura. Las islas Galapagos”, IRD Edition, Febrero 2007.

HARVEY David, “El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión” en *Socialist Register 2005*, Buenos Aires, CLACSO.

HAESBAERT Rogerio, El mito de la desterritorialización. Del fin de los territorios a la multiterritorialidad, ed. Siglo XXI, México 2011.

HARRIS M., “El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura”, ed. Siglo XXI, México 2009.

HAUSBERGER Bernd, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas al norte Novohispano”, prensa.

HENDRIKUS J. Pardoel, RIESCO C., Pascual, “La actividad trashumante, generadora de lugar y paisaje”: una aplicación geográfica del habitar”, Cuadernos Geográficos, 2012.

HIERNAUX N Daniel, “Los senderos del cambio”, Plaza y Valdés editores, México, 1999

IBARRA Gilberto, “Narrativa misional. Antología”, ed. ISC-Gob.BCS, La Paz 2017.

-“Vocablos indígenas de Baja California Sur”, ISC-GobBCS, México 2011.

INGOLD Tim, “Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía”, Etnografías Contemporáneas, pp. 218-230

-“Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología”, ed. Trilce, Uruguay 2012.

-“El forrajero óptimo y el hombre económico”, en DESCOLA Philippe, PÁLSSON Gísli, “Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas”, ed. Siglo XXI, México 2001

-“Hunting and Gathering as Ways of Perceiving the Environment”, en Ellen-Fuki (eds.) Redefining nature, Berg. Ed., Washington, 1996.

-“The temporality of the landscape”, en *World Archaeology, Vol. 25, No. 2, Conceptions of Time and Ancient Society*, 1993.

JAY Martin, “Adorno”, ed. Siglo XXI, Madrid 1988

-“La imaginación dialéctica”, ed. Taurus, Madrid 1989.

JIMENEZ María Luisa, NIETO-C. Irma Gisela, CORREA R., Miguel Mauricio, PALACIOS C. Carlos, “Las arañas de los oasis de la región meridional de la península de Baja California, México”, *Revista Mexicana de Biodiversidad*, No. 86, México 2015.

JUÁREZ Norma Helen, “Cambios en la producción y consumo de viandas en Cuba. Un acercamiento a la experiencia de los habitantes de Guira de Melena”, *Revue d'ethnoécologie* [en línea], noviembre, 2013

KOSIK Karel, “Dialéctica de lo concreto”, ed. Grijalba, México 1965

KOOHAFKAN P., ALTIERI A. M., “Sistemas ingeniosos del patrimonio agrícola mundial. Un legado para el futuro”, FAO, Roma 2011.

HELEN Juárez Norma, “Cambios en la producción y consumo de viandas en Cuba. Un acercamiento a la experiencia de los habitantes en Güira de Melena”, en *Revue d’ethnoécologie* [en línea], noviembre 2016, URL: <http://ethnoecologie.revues.org/1445>

HELLER Ágnes, “Sociología de la vida cotidiana”, ed. Península, Barcelona 1998

LAGUNA V. Magdalena, ACEVEDO B. Marcos, CERVANTES M. Edgar, BELTRÁN M. Felipe, ORTEGA R. Alfredo, “Sociohistoria de la ganadería y su importancia en la seguridad alimentaria para las familias rancheras de la REBIOSLA”, en LAGUNAS V., *et al*, *Diagnóstico y análisis de los aspectos sociales y económicos en la reserva de la biosfera Sierra La Laguna, Baja California Sur, México*, ed. CIBNOR.

LAMEIRAS José, “Identidad en las Montañas”, en BARRAGAN Esteban *et al*, “Rancheros y sociedades rancheras”, ed. ColMich, Michoacán 1994.

LATOUR Bruno, “Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas”, ed. Siglo XXI, Buenos Aires 2017.

-“Investigación sobre los modos de existencia. Una antropología de los modernos”, ed. Paidós, Buenos Aires 2013.

LASH Scott, “Crítica de la información”, ed. Amorrortu, Buenos Aires 2005

LEFEBVRE Henry, “El derecho a la ciudad”, México 1978.

LEFF Enrique, “racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza”, ed. Siglo XXI, México 2004.

LENKERSDORF Carlos, “Filosofar en clave tojolobal”, ed. Porrúa, México 2005.

LEÓN J., BLAZQUEZ M., ORTEGA A., “¿Qué se mueve en el desierto?: historias del matorral sarcocaulé”, ed. CIBNOR, La Paz 2013.

LEÓN J., DOMINGUEZ R., DOMINGUEZ M., CORIA R., “Flora Iconográfica de Baja California Sur”, ed. CIBNOR, La Paz 2015.

LEÓN V., Lucía del Carmen, “Indígenas, misioneros y soldados en Baja California durante la administración franciscana y dominica”, en SORROCHE C. Miguel Ángel, “El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la cuestión y perspectiva de futuro”, ed. Atrio, Granada 2011.

LIGHTFOOT Kent, PANICH Lee, SCHNEIDER Tsim, “Hunter-gatherer archaeology in the missions of Alta and Baja California”, *Balances y perspectivas de la Antropología e historia en baja California*, Tomo 7, 2006.

LÓPEZ S. Ángeles, “El rancho mar”, ed. Colegio de Michoacán, Michoacán 2004.

LÓPEZ de Llergo Rita, “Investigaciones geográficas, Boletín del Instituto de Geografía”, no. 50, México 2003.

LUQUE Diana, ROBLES Antonio, “Naturalezas, saberes y territorios comcáac”, ed. INE-Semarnat, México 2006.

LUQUE Diana *et al*, “Política ambiental y territorios indígenas de Sonora”, Revista de Estudios Sociales, Segundo número especial, marzo 2012.

MADERUELO Javier, “El paisaje: génesis de un concepto”, ed. ABADA, Madrid 2013.

MALLÉN Rivera Carlos, “Rachel Carson, 50 años de romper el silencio”, en Revista Mexicana de Ciencias Forestales, vol. 3, no. 14, México noviembre/diciembre 2012.

MARCUSE Herbert, “El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada”, ed. Joaquín Mortiz, México 1973

MARTÍNEZ Alier Joan, “El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de la valorización”, ed. Icaria, España 2004.

MARTINEZ de Pisón Eduardo, “Miradas sobre el paisaje”, ed. Biblioteca Nueva, España 2016.

MARX Karl, ENGELS Federic, “Obras Escogidas. Tomo I”, ed. Progreso-Moscú, URSS 1977

MARX Karl, “El manifiesto del partido comunista”, ed. Centro de Estudios Socialistas, México 2011

-“El Capital. El proceso de producción del capital”, Tomo I, Vol. 1, ed. S.XXI, México 2011b.

-“Obras Escogidas. Tomo I”, ed. Progreso-Moscú, URSS 1976

MATTELART Armand, MATTELART Michèle, *Historia de las teorías de la comunicación*, Paidós comunicación, Barcelona 2005

-“Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la ciudad global”, ed. Paidós, 2000

MERCHANT Carolyn, “Environmental Ethics and Political Conflict: A view from California”, Environmental, Ethics and Political Conflict, Verano 1990.

MIGNOLO Walter, “Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo”, Ed. Akal, Madrid 2013

MORIN Edgar, -“Introducción al pensamiento complejo”, ed. Gedisa, Barcelona 2007

-“El Método. La humanidad de la humanidad”, ed. Ctedra, Madrid 2003

-“El Método. Las ideas”, ed. Ctedra, Madrid 1992

- “Castoriadis: Un Aristóteles caliente (o perfil de un metamarxista)”, revista *Zona Erógena*, no. 19, Buenos Aires 1994

-“Ciencia con conciencia”, editorial Anthropos, Barcelona 1982

MORALES Cortez Ana Paola, “Cochimíes, indios del norte. Etnohistoria y patrimonio cultural del desierto central de Baja California. Siglo XVIII al presente”, tesis de maestría en Estudios Culturales, UABC/ColeF, Tijuana 2016.

MUMFORD Lewis, “Técnica y civilización”, Ed. Alianza, Madrid 1992

NARCHI N. Eduardo, “Etnobiología de interfase: los Seris y el desierto sonorense”, en PEREZ-TYLOR Rafel, RAMIREZ Axel, RUIZ Alejandra, “Antropología del desierto. Espacios culturales: el norte de México-Acatama”, ed. IIA-UNAM, México 2016.

NOGUE Joan, “Paisaje y comunicación: el resurgir de las geografías emocionales”, en

LUNA Toni y VALVERDE Isabel, “Teoría y Paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias”, ed. Observatorio del Paisaje de Catalunya, España 2011.

ORDOÑEZ G. Juan Julio, “¿Qué es una cuenca? Cartilla técnica, Sociedad Geográfica de Lima, 2012.

OSTOS C., María del Pilar, “Las diferencias entre la geopolítica española y la portuguesa tras su encuentro con el Nuevo Mundo”, Revista De raíz diversa, no.1, 2014

PEREZ M. Herón, “El vocablo rancho y sus derivados: génesis, evolución y usos”, en BARRAGÁN Esteban, HOFFMANN Odile, LINCK Thierry, SKERRITT David, “Rancheros y sociedades rancheras”, ed. ColMich, Michoacán 1994.

PIÑEDA Tito F., “Bases epistemológicas para mirar prudentemente el mundo. A propósito de la intervención tecnológica en el rancho sudcaliforniano”, tesis de maestría, DESyGLO-UABCS, La Paz 2014.

PIÑEDA Verdugo Tito F., BARRETO Cosío Flor, PÁEZ Rosas Elisa, “Delegaciones y subdelegaciones: Imágenes, crónicas y tradiciones paceñas”, AYUNTAMIENTO de LA PAZ-CEDOHEP, La Paz 2008.

PIÑERA David, “Ocupación y uso del suelo en Baja California. De los grupos aborígenes a la urbanización dependiente”, UNAM-UABC, México 1991.

PITKIN Hanna (1984) “Wittgenstein: el lenguaje, la política y la justicia”. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales

PORTO-GONCALVES Carlos Walter, “De saberes y territorios: diversidad y emancipación de la experiencia latino-americana”, Revista de la Universidad Bolivariana, Volumen 8, no. 22.

PRIGOGINE Ilya, “Las leyes del caos”, ed. Crítica, Barcelona 2004

QUIJANO Anibal, WALLERSTEIN Immanuel, “La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial”, en *América: 1492-1992. Trayectorias históricas y elementos del desarrollo*, Revista Internacional de Ciencias Sociales, Vol. XLIV, no. 4, España 1992.

QUIROZ P. Ángela Maria, ARISTIZÁBAL B. Walter J., LOPERA L. Luis H., “Apuntes para una crítica de la racionalidad tecnocientífica desde el enfoque phronético”, Revista “Ciencia, Tecnología, Sociedad”, Colombia, No. 2, abril 2010

RAFFESTIN Claude, “Por una geografía del poder”, ed. Colegio de Michoacán, Michoacán 1993.

RAMÍREZ Mario, “De la razón a la praxis”, ed. Siglo XXI, México 2003.

RECLUS Eliseo, “El arroyo”, ed. Sempere, España 1978

REYES G., MARTÍN, “Etnoecología: punto de encuentro entre naturaleza y cultura”, Revista Ecosistemas, No.16, septiembre 2007. Revisada en <http://www.revistaecosistemas.net/articulo.asp?Id=501>

RIBEIRO Darcy, “Las Americas y la Civilización”, ed. Extemporáneos, México 1977.

RIBERA Carbó, Eulalia, “la utopía jesuítica en la ocupación territorial de Baja California durante el siglo XVIII”, XIV *Coloquio Internacional de Geocrítica, las utopías y la construcción de la sociedad del futuro*, Barcelona 2016.

RIVERA C. Silvia, “Ch’ixinakax Utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores” ed. Tinta Limon, Buenos Aires 2010

RODRIGUEZ Tomp Rosa Elba, “Cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la colonia”, ed. CIESAS-INI, México 2002.

“Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural”, ISC-UABCS, México 2006.

RODRIGUEZ Martínez Francisco, “Desarrollo Rural en las montañas andaluzas. Un análisis desde la sostenibilidad”, en Cuadernos Geográficos, no. 30, año 2000.

ROSALDO Renato, “Ensayo en Antropología Crítica”, ed. UAM, México 2006.

ROSALES Alfonso, “La nutrición de una población cazadora-recolectora: sitio El Centenario, Baja California Sur”, Balances y perspectivas de la Antropología y la Historia, INAH-BCS, 2001.

RUBIO i Mora Albert, “Yacimiento arqueológico de la cueva de El Ratón. Una cueva con pinturas en la Sierra de San Francisco”, tesis de doctorado, Universitat de Barcelona, Barcelona 2012.

SACK R. "Human Territoriality: its theory and history", Cambridge: Cambridge University Press, 1986

SANCHEZ G. Leticia, ROSALES L. Alfonso, "la falsa edad de los antiguos californios", Balances y perspectivas de la antropología y la historia de baja California, Tomo7, 2006.

SANCHEZ C. Salvador, FLORES M. Arturo, CRUZ L. Ahmed, "Estado y transformación de los ecosistemas terrestres por causas humanas", en Capital natural de México, vol II: Estados de conservación y tendencias de cambio, en CONABIO, México 2009.

SANCHEZ F., Juan Oliver, "Ecología y cultura", Revista Política y Sociedad, Universidad Complutense de Madrid, no. 23, Madrid 1996.

SANCHÉZ, Joan-Eugeni, "La articulación del espacio", en *Espacio, economía y sociedad*, Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 26-58.

SALAS D. José, "hidrología en zonas áridas y semiáridas", Revista Ingeniería del agua, Vol. 7, México 2000.

SANTOS Boaventura de Sousa, "Una epistemología del sur", CLACSO-Siglo XXI, México 2003

SANTOS B.; MENESES P., "Epistemologías del sur (perspectivas)", ed. Akal, Madrid 2014

SCHMIDT Alfred, "El concepto de naturaleza en Maex", ed. S.XXI, México 2011.

SNEAD James, ERICKSON Clark, DARLING Andrew, "Landscape of movement. Trails Paths, and Roads in anthropological perspective", ed. UPM, Philadelphia 2009

SNOW C. P., "Las dos culturas", ed. Nueva Visión, Buenos Aires 1988.

STEWART J., "El concepto y el método de la ecología cultural", en *Theory of Culture Changes*, University of Illinois Press, Urbana, 1955.

SUNYER P. Martin *et al*, "Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas", ed. UAM-I, México 2014

TAFALLA Martha, "Theodor Adorno. Una filosofía de la memoria", ed. Herder, España 2003

TAPIA Mealla Luis, "La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta", CLACSO, Bolivia 2002.

THOUREAU Henry David, "Caminar", ed. Interzona, Argentina 2016.

TODOROV Tzvetan, "Nosotros y los otros", ed. Siglo XXI, México 1989

TODOROV Tzvetan, "Nosotros y los otros", ed. Siglo XXI, México 1989

TOLEDO Victor, ALARCON CHAIRES Pablo, BARÓN Lourde “La modernización rural en México: un análisis socioecológico”, ed. UNAM-INE, México 2002.

TOLEDO Victor, ALARCON CHAIRES, “La etnoecología hoy: panorama, avances, desafíos”, Revista Etnoecológica, Vol. XXI, no. 1, diciembre 2012, pp.1-16

TOLEDO Victor, BARRERA-BASSOLS Narciso, “La memoria biocultural”, Ed. Icaria, Barcelona 2008.

-“Etnoecología. La memoria de la especie humana”, Revista del círculo de Bellas Artes, No.12, diciembre 2012.

TOLEDO Victor, *et. Al.*, “Sabidurías ecológicas”, Icaria Editorial, España 2009.

TOVAR Z. Frank, ROJAS L. José, “Diálogo de saberes, sabiduría ecológica originaria y desarrollo rural”, Revista Derecho y Reforma agraria, no. 37, pp.149-171, Buenos Aires 2011.

TREJO Deni, “Historia general de Baja California Sur. La economía regional”, ed. Plaza y Valdes/UABCS/Conacyt, México 2002.

TROYO D., MERCADO M., CRUZ F., NIETO G., VALDEZ C., GARCÍA H., MURILLO A., “Análisis de sequía y desertificación mediante índices de aridez y estimación de la brecha hídrica en Baja California Sur, noroeste de México”, *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía, UNAM*, No. 85, México 2014.

TYSON Rose, “La población indígena de Baja California, México: características físicas”, *Revistas de estudios fronterizos*, No. 14, 1987.

VALDÉS N. Crisián, “El Mundo de la Vida (Lebenswelt) de Rodolfo Kusch y el Estar-en-el-Mundo (In-Der-Welt-Sein) de Martín Heidegger”, tesis de Maestría, Chile 2007

VARELA Leonardo, “Palimpsesto”, ed. ISC-GobBCS, La Paz 2017.

VARGAS-Llovera, María Dolores; SEVA R., Eduardo; HAMD AOUI Mimoum, “Bases ecológicas y culturales del oasis de Figui (Marruecos)”, ed. Proyecto de Cooperación Internacional al Desarrollo AP/Universidad de Alicante, España 2012.

VARGAS Y. Juan Mario, “La gestión cinegética racional ligada a la praxis de la caza y la recolección ¿entelequia aristotélica o quimera?, en prensa.

VERDIER Nicolas, “La memoria de los lugares: entre espacios de la historia y territorios de la geografía”, en ORTEGA Cantero N., GARCÍA Álvarez J., MOLLA Ruiz-Gómez, “Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio”, ed. UAM, 2010.

WINNER Langdon, “tecnología autónoma. La tecnología como objeto del pensamiento político”, ed. Gustavo Gili, Barcelona 1979.

WINTERHALDER, B., “Foraging Strategies in the Boreal Forest: an Analysis of the Cree Hunting and Gathering”, en B. Winterhalder y E. A. Smith (eds), *Hunter-Gatherer*

Foraging Strategies: ethnographic and archeological analyses, Chicago, University of Chicago, Chicago 1981.

WALLERSTEIN “Abrir las ciencias sociales”, ed. Siglo XXI, México 2006

- “Después del liberalismo”, ed. S.XXI, México 2001

URIARTE María Teresa, “Historia y arte de la Baja California”, ed. ISC-UNAM, México 2015.

VILLORO Luis, “Crear, saber, conocer”, ed. Siglo XXI, México 1989.

ZALDIVAR H. Luz del Carmen, “la memoria del lugar de los afectos: el mundo ranchero y la querencia de Luis González y González”, Temas y variaciones. UAM.

ZALLES Jorge Ignacio, “Conocimiento ecológico local y conservación biológica: la ciencia posnormal como campo de interculturalidad”, Revista Íconos, no. 59, Flacso-Ecuador, Ecuador 2017.

ANEXOS

Encuesta general

Encuestador: _____

Lugar de encuesta: _____ Coordenadas: _____

DATOS GENERALES

Información personal del encuestado y datos generales sobre el hogar

1. Nombre de la persona encuestada: _____
2. Rancho de nacimiento: _____
3. Motivo de cambio de rancho: _____
 1. Familia
 2. Escases de agua
 3. Trabajo
 4. Salud
 5. Otro _____

4. Nombre de sus padres y sus abuelos:

Padre	abuelo paterno	abuela paterna
Madre	abuelo materno	abuela materna

5. Llena el cuadro con los datos de los integrantes de la familia

Nombre	Parentesco	Edad	Sexo

6. Tres principales actividades productivas de la familia: 1 () 2 () 3 ()

1) Agricultura 2) Ganadería 3) Corte madera 4) Artesanía madera 5) Dulce 6) Lácteos 7) Herrería 8) Talabartería 9) Comercio 10) otras _____

7. ¿Cuál es el principal medio de ingreso de la familia? _____

1. Trabajos temporales
2. Venta de ganado
3. Productos hechos en el rancho
4. Ayuda familia
5. Otro _____

8. Enlista por lo menos 5 platillos tradicionales de los ranchos y los meses en los que se preparan (si es que se preparan aun)

	PLATILLO TRADICIONAL	Meses consumo
1		
2		
3		
4		
5		
6		
7		
8		
9		
10		

Sobre la tierra y la huerta y la cosecha

1. ¿Tiene algún título de propiedad o carta de posesión que corresponda al rancho actual o algún otro? _____
1. Si 2.No

2. ¿Se siente propietario de la tierra donde vive? _____
1. Si 2. No

3. ¿Cuántas generaciones de familiares han vivido en estas tierras? _____
1 _____ 2 _____ 3 _____ 4 _____

4. ¿Actualmente la familia cuenta con tierra para cultivar? _____
1. Si 2. No

5. ¿Cuántas huertas tienen la familia y cuál es su dimensión aproximada?
1era _____ 2da _____ 3era _____ 4ta _____ 5ta _____

6. ¿De la cantidad de tierra que tiene para el cultivo, en cuanto de ella se cultiva actualmente?
1 Todo _____ 2 Más de la mitad _____ 3 La mitad _____ 4 Menos de la mitad _____ 5 No cultivamos _____

7. ¿Razón por la cual no se cultiva o se cultiva muy poco?
1 Tierra infértil _____ 2 Falta de tiempo _____ 3 Falta de apoyo _____ 4 Falta de agua _____

8. ¿Cuándo siembra quién siembra los almácigos? _____
1. Papá 2. Mamá 3. Abuela 5. Abuelo 6. Hermanos 7. Hermanas 8. Hijos 9. Hijas

9. ¿Cuándo se siembra la semilla o trasplanta consideran el tipo de luna?
Si _____ No _____

10. ¿Qué tipo de abono ha utilizado para fertilizar la tierra que cultiva ? (puede ser más de 1)
Orgánico _____ Químico _____ No uso _____
1) Vaca
2) Chiva
3) Borrega
4) Gallina
5) Murciélago

- 6) Hojarasca de hoja de roble
- 7) Desechos domésticos
- 8) Tallos de maíz secos y quemados
- 9) Rebalso

11. ¿De dónde saca usted el abono con el que fertiliza la tierra que siembra? _____

1. Corrales propios o familiares 2. Producción propia 3. Cuevas 4. Compra

12. ¿Qué integrantes de la familia fertiliza la huerta? _____

1. Papá 2. Mamá 3. Abuela 5. Abuelo 6. Hermanos 7. Hermanas 8. Hijos 9. Hijas

13. ¿Utiliza la maleza para alimentar sus animales? (mencione si la maleza la usa como forraje)

- _____ 1. Si 2. No 3. No uso

14. ¿Utiliza algo para controlar las plagas y los hongos de las plantas? _____

1. Si 2. No

15. Si controla plagas u hongos de sus huertas ¿de qué tipo es? _____

1. Orgánica 2. Químico

16. Menciona todas las especies de frutos, granos y hortaliza de las que tenga memoria, sembradas por sus padres y sus abuelos.

Abuelos	Padres	Actualmente en el rancho

17. De lo que cosecha regularmente en sus huertas menciona cual es el **uso principal** que le da la familia: venta (1) /Consumo familiar(2)/ Consumo familiar y compartir (3)

Consumo familiar, compartir y venta (4) Consumo animal (5)

COSECHA	Uso	COSECHA	Uso	COSECHA	Uso
1. Mango		6. Frijol		11. Betabel	
2. Naranja		7. Calabaza		12. Tomate	
3. Papaya		8. Cebolla		13. Papá	
4. Uva		9. Ajo		15. Sorgo	
5. Maíz		10. Haba		16.	

18. Enumere cada una de las herramientas que utiliza comúnmente en todo el proceso agrícola, desde la barbechada hasta la cosecha

1.	6.
2.	7.
3.	8.
4.	9.
5.	10.

Sobre el Agua

1. ¿Se retiene agua en tu rancho para regar tus huertas?
1. Si _____ 2.No _____
2. ¿De dónde proviene el agua con la que riegas? _____
1. Ojo de agua 2.Pozo artesanal 3. Pozo profundo 4. Temporada de lluvia 5. Otro
3. ¿De dónde proviene el agua que se consume para necesidades humanas? _____
1. Ojo de agua 2.Pozo artesanal 3. Pozo profundo 4. Temporada de lluvia 5. Otro
4. ¿Cuántos ojos de agua utilizan para sus necesidades en el rancho? _____
5. ¿A cuántos metros de tus huertas está el ojo de agua (más cercano y el más lejano)?

- 1) -20 2) +20/-40 3) +40/-100 4) +100/-200 5) +200
6. ¿Cuáles son las técnicas de riego que utilizas para tus huertos? _____
1. Inundación 2.Acequia 3. Elevación 4.Goteo 5.Subterráneo 6. Bombeo y manguera

Sobre la producción ganadera

1. ¿De dónde proviene la mayor parte del alimento que le da a sus animales en los tiempos de seca y qué tiempo pasa viviendo en el monte su ganado vacuno en su querencia?
1Huertas ____ 2Monte ____ 3Compra ____ 4Monte y huertas ____ 5 Huertas y compra ____ 6Compra y monte ____

E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D

2. ¿De dónde proviene la mayor parte del alimento que le da a sus animales en los tiempos de aguas y cuánto tiempo duerme en los corrales su ganado vacuno?
Huertas ____ Monte ____ Compra ____ Monte y huertas ____ Huertas y compra ____ Compra y monte ____

E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	N	D

3. **En orden de importancia**, menciona el nombre de las plantas, arbustos o árboles del monte que más le gusta al ganado vacuno

1	5	9
---	---	---

2	6	10
3	7	11
4	8	12

4. **En orden de importancia**, menciona el nombre de las plantas, arbustos o árboles del monte que más le gusta al ganado caprino

1	5	9
2	6	10
3	7	11
4	8	12

5. **En orden de importancia** menciona las principales características de una persona que es buena para camppear

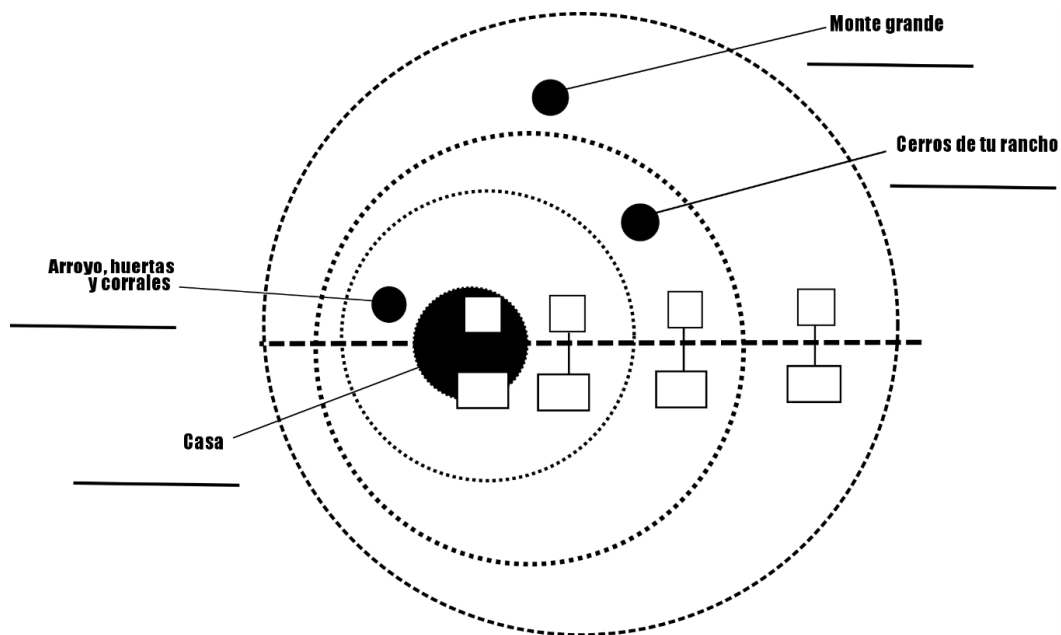
1	5
2	6
3	7
4	8

6. Por orden de importancia menciona qué es lo que se produce con los animales que cría y cuál es su uso: venta (1) /Consumo familiar(2)/ Consumo familiar y compartir (3) Consumo familiar, compartir y venta (4)

Vaca		Uso	Borrego		Uso	Chiva		Uso	Cerdo		Uso
Carne			Carne			Carne			Carne		
Leche			Leche			Leche			Leche		
Queso			Queso			Queso			Queso		
Mantequilla			Mantequilla			Mantequilla			Mantequilla		
Dulce			Dulce			Dulce			Dulce		
Piel			Piel			Piel			Piel		
Abono			Abono			Abono			Abono		

Sobre saberes y prácticas en el rancho y el monte

1. Observa el dibujo con cuidado y señala con una (x) los espacios prácticos regularmente; en el recuadro de abajo menciona la edad aproximada en la que empezó a practicar los distintos espacios del rancho y en la línea menciona quien le enseñó a practicarlos.



2. En los recuadros menciona cuáles son las actividades realizadas en cada uno de los espacios mencionados

CASA	ARROYO, HUERTAS Y CORRALES	CERROS ALREDEDOR DE CASA	MONTE GRANDE

ACTIVIDADES QUE REALIZAS EN LA CASA; EL ARROYO, LAS HUERTAS Y LOS CORRALES; EN LOS CERROS ALREDEDOR DEL RANCHO Y EL MONTE GRANDE

Habitar	Alimentar animales	Tomar café	Podar
Cocinar	Caminar	Cazar	Ver televisión
Dormir	Campear	Recolección comida	Hacer del baño
Platicar	Bañarse	Cultivar	Lavar ropa
Compartir	Acampar	Ordeñar	Cantar
Preparar tierra	Recolectar leña	Construir	Silbar
Sembrar semilla	Recolectar planta medicinal	Retener agua	Jugar
Cosechar	Extraer madera vivienda	Buscar comida	

Encuestas niños y niñas

Nombre _____

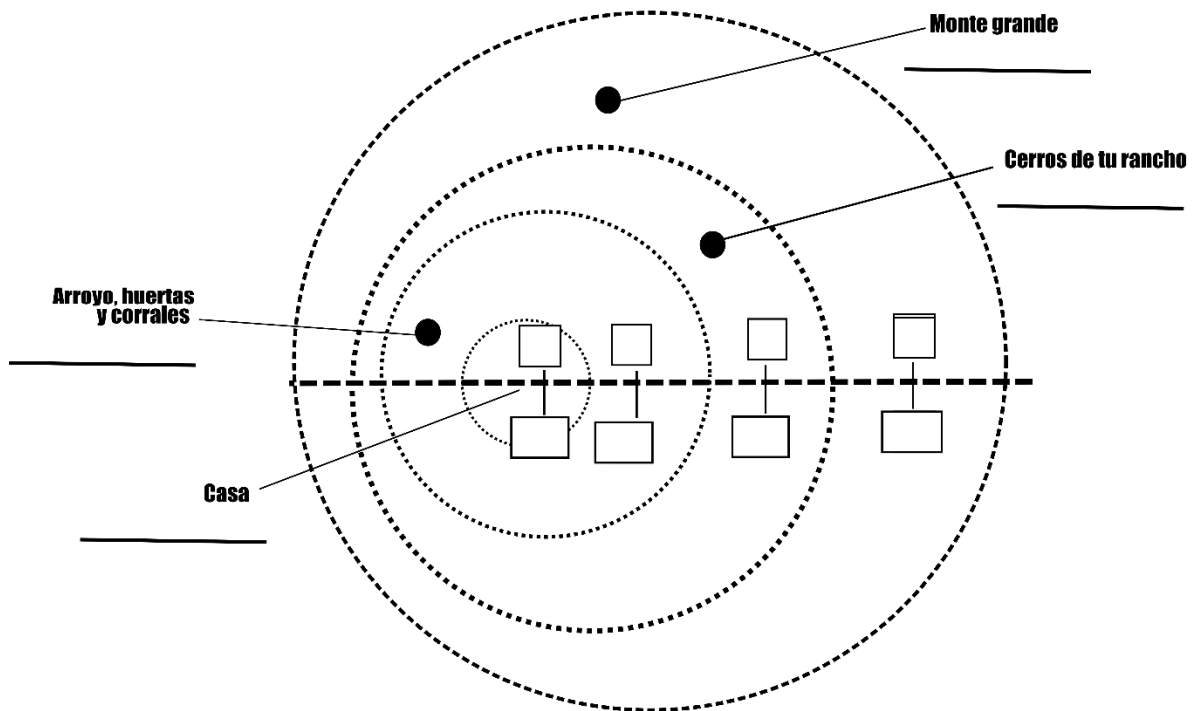
Edad _____

Grado _____

Rancho _____

- I. Observa con calma el dibujo y señala en el recuadro de arriba, con una x, los lugares que conoces de tu rancho. Luego, en el recuadro de abajo, di desde los cuantos años lo conoces. Y por último, en la línea negra, menciona quien te enseñó andar ahí.

**¿Hasta dónde conoces?
¿Y desde los cuantos años lo conoces?
¿Quién te enseñó a andar ahí?**



- II. Lee con atención lo que se te pide, haz memoria y contesta con la verdad
 1. Haz una lista de todas las plantas, arbusto o árboles que conoces del monte que den algo de comida
 2. Haz una lista de todas las plantas, arbusto o árboles del monte que sepas tu que sirven para curar algún malestar humano (aun lado pon lo que cura)
 3. Subraya quien de tu casa sabe más sobre plantas medicinales
 - a) Abuela b) Abuelo c) Mamá d) Papá e) Otro _____

4. Haz una lista de todas las plantas, arbusto o árboles que le gustan más a las chivas

5. Haz una lista de las plantas, arbustos o árboles que le gustan más a las vacas

6. Señala con una x las actividades que haces en el rancho, ya sea sola o acompañada (o)
 - a) Cuidar semilla _____
 - b) Sembrar semilla _____
 - c) Recolectar abono _____
 - d) Abonar la tierra _____
 - e) Regar almacigo _____
 - f) Trasplantar almácigos _____
 - g) Regar huerta _____
 - h) Cosechar _____
 - i) Dar comida a los animales del corral _____
 - j) Buscar animales _____
 - k) Trasladar agua a casa _____
 - l) Buscar leña _____
 - m) Producir dulces o quesos _____
 - n) Otro _____

7. Menciona las 5 cosas que te gustan más de vivir en el rancho

Guión entrevista siembra



Memoria biocultural
del rancho sudcaliforniano

Rancho:
Región:
Tipo de riego:
Huerta:

BARBECHAR (B), ABONAR (A), SEMBRAR (S) Y COSECHAR ©

FIESTAS	2		3		Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
Maiz	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Frijol	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Calabaza	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Haba	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Chicharo	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Cebolla	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Ajo	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Repollo	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C
Betabel	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C	B	A	S	C

Bitacora caracterización de zonas de pastoreo

MATRIZ TERRITORIAL: PARAJES HISTÓRICOS Y ZONAS DE PASTOREO									
No.	Nombre	Tipo	Uso	X	Y	Z	Arroyo	Características generales	Fuente
1	Salto del brinquito	Pequeño portezuelo	Referencia geográfica	521007	2748878	400 mts	Primer Agua	Es una referencia geográfica para los rancheros sudcalifornianos de la zona. Hay marcas de los rancheros,	Campo/gps
2	Poza del saltito	Poza de agua	Suministro de agua	5210829	2748898	424	Primer Agua	Entre julio y enero esta poza mantiene agua que sirve fundamentalmente para los animales. Sin embargo, por lo que me di cuenta, es una fuente de agua para quienes recorren estos lugares buscando sus chivas y vaquillas	Campo/gps
3									
4									
5									
6									
7									
8									
9									
10									

I. A través de entrevistas con informantes clave (identificando personas mayores y con datos de calidad) elaborar un corpus de flora y fauna del monte.

Las entrevistas deben por lo menos considerar:

- a) Tipo planta
 - i) Herbácea
 - ii) Cactácea
 - iii) Arbusto
 - iv) Matorral
 - v) Árbol
- b) Su ubicación
 - i) Arroyos
 - ii) Laderas/Portezuelos
 - iii) Cañadas
 - iv) Mesetas
- c) El tipo de suelo
 - i) Barroso
 - ii) Arenoso
 - iii) Rocoso
- d) Uso (humano y no humano)
 - i) Medicinal humano
 - ii) Medicinal no humano
 - iii) Alimento humano
 - iv) Alimento no humano
 - v) Construcción
 - vi) Artesanal
- e) Las partes que se utilizan
 - i) Raíz
 - ii) Hoja
 - iii) Tallo
 - iv) Tronco
 - v) Savia
 - vi) Flor
 - vii) Cascajo
 - viii) Fruto
 - ix) Ejote
 - x) Semilla
- f) Cómo se aplica
 - i. Ungüento
 - ii. Té
 - iii. Agua de uso
 - iv. Crema
 - v. Sancochado
 - vi. Tostado
 - vii. Directo
- g) Tipo de problemas salud/curación
- h) ¿Lo sabe preparar?
- i) ¿Lo ha usado para usted o algún familiar?
- j) ¿Qué sabor tiene?
- k) ¿Qué olor tiene?
- l) ¿Cómo sabe lo que sabe sobre esta planta?

Guion entrevista semi-estructurada

Entrevistado:

Edad de Informantes:

Fecha:

Lugar de la entrevista:

Objetivo: recabar información sobre la fundación del rancho, el manejo del agua y actividades productivas

Perfil sociodemográfico

1. Me podría decir cuál es su nombre
2. ¿Dónde nació y en qué año nació usted?
3. ¿Podría decirme cómo se llaman sus padres y en qué rancho nacieron?
4. ¿Conoció usted a sus abuelos? ¿Cómo se llaman? ¿En qué rancho nacieron ellos?
5. ¿Cuántos hermanos o hermanas tuvo usted, cómo se llaman y donde viven ahora?
6. ¿Desde cuándo ha vivido en este rancho?
7. ¿En el rancho que usted nació, quienes fueron los fundadores?
8. ¿Cómo se llaman los miembros de su hogar, cuántos años tienen, escolaridad y lugar de nacimiento de cada una de ellas?

Sobre la fundación histórica del rancho y la producción

9. ¿Qué cree usted que hayan visto en este lugar para decidir establecer el rancho aquí?
10. ¿Qué es lo primero que tiene que hacerse o construirse para levantar un rancho?
11. ¿Sabe usted o le contaron cuáles eran los ranchos más cercanos que existían cuando este se fundó? ¿Y quiénes los habitaban?
12. ¿Nos puede mencionar cuáles eran las principales actividades productivas que realizaban en este rancho?
13. ¿A grandes rasgos nos puede explicar cómo era el desarrollo de esas actividades, es decir, que era lo que se producía específicamente en este rancho y cómo se hacía?
14. ¿Lo que producían lo consumían ustedes o lo comercializaban en otros ranchos o poblados?
15. ¿Principalmente hacia dónde dirigía su producción y cómo lo trasladaban?
16. ¿Habrá sido mucho el trabajo que tuvieron que invertir los de antes para poder sembrar por primera vez?
17. Dicen que la gente de antes se las veían muy difícil para vivir en el rancho ¿Usted cómo ve eso?

Sobre el agua

18. ¿Qué es un ojo de agua?
19. ¿Qué importancia tienen los ojos de agua para ustedes?
20. ¿Qué función cumple el monte para que haya agua en este lugar?
21. ¿Qué importancia tienen los arroyos para establecer un rancho?
22. ¿Cuáles fueron las primeras fuentes de abastecimiento de agua en esta zona? ¿Me puede señalar donde quedan los ojos de agua que usted conoce (mostrar mapa)?
23. ¿Siempre ha habido la misma agua en este lugar? ¿Se han secado ojos de agua? ¿Han nacido otros?
24. ¿Ha habido problemas en el transcurso de los años con el consumo de agua? ¿A qué cree que se deba esto?
25. ¿Cómo se organizan ahora para abastecerse de agua? ¿Se han presentado conflictos con otras familias por el agua?
26. ¿Me podría decir cuales son para ustedes los meses más secos y los meses en los que abunda el agua?

27. ¿Cómo organizan el riego de las huertas?
28. ¿Cuáles son los principales beneficios de que las temporadas de agua sean buena?
29. ¿Para que una temporada de agua sea buena con que regularidad y cuánto tiempo tiene que llover o con qué cantidad tiene que hacerse?
30. ¿Usted puede prever si la temporada de lluvia será buena o habrá sequía? ¿Cómo?
31. ¿Cómo enfrenta la temporada de sequía larga?
32. ¿Le toco a usted tener que trasladarse a algún lugar con agua para mantener el ganado o sembrar?
33. ¿Cómo se llama el paraje donde vivió? ¿Cómo es la vida fuera del rancho?

Sobre la ganadería y la producción ganadera:

34. ¿Conoce usted que es la querencia de los animales? ¿Todos los animales tienen su querencia o solo el ganado? ¿A qué cree usted que se daba la querencia?
35. ¿Su ganado es migratorio o sedentario?
36. ¿Cuál es el tipo de ganado que prevalece principalmente en esta zona?
37. ¿Ustedes mantienen el ganado? ¿Cómo lo hacen?
38. ¿Cuál es la flora o planta que más le gusta a los distintos tipos de ganado? ¿Regularmente donde se ubican? (Parte de la montaña: rincones, mesas, portezuelos, faldas, etc.)
39. ¿Cuáles son los beneficios de tener ganado y cuál es el mejor ganado para esta zona? ¿Qué tipo de ganado le gusta criar? ¿Por qué?
40. ¿Deja usted el ganado solo en el monte? ¿Cuánto tiempo y en qué meses regularmente? ¿Cómo sabe cuándo tiene que ir a recogerlo? ¿Cómo sabe qué zona está rondando?
41. ¿Se ponen de acuerdo entre los distintos rancheros para llevar el ganado a alguna zona de pastoreo específica?
42. ¿Cuáles son los mejores lugares para que pastoreen los animales?
43. ¿Siembran para alimentar el ganado? ¿Qué siembra?
44. ¿Cuánto tiempo se cuida el ganado en el rancho? ¿cuál es el procedimiento para mantenerlo en tiempos de seca?
45. ¿Cuáles son los beneficios que tienen en la crianza del ganado?
46. ¿Cuál es el beneficio que le saca a los animales?

Sobre la huerta y la comida

47. ¿Desde qué tiempo se siembra en el rancho?
48. ¿Sabe cuánto terreno se sembraba? ¿Cuáles eran las primeras huertas que se crearon? ¿Qué sembraban principalmente? ¿Qué se consumía aquí en el rancho y qué es lo que se llevaba a otros lugares?
49. ¿Cuáles eran los medios para trasladar los productos? ¿Cuánto producto se mandaba para afuera?
50. ¿Existían algún alimento que no se procesaba aquí y tenía que traerse de fuera?
51. ¿Cuáles son las plantas silvestres que le sirven de alimento
52. ¿Cómo se procesan
53. ¿Cuáles son las huertas que se hicieron últimamente?
54. ¿Cómo se regaron y cómo se riegan hoy las huertas?
55. ¿Cada cuánto riega?
56. ¿Hay suficiente agua para el riego de sus parcelas?
57. ¿Se podría hacer algo para hacer más eficiente el riego y sembrar más variedad de alimento?
58. ¿Hoy cuánto terreno cultiva? ¿lo que siembra es para venderlo y consumirlo o es exclusivamente para el auto-consumo?
59. ¿Qué es lo que se siembra ahora?
60. ¿Han variado en la siembra? ¿Cuáles han sido las razones de la variación?
61. ¿Cómo es el proceso para preparar la tierra para la siembra? ¿Cada cuando barbecha?
62. ¿Qué tipo de abono utiliza? ¿Ha experimentado con diversos abonos? ¿Cuál es el mejor?

63. ¿Hay algunas plantas que sirven para abonar la tierra?
64. ¿Dónde consigue la semilla?
65. ¿Cuáles son los principales problemas a los que se enfrentan con la siembra?
66. ¿Cuáles son las variedades de plantas que son más propensas a alguna enfermedad?
¿Conoce remedios para las plagas?
67. ¿Siembra directamente sus semillas o las trasplantas? ¿Cuál es la ventaja de sembrar en almácigos y trasplantar?
68. Hay algunas actividades en el rancho que tienen sus días y horas especiales para realizarse, sobre todo que tienen que ver con la posición de la luna ¿En el caso de la siembra, ustedes consideran el tipo de luna?
69. ¿Siembra algún tipo de semilla especialmente algún día del año relacionado con sus creencias? Como por ejemplo como la gente de antes, que les gustaba sembrar calabaza el día de la candelaria....
70. ¿Cuáles son las plantas o los frutos que se comen del monte y en que parte se encuentran